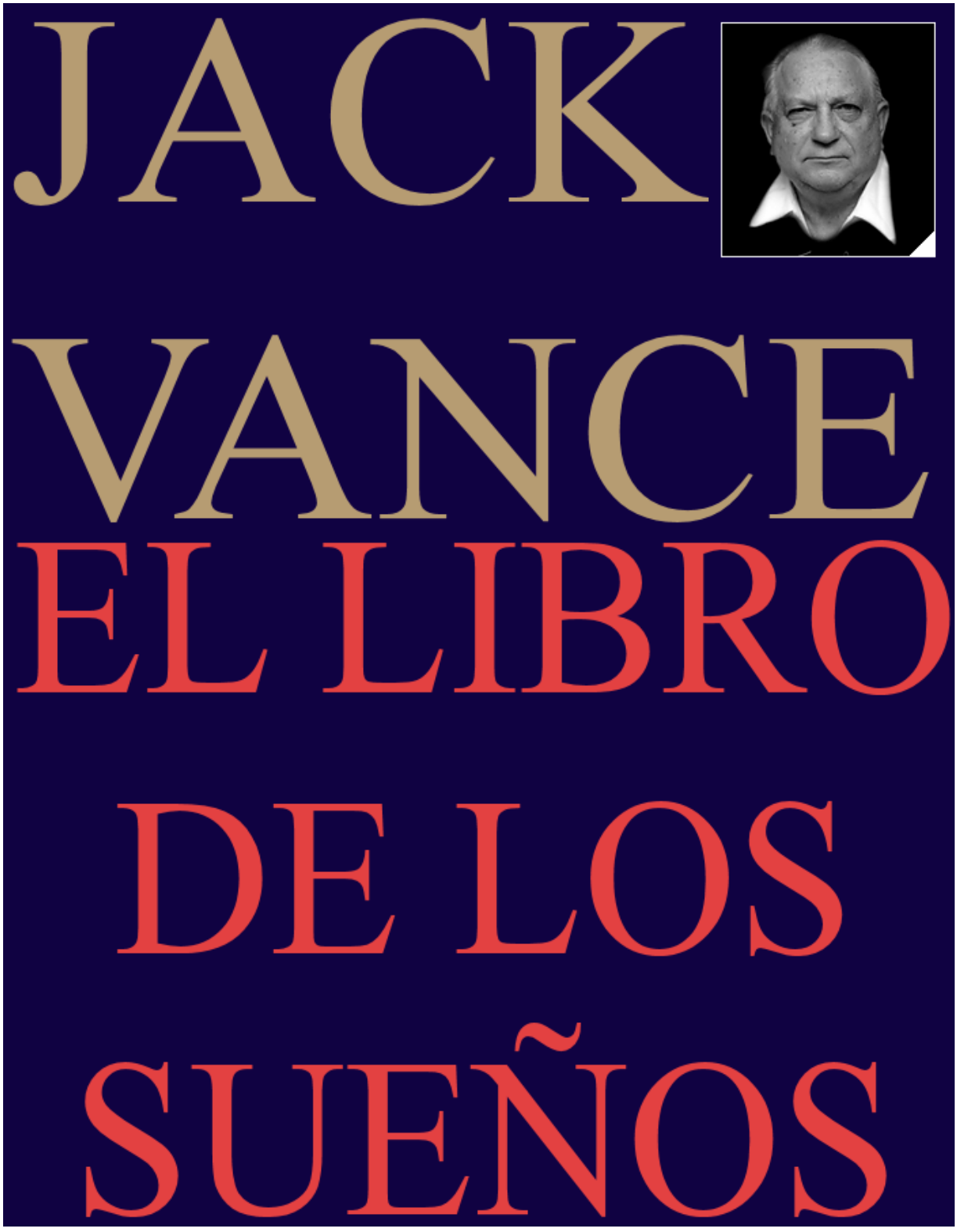
El libro de los sueños
Jack Vance



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

De *El libro de los Sueños:*

«Alza tus ojos, extranjero, hacia esa muralla carcomida por el tiempo sin parangón alguno; ahí se yerguen los paladines, firmes, graves, serenos. Cada uno es uno, cada uno es todos.

»En el centro se destaca Immir el Agraciado. Controla ciertas artes mágicas; domina con maestría toda clase de trucos, artimañas y sorpresas atroces. Él es Immir el Impredecible y ningún color le distingue.

»A su derecha se halla Jeha Reis, majestuosamente alto, cuyo color es el negro. Es muy sagaz y el primero en anunciar acontecimientos lejanos, a partir de los cuales predice la evolución de las circunstancias. Entonces apunta con el dedo hacia la dirección en la que deben mirar los paladines. Carece de escrúpulos y aboga por la firmeza. A veces se le conoce como «Jeha el Inexorable». Viste ropajes negros, cómodos y ajustados al cuerpo, una capa negra y un morión negro, ceñido con una esfera de cristal en forma de estrella plateada resplandeciente.

»A la izquierda de Immir está Loris Hohenger, cuyo color es el rojo de la sangre recién derramada. Es feroz, impulsivo y temerario, y siempre es el último en abandonar el campo de batalla, si bien puede ser el más generoso de los paladines. Acosa a las mujeres hermosas y luego las rechaza, pisoteando su dignidad. En el caso de que le recriminen o afeen su conducta, el resultado es todavía peor. Cuando por fin abandona el lecho, sus voces son mansas y le despiden con una mirada de anhelo.

»Junto a Loris Hohenger se encuentra Mewness el Verde, un paladín particularmente habilidoso. Es capaz de echar abajo un puente o derrumbar una torre; es paciente, ingenioso y hallará siempre un camino aunque la ruta esté bloqueada. Posee una memoria excepcional; nunca olvida una cara o un nombre, y conoce el significado de centenares de palabras. Piensan los hombres acaudalados, para su postrera consternación, que es un ingenuo en cuestión de negocios.

»Spangleway el Amarillo es burlón, desconcertante e inigualable. Es travieso y bromista, y un actor consumado. Todos los paladines, salvo uno, ríen sus cabriolas; todos, salvo uno, bailan al son de su música, pues Spangleway puede arrancar sonidos hasta de un cerdo colgado, aunque para ello deba emplear sus particulares destrezas. No es conveniente devolver a Spangleway una broma, puesto que su cuchillo es tan agudo como su ingenio. El enemigo grita en medio de la batalla: «¿Dónde está ese perezoso de Spangleway?», o: «¡Ajá, el cobarde de Spangleway pone pies en polvorosa!», pero en seguida descubre, bien a su pesar, que se apresta a degollarle viniendo del lado más imprevisto o extravagantemente disfrazado.

»Al lado de Jeha Reís está Rhune Fader el Azul._ En el combate, a pesar de que es arrojado y el primero que acude en auxilio de un paladín en apuros, es también el primero en recomendar clemencia y perdón para los enemigos. Es alto, delgado, de facciones regulares y bello como un amanecer de verano; refinado y amante de las artes, es sensible a la belleza en todas las cosas, especialmente la belleza de las doncellas recatadas, que se sienten atraídas por él. Con todo, la opinión de Rhune Fader en las reuniones previas a una batalla apenas es tenida en cuenta.

»Al lado de Rhune el Azul, aunque algo parecido, se halla Eia Panice el Blanco, una espectral aparición de cabello, ojos, largos dientes y piel blancos. Un casco de metal blanco recubre la mayor parte de su rostro, dejando sólo al descubierto una ancha nariz ganchuda, la áspera barbilla y los ojos relampagueantes. A pesar de que las únicas palabras que emplea en los consejos son «sí» o «no», suele ser el que decanta la decisión final, pues parece que

conozca los caminos del Destino. Es el único al que no divierten las ocurrencias de Spangleway. De hecho; si alguna vez esboza su sombría sonrisa, todos los que pueden se alejan sin mirar atrás, pues de lo contrario descubrirán los ojos claros de Eia Panice fijos en los suyos.

»De modo que prosigue tu camino, extranjero. Cuando por fin regreses a tu hogar,, en cualquiera de esos mundos que centellean en lo alto, no dejes de relatar las proezas de aquellos que jamás bajan la guardia.»

De *Los Príncipes Demonio,* por Caril Carphen:

«... Centremos nuestra atención en Howard Alan Treesong, sus contradictorias proezas y el increíble virtuosismo de su genio organizativo. De entrada permitidme confesar, con toda sinceridad, mi admiración y perplejidad: no sé por dónde empezar. Posiblemente, es el más bribón de todos, si suaves comparaciones como ésta son válidas en los bulliciosos ambientes que rodean a los Príncipes Demonio. Cierto es que concurren en él las más extravagantes contradicciones. Sus ocasionales gestos magnánimos brillan con mayor esplendor debido a su crueldad desenfrenada y horrible. Podría parecer desapasionado y absolutamente lógico, a juzgar por la metódica elaboración de sus planes. Examinándolo desde otra perspectiva, se nos antoja tan caprichoso y frívolo como un payaso circense. Es un misterio, y no hay forma de adivinar sus propósitos.

»¡Howard Alan Treesong! ¡Un hombre mágico, que infunde temor y asombro! ¿Qué sabemos, en concreto, de él? Los escasos indicios reales quedan desfigurados por los rumores propagados. Dicen que es el más solitario de los seres vivientes; otras fuentes afirman que es el jefe supremo de todos los criminales. Dicen que no posee rasgos característicos: es alto, delgado, de facciones bien formadas y ojos gris pálido excepcionalmente claros. Se le suele atribuir un carácter alegre y vivaz. Viste sin ostentación, como una persona normal. Le gusta estar rodeado de bellas mujeres, que no obtienen ventaja de su relación sentimental o financiera. Por el contrario, todos los romances que se le conocen han terminado de forma trágica, o peor.»

Los acontecimientos que condujeron a Howard Alan Treesong a un callejón sin salida siguieron un curso errático (tortuoso, ramificado, sembrado de obstáculos confusos y eslabones improbables), como consecuencia del misterio que le envolvía. Según las escasas descripciones existentes, Treesong era más alto de lo ordinario, tenía una mirada luminosa, frente ancha, barbilla estrecha y boca cruel, y modales educados aunque no carentes de cierta brusquedad. Casi todos los informes mencionaban un «curioso campo de energía reprimida» o «extravagancia impredecible», y en un caso se empleaba la palabra «locura».

La obsesión por el misterio de Treesong era enorme. No se conocía la existencia de fotografías o dibujos, publicados o no. Sus orígenes eran una incógnita; su vida privada se hundía en el secreto más absoluto. Regularmente, desaparecía de la escena pública durante largos períodos.

La zona de operaciones de Treesong se concentraba en el Oikumene; raras veces se aventuraba en Más Allá. Era notorio que se había auto otorgado el título de Señor de los Jueces[1].

[1] Tal vez explique esta alusión un párrafo de una entrevista en la que Treesong declaraba: «Los hombres explotan a los animales en virtud de sus necesidades, y se desentienden del procedimiento. Los llamados "criminales"

Gersen halló la pista de Howard Alan Treesong a fuerza de puro razonamiento abstracto, por deducciones, al estilo clásico, mediante la información que le proporcionó Walter Koedelin, un antiguo socio y ahora oficial superior de la PCI.[2]

Ambos se encontraron en Sailmaker Beach, al norte de Avente, la principal ciudad de Alphanor, el más importante de los planetas pertenecientes al Grupo de Rigel.

El Salón de Té de Chancey, en lo alto de Sailmaker Beach, dominaba un millar de casitas, tiendas, tabernas y una plaza diminuta frecuentada por gente de lo más dispar. Cada edificio era de un color diferente: azul pálido, verde pálido, lavándula, rosa, blanco, amarillo, y todos arrojaban una sombra negra por efecto del resplandor de Rigel. En el extremo más alejado se veía una parte de la media luna de la playa. El Océano Taumatúrgico, de un suave azul oscuro, se extendía hasta el horizonte, sobre el que flotaban masas de cúmulos blancos.

A una mesa situada a la sombra de una densa masa de mematis verde oscuro se sentaban Kirth Gersen y Walter Koedelin, un hombre de cabellos rubios y piel sonrosada, nariz corta y mentón pronunciado, algo más robusto que Gersen. Al igual que éste, iba vestido con la típica indumentaria de los hombres del espacio, azul oscuro y gris, que contribuía a no llamar la atención. Los dos bebían combinados de ron y hablaban de Howard Alan Treesong. Koedelin charlaba sin ambages con Gersen.

-¿Qué se trae entre manos actualmente? Un auténtico enigma. Hace diez años se hacía llamar «Señor de los Jueces».

-En efecto, «Rey de los Ladrones».

-Exacto. Controlaba todo acto ilícito desde el Extremo al Viejo Zoco de Tánger. Una vez, Howard caminaba por las calles de Bugtown, en Arcturus Cuatro, y un tipo trató de asaltarle. Howard preguntó: «¿Estás afiliado a la Organización?». «No, no lo estoy.» «Pues entonces no me sacarás ni un centavo, y además te denunciaré por intrusismo.»

Koedelin apuró su copa y levantó la vista hacia el follaje verde oscuro, del que colgaban flores rosadas.

-Un lugar espléndido para colocar micrófonos. Me pregunto quién nos estará escuchando.

-Nadie, si hemos de creer a Chancy.

-Es difícil estar seguro en estos días. Sin embargo, la Organización no posee tanto poder por aquí.

-Dos más -pidió Gersen al camarero-. ¿Así que Treesong ya no es Señor de los Jueces?

-Creo que no, si bien dio las instrucciones pertinentes a los subjefes hace bastante tiempo. Se limita a aparecer de vez en cuando, y a echar una ojeada a los libros de cuentas.

-Un tipo comprensivo. ¿A qué se dedica ahora?

Koedelin vaciló, calculó su respuesta, hizo un gesto fatalista y se enderezó.

---

explotan de idéntica manera a la masa vulgar según sus necesidades empleando el mismo tipo de moralidad; por lo tanto, no es extraño que a los criminales se les pueda llamar "Jueces"».

[2] Policía Coordinada Interplanetaria: en *sus* inicios, una modesta oficina que recogía y cotejaba información para las diversas organizaciones policiales del *Oiku*mene; poco a poco se expandió, diversificó y aceptó misiones especiales, hasta convertirse en la organización auxiliar de la ley más importante y eficiente del universo humano.

-No me importa decírselo, pero si la historia se propaga es posible que nos ocasione problemas. Incluso puede que no sea cierta. -Koedelin miró a ambos lados-. Mantenga la máxima discreción.

–Por supuesto.

-La administración de la PCI va un poco a la deriva..., ya lo sabe. Cuenta con una junta directiva y un presidente, que actualmente es Arthur Sanchero. Su ayudante confidencial murió hace cinco años en un accidente. Un amigo íntimo le recomendó a un hombre llamado Jethro Cope como sustituto, y tras las investigaciones de rigor Cope fue contratado. Cope se mostró tan eficiente que Sanchero fue dejando progresivamente el trabajo en sus manos. Y entonces empezó una extraña sucesión de acontecimientos: los directores fueron muriendo uno a uno..., accidentes, asesinatos y suicidios.

»Sanchero, o más propiamente Jethro Cope, recomendó nuevos directores que fueron votados para los cargos. Jethro Cope se encargaba siempre de contar y controlar los votos. Introdujo siete hombres en la junta directiva de la PCI, y sólo necesitaba otros seis para conseguir la mayoría absoluta. Es probable que la hubiera obtenido, pero uno de los nuevos directores, que se hacía llamar Bemus Carlisle, se tropezó con un agente que le reconoció como Sean McMurtree, de Dublín, Irlanda, un chantajista de altos vuelos.

»Para abreviar. McMurtree fue eliminado discretamente, no sin que antes mencionara un nombre. ¿Adivina cuál?

-Howard Alan Treesong.

-Exacto. Los agentes fueron a detener a Jethro Cope, pero se había marchado, y jamás regresó.

-¿Qué sucedió con los otros seis nuevos directores?

-Tres murieron asesinados, uno desapareció y los otros dos siguen allí. No tenían antecedentes; proclamaron su inocencia y los demás directores votaron en contra de su expulsión.

-Muy noble, muy corrupto o muy temeroso.

-Usted elige.

-Ser Señor de los Jueces y jefe de la PCI a la vez..., es un hermoso sueño no importa de qué lado estés.

-Muy cierto. Treesong es la astucia personificada. Me gustaría arrancarle el hígado.

-¿Hay fotografías de él?

-No se ha encontrado ninguna.

-Por lo tanto, no conocemos su aspecto.

-La gente que trató con Cope -gruñó Koedelin, disgustado- recuerda largos rizos rubios, barba y bigotes rubios muy poblados, y buenos modales.

-¿Alguna noticia desde entonces?

-Ninguna, se ha vuelto invisible. Olvidé mencionar que hace tres años se recibió en los archivos la orden de destruir el material relativo a Howard Alan Treesong, aduciendo graves equivocaciones. Así se hizo, de modo que apenas contamos con unos poco datos.

-Todos los criminales que tienen éxito vuelven tarde o temprano a su hogar[3]. Treesong nació y se educó en algún lugar. Docenas de personas deben de conocerle bien. Tal vez hayan llegado nuevos informes al cabo de esos tres años.

Koedelin se reclinó en la silla y reflexionó unos minutos. -Consultaré mis fuentes y le llamaré. ¿Dónde se aloja?

-En el Miramonte.

-Iré a visitarle mañana a mediodía, si le parece bien.

Al día siguiente, a mediodía, Koedelin se reunió con Gersen en el mirador del Hotel Miramonte, en la Explanada de Avente.

-Tal como sospechaba -declaró Koedelin-, no existe el menor indicio acerca de sus orígenes. Aparece por primera vez cuando era joven en la Tierra, robando bancos, estafando, extorsionando, cometiendo asesinatos y organizando una fuerza de choque. Es muy competente en su oficio. De todas formas, es sorprendente lo poco que sabemos de él como ser humano.

Koedelin partió poco después, aduciendo prisa. Gersen salió a pasear por la Explanada, que durante quince kilómetros corría paralela a la maravillosa playa de arena blanca de Avente.

Los males que Treesong había infligido a Gersen se remontaban a veinte años atrás, justo cuando había alcanzado su auténtica talla de criminal[4]. Desde entonces, sus hazañas no habían hecho más que agigan tarse... Los espectros del pasado acosaron a Gersen, que fue a apoyarse en la balaustrada.

Howard Atan Treesong había desaparecido del mapa tres años antes. Este hombre, que había intentado ser a la vez Rey de los Ladrones y jefe de la PCI, no estaría inactivo; en algún lugar estaría preparando nuevos proyectos, más desmesurados que nunca.

Gersen consideró una serie de posibilidades: acciones de infinita crueldad, ingeniosas abominaciones, humillación impuesta a toda la humanidad. Ninguna de las interpretaciones de Gersen parecía plausible o merecía el esfuerzo. Evidentemente, se dijo, carecía de la brillante, aunque violenta y salvaje imaginación de Treesong.

Gersen regresó al hotel y telefoneó a Koedelin.

-Con respecto al tema de nuestra conversación, da la impresión de que algo dramático está a punto de aflorar a la superficie. ¿Qué respondería a esa descripción?

-He pensado en algo similar -divagó Koedelin-, esperando, por así decirlo, a que caiga el otro zapato. Por más que escucho, sólo oigo el silencio...

Los tres planetas habitados de Vega eran Aloysius, Bonifacio y Cuthbert. Durante la primera Expansión de Pueblos habían sido colonizados por órdenes religiosas, cada una más fanática que la anterior. En el siglo XVI de la Era Espacial aún subsistía la influencia sacerdotal, especialmente en los edificios públicos, templos reconvertidos durante la Fiebre de los Gorrones.

Pontefract (en Aloysius), una pequeña ciudad notable principalmente por la niebla sempiterna, se había convertido, por un inexplicable capricho del destino, en un importante centro financiero y editorial. En la parte más antigua de la ciudad, desde la que se dominaba la plaza de San Paidrigh, se alzaba la Torre Bramville, la sede de Cosmópolis, una revista

[3] Gersen se refiere al libro de Michael Diaz *La mentalidad criminal*.

[4] En Monte Agradable, una población agrícola del planeta Providente, un grupo de cinco expertísimos criminales (los llamados Príncipes Demonio) bajaron del cielo para esclavizar a todos los habitantes, matando a los que opusieron resistencia. Kirth Gersen y su abuelo escaparon y, desde entonces, Gersen consagró su existencia a la venganza y el desquite.

especializada en noticias de actualidad, reportajes gráficos y ensayos breves. El contenido de la revista, a veces profundo, a menudo dramático e incluso sentimental, iba dirigido al lector de clase media, dotado de cierta cultura, de todo el Oikumene.

Kirth Gersen, mediante los manejos de su consejero financiero, Jehan Addels, había adquirido el control de Cosmópolis; bajo la identidad de Henry Lucas, escritor especializado, utilizaba sus oficinas como cuartel general.

Al llegar a Pontefract, Gersen fue a cenar con Jehan Addels en su espléndida y antigua mansión de Ballyholt Woods, al norte de la ciudad. En el curso de la velada, Gersen mencionó a Howard Atan Treesong y su peculiar capacidad para hacerse invisible. Addels se puso tenso al instante. -El motivo de sus palabras, por supuesto, es meramente casual.

-Bien..., no del todo. Treesong es un bribón y un criminal. Su influencia se extiende por doquier. Esta misma noche podrían entrar ladrones en esta casa y robarle sus Memlings y Van Tans, para no mencionar las alfombras Rhodosi. Objetos de esta categoría irían a parar directamente a las manos de Howard Atan Treesong.

-Es un asunto muy serio -asintió con semblante sombrío Addels-. Mañana enviaré una nota a la PCI.

-No sería mala idea.

Addels dirigió una mirada suspicaz a Gersen.

-Espero que no tenga un interés personal en ese hombre.

-No mucho.

Addels barbotó una maldición encolerizada dedicada a sí mismo. -¡Haga el favor de no mezclarme en estas investigaciones bajo ningún concepto!

-Mi querido Addels, ¿cómo podría dejar de pedirle consejo?

-Mi consejo en este caso es sucinto y definitivo: ¡deje que la PCI haga su trabajo!

-Un excelente consejo, y les ayudaré en todo cuanto pueda. Sé que usted hará lo mismo.

-Claro, claro -murmuró Addels.

Gersen buscó referencias sobre Howard Alan Treesong en los archivos de Cossmópolis. Eran muy numerosas. pero no aportaron nada que Gersen no supiera ya, y abundaban en los tópicos habituales. Tanto el lugar de nacimiento de Treesong como su residencia actual brillaban por su ausencia, así como fotos o dibujos del criminal.

Al terminar aquel día decepcionante. Gersen examinó. por pura tozudez, un fichero con la indicación *Miscelánea* sin descubrir nada de interés. Reparó en un par de bandejas con los rótulos «Archivar» y «Descartar». La primera estaba vacía; la segunda contenía una gran fotografía cuadrada, de unos treinta centímetros de lado, que reproducía los asistentes a un banquete. Cinco hombres y dos mujeres estaban sentados; tres hombres estaban de pie, algo más atrás. En la parte superior alguien había garrapateado: *H. A. Treesong está aquí.*

Gersen se quedó mirando la foto con dedos agarrotados y los nervios a flor de piel. La cámara había recorrido un círculo completo, desde el centro de una mesa circular, así que cada miembro del grupo estaba fotografiado de frente, aunque ninguno miraba directamente a la cámara, y quizá nadie era consciente de que estaban tomando la fotografía.

Frente a cada asiento había un soporte con tres banderines de colores y un plato de plata, que contenía tres pequeños objetos de color pardo y púrpura, en apariencia el primer plato del banquete.

El fotógrafo no había añadido ninguna otra inscripción, excepto un número impreso en la base: 972.

Los comensales eran de edades y razas diversas. Todos rezumaban un aire de confianza, emanaban riqueza y buena posición. Unas tarjetas, por desgracia colocadas de cara a los comensales, identificaban a los personajes.

Gersen inspeccionó los rostros. ¿Cuál sería el de Howard Alan Treesong? Su descripción encajaba más o menos en cuatro de los hombres... Un empleado, un joven atractivo que vestía una camisa a rayas rosas y negras y unos pantalones abombados marrones, se acercó. Dedicó una mirada a Gersen que, si bien respetuosa y afable, implicaba un cierto desdén. En las oficinas de Cosmópolis se consideraba a Gersen un hombre de talento cuestionable.

-Escarbando en la basura, ¿eh, señor Lucas?

-No hay nada desaprovechable -dijo Gersen-. Esta fotografía que usted iba a tirar..., ¿de dónde ha salido?

-Ah, ¿eso? Llegó hace unos días desde nuestra oficina de Puerto Estelar. La Sociedad Mira y Vigila celebrando su banquete anual, o algo por el estilo. ¿Le sirve de algo?

-No creo, pero es bastante pintoresca. ¿Quién será H. A. Treesong?

-Alguno de los caciques locales. Las damas son absolutamente impresentables. Le aseguro que aquí no hay nada para nuestros lectores. -Ha dicho de nuestra oficina de Puerto Estelar -insistió Gersen-. ¿Qué puerto estelar? Habrá una docena, como mínimo.

-El Puerto Estelar de Nuevo Concepto, en Marhab Seis.

De nuevo el olor casi imperceptible de la condescendencia. En Cosmópolis nadie comprendía cómo había conseguido Henry Lucas el trabajo, y mucho menos cómo se mantenía en él.

A Gersen le era indiferente la opinión de sus colegas.

-¿Cómo llegó aquí la fotografía?

-En el último correo. Cuando haya terminado, sea buen chico y tírela a la basura.

El empleado volvió a sus quehaceres. Gersen ocultó la fotografía en su oficina privada y llamó después a la oficina de personal.

-¿Quién es nuestro representante en Puerto Estelar, Nuevo Concepto?

-Puerto Estelar tiene autonomía propia, señor Lucas. El responsable de la zona es Ailett Mayneth.

Al hojear la *Guía de Rutas Interplanetarias,* Gersen descubrió que no había comunicación directa entre Aloysius y Nuevo Concepto. Si deseaba viajar como un pasajero normal, debería hacer tres escalas en otros tantos enlaces y cambiar tres veces de nave, con el consiguiente retraso.

Gersen cerró la *Guía de Rutas Interplanetarias y* la devolvió a su estante. Tomó un taxi hasta el espaciopuerto y subió a bordo de su Fantamic Flitterwing, un crucero espacial cómodo y operativo, provisto de bodega y espacio para cuatro personas, más grande que su Distis Pharaon y mucho más confortable que su Armintor Starship.

Al caer la tarde del día en que había descubierto la foto, Gersen partió de Aloysius. El pálido globo de Vega colgaba a babor. Proporcionó las coordenadas necesarias al piloto automático, y despegó hacia las inmediaciones de Aries.

Estudió minuciosamente la fotografía durante la travesía, y poco a poco los participantes en el banquete fueron cobrando vida en dos dimensiones.

-¿Eres tú Howard Alan Treesong? -preguntaba Gersen a cada hombre.

Algunos respondían con indignación de forma negativa, otros guardaban silencio. y varios parecían devolverle una mirada de desafío, como diciendo: «Averigua quién o qué soy..., ¡a tus expensas!». Pero Gersen examinaba a uno de los hombres con creciente fascinación. Lustroso cabello castaño enmarcaba una frente de filósofo; las mejillas hundidas se unían con el enjuto maxilar inferior mediante una envoltura de músculo nervudo. La boca fina y suave se torcía como dispuesta a pronunciar un chiste con segundas intenciones. Un rostro enérgico, sutil, sensible aunque no apacible; el rostro de un hombre capaz de cualquier cosa, o eso pensaba Gersen.

Enfrente brillaba Marhab. A la derecha orbitaba el planeta Nuevo Concepto con sus tres lunas.

2

De *Ideas civilizadas y mundos civilizados*, por Michael Yeaton:

«A medida que el estudioso profundiza en el desarrollo de los planetas recientemente colonizados, observa una peculiar e irónica circunstancia, tan a menudo repetida que la regla salta más a la vista que la excepción. El programa ideal sobre el que se intenta moldear una sociedad, esa conducta omnipresente pero no enunciada, da lugar al nacimiento de un impulso contrario u opuesto, que a su debido tiempo subvertirá el esquema inicial. ¿Perversidad humana? ¿Una jugarreta del destino? Quién sabe... En cualquier caso, los ejemplos abundan. Consideremos, por ejemplo, el planeta Nuevo Concepto...»

Al llegar a Nuevo Concepto, Gersen localizó Puerto Estelar y aterrizó en la terminal. Un estilizado coche que se deslizaba sobre un monorriel le permitió salvar los ocho kilómetros que separaban el espaciopuerto de Puerto Estelar; eso le permitió contemplar a placer las colinas de Nuevo Concepto, cubiertas de espesa hierba azul oscuro. Un poco más allá, el azul oscuro daba lugar al marrón, y finalmente derivaba al púrpura. A un kilómetro y medio de la terminal, el monorriel se internaba en una zona sembrada de ruinas blancas desnudas, en su tiempo un intrincado complejo de edificios construidos al estilo Neopalladiano; casi una ciudad pequeña. Ahora las columnas se veían desportilladas, rotas o derrumbadas; los techos estaban parcialmente hundidos, y los otrora nobles entablamentos, manchados y agrietados. Gersen pensó al principio que las ruinas estaban deshabitadas, pero luego advirtió cierta actividad, y un momento después vio una partida de esqueléticos animales cruzando al trote lo que había sido una gran plaza.

Las ruinas se perdieron de vista; el monorriel entró en Puerto Estelar y frenó ante la estación central. Gersen preguntó en el mostrador de información la dirección de la sede local de Cosmópolis, ubicada en una torre de diez pisos a unos centenares de metros de la estación, y se dirigió a pie hacia ella.

Puerto Estelar parecía una ciudad desprovista de rasgos característicos. De no ser por la luz del sol, amarillo limón, y por el olor de la atmósfera[5], Gersen habría podido creer que se encontraba en algún suburbio de las afueras de Avente, en Alphanor, o en cualquiera de las docenas de ciudades casi modernas del Oikumene. La gente vestía como en Avente y las ciudades de la Tierra. Fuera cual fuese el «Nuevo Concepto» propugnado en sus orígenes, ya no quedaban evidencias.

Gersen entró en la oficina de Cosmópolis y se acercó a un mostrador tras el que aguardaba de pie un hombre de edad avanzada, con un astuto aire de serenidad que recordaba a un pájaro, brillantes ojos azules y una mata de lustroso cabello plateado. Era delgado, tieso y se mantenía . en una postura grave y rígida, que no concordaba con su vestimenta, más bien desenfadada: camisa azul eléctrico de cuello cisne hecha de veludillo, pantalones beige suave y sandalias de gamuza oscura. Se dirigió a Gersen con voz formal y bien modulada.

-¿Qué desea, señor?

-Soy Henry Lucas, de la oficina de Pontefract. Me gustaría conversar unos minutos con el señor Ailett Mayneth.

-Ése soy yo. -Mayneth miró a Gersen de arriba abajo-. ¿Henry Lucas? He visitado la oficina de Pontefract, y no recuerdo que se mencionara su nombre.

-Estoy acreditado como «escritor especializado». Soy una especie de criada para todo; cuando hay un trabajo demasiado pesado o incómodo para los demás, me lo asignan a mí.

-Entiendo. ¿Y qué hay de pesado e incómodo en Puerto Estelar? Gersen sacó la fotografía. Los modales de Mayneth cambiaron al instante.

-¡Ajá! Así que ahora los vientos soplan en esta dirección. Ya me estaba preguntando qué sucedería. ¿Ha venido para investigar?

-En efecto.

-Humm. Tal vez seria mejor que nos instaláramos con mayor comodidad. ¿Subimos a mi apartamento?

Mayneth guió a Gersen hasta un ascensor que les condujo a la última planta. Mayneth abrió la puerta con despreocupada indiferencia. Gersen entró en lo que reconoció como el domicilio de un experto en arte y, por lo visto, hombre de cierta fortuna. Vio por todas partes bellos objetos de diversas eras y origen. No pudo identificar muchos de los objetos, por ejemplo, un par de lámparas de loza vidriada, de color pardo grisáceo. ¿Del antiguo Japón, tal vez? Sabía algo más sobre alfombras, debido a un episodio sucedido al principio de sus aventuras. Reconoció un par de alfombras persas, un Qúli-Qtin, una Mersilin de las montañas Adar de Copus y varias pequeñas alfombras gitanas del reino de Khajar de Copus. En una vitrina de caoba se exhibían porcelanas myrmidenses y una colección de valiosos libros antiguos, encuadernados en chagrén y pergamino.

-Puesto que no tengo nada mejor que hacer -dijo Mayneth, casi disculpándose-, intento rodearme de objetos bellos... Imagino que soy un astuto explorador y que me dedico a rastrear los bazares de algún remoto planeta. Éste es mi estudio. Los libros que hay aquí provienen exclusivamente de la Tierra. Una miscelánea, me temo. Pero siéntese, por favor.

[5] Los viajeros del espacio veteranos adquieren cierta sensibilidad ante las variaciones de una atmósfera respirable, y son capaces de distinguir entre gases inertes, niveles de oxígeno y exudaciones orgánicas complejas peculiares de cada planeta. Gersen notó en el aire de Nuevo Concepto una fragancia áspera y mohosa, producida sin duda por el lecho de hojarasca que recubría las colinas.

Mayneth tocó un gong con los dedos, y produjo un sonido vibrante. En el acto apareció una criada, una joven de curiosa presencia, delgada y flexible como una anguila, pelo albino rizado, ojos de color pizarra, mentón pronunciado y boca fina. Llevaba una chaquetilla corta y se movía con un peculiar contoneo. Contempló a los dos hombres con atención, sin dar muestras de sentirse cohibida. Gersen no pudo identificar la raza a la que pertenecía. Pensó que si no era débil mental, por lo menos su línea de razonamiento sería de lo más original.

Maynath silbó entre dientes, se tocó la palma de la mano y levantó dos dedos; la chica se retiró. Volvió en seguida con una bandeja, dos vasos y dos botellines achatados. Mayneth cogió la bandeja, y la chica desapareció de nuevo con un breve revoloteo de la chaquetilla.

-Nuestra excelente cerveza Swallowtail -anunció Mayneth mientras servía las bebidas. Examinó la foto que Gersen había posado sobre la mesa-. Un asunto muy extraño. -Se retrepó en su asiento y lenta mente bebió del vaso-. Vino a verme una mujer y le pregunté qué quería. Afirmó que deseaba vender una valiosa información a cambio de una cantidad bastante elevada. La invité a sentarse y la examiné de arriba abajo. Representaba unos treinta años, aunque se veía ajada y desaliñada. Con todo, parecía respetable, pero muy excitada. No era de aquí; me dijo que había venido directamente de la terminal espacial y que necesitaba dinero con suma urgencia. La examiné de nuevo, todavía con mayor meticulosidad, pero no logré encajarla en ningún ambiente determinado. -Mayneth bebió más cerveza con expresión pensativa-. Aun así, reparé en un par de detalles. -Se encogió de hombros, como desechando la idea-. Empezó a plantear su propuesta. Dijo que podía ofrecernos una información única y muy valiosa. No fueron sus palabras exactas, por supuesto, ya que los nervios la hacían incurrir en alguna incoherencia. Me permití una cierta ironía, sin mala intención, desde luego:

»"¡Me va a revelar las pistas para encontrar un tesoro oculto!"

»"¿De veras le interesa lo que he venido a ofrecer? -se indignó-. ¡Recuerde que exijo una cantidad elevada!"

»Le contesté que antes debería ver el producto para juzgar. Su actitud se tornó cautelosa. Era casi un juego.

»"Señora -dije por fin-, enséñeme lo que ha venido a vender, no puedo seguir perdiendo el tiempo."

»"¿Ha oído mencionar alguna vez el nombre de Howard Alan Treesong?", -preguntó en un susurro.

»"Desde luego. Es Señor de los Jueces."

»"¡No diga eso! Aunque sea cierto... Tengo su fotografía. ¿Cuánto pagará por ella?"

»"Déjeme ver la fotografía."

»"No, hágame primero la oferta."

Temo que me embravecí un poco. »"¿Cómo voy a comprar algo sin verlo? ¿Es buena la fotografía?"

»"Sí, muy buena. Está planeando un asesinato en masa."

»No dije nada, y ella acabó sacando la fotografía. La examiné con mucha atención.

»"Es una fotografía excelente, desde luego -admití-, pero ¿quién es Treesong?"

»"No lo sé."

»"¿Y cómo sabe que está ahí?"

»"Alguien que le conoce me lo dijo."

»"Quizá bromeara."

»"Pues la broma le costó la vida."

»"¿De veras?"

»"Sí, de veras."

»"¿Puede decirme su nombre, señora?"

»"¿Importa mucho? En cualquier caso, no le diré mi nombre verdadero."

»"¿Dónde fue tomada la fotografía?"

»"Si se lo dijera, mucha gente sufriría las consecuencias."

»"Señora, sea práctica y considere las circunstancias. Usted me enseña una fotografía; afirma que una de las personas es Treesong, pero no sabe quién es."

»"¡Eso prueba mi buena fe! Podría haberle enseñado uno cualquiera, ese hombre, por ejemplo."

»"Muy cierto. De hecho, es el mismo que yo habría elegido. Dejando esto aparte, y aceptando su honradez, ¿cómo sabe que esta fotografía es auténtica? Alguien ha sido asesinado. ¿Quién? ¿Por qué? Sin estos detalles, la foto carece de valor."

»"¿Guardaría el secreto?" -preguntó al cabo de un momento.

»"Por supuesto."

»"Uno de los ayudantes de Treesong se llama Ervin Umps. Su hermano trabajaba de camarero en el restaurante donde tomaron la foto. Era mi marido. Habló con Ervin y descubrió que Treesong se encontraba en el banquete. Esta foto se tomó para el álbum de recuerdos del restaurante, y mi marido cogió esta copia, que me dejó en custodia. Sólo me dijo que Treesong salía en la fotografía, y que había matado al resto de los presentes. La foto, añadió, era muy valiosa. Esa misma noche le mataron. Sabía que yo correría la misma suerte, tanto si tenía la foto como si no, así que huí sin perder tiempo. Es todo cuanto puedo decirle."

»"¿Dónde está el restaurante?"

»"No se lo diré. No es necesario que lo sepa."

»"No lo entiendo. Me ha contado todo lo demás."

»"Tengo mis razones."

»Ahí acabó el tema. Nos enfrascamos en una larga discusión acerca del precio. Le expliqué que confiaba en su palabra, pero que la foto quizá no valiera ni un centavo. Se mostró de acuerdo, pero no retrocedió ni un milímetro.

»"¿Cuánto piensa conseguir?", le pregunté. »"¡Quiero diez mil UCL!"

»"Ridículo."

»"¿Cuánto me ofrece?"

»Le contesté que arriesgaría cien UCL de la empresa y cincuenta de mi propio bolsillo. Se levantó con la intención de marcharse. Decidí que no iba a permitir que se me escapara la fotografía. Le ofrecí otros cien y le garanticé que si Cosmópolis usaba la foto le pagaríamos doscientos más.

»"Deme el dinero -aceptó-. He de irme cuanto antes. La foto es peligrosa."

»Pagué. Salió corriendo de la oficina y no la volví a ver. Mayneth llenó los vasos otra vez.

-¿Qué ocurrió después?

Mayneth carraspeó.

-Examiné la foto desde todos los ángulos. Hallé pocas pistas. Las ropas son variadas, y sugieren otros tantos lugares de procedencia. Parecen ligeras, lo que indica una temperatura ambiental elevada. Aquellos banderines... No entiendo para qué sirven, ni tampoco identifico la comida.

-Aludió a uno o dos detalles relacionados con la mujer.

-Sí. Sus ropas eran vulgares, pero hablaba con acento. Viajando por las estrellas se oyen miles de acentos y dialectos. Es una de mis aficiones, y tengo buen oído. Presté atención, pero no pude identificar ese acento peculiar.

-¿Qué más?

-En el rabillo de cada ojo llevaba una pequeña concha azul. Las había visto antes, pero tampoco conseguí relacionarlas con un lugar determinado.

-¿Mencionó su nombre? Mayneth se acarició el mentón.

-El hermano de su marido es Ervin Umps. Es posible que ella utilizara el mismo apellido.

-Es posible, pero no necesariamente probable.

-Estamos de acuerdo. Sin embargo, me picó la curiosidad y decidí hacer averiguaciones en el espaciopuerto, aunque ya habían pasado tres días y la pista se habría enfriado. Comprobé listas de pasajeros, hice preguntas y, para abreviar, no localicé ningún «Umps». Parece que se hacía llamar Lamar Medrano. Cambió de nave en Virgo Junction, cerca de Spica Seis. Consulté la Guía de Rutas Interplanetarias. En ese punto se detienen naves de doce líneas diferentes. Dudo que podamos seguir su pista más allá de Virgo Junction.

-¿Cuándo se marchó de Nuevo Concepto?

-Tal vez nunca.

-¿Porqué?

-Compró un pasaje para Altair en la nave Samarthi Tone, de la línea Estrella Verde. La nave partía tres días después de haber hablado conmigo. Hice indagaciones en los hoteles y la localicé en el Diomedes, donde se había hospedado dos noches. Se acordaban muy bien de ella, porque se largó sin pagar la cuenta.

-Qué extraño.

-Yo diría siniestro. Investigué más en el Diomedes, hasta averiguar que había entablado amistad con un tal Emmaus Schahar, un viajante de artículos deportivos de Krokinole. Una mañana, Schahar pagó su cuenta y se marchó. Lamar Medrano había salido la noche anterior, pero no regresó.

-¿Se sabe algo de este Schahar? -gruñó Gersen.

-Un tipo melancólico, de hablar suave y cargado de dinero.

-¿Ya no está en Puerto Estelar?

-Partió en la Gacy Wonder. Hace escala en Virgo Junction.

-Interesante.

-Mucho, pero no sé si es como para alegrarse.

-¿Le intriga por qué el señor Schahar no se puso en contacto con usted?

-Exacto.

-Quizá Schahar no era más que un inocente viajante con un relativo interés por Lamar Medrano.

-Quizá.

-Si consideramos, en cambio, que Schahar no es un inocente viajante, tal vez Lamar Medrano se asustó y desapareció, y está escondida en algún lugar de Nuevo Concepto.

-Es posible.

-En tercer lugar, Lamar habría muerto sin revelar de dónde había sacado la fotografía. Quizá convenció a Schahar de que la había enviado por correo.

-Es posible que poseyera dos copias de la foto. Schahar consideró que había cumplido con su misión, y ahora se siente contento y feliz. Gersen rió.

-Cuando Howard Alan Treesong lea Cosmópolis dentro de un tiempo, Schahar no se sentirá tan contento y feliz. -Sacó pluma y papel, escribió unas palabras, colocó quinientos UCL encima y entregó todo a Mayneth-. Sus gastos y una pequeña recompensa por su celo.

Haga el favor de firmar el recibo para que me devuelvan el dinero en la Tesorería General.

-Gracias, es muy generoso de su parte. ¿Le gustaría comer conmigo?

-Será un placer.

Mayneth toco el gong, y la muchacha de cabello albino apareció. Mayneth hizo unas señas y emitió algunos sonidos. La muchacha se deslizó fuera de la estancia, ágil y silenciosa. Volvió con cerveza, contempló como Mayneth llenaba los vasos y se fijó, fascinada, en la espuma, lamiéndose los labios con la rosada lengua.

-Le gusta la cerveza -explicó Mayneth-, pero no la dejo beber porque se pone nerviosa. Lamerá toda la espuma que quede en nuestros vasos.

La muchacha, audazmente, hundió el dedo en la espuma del vaso de Gersen y se lo metió en la boca. Mayneth le golpeó la mano sin mucha vehemencia, y la chica retrocedió de un salto como un gato juguetón. Siseó en dirección a Mayneth, y éste le respondió con otro siseo y un gesto; la chica se marchó. Al cruzar la puerta se agachó para arreglar una borla del fleco de la alfombra; Gersen se dio cuenta de que no llevaba nada debajo de la chaquetilla blanca.

Mayneth suspiró y apuró de un trago la mitad de su vaso.

-Pronto me iré de Nuevo Concepto. Llegué por puro afán coleccionista. Los primeros colonizadores crearon muchas cosas bellas: libros ilustrados a mano, obras grotescas, instrumentos musicales. Fíjese en ese gong; basta acariciarlo para que suene. Dicen que los mejores son aquellos que suenan antes de tocarlos. Algunos fueron exportados, pero los mejores fueron ocultados en cavernas. He explorado miles de kilómetros de ellas, sin conseguir otra cosa que claustrofobia.

Gersen se reclinó en su silla y miró hacia las colinas. El sol había alcanzado su cenit. Sobre una loma muy distante correteaba una manada de animales, que brincaban y retozaban

sobre sus largas y delgadas patas. Se internaron como una flecha bajo la sombra de un soto y empezaron a pastar en la hierba.

-No parece un mundo muy bien organizado -señaló Gersen-. No se ven señales de agricultura.

-Lo han intentado, pero los feeks destruyen los cultivos antes de que crezcan. Por otra parte, está prohibido envenenarlos.

-Observé ruinas clásicas cerca de la terminal espacial. ¿Representan el «Nuevo Concepto»?

-Los edificios originales fueron patrocinados por un filántropo loco. El «Nuevo Concepto» mezclaba el vegetarianismo con algo de meditación. Los colonizadores vivieron durante cincuenta años en el gran Templo de la Unidad Orgánica. Comían brotes de alfalfa, berzas y algunas variedades de la vegetación nativa. La forma humana es maravillosamente adaptable. Los colonizadores se adaptaron demasiado bien, y ahí los tiene ahora... -Mayneth señaló con el dedo la manada de animales que pastaba bajo el soto-..., tomando la comida. Hablando de comida, deberíamos dedicarnos a la nuestra.

Mayneth guió a Gersen hasta el comedor, donde se encontraba la muchacha de pelo albino contemplando con fascinación la mesa. De repente, una idea cruzó por la mente de Gersen.

-¿Es una de las nativas?

-Dejan a los bebés tirados en las colinas -asintió Mayneth-. Simple olvido, sospecho. A veces se les trae aquí y se les educa, más o menos con éxito. Si se les coge de pequeños aprenden a ser limpios y a caminar sobre sus piernas. Tiptoe, aquí presente, es muy lista; sirve cerveza, rellena almohadas y suele portarse bien.

-Es una joven fascinante. ¿Es... bueno, cariñosa?

-Algunos han intentado adaptarlas a esa... faceta, generalmente con resultados deficientes. ¿Tiene curiosidad? Tóquela.

-¿Dónde?

-Bien, para empezar, en el hombro.

Gersen se acercó a la joven, que retrocedió y entornó sus grandes ojos grises. Gersen extendió la mano; ella emitió un agudo siseo y saltó hacia atrás, la boca abierta, erizada de dientes afilados, las manos levantadas y los dedos engarfiados. Gersen desistió y sonrió.

-Ya entiendo lo que quería decir. Sus opiniones son muy contundentes.

-Algunos chicos de la ciudad utilizan como cebo pastel recubierto de miel -dijo Mayneth-. Son muy golosas, y mientras comen no pueden morder... Bien, aquí tenemos la comida. Ella se irá, puesto que sólo puede tolerar la lechuga y, de vez en cuando, un poco de zanahoria hervida. Ésa es la cara oscura del vegetarianismo.

De Vida, volumen I, de Unspiek, barón Bodissey:

«.„ Reflexiono a menudo sobre la palabra «moralidad», la más fastidiosa y confusa de todas.»

«No hay moralidad única o suprema; hay muchas, y cada una define el mejor modo de funcionamiento de un sistema de seres.»

«El eminente entomólogo Fabre, al observar a una mantis en el acto de devorar a su macho, exclamó: "¡Qué abominable costumbre!"»

«El hombre normal, en el curso de un sólo día, quizá se vea obligado a actuar conforme a media docena de moralidades diferentes. Algunos de estos actos, correctos en un momento determinado, pueden ser considerados un instante después obscenos u oprobiosos desde el punto de vista de otra moralidad.»

«La persona que, pongamos por ejemplo, espere generosidad de un banco, flexibilidad eficiente de una entidad gubernamental o liberalidad de una institución religiosa, sufrirá una fuerte decepción. Se trata de nociones que en cada esfera respectiva representan inmoralidad. No sería extraño que el pobre idiota descubriera el amor entre las mantis. »

Gersen, de vuelta a Aloysius, aterrizó en el espaciopuerto de Dunes, algunos kilómetros al sur de Pontefract. Empezaba a caer la tarde, de un oscuro color gris púrpura. La niebla que surgía de la bahía de Bottleglass casi ocultaba los edificios de la terminal. Gersen agachó la cabeza y cruzó un puente de madera curtida por la intemperie en dirección a la estación.

Primero subió en el metro, y después tomó un taxi hasta la mansión de Jeban Addels, su consejero financiero y asesor general, en Ballyholt Woods.

Addels le recibió con su aire habitual de amarga desaprobación que Gersen consideraba una pantalla que enmascaraba su estima, incluso su afecto, aunque esto fuera pedir demasiado a Addels, cuya visión del hombre y del universo estaba filtrada por toda una vida de desconfianza y cinismo. Addels reunía todos los requisitos necesarios para su cometido, con el rostro enjuto y amarillento, la frente alta y despejada y la nariz larga y esbelta de extremo tembloroso. Su escaso pelo era de color castaño claro, y sus ojos de un insulso azul pálido.

Gersen ocupó su habitación de costumbre, se bañó y adoptó la vestimenta utilizada en ocasiones anteriores. Cenó con Addels y su numerosa familia en el gran comedor, ante una mesa iluminada con velas. La vajilla era de plata antigua, y dieron cuenta de platos tradicionales.

Después de la cena, ambos hombres volvieron al estudio de Addels, adornado con paneles de sampang, y se sentaron ante el fuego. Les sirvieron café en una cafetera de plata.

Gersen sacó la fotografía, ante la consternación de Addels.

-Confiaba en que hubiera dado por liquidado el asunto.

-Ni por asomo -replicó Gersen-. ¿Cuál es su opinión? Addels fingió no entender.

-¿Con respecto a qué?

-Queremos identificar a Treesong y descubrir su cuartel general.

-¿Y después?

-Quizá le llevemos ante los tribunales.

-¡Bah! Y quizá alguien consiga que le maten, colgado de un gancho a un kilómetro y medio de altura, como le sucedió al pobre Newton Flickery.

-Una pena. En fin, confiemos en tener mejor suerte.

-Además, espero que no se entrometa en este asunto. Déjeme arrojar la foto al fuego.

Gersen no le hizo el menor caso y estudió por enésima vez la fotografía.

-¿Cuál es Treesong? ¿Cómo le identificaremos? Addels contestó con tono enfadado:

-Es una de esas diez personas. Las otras han de conocerle, o como mínimo se conocerán a sí mismas. Eliminando a las demás, identificará a Treesong.

-Primero hay que identificar a las demás.

-¿Por qué no? Todas deben tener amigos y familiares, pero le ruego que no hablemos más de estas tonterías.

Gersen recorrió las tortuosas viejas calles de Pontefract. Descansó en pequeñas plazas irregulares, adornadas con boj y alelíes. Vagó a lo largo de callejuelas que olían a antigüedad y a piedra húmeda; comió varias veces en un restaurante suspendido sobre la bahía de Bottleglass, sostenido sobre pilotes negros carcomidos.

Vio muy poco a Addels, excepto en las solemnes cenas que Addels consideraba un elemento básico de la vida civilizada. Addels rehusó comentar las preocupaciones de Gersen, y éste tan sólo mostraba un remoto interés en los provechosos negocios que aumentaban su riqueza.

Pasados cuatro días, Gersen puso en marcha un método para extraer el máximo rendimiento de su única herramienta. Durante varios años la dirección de Cosmópolis había acariciado la idea de publicar otra revista, que se llamaría *El Actual.* Gran parte del trabajo preliminar ya se había llevado a cabo. El nuevo semanario aprovecharía todas las facilidades de producción y distribución de que gozaba Cosmópolis, y la política editorial intentaría captar a lectores más vitales y menos serios que los de Cosmópolis.

Gersen obtuvo el control total sobre Cosmópolis por mediación de un holding de compañías. En ese momento ordenó que *El Actual* surgiera a la luz, lo que se produjo de la noche a la mañana. Los ejemplares ya preparados se imprimieron, *y El Actual* llegó a todos los confines del Oikumene a través de los canales de distribución de Cosmópolis.

El primer número, a fin de aumentar el impacto entre los potenciales compradores, era un obsequio. Incluía una oferta capaz de llamar la atención de todos los lectores. La fotografía de la portada reproducía a diez personas reunidas para un banquete. El texto rezaba:

¿QUIÉNES SON ESTAS PERSONAS? ¡IDENTIFÍQUELAS Y GANARÁ 100.000 UCL!

La contraportada ofrecía datos suplementarios. Sólo los tres primeros concursantes que acertaran la respuesta ganarían el premio. En caso de que nadie lograra identificar a los diez, ganarían el premio aquellas personas que acertaran el mayor número de nombres. Seis bases adicionales estipulaban los premios que obtendrían los primeros en identificar un número reducido de rostros. Las cartas deberían enviarse a *El Actual,* Plaza Corrib, 9-11, Pontefract, Aloysius (Vega VI). Los premios serían decididos por miembros de la redacción de *El Actual.*

El Actual destacó especialmente entre todas las demás publicaciones por el rótulo que indicaba en su portada GRATIS.

En los refugios de las tundras de sal helada de Irta; bajo los tilos de Duptis Major; en las estaciones de los transbordadores de las montañas Midor; en los quioscos situados en los grandes bulevares de París u Oakland; en Alphanor, Chrysanthe, Olliphane y Krokinole, en todos los demás planetas del Grupo de Rigel: *El Actual.* En espaciopuertos, barberías, cárceles,

hospitales, monasterios, burdeles, campamentos de construcción: *El Actual.* Millones de ojos contemplaron los rostros, por lo general con escaso interés. Bastantes examinaron la fotografía con cuidado, incluso con fascinación, y se tomaron la molestia de escribir

cartas al semanario. Dos personas en especial, separadas por años luz de distancia, vieron la foto con estupor. La primera se sentó y miró por la ventana con el ceño fruncido, reflexionando sobre el significado del concurso. La segunda, que no dejaba de reír entre dientes de vez en cuando, tomó su pluma y dirigió una carta al concurso de *El Actual.*

Gersen decidió trasladarse a la ciudad, más cerca de las oficinas de *El Actual.* Addels le recomendó el hotel Penwipers.

-Está cerca de la oficina y es, con toda seguridad, el mejor de la ciudad, muy respetable. -Su mirada se detuvo pensativamente en la vestimenta de Gersen-. De hecho...

-De hecho, ¿qué?

-Nada. Se sentirá a gusto en el Penwipers. Cuidan muy bien a sus huéspedes. Llamaré para que le reserven la habitación; no aceptan nuevos clientes sin una buena recomendación.

La fachada del hotel Penwipers, seis plantas de piedra arenisca tallada y hierro negro estriado, rematada por un techo del estilo mansarda flamenca de tejas verdes, daba a la plaza Old Tara. Un portal apenas discernible se abría en primer lugar a un vestíbulo, y luego a una sala de recepción, con el salón de tertulia a un lado y el comedor al otro. Gersen se registró en un mostrador de mármol pardo labrado, sustentado por pilastras y columnas laterales de lustroso gabro negro. Los encargados de la recepción iban vestidos con formales y anticuados uniformes. De hecho, el estilo no había cambiado un ápice desde la inauguración del hotel, mil cien años atrás. En el Penwipers, y en todo Pontefract, la tradición cerraba el paso casi por completo a las innovaciones.

Gersen aguardó mientras el responsable de la recepción consultaba con el conserje mayor; ambos le miraban de vez en cuando. Una vez concluidos los cuchicheos, Gersen fue conducido a su suite. El conserje mayor iba en cabeza, un criado cargaba con el escaso equipaje de Gersen y otro transportaba un estuche de terciopelo. Al llegar ante la puerta, el conserje mayor abrió el estuche, extrajo un paño de damasco perfumado con lavanda, limpió con él el tirador de la puerta y finalmente le dio la vuelta con el pulgar y el índice. La puerta se abrió. Gersen entró en una estancia compuesta por varias habitaciones de techos altos, provistas de muebles austeros y confortables, si bien no muy lujosos.

Los criados se movieron con gran rapidez por la suite, colocando en su debido sitio los muebles, limpiando las superficies con paños perfumados, y luego se marcharon tan silenciosamente como si hubieran surgido de las sombras.

-Señor -dijo el conserje mayor-, el asistente le ayudará de inmediato a deshacer el equipaje. El agua ya está preparada para el baño. Se inclinó y se dispuso a retirarse.

-Un momento -le detuvo Gersen-. ¿Tiene la llave de la puerta? El conserje mayor sonrió con benevolencia.

-Señor, mientras se aloje en el Penwipers no debe temer la menor intrusión.

-Posiblemente no, pero imagine por un momento que soy un comerciante en joyas y que un ladrón desea robar las que llevo conmigo. Le bastaría con dirigirse a mis aposentos, abrir la puerta y despojarme de mis posesiones.

El conserje mayor, todavía sonriente, meneó la cabeza.

-Señor, una cosa tan horrible jamás podría suceder aquí. No lo toleraríamos. Sus pertenencias se encuentran a salvo.

-No he traído nada de valor. Me limitaba a sugerir una posibilidad.

-Lo inconcebible, señor, pocas veces es posible.

-Me siento mucho más tranquilo, gracias.

-Gracias a usted, señor. -Dio un paso atrás cuando Gersen extendió la mano-. Se nos paga lo que merecemos, señor. Preferimos no aceptar propinas.

Inclinó la cabeza y se fue.

Gersen se bañó en una bañera tallada, como el mostrador de recepción, de un bloque de mármol pardo. Cuando salió encontró sus pertenencias ordenadas con esmero en un cajón de un viejo guardarropa. El asistente, considerando que su ropa era indigna, había traído vestidos nuevos: pantalones color marrón oscuro, una camisa a rayas lavándulas y blancas, una corbata de lino blanco y un abrigo de sarga negra largo hasta las rodillas, ceñido en los hombros y acampanado en las caderas.

Gersen, medio resignado, se vistió con la ropa nueva. Al menos, Jehan Addels se sentiría complacido.

Gersen bajó al vestíbulo y se encaminó hacia la entrada principal. El conserje mayor le salió al encuentro.

-Un momento, señor, iré a buscar su klapper.

Al cabo de un momento le tendió un sombrero de terciopelo negro de ala ancha, con un bucle verde oscuro y un penacho de plumas negras encrespadas. Gersen contempló estupefacto el sombrero y hubiera salido huyendo de no interponerse el portero entre él y la puerta.

-El aire es un poco frío, señor. Nos complace ayudarle a emplear los atavíos apropiados.

-Son muy amables -dijo Gersen.

-Gracias, señor. Permita que le arregle el sombrero. Así... los vestidos de tarde le serán entregados en cuanto suene el segundo gong. El tiempo presagia una súbita neblina húmeda que caerá al atardecer.

Gersen se paró en el vestíbulo para mirarse en un espejo. ¿Quién era aquel sombrío ejemplar de la elegancia del Viejo Pontefract que le miraba? Jamás se había disfrazado de una forma tan deplorable.

Gersen vagó por las intrincadas calles, bajo altos edificios de fachada estrecha y a través de numerosas plazuelas, todas con sus macizos de alelíes, pensamientos, bulrastias nativas y pies de san Olaf. De vez en cuando la niebla se disolvía, y permitía el paso de la luz de Vega, que brillaba sobre las piedras húmedas y transmitía un repentino estallido de color a los lechos de flores. Llamó desde una cabina a Jehan Addels y le propuso que se encontraran en las oficinas de *El Actual* cuando al abogado le fuera bien.

-Dentro de una hora -dijo Addels. -Allí estaré.

Gersen volvió a Corrib Place, una corta calle algo más ancha de lo normal y pavimentada con losas de granito pulido, ensamblados entre sí y colocados mucho tiempo atrás como acto de penitencia por los monjes estebanitas.

Corrib Place se hallaba situada en la parte más antigua de la ciudad vieja de Pontefract. A un lado, el antiquísimo monasterio estebanita había sido convertido en un centro comercial;

los edificios de la parte opuesta, construidos con maderas ennegrecidas por el tiempo y reforzados con puntales de hierro negro, se erguían altos, solitarios y estrechos, con miradores en los pisos superiores que daban a la calle.

Gersen aprovechó el tiempo libre antes de su cita con Addels para recorrer Corrib Place. Curioseó en las tiendas, que producían un especial *éclat y* sólo ofrecían artículos distinguidos y elegantes, como pasteles exquisitos, confituras importadas, piedras preciosas raras, perlas del rorcual autóctono, cristales procedentes de estrellas muertas, guantes, corbatas, polainas, pañoletas, perfumes, filtros, aceite mágico Duhamel, dijes, curiosidades y reproducciones de pinturas antiguas: Giotto y Gostwane, William Snyder y William Blake, Mucha, Dulac, Lindsay, Rackham, Nielsen, Durero, Doré, David Russell y muchos otros. Gersen se detuvo a contemplar durante diez minutos a un par de autómatas que jugaban al ajedrez. Los autómatas eran Maholibus y Cascadine, personajes de la Mascarada Cómica. Cada uno había capturado varias piezas, y ambos, tras deliberar, hacían el movimiento correspondiente cuando les tocaba el turno. Cuando uno capturaba una pieza, el otro gesticulaba de ira y nerviosismo. Maholibus hizo un movimiento y dijo con voz rechinante:

-¡Jaque mate!

Cascadine chilló de aflicción. Se golpeó la frente y se desplomó de la silla. Un momento después se levantó; los dos colocaron las piezas y empezaron una nueva partida...

Gersen entró en la tienda, compró los autómatas ajedrecistas y ordenó que los enviaran al Penwipers. Era una de las raras ocasiones de su vida en que se había permitido adquirir algo trivial.

Siguiendo por Corrib Place, Gersen llegó frente a las oficinas de Publicaciones *El Actual.* Se paró junto a la ventana de! Horlogicon para estudiar un reloj, hecho en apariencia de bocanadas y remolinos de bru ma, que indicaba la hora mediante puntos de luz coloreada. Interesante, pero poco práctico, pensó Gersen... Jehan Addels dobló por una esquina y entró en Corrib Place. Caminaba moviendo cuidadosamente los

pies. Llegaba con varios minutos de anticipación. Se detuvo junto a Gersen para recuperar el aliento, y examinó las oficinas de El *Actual.* Tras una inexpresiva mirada de soslayo, ignoró a Gersen y siguió contemplando el edificio.

-¿Espera a alguien, señor? -preguntó Gersen. Addels se volvió y abrió los ojos de par en par.

-¡Mi querido amigo, no le he reconocido! Gersen sonrió con frialdad.

-El hotel me autorizó a utilizar estas prendas. Consideran que mi vestimenta habitual es demasiado ordinaria.

Addels contestó con voz firme:

-A un hombre le definen sus ropas. Una, persona con clase vestirá según le corresponda para dejar bien claro su nivel social; y el nivel social, nos guste o no, es un factor esencial en las relaciones humanas.

-Al menos me han proporcionado un excelente disfraz. La voz de Addels subió uno o dos tonos.

-¿Y por qué iba a necesitar un disfraz?

-Usted y yo estamos tratando con un hombre notable. Es un asesino despiadado, pero también un parangón de cortesía que podría alojarse sin el menor problema en el hotel Penwipers.

Addels refunfuñó.

-No me dirá que le espera aquí.

-No sé lo que espero. Hemos publicado su fotografía, que ha intentado ocultar a toda costa.

-Por favor, no utilice la palabra «hemos» con tanta soltura. Con todo, debo admitir que el concurso llamará su atención.

-Eso forma parte de mi plan. Le intrigará saber quién se interesa por él e investigará.

Addel bufó.

-O decidirá simplemente destruir todo el edificio.

-Creo que no. Antes que nada, querrá descubrir los hechos.

-Tratará de infiltrarse en su organización. Será muy difícil impedirle el acceso.

-Ni siquiera lo intentaré. De hecho, le daré todas las facilidades.

-¡Muy arriesgado! ¿Qué espera obtener de ello?

-Su infiltración se convertirá, a la larga, en nuestra infiltración. Le atraeremos con un señuelo y luego arreglaremos una cita. Usted será el intermediario...

-¡De ninguna manera! ¡Nunca! ¡Ni en un millón de años!

-No habrá ningún peligro hasta que haya satisfecho su curiosidad.

-Eso es como decirle a una cabra atada a un poste que el tigre no se la comerá hasta que haya husmeado un rato los alrededores -protestó Addels.

-No creo que la comparación sea muy exacta.

-Por otra parte, no quiero participar en este proyecto. ¡Ya he tenido bastantes sustos y sobresaltos! Mi trabajo es de naturaleza muy distinta.

-Lo que usted diga. Haremos nuestros planes al unísono.

-¿Cuándo espera que entre en acción? -preguntó, intranquilo, Addels.

-En cuanto vea la fotografía. Enviará alguien a investigar, o posiblemente lo haga en persona. Aún nos quedan algunos días para prepararnos.

-La calma que precede a la tempestad -murmuró Addels. Gersen rió.

-No lo olvide, somos nosotros los que ponemos la trampa, no Treesong. Venga, le invito a comer al Penwipers, si cree que le van a dejar entrar en el comedor.

Un letrero apareció en la puerta de las oficinas de *El Actual:*

AVISO AL PÚBLICO

SE NECESITA PERSONAL INTERINO PARA COLABORAR EN EL CONCURSO DE IDENTIFICACIÓN DE FOTOGRAFIAS ES PREFERIBLE, PERO NO ESENCIAL, QUE LOS CANDIDATOS PIDAN CITA PARA UNA ENTREVISTA

Un aspirante, tras entrar en las oficinas de *El Actual,* se hallaría en una antesala dividida por un mostrador. Un cartel en la puerta de la izquierda rezaba:

SALA DE SEGUIMIENTO DEL CONCURSO

SÓLO SE PERMITE LA ENTRADA AL PERSONAL AUTORIZADO

En la puerta de la derecha se leía:

OFICINA DE REDACCIÓN

Detrás del mostrador, el aspirante encontraría a la señora Millicent Ench, una enérgica dama de mediana edad y cabello oscuro que llevaba día tras día, invariablemente, una falda negra larga, una blusa azul pálido con un cinturón rojo, una gorra con una visera roja y brillantes zapatos negros que se ataban por encima de los tobillos. La señora Ench llevaba a cabo un proceso de selección, y despedía a los aspirantes que eran claramente incompetentes. A los demás les enviaba a la sala vecina, donde llenaban un formulario bajo la vigilancia del director de personal, que resultaba ser Henry Lucas, un caballero de lo más refinado a juzgar por su vestimenta. Era de facciones bien formadas, aunque algo duras; tenía la boca ancha, de labios finos que dibujaban una perenne mueca. Bucles negros orlaban su frente y caían por encima de sus enjutas y pálidas mejillas.

Después de intercambiar una o dos palabras con los aspirantes, Henry Lucas les invitaba a sentarse en unos cubículos situados en la parte trasera de la sala y les pedía que respondieran a un cuestionario. Los cubículos y los escritorios parecían improvisados, como construidos para la ocasión. En realidad, disimulaban y ocultaban sensores muy delicados y medidores de la tensión nerviosa, que registraban el más ligero temblor del aspirante, cada parpadeo de sus ojos, las variaciones de la presión sanguínea y de las ondas cerebrales. Los resultados se reproducían con luces de colores sobre el escritorio de Gersen y con marcas de colores en una copia del cuestionario.

Gersen había pergeñado el cuestionario con el máximo esmero, de modo que las respuestas y sus reacciones asociadas proporcionaran la mayor información posible, a pesar de que las preguntas parecieran inocuas.

Las primeras preguntas eran directas, a fin de establecer las circunstancias normales y calibrar al aspirante.

Nombre

Sexo

Edad

Tipo de empleo deseado

Dirección actual

Lugar de nacimiento

Nombre de los padres:

Padre Dirección

Madre Dirección

Ocupación del padre Madre

Lugar de nacimiento del padre Madre

El siguiente grupo de preguntas, en opinión de Gersen, pondría en graves apuros a quien pretendiera suplantar al auténtico candidato.

Tiempo que lleva viviendo en la dirección actual

Personas que puedan dar referencias. (Indique al menos dos. Es posible que estas personas sean consultadas en lo que respecta a su carácter y aptitudes.):

1.

2.

3.

Dirección anterior, si la hubiera

Indique dos personas que le hayan conocido en esta dirección. (Es posible que sean consultadas.):

1.

2.

3.

Dirección anterior a la arriba citada, si la hubiera

Indique al menos dos personas que le hayan conocido en esta dirección:

1.

2.

3.

NOTA: Comprenderá que, *dadas* las circunstancias, El Actual ha de asegurar por todas los medios la *integridad de* su personal.

Las siguientes preguntas pretendían ejercer la máxima presión sobre cualquier persona que intentara engañar.

Si no reside en Pontefract, ¿por qué ha venido? (Dé razones específicas, no generalice.)

El personal que controle el concurso debe ser imparcial. Examine la fotografía aquí reproducida, sometida a la consideración de los concursantes. ¿Conoce o reconoce a alguna de las personas que salen en ella? Escriba «O» en las casillas de las personas que usted NO conoce. Sombree por completo las casillas de las personas que SI conoce.



(Enumérelas de izquierda a derecha) ¿Cuál es su nombre, o cuáles son sus nombres?

(Indique los nombres con los correspondientes números)

En qué circunstancias las conoció? (Haga el favor de ser concreto.)

Caso de ser aceptado/a, ¿cuándo puede empezar a trabajar?

Los aspirantes al empleo fueron presentándose poco a poco en la oficina: estudiantes del Seminario de San Griegand y de la Academia Céltica, así como numerosas mujeres de mediana edad que no sabían cómo emplear su tiempo. Gersen aplicó los sensores a cada aspirante para ajustar el mecanismo y comprobar la precisión de sus métodos. Su sistema de señales coloreadas, salvo unas pocas fluctuaciones y excepciones triviales, certificaba la inocencia de todos los aspirantes. La señora Ench, que también supervisaba el proceso del fallo, seleccionó un

grupo de candidatos para ocuparse del incesante flujo de correo. Cuando una carta llegaba a la oficina. pasaba por un numerador para establecer la prioridad de su recepción.

El mismo Gersen abrió y examinó un cierto número de cartas, pero descubrió una enorme disparidad de respuestas, todas ellas inconsistentes.

Por la tarde de un día extraordinariamente soleado, Gersen volvió de comer y reparó en una de las candidatas, una chica delgada, pelirroja; se fijó en ella de inmediato por dos razones. En primer lugar, su belleza era de un estilo poco usual. Su rostro, de frente despejada y pómulos salientes, descendía desde las finas mejillas hasta una pequeña barbilla y una boca rosácea bien dibujada, que incluso cuando estaba inmóvil sugería un sinfín de intrigantes posibilidades. Sus ojos azulgrisáceo, protegidos por espesas pestañas, eran claros y directos. Era algo más baja de lo normal, pero sin duda estaba construida de un material duradero; exhibía un espléndido bronceado, como si pasara la mayor parte del tiempo al aire libre. Habría podido ser una estudiante de alguna institución local. pero Gersen lo dudó. La vio por primera vez desde su ventana de pie al otro lado de la calle, con pantalones gris claro, cinturón negro y una capa también gris claro, que no correspondían en absoluto a la moda de la ciudad... Permaneció inmóvil unos momentos con expresión de tristeza, después enderezó los hombros, cruzó la calle y se perdió de vista. La señora Ench la introdujo un minuto más tarde en el despacho de Gersen.

Gersen le dedicó una breve ojeada. La expresión afligida se había desvanecido; daba la impresión de haberse serenado, y éste fue el segundo motivo que despertó el interés de Gersen. Un tercero, quizá el más importante de todos, se agitaba en su subconsciente.

La joven habló con voz ronca y agradable, caracterizada por el vestigio de un acento que Gersen fue incapaz de identificar.

-Según creo, ofrecen trabajo.

-Para personas cualificadas -recalcó Gersen-. Supongo que habrá oído hablar del concurso de *El Actual,* ¿no?

-Algo he oído.

-Necesitamos personal interino para ayudarnos en el concurso, aunque también contratamos trabajadores fijos.

Ella sopesó las palabras de Gersen. Éste se preguntó si su naturalidad era auténtica o fingida. Se cuidó de acentuar su formalidad, a medio camino entre la afabilidad y la arrogancia.

-Quizá podrían contratarme primero como ayudante del concurso -insinuó la muchacha-, y después, si trabajo bien, considerar la posibilidad de contratarme indefinidamente.

-Es muy posible. Le ruego que llene este formulario. Responda a todas las preguntas.

Ella repasó el cuestionario y suspiró. -¿Tantas preguntas?

-Consideramos que son las necesarias.

-¿Hacen las mismas preguntas a todos los aspirantes?

-Hay mucho dinero en juego -respondió Gersen con voz átona-. Debemos asegurarnos de que nuestro personal es absolutamente honrado.

-Comprendo.

Cogió el formulario y se fue al cubículo.

Gersen, fingiendo que estaba muy ocupado con unos papeles, apretó dos interruptores y encendió dos monitores que había encima de la mesa, mientras la pelirroja rellenaba el

formulario. En el de la izquierda aparecía su rostro, en el de la derecha el cuestionario y luces de colores que indicaban el veredicto de los detectores de tensión.

Ella empezó a escribir.

Nombre: Alice Wroke

Sexo: Femenino

La pregunta sobre el sexo y su respuesta, que certificaban una condición evidente, calibraban los instrumentos a un nivel básico. Por ejemplo, la pregunta generaría angustia en un hombre disfrazado de mujer y deformaría la interpretación de todas las otras lecturas. Además de los indicadores luminosos de colores, una gráfica registraba las respuestas en términos de unidades absolutas, de tal forma que era muy fácil detectar las respuestas anómalas. En la práctica, los indicadores luminosos suministraban información veraz. Las luces de colores significaban que Alice Wroke no había mentido respecto a su sexo y nombre, si bien la luz viró al rosa por un instante antes de que escribiera su nombre, como si hubiera pensado en dar un nombre falso. Aparentemente, las advertencias de su subconsciente habían quedado desveladas. ¡Sorprendente! Había confiado en que Treesong intentara infiltrarse en

El Actual, pero no esperaba que el agente fuera alguien como Alice Wroke. Gersen experimentó una oleada de salvaje excitación. El juego había empezado. Con el pulso acelerado, Gersen contempló como Alice Wroke escribía las respuestas a las preguntas que él había preparado.

Edad: 20[6]

Una clara luz azul; cierto.

Tipo de empleo deseado:

Alice titubeó en este punto. El color, que oscilaba entre el azul y el verde azulado, indicaba indecisión más que angustia. Escribió: Administrativa o periodista. Estoy cualificada para ambos.

Mientras escribía la última respuesta, el color verde azulado viró momentáneamente al verde, como si no estuviera segura de las capacidades que afirmaba poseer... Seguía dudando, y el verde se hizo más intenso. Añadió a su respuesta:

Sin embargo, estoy preparada para trabajar en cualquier cosa, y hacer todo cuanto se me exija.

Mientras meditaba sobre la siguiente pregunta, el color relampagueó de nuevo al verde azulado, indicando un elevado estado de conciencia.

Dirección actual:

El color no varió ni un ápice. Alice escribió: La Posada de San Diarmid.

Se trataba de un gran hotel cosmopolita en el corazón de la ciudad, frecuentado por turistas y viajeros de otros planetas, considerado menos prestigioso que el Penwipers, pero no carente de distinción y, desde luego, mucho menos caro. No parecía que Alice Wroke necesitara dinero con urgencia.

Lugar de nacimiento: Blackford's Landing, Terranova, Denebola V

Nombre de los padres:

---

[6] Es una convención general que la edad y casi todas las otras unidades de duración se expresen en términos terrestres.

Padre: Benjamin Wroke Dirección: Isla Salvaje Ocupación: Ingeniero

Madre: Eileen Sversen Wroke Dirección: Isla Salvaje Ocupación: Contable

Estas preguntas fueron respondidas sin angustia, excepto la referente a la *Ocupación del padre,* en que la luz brilló con un destello verde amarillento.

Ahora empezaban las preguntas que pretendían poner bajo tensión al presunto impostor.

Tiempo que lleva vivienda en la dirección actual:

Alice había esclarecido esta cuestión al identificarse como residente temporal en un hotel. Pese a ello, el indicador viró al verde brillante cuando escribió:

Dos días.

Personas que puedan dar referencias. Indique al menos dos:

1. Mahibel Wroke. The Blawens, calle Gungold
2. Sean Paldester. Dingle Lane, Tuoma

Un plácido azul centelleó en el indicador ante esta respuesta. La primera era con toda seguridad una pariente, y quizá también la segunda, que residía en Tuorna, un pueblo cercano.

Dirección anterior, si la hubiera:

El azul viró al verde y cambió un instante al amarillo. Gersen, con los ojos clavados en el rostro de Alice, vio que apretaba los labios, y luego se inclinaba hacia adelante con expresión decidida; al mismo tiempo el indicador cambió al azul. Escribió:

Isla Salvaje, Cytherea Tempestre

Las referencias eran:

1. Jason Bone Isla Salvaje

2. Jade Channifer Isla Salvaje

Respondió a la siguiente pregunta, relativa a un domicilio anterior, sin el menor rastro de tensión:

Avenida 1012-792, Blackford's Landing, Terranova. Denebola V Como referencias citó:

1. Dain Audenave Avenida 1692-753 2. WillowTarras Avenida 1941-777

Las siguientes preguntas eran las que intentaban ejercer la máxima presión.

Si no reside en Pontefract, ¿por qué ha venido?:

Mientras Alice estudiaba la pregunta, el indicador cambió al amarillo y luego al naranja. Su tensión disminuyó... El indicador volvió al verde. Escribió:

Para conseguir un empleo.

Alice pasó la página y descubrió la fotografía del concurso, así como la pregunta:

¿Conoce o reconoce a alguna de las personas que salen en ella?:

El amarillo destelló en el indicador, y después el naranja. Reflexionó un instante y el color se transformó en verdeamarillo. En seguida rellenó todas las casillas con «O». La luz viró al rosa en la casilla 6. Pasó con rapidez la página, para no mirar la fotografía, y su tensión disminuyó poco a poco hasta el verde.

¿Cuál es su nombre o cuáles son sus nombres?:

La luz viró al bermellón. Alice respondió a la pregunta con un trazo horizontal.

¿En que circunstanciar las conoció?:

Brilló la luz roja. Alice respondió con una segunda raya.

Caso de ser aceptado/a, ¿cuándo puede empezar a trabajar?:

La luz se difuminó al verde y luego al azul verdoso, como aliviada.

Ahora mismo.

El cuestionario estaba completo. Mientras Alice lo releía, Gersen la miró a la cara. Esta esbelta pelirroja era el instrumento de Howard Alan Treesong. No sería extraño que le conociera por otro nombre, y en ese caso tal vez ignorara su reputación. A su debido tiempo sabría la verdad... Gersen se puso en pie y cruzó la sala. Ella levantó la vista con una sonrisa insegura.

-Acabo de terminar. Gersen ojeó las respuestas.

-Todo parece estar en orden... Usted procede de Terranova, por lo que parece.

-Sí. Mi familia se trasladó a Virgo hace cinco años. Mi padre es..., bueno, consejero en Isla Salvaje. ¿Ha estado allí?

-No, creo que es un lugar muy diferente de éste.

Gersen consiguió expresarse en un tono de fatigada desaprobación. Alice la estudió con la mirada sin expresar la menor emoción, salvo una chispa de estupor. Respondió con un tono de voz carente de entonación.

-Sí, es una especie de país de los sueños, no del todo real. -Por curiosidad, ¿por qué se marchó?

Alice se encogió de hombros. -Quería viajar y ver otros mundos.

-¿Tiene intención de volver?

-No lo sé. De momento sólo me interesa trabajar en El Actual. Siempre quise ser periodista.

Gersen paseó por la sala, las manos en la espalda, una figura de pomposa elegancia.

-Consultaré un momento con la señora Ench. Averiguaré qué puestos libres quedan.

-Gracias, señor.

Gersen entró en la sala del concurso, donde una docena de empleados examinaba grandes sacas de cartas. Consultó el ordenador y comprobó que trece personas ya habían identificado al número siete como John Gray, y otras diez afirmaban que el número cinco era Sabor Vidol, identificaciones que podían considerarse definitivas. El hombre alto y enjuto con frente de filósofo y mandíbula zorruna era conocido por una gran variedad de nombres: Bentley Strange, Fred Framp, Kyril Kyster, señor Wharfish, Silas Sparkhammer, Arthur Artleby, Wilton Freebus y una docena más.

Gersen volvió a su despacho. Alice Wroke se había instalado en una silla cerca de su escritorio. Gersen se detuvo para admirar el agradable contraste que producían sus rizos rojoanaranjados y la piel bronceada. Ella sonrió.

-¿Por qué me mira así?

-Lo menos que se puede decir, señorita Wroke -dijo Gersen con

su voz más nasal y pomposa-, es que resulta usted de lo más decorativo, aunque me veré obligado a rogarle, si acepta el empleo, que se vista con algo más de discreción.

-¿Quiere decir que me aceptan?

-Esta noche comprobaré sus referencias, y estoy seguro que contribuirán a reforzar mi opinión favorable sobre usted. Le sugiero que se presente mañana a trabajar al segundo toque de gong.

-Muchas gracias, señor Lucas. -La sonrisa de Alice no transparentaba una gran emoción. Más bien parecía cansada y desalentada-. ¿Dónde trabajaré?

-La señora Ench cuenta de momento con personal suficiente; sin embargo, necesito alguien que me ayude en la oficina cuando me ausente. Creo que usted está en condiciones de realizar el trabajo.

-Gracias, señor Lucas.

Alice se puso en pie. Dedicó una mirada de soslayo a Gersen, coqueta, tímida, perpleja, triste y aprensiva a la vez.

Ella salió del despacho. Gersen la siguió con la mirada. Curioso, muy curioso.

4

Un antiguo compañero rememora la figura de Howard Alan Treesong, que contaba por entonces dieciocho años de edad, cuando trabajaban juntos en la fábrica de la Elite Candy Company, en Filadelfia:

«Era inquieto, variable e impredecible como una gota de mercurio en una mesa, pero siempre me llevé bien con él. Parecía apacible y razonable, y por cierto que era inteligente y divertido, con cierta propensión a las bromas pesadas. A veces, llevaba la travesura muy lejos..., demasiado lejos. Un día trajo una caja llena de insectos muertos (cucarachas, abejorros, escarabajos), y con gran esmero fue depositando uno grande en cada tarta de chocolate. Las envió en una remesa y me dijo con una expresión soñadora en el rostro: "Me pregunto quién recibirá mi pequeña sorpresa".

»Pero no fue eso lo que le costó el empleo. Había una vieja loca llamada Fat Aggie que siempre llevaba zapatos negros de tacón alto; se los quitaba cuando se ponía a trabajar. Howard le robó los zapatos y llenó uno con pasta de cacahuete y el otro con nuestras Supremas Delicias de Melcocha con Miel. Luego los volvió a colocar bajo la silla de Aggie. »Por esta jugarreta le despidieron. Nunca le volví a ver.»

Alice Wroke apareció en la redacción de El Actual a la mañana siguiente, luciendo un conjunto de lana azul cielo que se amoldaba admirablemente a sus deliciosas formas. Sujetaba el pelo con una cinta negra; una imagen cautivadora cuando cruzó la vieja puerta de madera. Era lo bastante inteligente como para darse cuenta de la impresión que causaba, lo que tranquilizó a Gersen. La vestimenta no era ni con mucho tan conservadora como él había sugerido, pero

decidió dejarlo correr; no ganaría nada exagerando su papel de caballero chapado a la antigua. Alice Wroke, que aparentaba no sólo inteligencia sino también intuición, no tragaría el anzuelo.

-Buenos días, señor Lucas -saludó Alice con voz suave-. ¿Qué quiere que haga?

Por la mañana, el ayuda de cámara del Penwipers había entregado a Gersen unos pantalones grises a rayas lavándula, una levita negra ajustada en los hombros y acampanada en las caderas, una camisa blanca de cuello almidonado, y una corbata a rayas negras y lavándula, a lo que el conserje mayor había añadido un sombrero negro de ala inclinada y ceñido por una cinta púrpura. Gersen se sintió molesto y ridículo; le bastaba encoger los hombros para que el sombrero se deslizara por su nuca. Su disgusto e irritación, junto con la necesidad de mantener la barbilla erguida por culpa del rígido cuello, le prestaban la apariencia de alguien que desdeña abiertamente a los seres vulgares, con los que no tiene otro remedio que relacionarse. «Bien, qué le vamos a hacer», pensó Gersen.

-¡Señorita Wroke! -dijo Gersen con una voz acorde con su atavío-. Después de consultar con la señora Ench, he decidido que, al menos por un tiempo, será mi secretaria particular. He descubierto más documentación de la que puedo controlar yo solo y, si me permite decirlo, añade usted un toque de color a mi despacho, que buena falta le hacía.

Una mueca de disgusto, que divirtió a Gersen, asomó por un instante en el rostro de Alice Wroke. Una situación muy peculiar. Si Alice Wroke era de veras la cómplice de Howard Alan Treesong, no carecería de maldad. Difícil de creer... Gersen inventó tareas para mantener a Alice ocupada, y fue a comprobar las tabulaciones.

La correspondencia ya llenaba un cajón. Seis empleados abrían las cartas, examinaban el contenido e introducían la información en el racionalizador. Gersen se dirigió a las pantallas situadas al final de la sala, que sólo él y la señora Ench podían utilizar. Pulsó un botón para obtener la lectura de las tabulaciones.

Diecinueve personas habían identificado al número 7 como John Gray, de Cuatro Vientos, en Alphanor; su identidad podía considerarse definitiva. La misma conclusión con respecto al número 5, Sabor Vidol, de Londres, la Tierra; el número 2, Sharrod Yest, de Nova Bactria; y el número 9, A Gieselman, de Largo Desfile, Espandencia, Algenib IX. Al número 6 se le conocía por una infinidad de nombres a lo largo y ancho del Oikumene: Kyril Kyster, Timothy Trimmons, Bentley Strange, Fred Framp, Silas Sparkhammer, Wilson Whar6sh, Oberon... Al número 4 se le identificó en un par de ocasiones como Ian Bilfred, del Instituto Técnico Pallas, de Pallas, Alcyone.

Gersen volvió a su despacho y recordó, al traspasar el umbral de la puerta. que debía asumir de nuevo la personalidad de Henry Lucas. Durante su ausencia, Alice había reconsiderado sus tácticas y para manipular mejor a aquel botarate tan engalanado adoptó un comportamiento más afable, que lindaba incluso con el flirteo. «Estupendo -pensó Gersen-. ¿Porqué no?»

-Me gustaría poder recordar si he leído alguno de sus artículos, señor Lucas. Su nombre me es muy familiar.

-Es posible, señorita Wroke, muy posible.

-¿Escribo sobre algún tema en especial?

-Crimen, depravación, hechos espantosos. Alice le miró con desconfianza.

-¿De veras? -preguntó.

Gersen advirtió que se había quitado la máscara por un instante. Hizo un gesto afectado.

-Alguien ha de hacerlo. ¿Cómo se enteraría el público, si no?

-Pero no parece estar muy interesado en tales asuntos.

-¿Ah, no? ¿Qué temas considera más apropiados para mí?

-Cosas civilizadas -replicó Alice con la misma expresión anterior de recelo-. Los mejores restaurantes, por ejemplo, los vinos de la Tierra, la Leche Pura[7] o las danzas Si Shi Shim.

Gersen meneó la cabeza con pesar.

-Ésos no son mis temas. ¿Qué me dice de usted?

-Oh, no me he especializado en nada concreto.

-¿Cómo son esas danzas Si Shi Shim?

-Bueno..., se necesita la música apropiada. Gongs, flautas de agua, un kurdaitsy... Es un animal domesticado más bien repulsivo, que chilla cuando le estiran el rabo. La única indumentaria que se utiliza consiste en brazaletes de plumas, pero ni a los bailarines ni a los espectadores les importa demasiado. De todas formas, no bailo bien.

-Oh, vamos, no sea modesta. Hágame una demostración.

-Por favor, señor Lucas, imagine que alguien entrara en el despacho y me viera dando vueltas como una peonza. Pensaría lo peor.

-Tiene razón -admitió Gersen-. Debemos dar un ejemplo de decoro, al menos en horas de trabajo. ¿Dónde se aloja?

-Continúo en el San Dairmid.

La respuesta de Alice fue seca y fría.

-¿Está aquí sola? Quiero decir, ¿no tiene parientes ni amigos en la ciudad?

-Estoy completamente sola, señor Lucas. ¿Por qué lo pregunta?

-Simple curiosidad, señorita Wroke. Espero no haberla molestado.

Alice se encogió de hombros como disculpándose, y volvió al trabajo que Gersen, con cierto esfuerzo, le había entregado.

A mediodía, una camioneta cargada de comestibles se detuvo frente al edificio. A la señora Ench y a sus empleados les fue servida la comida en un pequeño comedor; Gersen y Alice Wroke comieron en el despacho del primero. Alice expresó su sorpresa por la discriminación.

-¿Por qué no comemos todos juntos? Tengo ganas de saber cómo va el concurso.

Gersen meneó la cabeza con aire magistral.

-No es posible. Mis superiores han ordenado máxima seguridad, debido a los rumores.

-¿Rumores? ¿Qué rumores?

-Se dice que un famoso criminal se encuentra interesado en el concurso. Personalmente, soy escéptico, pero ¿quién sabe? Hemos habilitado dormitorios para nuestros empleados aquí. No abandonarán el edificio hasta que no se haya proclamado el ganador.

-Parece un poco exagerado. ¿Quién es el famoso criminal?

-Son puros disparates. ¡Me niego a difundir semejantes tonterías! Alice se mostró altiva.

-En realidad, no me interesa.

---

[7] Cerámica muy apreciada, que se fabrica en las islas Susimara del planeta Sol Amarillo.

A partir de ese momento, guardó silencio durante la comida y se limitó a mirar con curiosidad a Gersen de vez en cuando.

Después de comer, Gersen inventó más trabajo para Alice, y luego se caló el sombrero con gran cuidado.

-Estaré ausente alrededor de una hora. -Muy bien, señor Lucas.

Gersen fue al hotel Penwipers. Desde la habitación llamó a la Posada de San Diarmid.

-Con la señorita Wroke, por favor.

-La señorita Wroke no está en el hotel, señor -respondió la recepcionista después de una pausa.

-Creo que tiene la habitación doscientos sesenta y dos, ¿verdad? -No, señor, la cuatrocientos cuarenta y una.

-¿Hay algún miembro de su grupo en la habitación?

-La señorita está sola, señor. ¿Quiere dejar algún mensaje?

-No, no era nada importante.

-Gracias, señor.

Reunió varios aparatos y los metió en la maleta. Para evitar dificultades en la recepción se puso el traje de tarde y salió del hotel.

Era la hora del té y las viejas calles mojadas de Pontefract estaban abarrotadas de hombres con anchos trajes marrones y negros, así como de voluminosas y sonrosadas mujeres con grandes faldas estampadas y capas negras. Gersen no tardó en llegar a la Posada de San Diarmid. Entró y examinó el vestíbulo sin advertir nada anormal.

Se acercó a la recepción, y fingió que hacía cálculos en una hoja de papel. El empleado le observó unos momentos, y luego le abordó. -¿Puedo servirle en algo, señor?

Gersen escribió varias cifras en el papel mientras el empleado le contemplaba con perplejidad.

-Necesito una habitación para varios días o una semana, lo que dure el Congreso de Numerologistas. Las vibraciones matemáticas indican el número cuatrocientos cuarenta y uno, de modo que tomaré esa habitación.

Gersen colocó un UCL sobre el mostrador, y el empleado se apresuró a consultar el ordenador.

-¡Qué pena, señor! La habitación ya está ocupada.

-Entonces me quedaré con la cuatrocientos cuarenta o la cuatrocientos cuarenta y dos.

-Puedo ofrecerle la habitación cuatrocientos cuarenta y dos, señor.

-Ya me irá bien. Soy Aldo Brise.

Una vez alojado en la habitación 442, Gersen situó un micrófono en el panel que la separaba de la contigua. En la 441 reinaba el silencio.

Se arrodilló en la esquina, practicó un agujero e insertó un dispositivo de escucha casi invisible. Conectó una grabadora que acopló al teléfono. Escondió la grabadora en un cajón, abrió el circuito, lo verificó y se marchó.

Volvió a su despacho, cruzó la sala, se quitó el sombrero con todo cuidado y lo depositó sobre un estante. Luego favoreció a Alice con un majestuoso movimiento de cabeza, al que ella correspondió con un murmullo inaudible y una rápida mirada de reojo, disimulada por sus largas y oscuras pestañas. Gersen se sentó ante su escritorio con un gruñido y, a juzgar por el fruncimiento de sus cejas, estuvo reflexionando durante cinco minutos. Luego se levantó, salió al pasillo y entró en la sala del concurso.

Los empleados estaban muy atareados. Gersen estudió los listados del racionalizados. La identificación de todos los sujetos podía considerarse completa, excepto en el caso del número 6, que era conocido por numerosos nombres. Nadie había utilizado todavía el de Howard Alan Treesong.

Gersen volvió al despacho. Alice levantó la vista del escritorio. -¿Cómo va el concurso?

-Extraordinariamente bien, desde el punto de vista promocional. Las respuestas exceden nuestras previsiones en un diecisiete por ciento.

-¿Ha ganado alguien el gran premio?

-Aún no.

-¿Por qué usaron esta fotografía en particular?

Gersen caminó hacia su escritorio y se sentó con la gravedad de un juez.

-Nunca pensé en preguntarlo -dijo Gersen con voz nasal. Alice arrugó las comisuras de los labios, pero no dijo nada.

Al cabo de unos instantes, Gersen juntó las yemas de los dedos. -Creo que puedo informarle, de forma confidencial, por supuesto, de que todos nuestros personajes, salvo uno. han sido correctamente identificados.

Alice se encogió de hombros con indiferencia. -No me interesa en absoluto, señor Lucas.

-Está bien -contestó Gersen, risueño-, no nos enfademos por tan poca cosa. Si no recuerdo mal, me dijo que su casa estaba en Cytherea Tempestre, ¿no es así?

-Sí, durante varios años, al menos.

-Creo que la gente se comporta con mucha informalidad en Cytherea.

-No estoy segura de lo que quiere decir con la palabra «informalidad», -¿No suelen permitirse, digamos..., algunos excesos?

-Sí, en ocasiones. Los turistas suelen comportarse mal cuando están lejos de casa. Algunos de los peores son de Pontefract.

Gersen soltó una carcajada. Alice le miró de reojo y pensó: «Este idiota es humano, a pesar de todo».

-¿Ha visitado alguna vez los casinos de Isla Salvaje? Me han dicho que la gente pierde enormes cantidades de dinero.

-Lo que no sé es cómo confían en ganar.

-El dinero que pierden va a parar a los bolsillos de famosos criminales -afirmó Gersen con severidad.

-Eso he oído. Mi padre se llena los bolsillos, por así decirlo, en los casinos, pero no creo que sea un famoso criminal.

-Espero que no. ¿Es un jugador?

-Todo lo contrario. Inventa máquinas de juego y las prepara para que desplumen a los jugadores. Se divierte mucho con su trabajo. A veces dice que no tiene la menor simpatía por los jugadores. Los considera autoindulgentes, idiotas y perezosos, cuando no psicóticos. -Alice examinó a Gersen con expresión de inocencia-. Confío en que no sea usted jugador, señor Lucas, no quisiera herir su sentimientos.

-No se preocupe, señorita Wroke. No soy ni jugador ni vulnerable a los insultos que no me atañen.

-En cuanto al concurso, ¿a quién no han identificado todavía? -Al número seis.

-¿Cuándo terminará el concurso?

-No lo sé. -Gersen consultó el reloj-. No le daré más trabajo por hoy, señorita Wroke. Puede marcharse cuando guste.

-Gracias, señor Lucas. -Alice se puso la chaqueta y caminó hacia la puerta. Se detuvo y dedicó a Gersen una mirada vacilante-. ¿Habrá algo más esta noche, señor Lucas?

-No, gracias, señorita Wroke. Nos veremos mañana.

Alice se fue. Gersen volvió a la sala del concurso y estuvo un rato contemplando a los trabajadores. De nuevo en su oficina, se quitó el abrigo y sometió paredes, ventanas, techo, suelo y todos los objetos de la habitación a una minuciosa y detenida inspección. En caso de necesidad, habría traído consigo aparatos para detectar cualquier alteración en el flujo de energía, pero la medida hubiera atraído la atención sobre su persona. Reparó en una casi imperceptible telaraña situada en una esquina del techo, apenas visible para el ojo.

Tras cinco minutos de inspección decidió que, en efecto, era obra de una araña y la quitó.

Se sentó en una silla, el cuello abierto y la corbata desanudada, y reflexionó. Pronto empezaría a anochecer. Gersen entró en la sala del concurso, donde ya trabajaba el turno de noche. Contempló la actividad durante minutos, se arregló la ropa, salió de las oficinas y paseó a través de la fría niebla nocturna hasta el Penwipers.

El portero le saludó con una grave reverencia; el conserje mayor se apresuró a coger su sombrero y le ayudó a subir la escalera, como si fuera un hombre centenario.

Gersen cerró la puerta de sus aposentos. Se quitó el abrigo y se acomodó frente al teléfono... Vaciló, con la mano alzada en el aire, y suspiró con agria alegría. ¿Aparatos de escucha en el Penwipers? ¡Impensable!

Para asegurarse del todo (a fin de cuentas, las puertas carecían de cerrojo), comprobó con su detector las habitaciones. No localizó células espía.

Gersen llamó a la habitación 442 de la Posada de San Diarmid.

-El señor Brice no está -respondió su contestador automático-. Deje el mensaje, por favor.

Gersen pronunció la palabra que activaba la grabadora. Una nota musical le informó de que algo se había grabado, así como la hora en que sucedió: sólo hacía treinta minutos.

El primer sonido fue la voz de Alice. «El señor Albert Strand, por favor.»

«Gracias, señora. -Una voz institucional, pensó Gersen. Un momento después-: ¡Hola, Alice!»

«Hola, señor Sparkhammer: Yo...»

«¡Silencio, Alice! ¡Y también cautela! Recuerda que aquí soy el caballero Albert Strand, de los Strand de Wamb County.»

«Perdón. ¿Hay alguna diferencia?»

«Quién sabe. -La voz era jovial-. Nos enfrentamos a personas inteligentes. Eso no quiere decir que no podamos manejarlas, pero es mejor que aprovechemos nuestras ventajas. ¡Audacia, energía, cautela, decisión; ésta es nuestra contraseña!»

«No olvide el miedo», decía Alice con voz suave. «¡Y el miedo, claro! Bien, ¿qué has averiguado?»

Era una voz rica, perfectamente controlada. Gersen escuchó con extasiada atención.

«Esta mañana, cuando llegué a la oficina, el señor Lucas me dijo que iba a ser su secretaria particular», dijo Alice en un tono casi inexpresivo. «Oh, querida mía, no había previsto eso. Bien, ¿qué me cuentas del señor Lucas?»

«Es muy cuidadoso en lo tocante a seguridad..., extremadamente cuidadoso. No se me permite la entrada en la sala del concurso. Hoy lo intenté dos veces mientras él estaba ausente, pero la señora Ench me rechazó. Pregunté al señor Lucas cómo iba el concurso y se puso insufriblemente pomposo. Dijo que todas las personas de la fotografía habían sido identificadas, excepto una..., la número seis. Hasta el momento no se ha declarado a nadie ganador.»

«¿Eso es todo?»

«Temo que sí. El señor Lucas es muy reservado. Es un fatuo y estúpido lechuguino, pero un estúpido sagaz, si entiende lo que le quiero decir.»

«Perfectamente. Aun así, no parece indiferente a tus notables encantos.»

«Bueno... No estoy segura.»

«¡Bien, pues averígualo! No podemos perder más tiempo. Importantes empresas me aguardan en un futuro inmediato.»

«Haré lo que pueda, señor Strand. -Alice vaciló y añadió-: Aún es hora de que me explique claramente lo que he de averiguar.»

«¿Ah, sí? -La voz del señor Strand adquirió un tono agrio y venenoso-. ¡Averigua por qué están utilizando esta fotografía en particular, cuándo y dónde la consiguieron! ¡Algo se está tramando, algo se esconde tras ese concurso, y quiero saber lo que es!»

La conversación finalizó.

Alice dio su segundo informe al día siguiente.

«Soy yo, Alice. No puedo contarle mucho. Hoy ha sido un día parecido al de ayer. Intenté hablar del concurso, pero el señor Lucas no respondió a mis preguntas. Se limita a sentarse y a mirarme con disimulo.»

«El tiempo se está agotando, Alice. -El señor Strand hablaba con voz áspera y apremiante, contrariamente al tono meloso empleado el día anterior-. Quiero resultados. Ya conoces las circunstancias.» «Probaré otra vez mañana», respondió Alice en un murmullo. «Sera mejor que pruebes algo efectivo.»

«No sé qué. Es tan reservado...»

«Llévatelo a la cama. Es difícil ser reservado cuando estás desnudo.» «Señor Sparkhammer..., quiero decir señor Strand..., ¡no puedo comportarme de esa forma! ¡No sabría cómo!»

«Mira, Alice, todo el mundo sabe cómo. -El señor Strand soltó una risotada, y su voz perdió aquella aspereza amenazante hasta adquirir un tono alegre, dinámico, casi quebradizo-. Si debes, puedes hacerlo..., ¡y es preciso que lo hagas!»

«Señor Strand, de veras, yo no...

«¡Alice, exageras la cuestión! Es de lo más simple: tú le sonríes, él te invita a cenar. Una cosa conduce a la otra y, casi sin daros cuenta, ya estáis en cueros. El señor Lucas resuella como un oso en celo. Tú empiezas a hacer pucheros. »

»"¡Mi querida Alice! -grita el señor Lucas-. ¿Por qué lloras en este momento de éxtasis?"

»"Porque, señor Lucas, estoy triste y tengo miedo. Usted sólo está jugando conmigo, ¿verdad?"

»"De ninguna manera, Alice. Ardo en deseos por ti, ¿no lo ves? ¡El solo pensamiento de tus rizos rojizos extendidos sobre esa blanca almohada me pone fuera de mí! ¡Tómame el pulso! ¿Engañarte? ¡Nunca! ¡Soy tu más devoto esclavo!"

»"Pero usted me trata como a una extraña. ¿Por qué no es capaz de demostrar sus sentimientos?"

»"¡Me muero por hacerlo!"

»"No de esta manera. Exijo toda tu confianza y estima. Por ejemplo, cuando muestro un interés natural en los asuntos de la oficina, como el concurso, me das la espalda. Por eso estoy triste."

»"Humm, humm... No quisiera que un asunto tan insignificante se interpusiera entre nosotros. Mañana, en la oficina..."

»"No, Henry, te enfriarás de nuevo. Has de decírmelo ahora para probar tu fe en mí."

»"Bueno, en realidad es muy sencillo."

»Y así..., de esta forma, se descubren todos los secretos, con un buen polvo. Por la mañana, cansada pero feliz, me comunicarás lo que has averiguado y todo marchará bien. De lo contrario... -el señor Strand hizo una pausa-..., de lo contrario -su voz disminuyó la mitad de una octava-, no podré asegurarte eso último.»

«Entiendo.»

«¿Podrás hacer el trabajo?»

«Supongo que sí.»

«Recuerda que el tiempo es esencial, puesto que tengo un compromiso ineludible; una reunión de antiguos compañeros de clase en concreto. De modo que haz el favor de dedicar todos tus esfuerzos a este proyecto, de la forma que te he indicado. Al fin y al cabo, fuiste enviada a Pontefract precisamente para ejercer esta función.»

«Haré todo cuanto pueda, señor Strand.»

«Estoy seguro de que así será.»

La conversación terminó; luego, se hizo el silencio en la habitación.

5

De *Fauna de los planetas de Vega,* volumen III: «Los peces de Aloysius», por Rapunzel K. Funk:

«El *gaid,* también conocido como *tren nocturno,* es un espléndido pez de lustroso color negro, que suele alcanzar una longitud de seis metros. El cuerpo está excepcionalmente bien formado, con una sección transversal casi redonda. La cabeza es ancha y provista de un solo ojo, una ranura auditiva y una amplia boca, que al abrirse exhibe una impresionante dentición. Una cadena de cincuenta y una espinas dorsales, rematada cada una con un emisor lumínico que produce por la noche un resplandor azulado, se extiende desde la base de la cabeza hasta la cola.

»El *gaid* nada de día bajo la superficie, y se alimenta de algas, borsas y criaturas similares. El *tren nocturno* sale de noche a la superficie y recorre el océano con todas las luces encendidas.

»Los viajes pelágicos del *tren nocturno* constituyen un misterio; el pez se desplaza en línea recta, como si se dirigiera hacia un destino concreto, que puede ser un cabo, una isla, o quizá un lugar no especificado en mitad del océano. El *tren nocturno* se detiene cuando está a punto de llegar a su destino, flota tranquilamente durante media hora, como si descargara, tomara pasajeros o aguardara órdenes; luego da media vuelta con lenta y majestuosa deliberación. Oye una señal y se pone en marcha hacia su próximo destino, que acaso se encuentre a cinco mil millas de distancia.

»Tropezarse con este noble pez por la noche, mientras hiende las negras aguas de los océanos de Aloysius, es una experiencia realmente excitante.»

Gersen se sentía inquieto, nervioso. Salió al anochecer a pasear por las tortuosas calles de Pontefract.

Casi sin darse cuenta se encontró ante la Posada de San Diarmid. Se detuvo y contempló lo que para los habitantes de Pontefract constituía

una fachada llamativa, pintada de azul cielo y con tejas púrpura. Gersen cruzó la plaza Mullawney y se internó en el viejo barrio de Partee, una zona repleta de tabernas, tiendas raras, estudios de artistas, chiringuitos de pescado frito y burdeles discretos, que se distinguían por una bombilla encendida de color verde, cumpliendo así una antigua legislación. No tardó en llegar a los muelles.

Paseó la vista por la bahía de Bottleglass hasta las lejanas luces de Port Rufus. La brisa le trajo el olor de las tierras bajas de Aloysius. Gersen había paseado por numerosas playas de otros tantos mundos. Ninguna olía igual a otra... Al final de un malecón cercano brillaba una ristra de luces coloreadas, que adornaban la entrada de un restaurante, acogedor y limpio en apariencia, con manteles a cuadros rojos sobre las mesas. El nombre del restaurante era Murdock's Bay View Grill.

Gersen entró y pidió una cena compuesta por especialidades del local, la mayoría de tipo marino. La cocina de Aloysius tendía a ser insípida, pero Murdock, por el contrario, no parecía hacerle ascos a las hierbas aromáticas y a las salsas picantes... Gersen miró durante largo rato las luces de Port Rufus y escuchó el murmullo lento de las olas que acariciaban los viejos pilotes.

Gersen experimentaba la sensación de que con el tiempo adquiría más manías, que ni siquiera podía definir. En los primeros años de su carrera todas sus emociones giraban alrededor del odio, la aflicción y la sed de venganza. Carecía de sentido del humor, se aferraba

con tozudez a la pasión que controlaba su vida, pero ahora sus intereses apuntaban en múltiples direcciones. ¿Cuál era el más poderoso? Una pregunta estéril, sin duda... Sus estrategias, pensó, funcionaban en parte. Sabía que Howard Alan Treesong no se hallaba lejos, quizá en el mismo Pontefract. Era factible que en estos precisos momentos anduviera por las viejas y estrechas calles o se alojara en algún buen hotel, enfrascado en sus pensamientos, maquinando planes.

Gersen paseó la mirada por el restaurante. Howard Alan Treesong estaría cenando en cualquier parte... No distinguió ningún cliente del Murdock's Bay View Grill que respondiera a la descripción del delincuente: alto, flaco, frente de filósofo, barbilla zorruna. Treesong se hallaba en otro sitio.

Gersen llamó por teléfono al hotel Penwipers.

-Soy Henry Lucas. ¿Se ha registrado mi amigo Strand? ¿No? ¿Y el señor Sparkhammer? ¿Tampoco? Le ruego que me haga un favor, con la mayor discreción, y sin mencionar mi nombre; intente averiguar dónde se alojan los señores Strand y Sparkhammer.

-Procuraré complacerle, señor.

Gersen volvió a su mesa. Había escasas posibilidades de localizar a Treesong con tanta facilidad. Era necesario azuzarle, provocarle, engañarle, y Alice Wroke sería la intermediaria. Un juego fascinante, musitó Gersen, desde el momento en que Alice lo consideraba pomposo, anticuado, presumido, fatuo y estúpido.

Gersen abandonó el restaurante y tomó el camino de Penwipers. El recepcionista, como ya imaginaba, no había podido localizar ni al señor Strand ni al señor Sparkhammer. Gersen le aseguró que no tenía importancia y subió a su habitación.

La señal que había dejado en la puerta continuaba intacta, por lo que estuvo seguro de que nadie había intentado irrumpir en su habitación.

A la mañana siguiente, el ayuda de cámara se superó a sí mismo y vistió a Gersen de una forma espléndida que hasta el portero se quedó contemplándolo con admiración. Cuando Gersen llegó a las oficinas de El Actual. Alice Wroke ya estaba sentada ante su mesa. Gersen la saludó con suma cortesía y ella respondió de igual manera. Llevaba una falda de lana marrón, larga hasta la rodilla, y una camiseta beige que se amoldaba maravillosamente a su figura esbelta. Se había cepillado el pelo rojoanaranjado hasta arrancarle brillo. Gersen tomó asiento ante su escritorio y fingió ignorarla. Varias veces tropezó con su mirada, que lo tasaba, valoraba e interrogaba.

Gersen fue a la sala del concurso. La señora Ench le entregó una carta.

-¡Un ganador en potencia, señor Lucas, tal vez incluso el ganador! ¡Y qué extraño resulta todo!

Gersen leyó la carta:

El Actual, a la atención del director del Concurso Pontefract, Aloysius

Señores:

He identificado a todas las personas de la fotografía. Me tocó a mí atenderles en el terrible acontecimiento que les costó la vida. La fotografía fue tomada en la sala Rainflower de la Posada de Isla Salvaje. Estaban a punto de cenar un chamay que, inexplicablemente, envenenó a todos los comensales, excepto al señor Sparkhammer.

Los nombres de los que se hallan sentados a la mesa, de izquierda a derecha, son:

Sharrod Yest

Dianthe de Trembuscule

Beatrice Utz

Robun Martiletto

Sabor Vidol

Stanley Sparkhammer

John Gray

Los hombres de pie son:

Ian Bilfred

A Gieselman

Artemus Gadouth

Sé sus nombres por las tarjetas que yo mismo coloqué para indicar sus asientos. Otros dos hombres estaban presentes. Ninguno de los dos tomó charnay, de modo que sobrevivieron. Siempre se hace la fotografía para registrar el símbolo del chef que prepara cada charnay. Los símbolos son pequeños banderines propios de cada lugar. Lo que asombra en este caso es que el charnay fue preparado por varios chefs. Evidentemente, un utensilio emponzoñado sirvió para esparcir el veneno.

Confío en haber cumplido los requisitos del concurso y ser proclamado ganador.

Cletus Parsival

Posada de la Isla Salvaje

Isla Salvaje, Cytherea Tempestre

-Muy interesante -comentó Gersen-. No cabe duda de que la carta es auténtica.

-Soy de la misma opinión. -La señora Ench miró a Gersen con curiosidad-. ¿Sabía lo que cuenta este tal Parsival..., que esos hombres murieron envenenados?

-Estoy tan sorprendido como usted, pero eso no perjudicará las ventas de El Actual.

-¿Cómo es posible que alguien quisiera comer ese charnay, sabiendo que estaba envenenado? ¡Extraña circunstancia!

-En efecto, señora Ench.

-Bien, parece que el señor Parsival ha acertado todos los nombres.

-Todos, excepto el seis. Sparkhammer no es su nombre auténtico.

-Humm. Ese número seis es un misterio en lo tocante a su identidad.

-Sí, un caso muy enigmático.

-Me siento inclinada a considerar ganador al señor Parsival y dar esto por concluido. Es el que ha acertado más nombres.

-Estoy de acuerdo, pero aún debemos esperar a examinar las restantes respuestas. ¿Cómo va el correo?

-Más o menos igual; quizá haya disminuido un ápice.

-Muy bien, señora Ench, continúe el trabajo, y advierta a sus empleados que estén atentos a cualquier mención del número seis.

-Así lo haré, señor Lucas.

Al contrario que Alice Wroke, la señora Ench consideraba a Gersen un caballero educado y amable, «sin el menor defecto», como puntualizaba a su hermana.

Gersen volvió con la carta a su oficina. Alice preguntó con interés:

-¿Tiene buenas noticias?

Gersen se derrumbó en su silla. Alice aguardó con una expresión de vivaz expectación en el rostro.

-Debo comunicarle que hemos recibido una carta en la que se identifican todas las personas -dijo Gersen con su voz más nasal y los ademanes más afectados.

-¿Correctamente?

-Afirma que colocó las tarjetas en el banquete. -Lo que significa que los nombres serán correctos.

-No necesariamente. Albergo serias dudas sobre uno.

-¿Ah, sí? ¿Cuál?

-No estoy seguro de que deba comentarle este asunto, Alice -respondió con gravedad Gersen-. Aún no, en cualquier caso.

El rostro de Alice se ensombreció y se torció en una mueca. Gen, en, que la miraba de reojo, pensó: «Ahora pensará en la mejor forma de emplear sus encantos».

Alice se levantó con brusquedad y sirvió dos tazas de té. Colocó una ante Gersen, se llevó la otra a su escritorio y se reclinó en la silla. -¿Siempre ha vivido en Pontefract, señor Lucas?

-He viajado a muchos lugares, desde luego. Alice suspiró.

-Pontefract parece tan impersonal, incluso algo triste después de cinco años en Isla Salvaje.

-Lo primero que no entiendo es por qué vino aquí -dijo Gersen sin expresar la menor simpatía.

Alice se encogió de hombros.

-Por una docena de razones. Deseos de viajar, inquietudes... ¿Ha visitado Cytherea?

-Nunca. Tengo entendido que impera una filosofía hedonista, y que los habitantes viven de una manera muy poco convencional.

Alice rió y dirigió a Gersen una sarcástica mirada de soslayo.

-En ocasiones es verdad, pero no siempre. En Isla Salvaje encontrará todo tipo de estilos de vida. Mi padre es casi tan convencional como usted.

Gersen enarcó las cejas.

-¿Cómo? ¿Me considera convencional? -Sí, hasta cierto punto.

-Ajá -gruñó Gersen, como dando a entender que las opiniones de Alice eran inmaduras y superficiales-. Cuénteme más cosas sobre lila Salvaje. ¿Es cierto que los casinos están controlados por criminales?

-Ese rumores muy exagerado. Mi padre no es un criminal. -Pero nunca gana nadie.

-Claro que no.

-¿Suele ir a los casinos?

-No, son muy poco divertidos.

-¿Isla Salvaje es una ciudad?

-Un enclave turístico, más bien: casinos, hoteles, restaurantes, puertos de yates, playas y montones de chaletitos en las colinas. Ya no es salvaje, por supuesto.

-¿Ha comido charnay en algún restaurante? La pregunta cogió a Alice desprevenida.

-No. ¿Qué es el charnay?

-Bien, es una fruta de color púrpura y piel áspera. Tubos llenos de veneno recorren su interior. Dicen que la fruta en sí es deliciosa, pero nunca la he probado. No quiero morir y, además, es terriblemente cara. -Gersen se retrepó en su silla-. Nos han insinuado que la fotografía del concurso reproduce un banquete de charnay.

Alice cogió una copia de la foto y la examinó. -Sí... Podría ser cierto.

-¡Es muy extraño! Es posible que se haya cruzado en la calle con alguna de estas personas.

-Es posible, pero no probable -respondió Alice con frialdad-. Miles de visitantes pasan por Isla Salvaje, y tampoco sabemos cuándo fue tomada la fotografía. Quizá tenga cien años.

-Es reciente. Todos han sido identificados, y ahora lo estamos comprobando.

-¿De modo que ya hay ganador del concurso?

-No he dicho eso.

-¿Cómo consiguió la fotografía? -preguntó Alice con aire ingenuo.

-En realidad, la rescaté del cubo de la basura, pero no quiero hablar más del concurso; aún no tenemos los resultados definitivos. ¿Por qué no se toma el resto del día libre, Alice? He de ausentarme del despacho para otros asuntos.

-Gracias, señor Lucas, pero no sé qué hacer. No conozco a nadie en la ciudad, excepto a usted..., y se muestra tan distante...

-¡Qué tontería! -exclamó Gersen-. No lo pensará en serio...

-¡Pues claro que sí! Quizá no considere correcto establecer relaciones sociales con los empleados. ¿Es ésa la política de la compañía?

-Estoy seguro de que no existe ninguna reglamentación en ese sentido.

-¿Me considera fea y desaliñada?

-Todo lo contrario -respondió Gersen con absoluta sinceridad-. La considero extraordinariamente atractiva. Lamento que encuentre triste Pontefract. Tal vez podríamos cena- juntos alguna vez.

Los labios de Alice temblaron. ¿Una sonrisa, una mueca?

-Me encantaría -dijo con voz tímida-. ¿Por qué no esta noche?

-¿Por qué no, en efecto? Déjeme pensar... ¿Dónde se aloja?

-En la Posada de San Diarmid.

-Nos encontraremos en el vestíbulo a las siete.

-Ya me siento mucho mejor, señor Lucas.

6

¡Loor al charnay!

«Entre todas las cosas buenas de este generoso universo, no hay nada comparable a un charnay maduro. excepto dos o tres más.»

de Gustos, por Michael W Test

«Si forzoso es morir (y ése parece ser el destino de todos), ¿por qué hacerlo de una forma mezquina y vulgar? Mejor morir espléndidamente, envidiado por los demás, de una indigestión de charnay.»

Gillian Seal, chef, músico y *bon vivant*

«Lo crean o no, un saludable, inofensivo y digno charnay podría plantarse, cultivarse y cosecharse, pero todos los esfuerzos en este sentido son boicoteados por la Asociación de Cultivadores de Charnay; tampoco la opinión pública es favorable a esta medida. ¿Es posible que el delicioso sabor del charnay se vea reforzado por la amenaza de un peligro espantoso?

Leon Wolke, periodista, colaborador de Cosmópolis, que murió dos semanas después de publicar este artículo, víctima de un charnay mal preparado.

La Posada de San Diarmid había pasado por las manos de varios propietarios. Cada uno había contribuido con ideas propias a la decoración, dando lugar a un conjunto cuando menos original. El vestíbulo ocupaba toda la planta baja. Pesadas columnas de estilo cretáceo sostenían el techo, pintado de rosa y lavándula. Junto a cada columna, plantadas en macetas de terracota, palmeras Rhodanthus se elevaban hasta el techo; los desnudos troncos terminaban en bolas de follaje verde oscuro. La decoración resultaba chillona para los gustos veganos. El incesante movimiento de gente, vestida a la moda de numerosos rincones de Oikumene, añadía un toque de vitalidad y dramatismo a la agitada y caótica atmósfera que caracterizaba al San Diarmid.

Gersen llegó con exquisita puntualidad, ataviado de la forma que el ayuda de cámara había considerado apropiada para pasar una velada informal en la ciudad: pantalones negros muy ajustados, una camisa a rayas verticales negras, gris oscuro y gris perla, con una larga tirilla negra en lugar de corbata. La chaqueta negra, que respondía a los dictados de la moda de Pontefraet, era corta por delante, amoldada a los hombros y casi acampanada en las caderas.

Gersen había rechazado un sombrero de plumas, y el ayuda de cámara había condescendido a cambiarlo por una flexible gorra cuadrada negra. Tal vestimenta, junto con su rostro melancólico, los rizos negros y la tez pálida, le daban un aspecto chocante, pese a lo cual se sentía satisfecho y contento de poder desconcertar y confundir a la pobre Alice Wroke.

Gersen la vio llegar por la avenida, mirando a un lado y a otro con indiferencia. La examinó como si no la hubiera visto nunca: boca triste, nariz corta y delicada, mejillas suaves, barbilla pequeña. El pelo rojizo caía por encima de sus orejas hasta llegar casi a los hombros de su sencillo vestido gris.

Vio a Gersen y compuso una expresión de entusiasmo artificial. Agitó la mano en un alegre saludo, y medio trotó hasta detenerse a unos diez pasos de Gersen. Le miró de pies a cabeza con admiración.

-Debo decirle, señor Lucas, que se viste usted de una forma muy elegante.

-Una costumbre del Penwipers. Atribuya el mérito a mi ayuda de cámara.

Alice, aunque no dio muestras de entenderle, exhibió una amplia sonrisa.

-Bien, ¿dónde cenaremos? ¿Aquí? El Escutcheon Room es agradable.

-Demasiado ruido y demasiada gente. Conozco un lugar mucho más tranquilo.

-Me pongo por completo en sus manos.

-Por aquí, pues: adentrémonos en la noche de Vega.

Se alejaron del San Diarmid, y Alice tomó a Gersen del brazo.

-¿Adónde vamos?

-Hace una noche magnífica. Caminemos un poco si le parece.

-Muy bien.

Cruzaron la plaza Mullawney, siguieron por Beaudry Lane y se internaron en el barrio de Partes. «Increíble -murmuró Gersen para sus adentros-. Paseamos tranquilamente por las calles de Pontefract, cada uno interpretando su papel.»

Alice intuyó el estado de ánimo de Gersen. -Señor Lucas, ¿por qué está tan serio? Gersen evitó la pregunta.

-Llámeme Henry. Ahora no estamos en la oficina.

-Gracias, Henry. -Miró hacia atrás con cierta vacilación-. Nunca he visitado esta parte de la ciudad.

-No es como Isla Salvaje ¿verdad?

-En absoluto.

No tardaron en llegar a los muelles y al Murdock's Bay View Grill. Alice examinó a Gersen con expresión pensativa. El señor Lucas, siempre tan anticuado y puntilloso, ocultaba facetas poco convencionales.

Se sentaron en un rincón del restaurante, junto a una ventana. Pequeñas olas suspiraban entre los pilonos; luces lejanas y estrellas se reflejaban sobre la superficie del mar.

-¿Eres capaz de localizar el sol de tu planeta?

-No sé distinguir las constelaciones desde aquí.

-Ya es de noche -dijo Gersen, mirando el cielo-. Allí se ve el viejo sol de la Tierra.

Les sirvieron la cena, consistente en sopa de alcachofas, un guiso de mariscos, cebollas y hierbas que hervía en ollas marrones y ensalada de verduras frescas. Alice apenas comió, y ante la curiosidad de Gersen, manifestó que no tenía apetito. Bebió varios vasos de vino y se animó un poco.

-Cuéntame algo del concurso -dijo-. ¿Todavía es un misterio, especialmente para mí?

-¿Un misterio? Ya no, pero no quiero hablar de trabajo. Tú eres el misterio. Háblame de tí.

Alice frunció el ceño y desvió la vista hacia la bahía de Bottleglass. -No hay mucho que contar. La vida en Isla Salvaje no es excitante, excepto para los turistas.

-Aún estoy asombrado de que vinieras a Pontefract. -Oh..., cosas de la vida.

Llegó el postre: tarta de fruta y un espeso café suavizado con crema, al gusto de Aloysius.

Gersen, temeroso de descuidar su falsa personalidad, se enfrascó en un meticuloso análisis de la política de Pontefract, de la que ignoraba casi todo. Alice, aburrida, miraba por la ventana las aguas oscuras, sumida en sus propios pensamientos.

-¿Y ahora qué? -preguntó por fin Gersen-. No hay muchas diversiones en Pontefract, excepto en La Mascarada, y el espectáculo ya ha empezado. ¿Te apetece tomar una copa en algún bar del muelle?

-No... Creo que será mejor volver al hotel.

Un viejo e inestable taxi les condujo de regreso al San Diarmid. Gersen se detuvo en el vestíbulo y le dedicó una reverencia majestuosa, como si se dispusiera a marchar.

-No te vayas tan pronto, por favor -rogó Alice. Paseó la mirada por el vestíbulo y le dijo en voz baja-: Sube a mi habitación, si quieres.

-Estarás cansada -protestó Gersen.

Las mejillas de Alice se cubrieron de rubor.

-No, de veras. En realidad, me siento..., bueno, sola. Gersen se inclinó de nuevo, aceptando la invitación.

-En ese caso, me encantará subir contigo.

La cogió del brazo. El ascensor les dejó en el cuarto piso.

Alice abrió la puerta y entró en la habitación, rígida como una prisionera.

Gersen la seguía sin olvidar las precauciones. Se paró en el umbral e inspeccionó la habitación. Alice, sin molestarse en preguntar las razones del examen, le miraba con semblante inexpresivo.

Gersen, tranquilizado, dio unos pasos adelante y cerró la puerta. -Henry -dijo Alice, sin aliento-. ¿Puedo llamarte Henry?

-Ya te lo dije antes.

-Lo había olvidado. Dame tu chaqueta y el sombrero.

Gersen tiró el sombrero sobre una silla y se despojó de la chaqueta. -Qué alivio. Los sastres de Pontefract no tienen idea de la figura humana.

-Siéntate, Henry..., aquí.

Gersen obedeció y se acomodó en el sofá. Alice trajo una bandeja de plata del bufete.

-¿Qué es todo esto? -preguntó Gersen.

-Pétalos de flores azucarados, cristales de hidromiel, Licor de Vida de Sirsse. -Vertió un líquido ambarino en un par de pequeños cuencos-. En mi planeta, los amantes beben juntos el Sirsse. Claro que nosotros no somos amantes, pero...

-Pero ¿qué?

-Oh..., nada en particular.

Gersen saboreó el licor, que parecía fuerte y taimado.

-¿Te gusta? -preguntó Alice.

-Es original, desde luego. Y muy aromático. Alice se sentó a su lado y bebió.

-Me da escalofríos.

Gersen, para su propia sorpresa, descubrió que había pasado el brazo alrededor de los hombros de la joven; había intentado mantener la compostura. Ella se recostó en él, y Gersen la besó... con más entusiasmo del que prescribían los buenos modales.

Alice le miró con las pupilas dilatadas.

-¿Qué pasa? ¿Te he ofendido? -preguntó Gersen.

-Oh, no -rió Alice, nerviosa-, es que me asustas un poco. Eres tan diferente del señor Lucas de la oficina... No sé cómo explicártelo.

-Sólo tengo una personalidad.

-Bebe -dijo ella, llenándole el cuenco.

-¿La poción de los amantes?

-Si quieres llamarla así...

-¿Tienes otro amante?

-No... ¿Y tú?

-También estoy solo.

Alice alzó el rostro y él la besó de nuevo. El vestido de la joven se desabrochó por delante, revelando su torso y un pequeño seno redondo. Ella no aparentó la menor turbación.

Gersen suspiró.

-Esto no puede continuar así.

-¿No?

Alice le acarició la mejilla.

-No puedo evitar el pensar en algo sospechoso. Alice le miró con consternación.

-¿Qué quieres decir?

-Me sentiría muy ofendido si averiguara que me estás seduciendo para arrancarme información sobre el concurso. Absurdo, por supuesto.

Alice se apartó, tensa y pálida. -Tienes razón, es absurdo.

-Bien, ¿seremos amantes si no te cuento nada del concurso?

-Te estás poniendo muy intelectual. No puedo acostarme con alguien que no confía en mí.

-En otras palabras..., no.

-Es que no quiero que sea así -se indignó Alice.

-Da la impresión de que, para demostrar mi confianza, deba contarte todo lo que sé -dijo Gersen tras reflexionar unos momentos.

-Si quieres...

-Muy bien; ¿por qué no? -Gersen estiró las piernas y enlazó las manos en la nuca-. No hay mucho que contar. Las personas de la fotografía han sido identificadas, salvo una, a la que se conoce por un sinfín de nombres. -Sacó una lista del bolsillo y la leyó-: Yest. De Trembuscule, Utz, Bilfred, Vidol, Sparkhammer, Gray, Gadouth, Gieselman, Martiletto; todos correctos, excepto «Sparkhammer», al que se nombra de muy diversas maneras. Nadie nos ha proporcionado su nombre auténtico. ¿Te sorprende?

-No, ¿por qué?

Gersen posó la lista sobre la mesa y se reclinó de nuevo en el sofá. -Porque se cree que es un famoso criminal llamado Howard Alan Treesong.

-¿Howard Alan Treesong? ¡Es imposible! -¿Por qué?

Alice guardó silencio.

-Todas las personas de la fotografía están muertas..., excepto el número seis. que es Treesong. ¿Qué te sugiere todo esto?

Alice, absorta en sus pensamientos, replicó con un encogimiento de hombros malhumorado.

-No comprendo nada de este asunto.

-Hay todavía otro aspecto interesante -prosiguió Gersen-: si el número seis es Howard Treesong, y lo es, me gustaría entrevistarle. El Actual publicaría el reportaje, e incluso una corta autobiografía. Me gustaría tener algún medio de enviarle este mensaje. Quiero que se comunique conmigo.

Alice tenía la mirada perdida en la lejanía. Gersen se levantó y recogió la chaqueta y el sombrero. Alice levantó los ojos y habló en un murmulló casi inaudible.

-¿Te vas?

Gersen asintió con la cabeza. -Ya te he dicho todo cuanto sé.

-¡No lo has hecho! -gritó con desesperación Alice-. ¿Cómo conseguiste la foto?

-Entré en el archivo de Cosmópolis, rebusqué en el cubo de la basura y hallé esta foto. Nadie sabía nada de ella, y de esta forma nació el concurso de *El Actual*.

-¿Quién tiró la foto a la basura?

-Un joven y estúpido empleado.

-Pero... ¿por qué elegiste esta fotografía en particular? Podías haberte fijado en cualquier otra.

-Un desconocido había escrito: «Treesong está aquí» en la foto. Me interesó porque no existen imágenes de Treesong disponibles. Consideré que la foto poseía un gran valor periodístico. Y así ocurrió.

Alice permaneció en silencio. Gersen avanzó hacia la puerta.

-Buenas noches.

Alice le dedicó una mirada fatigada.

-Me pregunto cuánto sabes de mí.

-No mucho. ¿Quieres decirme algo? La confianza ha de ser mutua. Alice meneó la cabeza con tristeza.

-No tengo nada que decirte.

-Entonces, buenas noches.

-Buenas noches.

Alice continuó inmóvil después que Gersen se marchara, aplastada contra el sofá, las piernas extendidas, una expresión lúgubre en el rostro. Se pasó los dedos por su pelo rojizo, enmarañando los rizos. Durante diez minutos dejó que los pensamientos vagaran, erráticos, por su cerebro. Después se incorporó, y realizó una complicada conexión en el teléfono.

-Alice, ¿tan pronto? -dijo una voz-. Eres tan diligente como un par de obreros.

Alice contestó en voz baja.

-Tengo la información que quería -dijo-. Las personas de la fotografía son las siguientes.

Leyó la lista que Gersen había dejado.

-¿Quién ha proporcionado estos nombres?

-Diversos concursantes. Uno de ellos ha designado correctamente a todos. excepto a uno.

-¿Y cuál es ese nombre?

-El señor Lucas dice que «Sparkhammer» parece utilizar muchos nombres diferentes: Fred Framp, Bentley Strange, Howard Alan Treesong... He olvidado el resto.

Un silencio. Luego, una voz diferente, calmosa, con tono reflexivo.

-¿Qué piensa obtener el señor Lucas de esto?

-Creo que tiene muchas ganas de que ese señor Sparkhammer, o Treesong, se ponga en contacto con él para hacerle una entrevista. Quiere publicar la autobiografía del señor Treesong.

La respuesta fue rápida y taxativa.

-Está condenado al fracaso. El señor Sparkhammer, Treesong, o como se llame, detesta esas vulgaridades. ¿Cómo consiguió *El Actual* la fotografia?

-El señor Lucas la encontró en el cubo de la basura del archivo de Cosmópolis. Un empleado la había tirado.

-Curioso, muy curioso... ¿Eso es todo?

-Creo que sí.

-¿Cómo llegó la fotografía a Cosmópolis?

-No pensé en preguntárselo; imagino que llegó por los cauces habituales.

-¿Y qué le impulsó a utilizar esta fotografía en particular?

-Alguien había escrito: «Treesong está aquí. Eso llamó la atención del señor Lucas.

-Así que organizó un concurso para identificar al señor Treesong y a sus acompañantes.

-Eso me dijo.

-¿Explicó por qué?

-Dijo que quería publicar la autobiografía del señor Treesong. Como ya le he dicho, quiere que el señor Treesong se ponga en contacto con él.

-Eso es imposible. El señor Treesong se halla ocupado en asuntos muy urgentes. -El señor Strand calló durante tanto rato que Alice empezó a ponerse nerviosa-. ¿Qué más te dijo?

-Poca cosa más. Sabe que la fotografía fue tomada en Isla Salvaje, y que todos murieron envenenados por el charnay, excepto el señor Sparkhammer.

Otro largo silencio.

-Muy bien, Alice. Lo has hecho bastante bien. -¿Puedo volver a casa? ¿Hará lo que me prometió?

-¡Aún no! ¡Oh, no, querida, todavía no! ¡Debes permanecer en tu puesto! Mantén los ojos y los oídos bien abiertos. ¿Qué piensas hacer con ese tal Henry Lucas?

-No lo sé. Es un hombre muy contradictorio -dijo Alice con voz débil.

-Humm. Eso es como no decirme nada, pero no importa, continúa como ahora. Mañana me iré y no podrás llamarme hasta dentro de dos días. Sigue intimando con el señor Lucas. Tengo el presentimiento de que detrás de todo esto hay mucho más de lo que te ha contado.

-¿Por cuánto tiempo?

-Lo sabrás cuando llegue el momento.

-¡Señor Strand, he hecho lo que he podido! Por favor...

-Alice, no tengo tiempo para escuchar tus lamentos. Sigue como hasta ahora y todo saldrá bien, ¿comprendes?

-Creo que sí.

-Pues buenas noches. -Buenas noches.

7

Extracto de una alocución de Nicholas Reid, Miembro del Instituto, grado 88, a la Universidad Técnica de Madera:

«El Instituto se dedica al bienestar humano. Intentamos incrementar los procesos benéficos y combatir aquellos que son malsanos y sépticos.

»Nuestro credo deriva de la historia de la raza humana, que evolucionó a lo largo de millones de años en el medio ambiente natural. »¿Qué sucede cuando se traslada un pez de agua salada al agua dulce? Muere entre espasmos. Consideren. pues, a una criatura cuyos sentidos,

aptitudes e instintos han sido moldeadas por la naturaleza, en ¡oteracción con el sol, el viento. las nubes, la lluvia, la perspectiva de las montañas y del lejano horizonte, el sabor de los alimentos naturales, el contacto con la tierra. ¿Qué sucede cuando trasladamos esta criatura a un ambiente artificial? Se transforma en un neurótico, víctima de mantas histéricas, alucinaciones autoinducidas, perversiones sexuales. Maneja abstracciones más que hechos, se convierte en un intelectual y en un incompetente. Enfrentado a desafíos reales, chilla, se ovilla, cierra los ojos, se ensucia y espera. Es un pacifista que tiene miedo de defenderse.»

De *Para entender mejor el Instituto,* por Charles Bronstein (82): «Los hombres y mujeres urbanizados no experimentan la vida, sino la abstracción de la vida, en niveles cada vez más altos de refinamiento y trastorno de la realidad. Devienen procesadores de ideas, y han desarrollado profesiones tan esotéricas como la de crítico, el crítico que critica el criticismo, e incluso el crítico que critica el criticismo del criticismo. Es una lamentable pérdida de talento humano y de energía.»

De *Manual del Instituto,* por Mary Murray:

«Nuestro genio tutelar es el titán Anteo.» «La urbanidad es una costumbre antinatural.»

«¿Somos elitistas, tal como a veces se afirma? Bien, desde luego no nos consideramos la escoria de la sociedad. »

«Aprobamos el contraste, el desequilibrio social, la riqueza desmesurada. A menudo se nos acusa de propagar el caos, pero nunca lo hemos admitido.»

«¡Los urbanitas atacan de nuevo!» «"¡Elitistas pedantes!"»

«"Si tanto les gusta el Pleistoceno, ¿por qué no visten pieles y viven en cavernas?"»

«"Residentes en torres de marfil muy altas y aisladas, que ellos confunden con el hábitat natural. "»

«"Prefiero trabajar con una pluma en una oficina con aire acondicionado, que tirar de una carretilla en el barro."»

Casi en los mismos términos:

«"Prefiero detectar errores en un escrito que recoger tomates bajo el sol."»

Yotro:

«"Prefiero conducir mi Fissel Flasher que una mula tozuda."»

Gersen se acodó en la ventana de su sala de estar en el Penwipers y contempló la vieja plaza de Tara. Era medianoche; la plaza estaba oscura y silenciosa. La luz de las estrellas iluminaba los tejados de Pontefract, y arrojaba sombras negras sobre los altos gabletes, los aleros irregulares y las miles de extravagantes chimeneas.

El estado de ánimo de Gersen se traslucía en su postura; se sentía abúlico y falto de energías. Su gran plan había fracasado. El programa se había desarrollado con toda precisión: Howard Alan Treesong había reaccionado tal como Gersen esperaba. Alice Wroke le había conducido, de acuerdo con sus cálculos, hasta Treesong. Después, casi de manera casual, la derrota. Por diversos motivos (orgullo, exceso de trabajo, maquinaciones de su caprichosa cautela), Howard Treesong había rechazado la posibilidad de publicar su autobiografía o una simple entrevista.

El concurso ya no tenía razón de ser. Por la mañana pondría a la señora Ench a cargo de todo el proyecto.

¿Y luego? Alice Wroke continuaba siendo su única vía de acceso a Howard Treesong, pero su relación era frágil e insegura.

Dos preguntas seguían sin respuesta. ¿Cómo controlaba Howard Treesong a Alice Wroke? ¿Por qué Howard Treesong había envenenado a nueve personas con charnay?

Quizá hallaría las respuestas en Isla Salvaje; pero, reflexionó Gersen sombríamente, la información que obtendría sería, casi con toda seguridad, inútil y trillada.

Lo más interesante: ¿cuáles eran los «asuntos urgentes» de Howard Treesong?

Alice Wroke no sabía nada de ellos, y carecía de otras fuentes de información.

Gersen paseó la vista por los tejados iluminados. Las luces todavía estarían encendidas en los pubs de Partes. Se preguntó si Alice Wroke habría conciliado ya el sueño en su habitación de la Posada de San Diarmid.

Gersen se apartó de la ventana y permaneció inmóvil unos instantes. Luego se despojó de la camisa del Penwipers, adoptó la blusa gris oscura de los hombres del espacio, se caló una gorra y caminó hacia la puerta... El timbre del comunicador le hizo volver atrás. Contempló el instrumento con el ceño fruncido. ¿Quién llamaría a estas horas?

La pantalla centelleó y una cara alargada y pálida se materializó. Era Maxel Rackrose.

-¿Señor Lucas?

-Hable.

-Ha llegado la información que pidió -dijo Rackrose con voz lánguida-, comprobaciones y todo eso, excepto algunas cosas.

Maxel Rackrose hablaba con tal reserva que Gersen se alarmó. -Espero no haberle sacado de la cama... -comentó Rackrose sin mucha convicción.

-No, iba a salir.

-¿Por qué no se acerca a la oficina dentro de unos minutos? Creo que le interesará lo que hemos sacado a la luz.

-Voy en seguida.

Las oficinas de Cosmópolis nunca cerraban; el trabajo seguía hora tras hora, día tras día. Una alta puerta de cristal se deslizó a un lado cuando Gersen se aproximó. Entró en el vestíbulo, en el que placas luminosas de cristal coloreado enmarcaban un mapa Mercator de la Tierra.

Gersen subió en ascensor hasta la Torre Norte y las oficinas de Maxel Rackrose, que ahora ostentaba el cargo de Superintendente de Operaciones Varias. La sala exterior, que reflejaba el gusto de Rackrose por la sofisticación más exacerbada, presentaba los más exquisitos excesos del estilo High Clapshott. La sala interior, en la que Rackrose pasaba la mayor parte del tiempo, era una jungla de desorden. Sobre una larga mesa se amontonaban pilas de libros, periódicos, papeles, fotografías, baratijas, curiosidades y desconcertantes restos de chatarra. Había varios taburetes, un comunicador, un complicado aparato para preparar té, otro para proyectar figuras caleidoscópicas en la pared y la estatua de una mujer desnuda, de casi tres metros de alto, cuyo vientre se abría cada hora para que saliera un pájaro y gritara: ¡cucu!.

Rackrose, un joven alto y anguloso, vestido con ropas caras pero extravagantes, de alargado rostro equino, lacio cabello rubio, ojos azules y espesas pestañas, saludó a Gersen con cuidadosa desenvoltura.

-Siéntese, por favor. -Señaló con mano blanca y esbelta hacia una de sus preciosas sillas antiguas-. ¿Tomará una taza de té y unas pastas de anís?

-Con mucho gusto.

Una vez servido el té y las pastas de anís, Rackrose se sentó junto a una mesa en forma de riñón.

-¿Cómo va su concurso?

-Muy bien. Un concursante ha identificado a nueve de los diez, y si nadie le supera será proclamado vencedor. ¿Qué hay de esas comprobaciones?

Rackrose se reclinó en la silla, juntó las yemas de los dedos y contempló el techo con los labios apretados.

-Siguiendo sus instrucciones, procesé toda la información disponible. Empecé con el índice[8] y la información contenida en nuestros propios ficheros. No hubo el menor problema con las comprobaciones. Los sujetos son personas acaudaladas y de buena reputación, excepto el número seis. Todos sus nombres falsos van unidos a actividades delictivas. En suma, se desprende la impresión de que es un criminal.

-¿Y los otros?

-¡Ajá! Ahí es donde hemos hecho un importante descubrimiento. Hallé repetidas alusiones al Instituto, y puntualizaciones como «se dice que ocupa una elevada posición en la jerarquía», y «un Miembro de alta rango». De hecho, a Beatrice Utz se le atribuye un Ciento tres. Astemus Gadouth era el Triuno.

Maxel Rackrose hizo una pausa para permitir a Gersen reflexionar sobre las implicaciones de su información.

Gersen estudió la fotografía, que se sabía al detalle. Una sospecha estremecedora se formó en la mente de Gersen, una idea estrambótica y terrible.

-Diez rostros; ¿podrían constituir la Déxada[9]? -Es la misma idea que se me ha ocurrido.

---

[8] Una guía de identidades, compilada en un principio por la PCI y continuamente aumentada por otras agencias. El índice incluye toda clase de datos: los registros de sociedades benéficas, listas de militares, listas de pasajeros de naves interplanetarias; actas de nacimiento, matrimonio y defunción; guías telefónicas; listas de graduados en colegios y universidades; identificaciones de criminales; los miembros de clubes, asociaciones y hermandades; nombres extraídos de los periódicos por ordenadores.

[9] Los Miembros del instituto ocupan Grados situados entre el 1 y el 111. El número 111 es el Triuno. Los Rangos 110 y 100 permanecen siempre vacantes.

Los Grados 101 a 109 son ocupados por un sólo Miembro. Estos Grados, junto con el Triuno, conforman la Déxada, si bien es frecuente que los nuevos Miembros del 101 al 109 sean conocidos como los Déxados.

Los Miembros avanzan del 101 al Triuno por orden de antigüedad.

Sólo tres Miembros ocupan el Grado 99. Cuando se produce una vacante en la Déxada, generalmente por razones de fallecimiento, los Miembros supervivientes eligen uno de los tres que componen el 99 para cubrir la vacante.

De los tres Miembros del Grado 98, uno es elegido para el Grado 99. De forma similar, los Miembros van avanzando de categoría a partir del 90. Por debajo del 90, no hay número limitado de Miembros en cada Grado.

Gersen reflexionó unos instantes. Rackrose no sabía nada de los envenenamientos por charnay, ni que el número seis era Howard Alan Treesong.

-¿Cuál es el Miembro más importante por aquí cerca? -preguntó. Rackrose frunció el ceño y paseó la mirada por el techo.

-Hay un ermitaño en Bonifacio al que se atribuye un Grado elevado. Me han dicho que forma parte de la Déxada. Caso de ser cierto, la foto no sería de la Déxada, puesto que no hay nadie de Bonifacio.

-¿Quién ocupa el Grado más alto en Pontefract?

-No estoy seguro. Preguntaré a Condo, que está más enterado. -Rackrose habló en el comunicador con voz suave, apenas más audible que un susurro. Tomó notas en un trozo de papel rosado-. Estupendo.

Su nombre es Leta Goynes. Vive en el diecisiete de Flaherty Crescent, en Bray, y debe ocupar un Grado situado entre el Sesenta y el Sesenta y cinco.

Gersen se llevó la dirección a su despacho, mucho menos espléndido que el de Maxel Rackrose. Llamó desde el comunicador, y al cabo de un momento oyó la voz inexpresiva de una mujer.

-Al habla Leta Goynes.

-Lamento molestarla a estas horas, señora Goynes. Me llamo Kirth Gersen, y quiero hablar con usted sobre un asunto de extrema importancia.

-¿Ahora?

-Sí, por desgracia. Es un asunto de suma urgencia, relacionado con el Instituto. Iré directamente a su casa, con su permiso.

-¿Dónde se encuentra ahora? -En las oficinas de Cosmópolis.

-Vaya por Transit hasta el cruce de Bray; un taxi le conducirá a Flaherty Crescent.

Mientras Gersen se acercaba a la casa que ocupaba el número 17 de Flaherty Crescent, la puerta se abrió; recortada contra el umbral se erguía una mujer de pelo oscuro, robusta, fuerte y en evidentes buenas condiciones físicas. Examinó superficialmente a Gersen y dio un paso atrás. Gersen entró y la puerta se cerró a sus espaldas.

-Por aquí. -Leta Goynes le guió hasta un pulcro saloncito-. ¿Té? -Sí, gracias.

-Siéntese donde guste. -Gracias.

Gersen tomó asiento. Leta Goynes permaneció de pie, una mujer aún hermosa que entraba en la madurez, de pelo corto, aplastado contra la cabeza, y ojos oscuros y profundos velados por espesas pestañas. -En Cosmópolis no conocen a ningún Kirth Gersen.

-Por buenas razones. Me hago llamar Henry Lucas, «escritor especializado».

-¿Es usted un Miembro?

-Ya no. En el Grado once descubrí que el Instituto y yo no solíamos estar de acuerdo.

Leta Goynes dibujó una breve sonrisa e inclinó la cabeza, como asintiendo.

Llegar al Grado 89 es difícil. Conseguir el 99 es mucho más difícil. El Miembro elegido para el Grado 101 tiene bastantes posibilidades de convertirse en Triuno. Esto no es necesariamente cierto para el 99, pues si un Miembro se ha granjeado la enemistad de algunos Déxados, es posible que ya no pueda ascender.

-¿Y bien?

-¿Ha visto esto? -Gersen le tendió la foto del concurso-. Apareció en El Actual.

-No, no la había visto.

-¿Qué deduce de ella?

-Nada en particular.

-¿Reconoce a alguien?

-No.

-Podría ser la Déxada. Artemus Gadouth es este caballero. Es el Triuno, como imagino que sabrá.

-Nunca le vi en persona.

-Éste es Sharrod Yest..., Dianthe de Trembuscule..., Beatrice Utz, Grado Ciento tres..., lan Bilfred... Este caballero se hace llamar Sparkhammer... Sabor Vidol, Grado Noventa y nueve... John Gray..., Gadouth..., Gieselman, Grado Ciento seis... Robun Martiletto.

Gersen hizo una pausa.

-No está la Déxada completa -dijo Leta Goynes-. Aquí hay tres personas, los números cinco, seis y siete, que son probablemente Noventa y nueve. El mes pasado perdimos a Elmo Shookey. Creo que este banquete celebra el nombramiento de un Noventa y nueve.

-Tal vez el nombramiento no llegó a efectuarse. Todos, excepto el número seis, murieron envenenados de charnay.

Una máscara de frialdad y desdén recubrió el rostro de Leta Goynes. -El Instituto no sólo es fuerte, sino también flexible. Se ha procedido a otros ajustes normales.

-En este caso no será tan fácil proceder a ese ajuste. El sobreviviente, el número seis, envenenó a los otros. Su nombre es Howard Alan Treesong.

-Una información espantosa, si es cierta -asintió Leta Goynes, mirando la fotografía-. Y creo que es cierta... ¿Cómo alcanzó el Grado Noventa y nueve?

-Fraude, extorsión, engaño, miedo... Estoy seguro de que no subió de Grado en Grado, pero la pregunta más importante es: ¿qué Miembros de la Déxada no están en la fotografía? ¿Y dónde están esos Miembros?

-Ante tales circunstancias, se trata de una información muy importante.

-Desde luego. Y yo podría ser uno de los cómplices de Treesong.

-O el mismo Treesong.

Gersen le tendió la tarjeta de Jehan Addels.

-Telefonee a este hombre. Reside en la ciudad y goza de excelente reputación. Pregúntele lo que quiera sobre mí.

Leta Goynes se dirigió al comunicador. -Primero me informaré sobre Jehan Addels.

Hizo una serie de discretas consultas, vigilando a Gersen con el rabillo del ojo. Después telefoneó a Jehan Addels. Respondió al cabo de un rato, molesto por la interrupción de su descanso.

-Esta dama es Leta Goynes -dijo Gersen-. Responda a todas las preguntas que le haga.

Leta Goynes interrogó a Addels durante quince minutos, y luego se apartó lentamente del comunicador. Había recobrado los modales típicos de los Grados elevados del Instituto: una serena y exasperante indiferencia ante los acontecimientos, incluidos los que podían perjudicarla.

-Addels le atribuye una excelente reputación. -Sorbió poco a poco el té, y habló con voz parsimoniosa-. El Instituto tiende a ignorar los problemas sociales vulgares, entre los que cuenta a criminales tan execrables como Howard Treesong. Sin embargo... -Zeta Goynes se frotó el mentón-... le proporcionaré la información. Tres de los Déxados no están presentes en la fotografía. Son el Ciento uno, el Ciento dos y el Ciento siete. La muerte del Ciento siete dio pie al cónclave. El Ciento uno vive aislado en Bonifacio, en un lugar llamado Athmore Violet, en la parte más salvaje de Mundanal Ruido. Se llama Dwyddion y es nuestro Triuno, aunque es posible que no lo sepa, puesto que no ve a nadie y rehúsa cualquier tipo de comunicación.

-¿Y el Ciento dos?

Leta Goynes dibujó una extraña y retorcida sonrisa.

-Su nombre es Benjamín Wroke. Se ahogó en el Mar de Shanaro. Hallaron su cuerpo la semana pasada en la playa de Cele, cerca de Isla Salvaje.

8

De *Guía Estelar al alcance de todos:* «Vega; Alpha Lyrae:

».., Los tres planetas interiores, Padraic, Mona y Noaille, son restos de piedra abrasada, ardiendo bajo el resplandor severo de la Gran Estrella Blanca. Noaille expone una de sus caras a Vega. y se caracteriza por las lluvias de mercurio líquido que caen en la cara oscura, flotan hacia la cara recalentada, donde se evaporan, y vuelven a la cara oscura.

»Los mundos habitados son Aloysius, Bonifacio y Cuthbert. Cuthbert es húmedo y pantanoso, con pocas zonas en las que se pueda vivir con comodidad, debido en parte a los numerosos insectos que dan a Cuthbert su sobrenombre de "El Paraíso del Cazador de Bichos".

»Aloysius, aunque húmedo, goza de temperaturas más moderadas, y es el más densamente poblado de los planetas veganos.

»La temprana historia de Aloysius está dominada por la rivalidad entre sectas religiosas; los efectos del odio y la enemistad engendrados perduran en el presente, de forma especial entre los campesinos, en forma de suspicacias provincianas. Las ciudades de Pontefract, New Wexford y Yeo son relativamente cosmopolitas.

»Bonifacio, el mayor y más exterior de los planetas habitados, es húmedo, lluvioso y, como una caricatura de sus planetas gemelos, extrema las condiciones de vida más duras. Espantosas tempestades azotan los océanos, las masas de tierra se resuelven en una topografía extravagante: vastas llanuras barridas por la fuerza de los vientos y de la lluvia; montañas, cuevas, simas, despeñaderos, ríos turbulentos que fluyen de mar en mar. La tierra permite como al azar, diseminadas, ciertas zonas habitables, pero en ningún caso la comodidad y la vida fácil.

»Desde tiempos remotos, la astuta y prudente gente de Aloysius, capaces incluso de aprovechar la escoria para alguna utilidad, emplearon los yermos inhóspitos de Bonifacio como centro penitenciario, y allí eran arrojados los ateos, los incorregibles y los delincuentes contumaces de los planetas veganos.

»Al llegar a Port Swaven, los convictos eran procesados en una especie de tribunal regido por la orden de San Jedasias. Un tal Abbot Nahut, mediante revelación divina, recibió instrucciones referentes a cómo debían ser tratados los convictos a su llegada para prepararlos a la vida en Bonifacio. Los métodos eran drásticos y sin parangón: muchos de los supervivientes sufrieron daños genéticos que se estabilizaron, de modo que más o menos por accidente nació una nueva especie humana, los "fojos", una de las curiosidades del universo humano. El típico fojo era alto, de piernas y brazos delgados, grandes manos y pies, facciones protuberantes y rotundas y un penacho de espinas blancas en lugar de pelo. Los fojos se convirtieron *de facto* en la raza indígena de Bonifacio y emigraron a todos los rincones, hendiduras y valles solitarios más protegidos de su duro planeta.

»En algunas ciudades pequeñas (Slayman, Cashel Creary, Nahutty, Kaw Doon, Fiddletown), unos pocos hombres y mujeres normales se encargan de las tiendas y otras entidades, además de prestar servicios técnicos. Su relación con los fojos adolece de un desagrado mutuo.

»Hace mucho tiempo que se extinguió la orden de San Jedasias, pero por una de las más sarcásticas ironías del cosmos, los fojos aún abrazan una variante del credo jedasiano, y en cada aldea fojo existe una iglesia cuadrada jedasiana.»

De repente, el tiempo se había convertido en un factor crítico, puesto que Dwyddion, ermitaño y nuevo Triuno, debía de ser, sin duda, uno de los «asuntos urgentes» de Howard Treesong. Gersen se apresuró a abandonar la casa de Leta Goynes, se dirigió al espaciopuerto, abordó su Fantamic Flitterwing y se alejó en el espacio.

El piloto automático alzó la nave por encima de Vega y la hizo descender por el lado opuesto, en dirección a Bonifacio, un planeta primitivo en el que nada se podía saquear, robar o arrebatar, por la sencilla razón de que no existía nada de valor. No había controles de entrada. Gersen viró sin la menor dificultad hacia el disco negroazulado y blanco.

Gersen investigó en la *Gaceta de Vega,* pero encontró una única y vaga referencia sobre Athmore Violet. La cordillera de Skak cruzaba en diagonal una zona conocida como Mundanal Ruido, en mitad del continente de San Crodecker. El río Meaughe, que corría paralelo a las laderas de los Skaks por su parte sur, serpenteaba por el valle de Meaughe, donde Gersen localizó la ciudad de Poldoolie, tal vez una fuente de información local.

La superficie de Bonifacio, oscurecida y enmascarada por las sombras de las nubes, no mostraba señales visibles para orientarse. Gersen lo hizo mediante radiofaros, calculó las coordenadas de Poldoolie y se internó en la pesada atmósfera.

El cielo estaba claro sobre el valle de Meaughe. Gersen no tardó en divisar Poldoolie, un amontonamiento de edificios de piedra que se alzaba junto a un enorme voitch[10]. Gersen

[10] El voitch, un organismo sencillo comparable a un gigantesco liquen, sostiene una maraña de tres metros de espesor mediante tallos de color leonado o gris pálido, que alcanzan los quince metros de altura. Algunos macizos de voitch son venenosos; otros pueden ser predadores y carnívoros. Los especímenes inofensivos proporcionan comida, bebida, fibras, refugio y productos farmacéuticos.

descendió en espiral y posó el Flitterwing sobre un húmedo prado que se hallaba a unos trescientos metros al este de la ciudad.

La hora correspondía al mediodía local. Gersen bajo del Flitterwing. Soplaba un aire frío y húmedo, que olía a barro y a vegetación corrompida.

Una docena de chiquillos zarrapastrosos salieron de la ciudad. Los mayores apartaban a los pequeños, los pequeños maldecían y se debatían con los mayores. Todos llevaban sucias batas blancas que se arremangaban mientras corrían, dejando al descubierto piernas blancas y huesudas rodillas. Tenían la cabeza estrecha, y una estructura facial grosera y protuberante. De los cráneos estrechos surgía una mata de rígidas espinas blancas. El primero en llegar se detuvo a dos pasos de Gersen y gritó:

-¡Soy el guardián, el primero de todos! ¡Los otros no son más que destrozadores! ¡Nos les pague nada! Yo soy Keak; para mí será el gautch.

-¿El gautch? ¿Qué es el gautch? -preguntó Gersen.

-Mi tarifa. Quiero cinco UCL o cinco álbumes de cromos. -¡Páguele con álbumes! -gritaron los otros-. ¡Bonitos álbumes de bosers! ¡Bosers yetch!

-¿Bosers? ¿Qué son bosers?

La pregunta provocó carcajadas ahogadas. Keak se limpió la boca y explicó:

-Bosers..., ¡en pelotas y con el chocho abierto! Yetch; ¡ésas son las buenas bosers!

-Entiendo -dijo Gersen-. Ahora imagínate que no te doy ni dinero ni fotos de bosers desnudas... ¿Qué haréis?

-Entonces, los destrozadores, esos adefesios de ahí detrás, se cagarán en tus cristales de ferberator y meterán meadas de perro en tus conductos de aire. ¡Así que paga y les diré que se larguen!

-¿Cómo puedes controlar a tantos destrozadores? -preguntó Gersen.

-Saben que es mejor no tocarme mucho las pelotas. ¡Cukkins, dile lo que te haré!

-Si no obedezco, me meterá la cabeza por el culo. Es un ensamblador, es Keak, y sabe hacerlo.

Gersen asintió con la cabeza.

-Bien, Keak, veo que entiendes de negocios, pero comprenderás que debo asegurarme de todos. Acompañadme, pues, a la nave, tengo estupendas cosas en la bodega para chicos como vosotros.

-¿Eh? -preguntó uno de los pequeños-. ¿Qué clase de cosas estupendas?

-¿Qué, sino álbumes de bosers? ¡Docenas de ellos, totalmente pornográficos!

-¡Así se habla! -gritó Keak-. ¡Vamos a echar una ojeada! -Por aquí.

Gersen rodeó la nave seguido por los chicos, que cantaban y saltaban. Gersen abrió la portilla de la bodega y bajó la escalerilla. Señaló con el dedo a Keak.

-Primero te toca a ti. Rápido, no puedo perder más tiempo.

Keak subió la escalerilla, y detrás se precipitaron los otros. Gersen se rezagó.

-¡No hay luz aquí! -chilló Keak-. ¡Enciende la luz! ¡Enséñame a las bosers!

-¡Grandes culos y tetas!

Gersen pulsó un botón y se encendió la luz. La cámara estaba vacía.

-¡Oye, no hay nada aquí! -gritó Keak. Gersen rió.

-Sólo un puñado de jóvenes pillastres. Ahora me voy a resolver algunos asuntos y os dejo encerrados. Si montáis algún lío os arrojaré a las montañas y no estaréis en casa a la hora de cenar, así que portaos bien.

Gersen bajó la escalerilla y cerró con llave la bodega. Cruzó el prado húmedo y pronto llegó a un sendero flanqueado por una zanja maloliente cubierta de fango magenta.

Pasó ante una casita sostenida por pilares. Un anciano estaba acuclillado bajo el porche, sacando piedras de un saco y clasificándolas en tres montones.

-¡Oiga! -le gritó Gersen-. ¿Puede indicarme la dirección a Athmore Violet? No lo encuentro en el mapa.

El viejo se limitó a encogerse en las sombras. Gersen se acercó, creyendo que no le había oído. El viejo arrojó una manta sobre las rocas y, deslizándose sobre sus largas piernas como una araña desgarbada, retrocedió hasta hundir las piernas en el estiércol.

Gersen se alejó y continuó por el sendero, pasó ante otra casita, algo más sólida, con una unidad de energía negra sobre el tejado, rematado por un fetiche religioso. En la puerta de un muro bajo se erguía un hombre tocado con un alto sombrero cónico.

Gersen se detuvo y le saludó con afabilidad. -Buenos días, señor.

-Sí, sí -replicó el fojo con aire condescendiente.

-¿Por qué se esconde aquel hombre debajo de su casa? -preguntó Gersen, señalando con el pulgar la primera casita.

El fojo soltó una risotada ante la ingenuidad de Gersen.

-Es minero, ¿no se ha dado cuenta? Aquellos son sus nuevos filones. Mire bajo la casa, observe cómo brillan sus ojos. Va armado con un byloby. Si usted hubiera tocado sus filones, le habría volado la cabeza.

-Sólo quiero información. ¿Dónde está Athmore Violet? No sale en mi mapa.

-Claro que no. ¡Bugardoig tiene una mina de alejandrites en Athmore Violet!

-No me interesan los alejandrites. Quiero encontrar a un hombre que vive cerca. ¿Puede indicarme la dirección de Athmore Violet? -Bugardoig se lo dirá -replicó el fojo, indicando con el pulgar la ciudad.

-Tengo prisa. No quiero perder tiempo buscando a Bugardoig. -Tranquilícese; él le encontrará en cuanto repare en la nave que usted ha posado en su vega, y le aseguro que no perderá el tiempo. -¿Qué opina de ganar cien UCL? Ayúdeme a encontrar a mi amigo.

-Cerca de Athmore Violet, dice usted. Debe ser el ermitaño de Voymont.

-Es un hombre solitario, cierto.

-Athmore Violet y Voymont: dos lugares peligrosos, aunque sólo fuera por las minas de Bugardoig.

Una voz ronca surgió del interior de la casita.

-Coge el dinero, Lippold, y haz lo que te pide. Es muy poca cosa. Lippold aparentó no escuchar el consejo. Sin hacer caso a Gersen, contemplaba serenamente el valle del Meaughe.

Se abrió un resquicio en las nubes y la luz de Vega derramó una resplandeciente claridad sobre el paisaje. Los objetos recobraron vida y color: las aulagas del pantano, marrones y ocres, las montañas al otro lado de Poldoolie, negroazuladas y blancas, el voitch púrpura, con un inexplicable cono de sombra verdeazulado debajo. Las nubes se cerraron como una trampa; la luz de Vega se desvaneció. Lippold se mantuvo indiferente ante el súbito esplendor y su igualmente brusca desaparición. Gersen se alejó y siguió caminando hacia la ciudad, un amontonamiento irregular de cabañas de piedra, pocilgas, establos, cobertizos, una docena de tiendas y agencias, una taberna y una rechoncha iglesia jedasiana.

Las nubes del este y del oeste colisionaron, remolinearon y se agitaron. Empezó a llover. Gersen miró hacia atrás: Lippold, empapado de lluvia, continuaba inmóvil.

Gersen corrió hacia la ciudad y se refugió bajo la cornisa de una cerrajería. Sólo la taberna parecía abierta.

Gersen esperó un momento. La lluvia caía en cortinas grisáceas, iluminadas a veces por los relámpagos. Gersen divisó altas figuras que se precipitaban hacia la taberna, se paraban ante la puerta para sacudirse el agua y entraban. Paró de llover un instante. Gersen aprovechó la tregua para alcanzar la taberna.

Entró en una larga sala, con una barra a un lado y taburetes y sillas al otro. Una hilera de ventanas altas con cristales de mica amarilla permitía que una luz tétrica se filtrara en la sala. Numerosos cojos, encorvados sobre sus copas de licor caliente, se sentaban en grupos a las mesas. Gersen arrugó la nariz ante el ataque combinado de los olores a licor, carne húmeda y ropas mojadas.

Cuando entró en la sala, todas las conversaciones cesaron y todas las cabezas se volvieron; filas de ojos azul lechoso escrutaron a Gersen. Todos los hombres llevaban un gorro en forma de cono sobre el penacho de pelo; gorras similares colgaban de percheros distribuidos entre las mesas. Gersen saludó a la concurrencia con un educado gesto de cabeza y se aproximó a la barra. El camarero se secó sus grandes manos en un sucio mantel arrollado alrededor de su estómago.

-¿Qué desea?

-Me gustaría conversar unos instantes con alguien llamado Bugardoig. ¿Está aquí?

-Aquí no está Alois Bugardoig, y además, ¿qué es lo que quiere de él con tanta urgencia? ¿Y por qué no lleva usted sombrero? ¿Es que no tiene modales?

-Lo que no tengo es sombrero, discúlpeme.

-No importa, de todas formas parecería un bufón con el prut colgando sobre sus mejillas como un coigel agotado. Ajá, ¿quién es éste? Un hombre pesado y corpulento, de pálidos ojos azules casi cerrados por unas voluminosas mejillas de color manzana, entró en la sala. Se acercó a un perchero, cogió un prut y de un hábil manotazo se lo caló sobre el penacho.

-¿Ése es Bugardoig? -preguntó Gersen al camarero.

-¡Ja, ja! Esa pregunta causa risa o, en el caso de que fuera Bugardoig, un violento acceso de cólera. Ése es Looke Hollop, el basurero de la ciudad. Fíjese en sus brazos. Hollop es un hombre fuerte, pero no tanto como Bugardoig. ¿Quiere beber algo? ¿Le gustan nuestros twirps calientes?

-¿Tiene otra cosa?

-No. A nosotros nos gusta; ¿es que acaso piensa despreciar nuestros excelentes twirps?

-De ninguna manera. Tenga la amabilidad de servirme un poco.

-Bien dicho. ¡Jocko! Un pelotazo de twirps para este forastero. Por otra parte, me apiadaré de usted y le daré un semblante de decencia a su cabeza. -El camarero rellenó de papel un sucio y aceitoso prut y lo encajó sobre la frente de Gersen. El gorro osciló de un lado a otro-. No le queda bien, pero está mejor que antes, sobre todo si va a hablar de negocios con Alois Bugardoig, que es muy riguroso y detallista. De hecho, juró que nunca le haría daño a nadie en el Día Sagrado. Algunos dicen que no es mucho peor ese día que los otros. Oh, caramba, ¿quién es ése?

Un fojo de pecho cuadrado y la cara llena de protuberancias como un bosque de hongos entró en la taberna.

-¿Es ése Bugardoig? -preguntó Gersen.

-No, ni hablar, es Shirmis Poddle. ¿Qué quieres, Shirmis? ¿Lo de siempre?

-Lo de siempre, puesto que no tienes nada mejor. Me gustaría saber por dónde anda mi mocoso. Hace mucho rato que no se le ve el pelo. Bien, no importa, son sus huesos los que voy a moler, no los míos.

El camarero depositó ante él una jarra de twirps muy especiado. -Bebe tranquilamente, Shirmis. De momento no ha sucedido nada especial.

-¿Y va a seguir así? ¿Crees que tendré algún momento de paz? .

-Sólo el Gran Ojo puede atisbar en la lejanía. ¡Silencio! ¿Oyes eso?

-Es la tormenta -dijo Shirmis, mirando hacia la puerta. Bebió de la jarra y añadió-: Sin embargo, me estás crispando los nervios. Voy a buscar un lugar más tranquilo.

El camarero le vio partir y meneó tristemente la cabeza.

-El miedo es una sensación muy extraña que no se puede explicar. Ah, ¿será eso un trueno o Bugardoig que viene a toda velocidad?

Un fojo entró en la taberna, ocupando todo el umbral de la puerta con su enorme corpachón. Contrafuertes gemelos de músculo correoso se arqueaban para sostener su mandíbula, de forma que la cabeza parecía más estrecha que el cuello. Su boca era como una cuchillada, y su nariz un saliente de cartílago.

Gersen miró al camarero. -¿Y ése...?

-Ahí tiene a Bugardoig, y hoy sus ojos echan chispas. Alguien le habrá tratado mal, y puede que lo paguemos todos nosotros. ¿Ha enderezado su prut?

-Espero que sí. ¿Qué bebe él?

-Lo de siempre y varios más.

-Sírvalos dobles.

Gersen se volvió hacia Bugardoig, que contemplaba a los clientes de la taberna con aire ceñudo. Desvió la vista hacia la barra, se fijó en Gersen y bufó de disgusto.

-Pero ¿qué tenemos aquí? ¿Qué significa ese sombrero torcido y esa cara de gárgola?

-Un amigo de Pontefract me dijo que viniera a verle. Sugirió que posara mi nave sobre su vega, puesto que su fama de generosidad trasciende las fronteras. A propósito, he pedido doble ración de licor para usted.

Bugardoig cogió una jarra con la mano derecha y la apuró; cogió la segunda con la mano izquierda y la engulló con igual facilidad; luego depositó los recipientes vacíos sobre la barra.

-Y ahora hablemos de negocios. Nunca hago excepciones, así que págueme ipsofacto cien UCL por derechos de aterrizaje, estancia y acomodo por un mes.

-Primero discutiremos de otro asunto. ¿Puede concederme unas horas?

-¿Para qué?

-Un negocio que le beneficiará.

-Explíquese.

-Cerca de Athmore Violet vive un hombre importante al que debo visitar lo antes posible.

-¿Eh? ¿Quién es, el ermitaño chiflado de Voymont?

-No está tan chiflado. De hecho, ha sido él quien recomendó que me dirigiera a usted, el hombre más indicado para acompañarme a Voymont, puesto que sus propiedades se hallan muy cerca.

Bugardoig lanzó una carcajada estentórea.

-No lo bastante cerca como para que arriesgue mi vida en Voymont, de modo que pague mi tarifa y vaya solo a Voymont. Si se acerca a Athmore Violet, cuente con mi más intenso disgusto.

-Bien, entonces acompáñeme a mi nave; no llevo dinero encima. Una mueca de asombro deformó las facciones de Bugardoig.

-¿He de pisotear la mierda porque usted ha sido tan imbécil de olvidarse el dinero?

-Como quiera. Espere aquí. Iré a buscar el dinero y se lo traeré.

-¡Ya! -rugió Bugardoig-. No se me engaña tan fácilmente. Está bien, le acompañaré a la nave y le cobraré un recargo de diez UCL.

-¡Espere un momento! -aulló el camarero-. ¡Quiero tres piezas[11] por el licor!

Gersen depositó una moneda sobre la barra y apuntó con el dedo a Bugardoig.

-Démonos prisa, no tardará en llover otra vez.

Bugardoig gruñó para sí y siguió a Gersen. Caminaron por el sendero bajo un cielo de color ciruela, pasaron ante la casita frente a la que Lippold seguía de pie como antes, la cabaña del minero, fuera del alcance de la vista y llegaron a la vega de Bugardoig.

-Espere aquí -le indicó Gersen cuando estuvieron cerca del Flitterwing-. Subiré a bordo para buscar el dinero.

-¡No me haga perder el tiempo con tonterías! Abra; no le perderé de vista ni un momento hasta que me haya pagado lo que debe.

-Los fojos son una raza suspicaz -dijo Gersen. Subió por la escalerilla y abrió la portilla, con el fojo pegado a sus talones. Penetró en el salón y deslizó a un lado una puerta practicada en la mampara, cediendo el paso a Bugardoig-. Por aquí.

Bugardoig se precipitó con impaciencia en la bodega; Gersen cerró la puerta y aseguró las abrazaderas, justo en el momento en que Bugardoig comprendía su error y se lanzaba contra la puerta. Gersen aplicó la oreja al panel y oyó voces estridentes. Sonrió, tomó los controles, elevó la nave en el aire y sobrevoló el valle del Meaughe. El río corría hacia el sur como una

[11] Una moneda equivalente a tres cuartos de UCL.

perezosa serpiente gris, salvando terraplenes en los que crecía todo tipo de vegetación: bocios grisáceos, voitch púrpura, cerillores verde pálido y árboles negros como la tizne. Minaretes de coral terrestre rosa y amarillo alcanzaban alturas de treinta metros; venenosas flores de color naranja rodeaban colonias de almizcleñas nómadas.

Después de recorrer unos quince kilómetros, Gersen posó la nave en un prado de hierba plateada. Descendió de la nave, abrió la puerta de la bodega y bajó la escalerilla.

-¡Keak! ¡Keak, di algo!

-¿Qué quieres? -respondió una voz desabrida.

-¿Habéis desordenado mucho las cosas?

Una corta pausa; después, una voz airada que se quebró en un falsete:

-En lo que a mí concierne, nada de particular.

-¡Keak, escúchame con atención! Ahora dejaré marchar a los chicos, a todos excepto a ti. Juntos comprobaremos el estado de la bodega. Si no me gusta cómo la habéis dejado, te llevaré a unos cuatrocientos kilómetros de aquí, hacia el interior de las montañas. Allí, tú solo te encargarás de sacarle brillo a la bodega hasta que reluzca y huela como las rosas de Kew. Después seguirás tu camino, y yo el mío.

-Las condiciones son tolerablemente buenas -dijo Keak con voz algo temblorosa-. Hay un poco de desorden aquí y allá...

-Sería mejor que lo limpiases ahora, puesto que cuentas con la ayuda de tus camaradas y aún estás cerca de casa.

-No tenemos trapos.

-En el prado hay agua. Utilizad vuestras camisas.

Keak ladró una serie de furiosas órdenes. Los chicos salieron parpadeando al exterior y bajaron por la escalerilla. Luego aparecieron unas piernas macizas, después un gran torso, y finalmente la cabeza de Alois Bugardoig. Se detuvo al pie de la escalerilla para mirar a Gersen, con las mejillas arreboladas y una boca que recordaba a un gigantesco pólipo escarlata. Hundió los hombros lentamente y se dirigió hacia Gersen, que chamuscó un trozo de hierba a pocos centímetros de los zapatos de Bugardoig.

-No me provoque -le advirtió Gersen-. Tengo mucha prisa.

Bugardoig retrocedió un paso, con una expresión colérica en el rostro. Gersen movió la pistola en dirección a Keak.

-¡Más de prisa! ¿Te acuerdas lo rápido que salías de la ciudad? Gersen despegó media hora más tarde, dejando a sus espaldas un grupo de desconsolados chicos descamisados que le seguían con la mirada. Después dieron media vuelta y, apretando los codos contra los huesudos cuerpos blancuzcos, emprendieron el descenso hacia el valle. Bugardoig estaba sentado en el salón; una soga limitaba sus movimientos. Apretaba la boca con rabia, y sus ojos eran apenas dos rendijas de un azul eléctrico. Bugardoig era incapaz de adoptar una actitud tolerante o fatalista ante la adversidad.

Gersen elevó la nave por encima de las primeras masas de nubes.

-¿Conoce a Dwyddion? -preguntó a Bugardoig.

-¿Al ermitaño? Claro que le conozco. Vive entre Voymont y Athmore Violet. ¿No le dije que estaba loco?

-Loco o no, hemos de sacarle de Voymont antes de que le maten.

-¿Importa mucho?

-Muchísimo. ¿A qué distancia estamos de Voymont?

-No falta mucho; al otro lado de las Skak.

-¿Cómo podré localizarlo?

-Ah, cuántos inconvenientes me está causando este maldito yecth y su pistola... -masculló Bugardoig-. ¿Y si me fulmina un rayo?

-Estaría predestinado.

Bugardoig se irguió y miró por la tronera.

-Vaya hacia el oeste e inclínese un poco hacia el norte. Voymont está al otro lado de aquellos tres afilados picos. ¿Ve esa sombra negra? Es el Pritz, separado de Voymont por la Quebrada Aérea. ¡Fíjese en esa luz diabólica! Ah, ocurren cosas muy extrañas en el Pritz.

Gersen elevó el Flitterwing sobre enormes masas de piedra negra, un terreno muy accidentado sembrado de simas y grietas. Al oeste se alzaba el Pritz. Los relámpagos le daban un aspecto más impresionante.

Pasaron sobre una sucesión de confusas puntas, que Bugardoig fue nombrando con voz abatida.

-El Shaggeth..., El Diente de Morney, y más allá Athmore Violet..., Hunckertown Trabble, con minas de paladio..., Monte Lucasta; allí desemboca el río Poorleg... Ahora el Voymont...

El Flitterwing rebasó una enorme quebrada, en cuyo fondo se veía una cinta plateada de agua.

-La Quebrada Aérea -dijo Bugardoig.

El Flitterwing empezó a descender suavemente. De las revueltas nubes surgían rayos que arañaban el Pritz.

-¿Dónde vive Dwyddion? -preguntó Gersen con voz inconscientemente tensa.

-Descienda un poco más... Allí, en el reborde, donde sólo un loco puede vivir.

Gersen condujo el Flitterwing, azotado por ráfagas de viento, cerca del Voymont.

-Allí está la casa de Dwyddion -señaló Bugardoig con un enorme dedo rojizo-. Ya he cumplido lo que me pidió. Lléveme de vuelta a Poldoolie.

-Nos detendremos el tiempo suficiente para asegurarnos de que Dwyddion se encuentra bien.

-Bah -gruñó Bugardoig-, me siento tentado de aplastarle la cabeza con mi puño, a pesar de la pistola.

-Tenga paciencia, no tardaremos mucho. De hecho, cuanto más rápido, mejor.

El Flitterwing voló cerca de la ladera. La casa de Dwyddion era una construcción muy sencilla: un bloque de piedra y vidrio soldados, asentado precariamente sobre un reborde. El reborde había sido ensanchado en su parte norte apilando y encajando grandes piedras para crear un viaducto de unos treinta metros de largo, y luego una pequeña zona de aterrizaje, un espacio abierto y expuesto a la vista. Al sur de la casa, el reborde se convertía en un sendero que conducía a un estrecho rincón en el ángulo de la hendidura. En él reposaba una pequeña

nave negra, y unos cuantos metros más allá, semiexcavada en la piedra, una estructura que Gersen relacionó con un taller. Esta zona estaba oculta. Posó el Flitterwing detrás de la nave negra de Dwyddion.

Bugardoig criticó con acritud el lugar elegido por Gersen para aterrizar.

-¿Todos los yetch sois tan idiotas? ¿Por qué no ha usado la zona más adecuada? ¿No era lo más fácil y evidente?

-Un criminal vendrá a matar a Dwyddion -replicó Gersen con voz serena-. No quiero que sepa que estoy aquí.

Bugardoig emitió un bufido de burla. Gersen abrió la portilla y saltó a tierra.

-No puedo dejarle solo con los mandos a su alcance. Podría ocurrir algo inesperado. Será mejor que me acompañe.

-Me quedo aquí -afirmó Bugardoig, cruzando sus macizos brazos.

-¡Rápido! -ordenó Gersen-. No tenemos tiempo que perder.

-Los locos yetch siempre piensan que pierden el tiempo. Lárguese.

-Entonces le encerraré en la bodega.

-No.

Gersen extendió los brazos.

-Míreme bien. -Arqueó el bíceps derecho; un proyector apareció como por arte de magia en su mano-. Ya sabe lo que soy capaz de hacer con esto. -Arqueó el bíceps izquierdo y exhibió la complicada arma conocida como dedactor-. ¿Sabe lo que es? ¿No? Dispara tres clases de agujas de cristal. La más inofensiva provoca una enloquecedora comezón de tres semanas de duración. Utilizaré diez agujas en su honor, a menos que se mueva con toda la rapidez del mundo hacia la bodega.

-Siempre acaba convenciéndome -gruñó Bugardoig. Eructó y descendió a tierra con desesperante lentitud-. Le acompañaré y observaré sus manejos.

-Démonos prisa -dijo Gersen tras escrutar el cielo. Recorrió el reborde seguido por Bugardoig.

Se abrió una puerta en la parte trasera de la casa de Dwyddion, y en el umbral se recortó la alta y delgada figura de un hombre. Dio un paso adelante y pudieron discernir sus rasgos: amplia frente, pelo color ceniza que empezaba a ralear, ojos negros que centelleaban en sus cuencas, mejillas demacradas, barbilla delicada y puntiaguda, un rostro que implicaba una gran fuerza intelectual y un carácter reservado. El hombre examinó a sus visitantes con poca afabilidad.

-¿Es usted Dwyddion? -preguntó Gersen.

-Yo soy. -La voz de Dwyddion era profunda-. ¿Acaso no sugieren las características de este lugar mi ardiente deseo de soledad?

-La muerte también es solitaria. Escúcheme atentamente, porque no nos queda mucho tiempo. Me llamo Kirth Gersen; éste es Alois Bugardoig, un caballero de Poldoolie que ha consentido en guiarme hasta aquí.

-¿Con qué propósito?

Gersen escrutó de nuevo el cielo, y sólo vio la oscuridad de la lejanía y nubes bajas empujadas por el viento.

Se desencadenó una oleada de viento que barrió la ladera de la montaña y azotó sus rostros con lluvia medio helada. Dwyddion emitió un sonido de impaciencia, hundió la cabeza entre los hombros y retrocedió hacia su casa. Gersen y Bugardoig le siguieron; Dwyddion les cedió el paso con evidente disgusto.

Entraron directamente en la sala principal de la casa. A Gersen le dio la impresión de austeridad, colores neutrales, falta de humor y muebles hasta cierto punto cómodos. El mensaje de la estancia era ambiguo, como si expresara la personalidad de Dwyddion, su punto de vista sobre la existencia, si bien era posible que hubiera subordinado la sala al panorama que proporcionaban sus amplios ventanales: la vasta quebrada azotada por vientos y lluvias, el Pritz, y el incesante despliegue de rayos blancos y púrpura.

-Una vez más les rogaré que me expliquen la razón de su intrusión -dijo con frialdad Dwyddion.

-Por supuesto. ¿Le informaron de un reciente cónclave de la Déxada en Isla Salvaje?

-Sí. Decidí no acudir. En las discusiones me siento en minoría de uno, y mi presencia parece innecesaria.

-¿Conoce a estas personas? -preguntó Gersen, al tiempo que le tendía la foto.

-Desde luego.

-¿Conoce a ésta en particular?

-Es Silas Sparkhammer, un Noventa y nueve. Le considero inteligente, espontáneo, extremadamente inventivo y muy poco apropiado para la Déxada.

-Estoy de acuerdo en todos los términos. Por cierto, su nombre es Howard Alan Treesong. Envenenó al Triuno y a toda la Déxada con charnay. Hubo dos excepciones: Benjamin Wroke, al que ahogó, y usted, que ahora es considerado el nuevo Triuno. Si usted muere, Treesong será el Triuno, y viene hacia aquí para matarle.

Dwyddion abrió los ojos de par en par, parpadeó mientras miraba la fotografía y después a Gersen.

-¿Todos han muerto?

-Todos.

-Ah, ya. Me parece simplemente increíble.

-Sin duda. Se trata de una noticia estremecedora, pero no tenemos tiempo que perder. Ha de venir con nosotros.

Gersen señaló la puerta. Dwyddion se resistió.

-No sé nada, desconozco los hechos. No puedo actuar con tanta brusquedad... ¿Quién es usted?

-Se lo contaré todo tan pronto nos vayamos. Venga con nosotros. Dwyddion meneó la cabeza con frenesí.

-No, ni hablar. Esto es pura histeria. No puedo...

-Coja a este tipo y lléveselo -ordenó Gersen a Bugardoig.

Una vez Dwyddion estuviera a salvo en el Flitterwing, el ataque de Howard Treesong no tendría objeto. Con suerte, el asunto estaría liquidado al terminar el día.

Bugardoig parpadeó y después avanzó hacia Dwyddion, que expresó su indignación a viva voz. Amenazó a Bugardoig, cada vez más próximo, con los puños. Bugardoig gruñó, irritado por la ridícula situación en la que se encontraba. Agarró a Dwyddion, lo alzó en el aire y se lo cargó al hombro.

-¿Y ahora, qué? Ya estoy cansado de estas tonterías.

-Llévele a la nave, rápido. Estoy de acuerdo en que es una tarea desagradable.

Bugardoig recorrió el reborde a grandes zancadas seguido por Gersen.

Tres hombres que se dirigían hacia la casa se detuvieron bruscamente. El de la izquierda resplandecía como una foca revestida de terciopelo negro. Su cara, redonda y blanca, se distinguía por una adornada nariz artificial labrada en oro. En el centro se destacaba Howard Alan Treesong, con pantalones verdes, abrigo color ciruela, flotante capa negra y sombrero de ala ancha. El hombre de la derecha, con un rostro como tallado a martillazos, piel y barba negras, contemplaba a Bugardoig con estupor.

-¡Hola! -saludó Treesong con voz jovial-. ¿Qué pasa aquí? Gersen sacó el proyector. Apuntó a Treesong, pero Bugardoig se interponía entre ambos. Se apartó y apretó el gatillo; la bala se hundió en el delgado muslo de Treesong. Treesong se desplomó con un revoloteo de su capa negra. Gersen se dejó caer de rodillas y disparó por segunda vez, pero Treesong había rodado hacia el borde del viaducto y se había refugiado entre los pedruscos, desde donde emitió una serie de chillidos en muchas y singulares voces.

Gersen disparó contra el hombre de piel negra y le mató cuando apuntaba su arma. Nariz Dorada, dejándose caer al suelo, disparó un proyectil que atravesó el grueso cuello de Bugardoig, que se tambaleó como un árbol y se derrumbó sobre Dwyddion. El ermitaño se liberó del peso que le oprimía y se alejó reptando, mientras la sangre espesa y roja de Bugardoig cubría las piedras.

Gersen disparó otra vez. Nariz Dorada dio un brinco, maldijo y se arrastró hasta el borde del viaducto. Gersen se acuclilló, atento al menor movimiento. Treesong había cesado en su notable lloriqueo multivocal; Gersen avanzó unos metros y se asomó por encima del declive con la esperanza de sorprender a Treesong. No vio nada. Era evidente que Treesong se había guarecido tras algún enorme peñasco de gneis.

Gersen corrió agachado por el viaducto. Percibió un movimiento y se aplastó contra el suelo. Una bala hendió el aire a pocos centímetros de su cabeza. Gersen disparó el proyector; astillas de roca se clavaron en el cuello y la cabeza de Nariz Dorada, que chilló de pánico. Perdió pie y resbaló por la pendiente. Gersen contempló fascinado cómo Nariz Dorada rodaba, patinaba y caía dando tumbos, ganando velocidad hasta convertirse en un objeto diminuto que se precipitaba como un cohete hacia las paredes de roca, rebotaba y desaparecía en el sombrío fondo.

Gersen volvió al viaducto, justo a tiempo de ver un pequeño vehículo aéreo que despegaba de la improvisada pista de aterrizaje y se perdía en el cielo. Howard Alan Treesong no se había refugiado tras un peñas-, no se había arrastrado entre las rocas hasta conseguir escapar.

Durante diez segundos, Gersen siguió la nave con la mirada. Tan cerca, y sin embargo tan lejos. Sus intrigas y estratagemas fracasadas, el pobre Bugardoig muerto, desangrado en el suelo. Se volvió hacia Dwyddion, que se mantenía apartado y observaba a Gersen con expresión inescrutable.

-Suba a la nave -ordenó Gersen con rudeza-. Hemos de marcharnos de aquí a toda velocidad.

-No veo la razón de...

Gersen consiguió controlar su rabia y frustración con un supremo esfuerzo.

-Ése era Howard Alan Treesong. Vino para asesinarle. Utilizó un apartado auxiliar de una nave que debe de estar estacionada no muy lejos; de hecho, se dirige hacia aquí para recogerlo. Tan pronto como Treesong haya subido a bordo, la nave destruirá su casa, y también a nosotros, si somos lo bastante idiotas como para esperar.

Dwyddion se encogió de hombros con aire fatalista, pero acalló sus protestas. El Flitterwing se elevó en el aire y viró hacia el oeste. Un casco oscuro surgió de las nubes en dirección a Voymont.

-Ahí está su nave. Nos hemos ido justo a tiempo.

-No comprendo nada de todo esto -refunfuñó Dwyddion-. Es un ultraje que yo, que sólo busco la reclusión, sea vejado, sometido a coerción y molestado.

-Triste, en efecto. Sin embargo, tal vez le satisfaga saber a usted, y a Bugardoig, que hemos desbaratado los planes de Treesong y que le hemos herido en la pierna.

-¿De qué plan habla?

-Muerto usted, se habría convertido en Triuno. Intentó algo similar con la PCI y fracasó..., aunque todavía le quedan algunas oportunidades. Es el líder de los criminales de todos los grandes planetas. Ahí reside su poder. Dentro de diez años podría llegar a ser el emperador del Oikumene.

-Humm... En Pontefract, antes de que termine el día, designaré una nueva Déxada. ¡Ese hombre es un megalomaníaco!

-En efecto. -Gersen pensó en los chillidos de Howard Treesong, emitidos en lo que parecían múltiples voces-. Pero también es algo muy extraño.

9

Tres recuerdos, más vívidos que otros, y relacionados con la casa de Dwyddion en Voymont, persistirían en la memoria de Gersen hasta el fin de sus días.

En primer lugar, el Pritz, atormentado por el ataque de miles de rayos furiosos, y la Quebrada Aérea, que devolvía el sonido del viento y del trueno.

En segundo, el cadáver de Bugardoig, el rostro contraído en una máscara de estupor ante la inconcebible tragedia que le agredía, el penacho teñido de rojo por su propia sangre.

El tercer recuerdo, extraño y prodigioso, era la sarta de lamentaciones y amenazas proferidas con voces distintas por Howard Treesong cuando se hallaba guarecido entre las rocas: «... por las sibilas de Hades, ¡qué miedo!»; «... no importa, no importa...»; «... ese perro

loco; ¿quién le conoce?»; «yo no», «ni yo»; «ya es suficiente»; «¡Elhur padache!»; «¡Fiel Verde!».

El Flitterwing volvió a ganar altura sobre Vega. Dwyddion se mantenía sentado, rígido y silencioso, la boca abierta y la cara sombría. De vez en cuando miraba de reojo a Gersen, que no le hacía caso, absorto en sus propios problemas.

Dwyddion se decidió a romper el silencio, y dijo con voz digna:

-Me gustaría saber las razones por las que se ha mezclado en este asunto.

-No son muy enigmáticas. Tengo una cuenta pendiente con Howard Treesong, nada más.

Dwyddion rió por lo bajo.

-Una cuenta pendiente, ¿eh? ¿Qué hace cuando le ofenden seriamente? Bien, no importa, supongo que debería darle las gracias. -Creo que sí.

-Ah, ¿está de acuerdo? Entonces permita que le ofrezca toda mi gratitud... He estado solo durante demasiado tiempo. En realidad, ahora que la Déxada ha sido destruida, ya no existen motivos para perseverar en mi aislamiento. Ahora sólo yo conozco el Secreto.

Dwyddion murmuró algunas palabras y se retorció sus largos y blancos dedos. Desde el momento en que había empezado a hablar le resultaba difícil contener su locuacidad.

-Quizá se pregunte por qué elegí la soledad. La amargura y la desilusión, ahí tiene la respuesta. O, si lo prefiere, averigüé el Secreto. Puede que fuera inexperto o ingenuo..., pero nadie pudo acusarme jamás de falta de celo, nunca existió un empollón[12] semejante. Muy pronto fui seleccionado como «ejemplar», y citado por mi «nobleza y templanza»; pasé la mayor parte del tiempo en custodias y excursiones a pie. He recorrido miles de paisajes; he predicado en miles de granjas. ¡Cuántos lugares he visto! Berenskaya, Kotop, las Grandes Colinas, Viejo Hogar, las Praderas, los Suantis de la Estrella Verde, los Polders de PedderDulah; ¡todos los recorrí a pie! Fui encarcelado en Chlodie, Marskens; los agentes de Pollardich de Copus me raparon la cabeza; me nombraron ministro residente de Vasconcelles. Quizá recuerde la cruzada contra los deportes eléctricos en Myra, en el continente sur de Alphanor. ¿Cómo se llama?

-Trans-Iskana.

-¿Se acuerda de la cruzada? -No.

-Dirigí la marcha e hicimos grandes cosas, pero no sin sufrimientos. ¡Oh, cuando rememoro la fatiga, el calor, el escarnio y los insultos, para no mencionar los insectos, las orugas y los bichos venenosos! Pero nos abrimos paso hasta Cattlesbury y triunfamos... ¡Parece que fue hace tanto tiempo! Pasé del Grado Cincuenta al Sesenta casi sin darme cuenta. Dirigí la campaña contra los pesticidas en Wirfil; trabajé como oficial de enlace con los cultivadores de habas y guisantes de Nueva Gorcherum; serví a las órdenes de la Asociación para la Selva Natural de Armongol. Todos me consideraban la quintaesencia del activista del Instituto; era enérgico, mordaz, absolutamente convencido de que mis ideales eran los mejores ideales posibles. Escalé a toda velocidad los Grados Ochenta y Noventa; se acabaron las campañas, se acabaron los programas... Me había convertido en un político. Tenía tiempo para descansar, para pensar. Me senté ante la Déxada, asistí a sus deliberaciones y me uní a sus banquetes, y por fin me nombraron Noventa y nueve. Comprendí que la Déxada estaba a mi alcance. Conocí a los otros Noventa y nueve, mis rivales e iguales. Uno era Benjamin Wroke, una persona muy diferente a mí, que había alcanzado el Grado al mismo tiempo que yo.

[12] Argot del Instituto: individuo que dedica todos sus esfuerzos a ascender rápidamente en los Grados.

Teníamos muchas cosas en común, aunque nunca llegamos a ser verdaderos amigos, cosa poco probable cuando tres personas aspiran a la Déxada. El otro Noventa y nueve se hacía llamar Sparkhammer. Era un hombre indescifrable, impenetrable a los procesos normales de análisis. En fases sucesivas, le consideré encantador, repelente, tranquilizador e irritante. Demostraba competencia y seguridad, y era rápido para tomar decisiones. Se le hubiera podido considerar el más apto para la Déxada, pero una cierta extravagancia menguaba sus posibilidades. Tanto Benjamin Wroke como Silas Sparkhammer ansiaban acceder a la Déxada..., casi con descaro, en el caso de Sparkhammer. Coyd Free, Grado Ciento cuatro, murió en las junglas de Kankashee. La Déxada votó a Benjamín Wroke y ascendió a Sabor Vidol al Noventa y nueve. Sparkhammer apenas pudo disimular su furia. Sólo dos semanas más tarde, Hassamide fue asesinado por un salteador de Tracia. Fui ascendido a la Déxada; Ion Bilfred pasó al Noventa y nueve. Sparkhammer me felicitó con gentileza y serenidad; la verdad es que estaba demasiado ansioso, y todo el mundo se daba cuenta. En cuanto a mí, la Déxada no significaba nada. De repente, en el espacio de diez segundos, percibí que esta suprema realización, me refiero a formar parte de la Déxada, era artificiosa. Había excedido en mucho mis metas. Contemplé a mi viejo ego como a un niño juguetón. Sospecho que era un punto de vista compartido por toda la Déxada. Había dedicado treinta y dos años de fatigas y sacrificio a una causa que la clase dirigente consideraba, a lo sumo, con benevolente indulgencia. No olvide que eran los mejores cerebros del Oikumene; ¡ninguno era corrupto o deshonesto! Comprendí poco a poco que en los procesos de madurez y amplitud de miras habían llegado a la conclusión de que la fuerza y la madurez del Instituto no se basaba en sus objetivos, ni en la feliz consecución de estos objetivos, sino en su función operativa como un sistema en el que personas como yo podían emplear sus energías, dando lugar a una asociación bien asentada.

Dwyddion hizo una pausa y se dejó mecer por los recuerdos; en sus labios temblaba una sonrisa triste.

-Dice que cambió en el espacio de diez segundos -observó Gersen-. ¿No le parece muy brusco?

-Sí... Bien, se lo contaré. Rob Martiletto, el Ciento ocho, me abordó un día y me dijo: «Dwyddion, ahora forma parte de la Déxada. No hace falta decir que lo merecía. ¿Puedo preguntarle si, al incorporarse a la Déxada, ha reparado en lo que yo llamaría una serenidad trascendental?».

»"Sí, algo así he notado. Lo atribuí a la edad y al debilitamiento de las fuerzas."

»"Esa explicación no es suficiente. El salto del Noventa y nueve al Ciento uno es más arduo que el del Setenta al Noventa y nueve, por ejemplo. Esto es así porque en la Déxada das un paso que va más allá de lo puramente racional. La nueva ideología está contenida en el Secreto."

»Entonces me contó el Secreto. Pasaron los diez segundos a los que antes me referí. Le dije: "Señor, no sólo me es imposible aprobar sus intenciones, sino que me niego a sentarme con la Déxada. En definitiva, renuncio al Instituto ahora y para siempre".

»"¡No es posible! Ha jurado servirle durante todos los días de su vida, y así lo hará."

»"Adiós. Nunca me volverá a ver." «"¿Adónde va?"

«"A donde nadie me pueda encontrar."

»Martiletto no mostró sorpresa ni resentimiento; de hecho, pareció divertido. Dijo: "Bien, pues, haga lo que considere su deber. Tal vez la soledad le aporte una nueva perspectiva". Me

marché. Encontré soledad; y debo confesarle que, hasta hoy, han sido los años más placenteros de mi vida.

-¿Y el Secreto?

-Está implícito en lo que acabo de decirle. La Déxada consideraba a la sociedad separada en tres elementos: toda la humanidad, el Instituto y la Déxada. La humanidad y el Instituto eran considerados como

fuerzas enfrentadas en un estado de equilibrio dinámico. La función de la Déxada consistía en mantener la tensión, así como evitar que una de las partes aplastara a la otra. La Déxada, por tanto, ha actuado a menudo contra el Instituto, provocando constantemente situaciones que enfurecían y estimulaban a los Miembros. Ése es el Secreto.

-Y ahora será usted el Triuno, y elegirá a una nueva Déxada. ¿Qué piensa hacer?

Dwyddion soltó una débil y breve carcajada

-He descubierto algo sobre mí. El Secreto me perturbó. Repasé mis treinta y dos años de carrera: el esforzado empollón, el fervoroso incauto controlado por la hipocresía del Instituto, que reverenciaba al

Triuno y a la Déxada y despreciaba al resto de la población. Luego averigüé el Secreto, muy a mi pesar. Ahora que soy Triuno, tendré que revelar el Secreto a la próxima Déxada o suprimirlo.

-Aún no se halla libre de Treesong -dijo Gersen-. Hoy le herimos y frustramos. Debe de estar loco por vengarse.

-¿Venganza? -exclamó Dwyddion, dando muestras de que todavía poseía emociones humanas-. ¿Porque fracasó al intentar asesinarme? Absurdo. Soy yo el que exige venganza por el exterminio de mis compañeros, por el inmenso agravio perpetrado contra el Instituto.

-Permítame que le de un consejo. Al llegar a Pontefract debería hacer una declaración pública sobre los acontecimientos. Treesong se verá imposibilitado de seguir interpretando el papel de Silas Sparkhammer. Miembro Noventa y nueve del Instituto.

-Tenía la intención de hacerlo.

-Cuanto antes mejor. De hecho, en cuanto aterricemos en el espaciopuerto de Pontefract, nos dirigiremos a la redacción de Cosmópolis.

10

Crónica especial aparecida en *Pontefract* Clarion:

TRIUNO DEL INSTITUTO DESCRIBE ESPELUZNANTE BANQUETE MORTIFERO Acusado: Howard Alan Treesong

Toda la jerarquía asesinada; complot para controlar el Instituto atribuido al famoso «Rey de los Criminales» y «príncipe Demonio», Howard Alan Treesong.

«Escapé de la muerte por una combinación de suerte, rapidez de pensamiento y el socorro de mi ayudante -declaró Dwyddion, antes Grado 101 del Instituto y ahora Triuno, título que designa el Grado 111-. No asistí al banquete. Me enteré del acontecimiento gracias al servicio de inteligencia del Instituto. Fui informado de que el notorio criminal Treesong, por medios desconocidos, se había alzado hasta el Grado Noventa y nueve bajo una identidad falsa. Se hacía llamar Sparkhammer, y en su momento descubriremos las supercherías que empleó para obtener el Noventa y nueve.

»Por supuesto, su espuria categoría ha sido cancelada.

»He nombrado una nueva Déxada formada por auténticos Miembros. La obra del Instituto prosigue.

»No asistí al banquete mortífero por varias razones. La Déxada y el Triuno se reunieron en Isla Salvaje, en el planeta Cytherea Tempestre, para ascender a uno de los tres Noventa y nueve a la Déxada, y lo celebraron con un banquete que incluía charnay, un bocado delicado sólo conocido en Cytherea. He probado charnay y lo encuentro delicioso, pero si no se prepara adecuadamente es un veneno mortal.

»Howard Alan Treesong obtuvo charnay, extrajo el veneno y lo inyectó en el ya preparado, garantizado como fruta sana, que luego fue servido al Triuno, a la Déxada y a los candidatos Noventa y nueve. »Treesong se abstuvo de comer, o quizá tomó fruta sana. Benjamin

Wroke, Grado Ciento dos, que tampoco asistió al banquete, murió poco después, ahogado por Treesong.

»¿Por qué perpetró un acto tan atroz, cuando aún podía ser ascendido a la Déxada? Porque había sido rechazado dos veces, y quizá se le había informado de que le rechazarían de nuevo, en favor de Vidol o de Bilfred. Cuando un Noventa y nueve es rechazado por tercera vez debe enfrentarse a la amarga realidad de que nunca accederá a la Déxada, y de que lo más prudente es retirar la candidatura.

»En cambio, Treesong se inclinó por asesinar a todos los Miembros superiores, puesto que, según las leyes del Instituto, ascendería al rango vacante más elevado, en este caso al Ciento nueve, hasta desembarazarse de mí. Al ser mi rango de mayor categoría le impedía el paso al Triurio.»

Gersen se frotó la cara con tinte para la piel amarillento. cubrió con una peluca de exuberantes rizos negros su pelo corto y se vistió con sus exquisitas ropas, adoptando de nuevo su personalidad de lechuguino indolente.

Cruzó la plaza de Tara. El día era gris, y una neblina grisácea flotaba en el aire. La gente de Pontefract caminaba impasible. Sus vestidos negros y pardos contrastaban violentamente con la piedra húmeda y el hierro negro envejecido.

Gersen torció hacia Corrib Place y se detuvo a inspeccionar las oficinas de El Actual. Nada parecía fuera de lugar. El anticuado edificio, ennegrecido por el tizne, presentaba el mismo aspecto tranquilo de siempre. Su ausencia se medía en horas; el tiempo psicológico parecía mucho más largo... Cruzó la calle, entró en el edificio y fue directamente a la sala del concurso. Hoy, recordó, finalizaría el concurso; la cantidad de trabajo había menguado de forma significativa y sólo había media docena de sacas de correo en el cajón.

La señora Ench salió a recibirle. -¡Buenos días, señor Lucas!

-Buenos días, señora Ench. ¿Algún acontecimiento inusual?

-Todavía no, señor Lucas. El concursante de Cytherea sigue siendo el candidato mejor situado. ¿Ha leído los periódicos de esta mañana? ¡Es increíble!

-Sí, de lo más sorprendente.

-¿En qué afectará esto a nuestro concurso?

-En nada, al menos así lo espero. Hemos tenido suerte de que hoy acabara el plazo, pues de lo contrario nos habríamos visto asaltados por multitud de ganadores oportunistas.

-Aún es posible que se nos cuele alguno.

-Bastará con juzgar cada respuesta según sus méritos.

-Muy bien, señor Lucas.

Gersen empezó a alejarse, pero la señora Ench le llamó.

-Oh, señor Lucas, una carta interesante..., al menos desde mi punto de vista. La aparté para usted, puesto que se refiere a nuestro número seis.

Tendió un sobre a Gersen.

-Gracias, señora Ench. -Leyó la carta-. ¡Interesante! -La leyó por segunda vez-. Supongo que no influirá para nada en nuestro concurso, ya que los periódicos han desvelado la verdadera identidad de Sparkhammer.

-Coincido con usted. Nuestro concurso llegó notablemente a tiempo. ¿Casualidad?

Gersen rió.

-Si alguien le hace esa pregunta, dígale que estamos pasmados ante los nuevos acontecimientos.

-Nadie lo ha preguntado, pero muchos lo estarán rumiando.

-Quizá. La publicidad no hará ningún daño a *El Actual.*

Gersen entró en el despacho de enfrente. Alice estaba sentada en silencio ante su escritorio. Llevaba una sencilla camisa negra y una chaqueta, sobre la que caían las puntas de su pelo rojizo. Al ver a Gersen,

hizo un brusco movimiento en dirección al periódico que había sobre la mesa, pero luego se contuvo.

-Buenos días, señor Lucas.

-Buenos días, Alice. Ha visto las noticias, claro. Alice fingió no entenderle del todo.

-Sí. -Echó un rápido vistazo al periódico-. Es... interesante.

-¿Sólo eso?

Alice se limitó a encogerse de hombros.

-Treesong es un hombre terrible. Es uno de los Príncipes Demonio -prosiguió Gersen.

-Le he oído nombrar, desde luego.

-Se menciona a un tal Benjamín Wroke, que se ahogó en el Mar de Shanaro. Espero que no sea familiar suyo.

Alice levantó sus ojos tristes, y luego los desvió.

-Sí, es un pariente muy cercano.

-Lo lamento. Le ruego que acepte mi pésame.

Alice no replicó. Gersen caminó hacia su escritorio. Se sentó y estudió el perfil de Alice.

-Ahora tengo más ganas de entrevistarme con Howard Alan Treesong.

Alice levantó la barbilla apenas un milímetro. Pronunció unas amargas palabras.

-¿Porqué?

-Se ha convertido más que nunca en tema de actualidad.

-¿Considera una buena idea publicar las atrocidades de un hombre semejante?

-Por supuesto. Tarde o temprano acabará mal. ¿Cómo funcionan tales hombres, cuáles son sus motivaciones, qué opinión tienen de sí mismos?

-Nunca le permitiría escribir cosas indignas sobre él.

-No pondría el menor reparo a que él en persona escribiera el artículo. Gracias al concurso y a los asesinatos, venderíamos cien millones de ejemplares.

Alice se levantó con brusquedad.

-No me encuentro bien. Si no tiene trabajo para mí, me iré a descansar un par de horas.

-Como quiera. -Gersen se puso en pie-. Espero que sé mejore cuanto antes.

-Gracias.

Alice abandonó la oficina, no sin antes dedicar una rápida y escéptica mirada vacilante a Gersen.

Gersen volvió a sentarse. Sacó la carta que le había entregado la señora Ench y la leyó por tercera vez.

Director del concurso de *El Actual*:

Le ruego que considere esta carta como mi respuesta a su concurso. Puedo identificar sin lugar a dudas a una persona de la fotografía. Reclamo, por tanto, una décima parte del premio.

La persona señalada como «Número 6» nació en Home Farm, cerca de Gladbetook, en la Tierra de Maunish. Su madre le llamó Howard Alan por el mago de la televisión H. A. Topfinn, y Arblezanger en recuerdo de su abuelo. Se llama, por lo tanto, Howard Alan Arblezanger Hardoah, y por ese nombre le identifico. No fue un hijo muy cariñoso, y nos dejó hace bastantes años. He oído que le van bien las cosas y confío en verte muy pronto en la reunión de ex alumnos a la que ha sido invitado.

En todo caso, envío mi identificación y espero recibir el dinero correspondiente lo antes posible.

Me llamo Adrian Hardoah.

Home Farm

Gladbetook, Tierra de Maunish Moudervelt Estrella de Van Kaathe Gersen reflexionó unos instantes y luego llamó al Servicio de Información. Moudervelt era el único planeta habitado de la Estrella de Van Kaathe; algo más grande que la Tierra y con un solo continente que abarcaba las dos terceras partes del ecuador. Era un planeta viejo, de suelo suave. Las cadenas montañosas se habían ido erosionando, cediendo terreno a amplias praderas y ríos serpenteantes. Al principio, Moudervelt había sido colonizado por pequeños grupos: sectas

religiosas, clanes, asociaciones deportivas, sociedades filosóficas y similares. Habían exterminado con prontitud a la raza de seres seminteligentes que lo poblaban, parcelaron la tierra, establecieron fronteras para sus 1.562 Estados y se ocuparon siglo tras siglo de sus propios asuntos. La

Tierra de Maunish ocupaba una parte de la Pradera de Goshen, en las tierras medias orientales del gran continente. La capital, Cloutie, tenía tres mil habitantes. Gladbetook, también con tres mil habitantes, se hallaba situada a ciento veinte kilómetros al norte de la capital, en Fluter Township, a orillas del río Wiggal. Maunish había sido colonizada por los Propagadores de la Verdad Pura; los Maestros detestaban los viajes espaciales, de modo que el espaciopuerto más próximo está a cuatro mil quinientos kilómetros al sur, en la Estación de Theobald, en la Tierra de Lelander.

Gersen se apartó del comunicador. Howard Treesong había nacido en el campo, en uno de los más idílicos paisajes del universo humano. Gersen decidió que ese hecho carecía de significado. Había muchos muchachos campesinos que se convertían en criminales... Volvió al comunicador y llamó a la habitación 442 de la Posada de San Diarmid. Alice estaría a punto de llegar.

En efecto, oyó abrirse la puerta y los pasos de Alice al cruzar la habitación. Se movió al azar unos segundos y luego se estiró en la cama. Estuvo cinco minutos poniendo en orden sus pensamientos. Después la oyó hablar con voz firme y decidida.

-Soy Alice Wroke.

Pasó un minuto. Después sonó la respuesta de Howard Treesong, con voz áspera y estridente.

-Sí, Alice, te escucho. ¿Cómo van las cosas?

-Hago lo que puedo.

-Sólo me satisface el éxito.

-¿Dónde está mi padre? Según los periódicos, ha muerto.

-No te atrevas a hacerme preguntas. Dame tu informe.

-Sólo puedo informarle de lo que ya sabe. El señor Lucas me ha repetido que tiene muchas ganas de entrevistarle.

La voz se hizo más áspera.

-¿Sabe que estás en contacto conmigo?

-Desde luego que no. Es tan duro como usted. Quiere publicar su biografía, o su autobiografía, para vender cien millones de ejemplares de su periódico.

-¿Tan generoso me considera?

-Lo dudo, pero me limito a repetir sus palabras. Haga lo que le plazca.

-Por supuesto.

-El concurso ha terminado. He cumplido los términos del trato. ¿De veras está muerto mi padre?

La voz de Treesong cambió otra vez, sorda y gutural, áspera y apagada.

-Sabes mi nombre.

-Sí.

-Y sabes quién soy.

-He oído hablar de usted.

-Quizá adivinaste mi grandioso plan.

-Quería llegar a ser el Triuno del Instituto. La estridencia volvió a la voz de Treesong.

-Ese plan ha sido odiosa y malignamente frustrado. Benjamin Wroke..., ¿quién era, qué importaba? Claro que está muerto, ¿por qué habría de preocuparme? ¡El plan ha sido destruido por los periodistas y su concurso!

-¿Así que ha muerto?

-¿Quién? ¿Wroke? ¿Cómo pudiste pensar otra cosa?

-Usted me prometió que no lo haría.

-La gente cree lo que quiere creer.

-He terminado con usted.

-Haz lo que quieras. Eres destructivamente hermosa; has aportado mAlices a los colores de mi alma. El rojo del deseo, el azul de un melancólico anhelo, y el verde que quizá te causaría miedo, pero nada se consumará. Me han ofendido y sufro. Ya no hay tiempo; tú también te has arrastrado por el barro; te acostaste con el periodista. Admito que a instancias mías, pero podías haber protestado y resistido.

-No me mostré muy inteligente -dijo Alice con aspereza.

-Estoy a punto de partir -dijo Treesong con voz grave y firme-. Vega no me ha sido favorable, ni lo fue nunca. Estoy herido y afligido, pero a su debido tiempo pondré las cosas en orden... ¡Y entonces...! Mi dolor será calmado mil veces.

-¿Qué le sucedió? -preguntó Alice con ingenuo interés. -Caímos en una emboscada. Un demonio en forma de hombre salió de la casa de Dwyddion y disparó su proyector contra mi pierna.

-Son cosas con las que debería contar.

Treesong pareció no oír la observación. Otro breve silencio, y luego una nueva voz, clara y eléctrica:

-¿Termina mañana el concurso de *El Actual*?

-No, hoy.

-¿Y aún no hay ganador?

-Exacto.

-Entonces, mis instrucciones son éstas: no me vuelvas a llamar. ¡Soy libre! ¡Ahórreselas instrucciones!

Treesong ignoró la interrupción

-Continúa como antes.

La conversación había terminado.

Vega se impuso a las nubes a mediodía y llenó el cielo de un brillante resplandor lechoso. Alice volvió a la oficina, pálida y ojerosa.

-¿Se siente mejor? -preguntó Gersen.

-Sí, gracias. -Se sentó ante su escritorio. Se había puesto un vestido verde grisáceo con un decoroso cuello blanco, y se había cepillado los cabellos; los colores de alguna exótica flor del desierto, pensó Gersen. Ella advirtió su interés y le dedicó una fugaz mirada-. ¿Puedo hacer algo?

-No mucho. El concurso está prácticamente terminado. Se han producido interesantes acontecimientos, ¿no cree?

-Desde luego.

-Sin embargo, las cosas siguen más o menos igual. Treesong no ha conseguido apoderarse del Instituto, pero aún vive y su carrera criminal continúa. Su padre ha muerto, lo que constituye una tragedia personal.

Si hubiera sabido que Sparkhammer era Howard Alan Treesong, no habría esperado otro final.

Alice se volvió en la silla para mirar de frente a Gersen. -¿Cómo supo que Benjamín Wroke era mi padre? Gersen sonrió con tristeza.

-Consta en el formulario que rellenó. Por otra parte, grabé sus conversaciones con Treesong.

Alice se inmovilizó como una estatua. -Entonces, usted sabía...

-Desde el momento en que puso el pie en esta oficina. Incluso antes. Lo supe cuando la vi cruzar la calle.

Alice enrojeció violentamente. -Y también sabía...

-Sí.

-Pero no...

-¿Qué pensaría de mí si me hubiera aprovechado de la situación? Alice dibujó una forzada e inexpresiva sonrisa.

-¿Qué importa lo que yo piense?

-No quiero que su autoestima se vea dañada..., especialmente por razones equivocadas.

-Esta conversación es idiota -dijo Alice, levantándose-, tanto como seguir sentada aquí un segundo más.

-¿Adónde va?

-A la calle. ¿No estoy despedida?

-¡Por supuesto que no! Admiro su valentía. Me gusta verla sentada en esta habitación. Además...

Sonó el comunicador. Gersen pulsó un botón y se oyó una voz. -Howard Alan Treesong llamando a Henry Lucas.

-Soy Henry Lucas. ¿Tiene rostro?

-Claro que sí.

En la pantalla apareció una imagen: un rostro de frente alta y cuadrada, ojos claros de color avellana, delicada nariz recta, barbilla alargada, boca suave y ancha, una expresión de orgullosa vitalidad. Gersen estiró los rizos negros de su peluca sobre las mejillas, entornó los ojos y dejó caer la mandíbula, para dar la impresión de languidez aristocrática. Alice le contempló con una sonrisa sardónica.

Ambos hombres se estudiaron. Treesong habló con voz rica y fluida:

-Señor Lucas, he seguido su concurso con sumo interés, ya que, como sabe, aparezco en la fotografía.

-Lo entiendo. Eso aumenta el interés del público por el acontecimiento.

-No estoy seguro de que esté intentando halagarme.

-Para esta ocasión especial no soy más que un periodista, es decir, un autómata carente de sentimientos personales.

-Si eso es cierto, considero que es usted una persona singular, pero no importa. Puesto que no mencionan prohibiciones o exclusiones específicas, deseo transmitirle mi solución al concurso. Sea tan amable de tomar nota, o mejor, dígale a su extraordinariamente bella secretaria que lo haga.

-Dudo que éste pueda ser considerado un procedimiento normal. Todas las otras contestaciones nos han sido remitidas por escrito.

-No hacen mención explícita de este particular, así que ¿por qué no puede ser válida una identificación verbal? Tengo tanto derecho al premio en metálico como cualquier persona.

-En efecto. La ceremonia de entrega tendrá lugar en breve. Si usted fuera proclamado ganador, ¿recogería el premio en persona?

-Me temo que lo considero poco indicado, a menos que el acontecimiento se celebrara en Más Allá.

-Sería incómodo, desde nuestro punto de vista.

-Pues envíe el dinero a la dirección que le facilitaré. Vayamos a las identificaciones.

-Claro, claro... Alice, tome nota.

-Los identificaré de acuerdo con sus números. El uno es Sharrod Yest. El dos es esa bruja avinagrada de Dianthe de Trembuscule. Tres, la corpulenta Beatrice Utz. El cuatro es el voluble Ion Bilfred, cuya ágil lengua, lástima, se halla para siempre paralizada. El cinco es el fastidioso Sabor Vidol. El seis es la persona conocida en esa ocasión como Sparkhammer, pero mucho más famosa bajo el nombre de Howard Alan Treesong. El siete es John Gray. El ocho es el inútil y torpe Triuno, Gadouth. El nueve es Gieselman, y el diez, Martiletto. Espero que haya sido el primero en identificar correctamente a esa gente.

-Me temo que no. En cuanto las revelaciones de Dwyddion se hicieron públicas, docenas de oportunistas corrieron a nuestras oficinas con las identidades correctas.

-¡Bah! ¡La avaricia pulula por todas partes! ¡Otra cuenta pendiente que saldar con Dwyddion!

-No todo está perdido. Quiero publicar su biografía, si conseguimos ponernos de acuerdo. Es usted un individuo único y sus memorias interesarán a nuestros lectores.

-Lo pensaré. A menudo he sentido la necesidad de expresar mis puntos de vista. La gente me considera un criminal, el representante más genuino del oficio. No hay nadie como yo. Por la naturaleza de mis éxitos, he creado una nueva categoría por la que yo y sólo yo puedo ser juzgado. Ahora no voy a desarrollar la idea.

-En cualquier caso, el interés del público no ha disminuido un ápice.

-Consideraré el asunto seriamente. No me gusta presentarme en un sitio determinado a una hora concreta. Si piensa por un momento en las condiciones de mi existencia, se dará cuenta de que la necesidad de vigilancia es una de sus escasas desventajas.

-Sí, eso parece.

-Cierta gente no atiende debidamente mis instrucciones; por lo tanto, merecen un castigo. Éste es un hecho claro y sencillo. Soy muy meticuloso en lo que se refiere a castigos y recompensas, se lo aseguro. Por lo general, obtengo las recompensas y otros han de cargar con los castigos, pero no importa. ¿Acaso no es el cosmos un lugar vital y temerario, adecuado a mi persona? ¡Por supuesto! Soy indispensable.

-Todo esto fascinará a mis lectores. Espero que acceda a concederme la entrevista.

-Ya veremos. Por el momento no tengo tiempo. Me espera una cita en un lejano planeta, y he de realizar ciertas gestiones. Eso es todo por ahora.

La pantalla se apagó. Gersen se reclinó en la silla. -Treesong aparenta un carácter flexible.

-Cambia a cada minuto -dijo Alice-. Me aterroriza. Sin embargo, me gustaría verle al menos una vez más.

-¿Por qué? -preguntó Gersen, intrigado por la voz opaca.

-Intentaré matarle.

Gersen levantó los brazos. La chaqueta estrecha en los hombros le oprimía. Se la quitó y la tiró a un lado. La peluca siguió el mismo camino de la chaqueta. Alice le miraba de reojo, pero sin hacer el menor comentario.

-Es muy precavido -comentó Gersen-. Aún tuve suerte de alcanzarle con un disparo en Voymont.

-¿Quién es usted? -preguntó Alice en voz baja.

-En Pontefract me conocen como Henry Lucas, corresponsal de Cosmópolis. A veces, utilizo un nombre diferente y hago cosas diferentes.

-¿Porqué?

Gersen se levantó y se acercó al escritorio de Alice. La alzó de la silla hasta que sus rostros estuvieron muy juntos. La besó en la frente, en la nariz y en la boca, pero ella no mostró ninguna emoción. Gersen aflojó la presión de sus brazos.

-Si Treesong llama para preguntarte sobre mí, no le podrás decir nada que no sepas.

-No se lo diré en ningún caso. Ya no tiene poder sobre mí.

Gersen la volvió a besar. Ella cedió, pero sin manifestar el menor entusiasmo. Después se apartó.

-¿Quieres que me quede aquí?

-Sí, lo deseo.

-No tengo nada mejor que hacer.

-¿Estarás aquí cuando vuelva?

-¿Adónde vas?

-A un planeta extraño y viejo, para tomar parte en un acontecimiento social.

-¿El mismo al que va Treesong?

-Sí. Te lo contaré todo cuando regrese.

-¿Cuándo será? -preguntó Alice. con más deseos que esperanzas.

-No lo sé. -Gersen la besó de nuevo, y esta vez ella respondió, apretándose contra su cuerpo. Gersen la besó en la cabeza-. Adiós.

11

Vida, «Introducción al volumen II», por Unspiek, barón Bodissey:

«A medida que surcamos el río del tiempo humano en nuestros prodigiosos aparatos, advertimos pautas reiteradas en el flujo de pueblos y civilizaciones... Las diferentes razas se aglutinan únicamente cuando el territorio es limitado, angosto y muy poblado, con presiones sociales compresivas. Típicos de estas circunstancias son los gobiernos fuertes e implacables; ambos son necesarios y bienvenidos. Por contra, cuando la tierra abunda y se puede obtener con facilidad, como en los albores de un nuevo continente o un nuevo planeta, nadie es capaz de mantener unidas distintas clases de gente. Emigran a nuevos lugares e imponen, paralelamente a la transformación de los idiomas, costumbres y convenciones elaboradas, y los símbolos estéticos adquieren nuevos significados. La opinión general se modifica en ese momento: cualquier gobierno impuesto desde el exterior resultaría intolerable. Cuando una raza se desplaza de su estrella nativa, los procesos son de una infinita riqueza y una fuente de incesante fascinación...»

Moudervelt: antes y ahora, de *Estudios de antropología comparativa,* por Russell Cooke:

«Si el astuto barón se hubiera dignado adornar su famosa "Introducción al Volumen II" con ejemplos, habría seleccionado sin duda el remoto planeta de Moudervelt, que orbita alrededor de la Estrella de Van Kaathe, como un feliz paradigma que arrojara luz sobre sus principios generales.

»Moudervelt es un planeta benigno y fértil, con una extensísima zona de tierra. La flora suele ser compatible con la procedente de la Tierra; la fauna no ofrece ninguna amenaza, salvo unas pocas criaturas marítimas predadoras.

»Moudervelt es un planeta viejo. Las antiquísimas cordilleras se han convertido en colinas boscosas; suaves llanuras se extienden de horizonte a horizonte, bajo cielos azules y flotillas de altos cúmulos blancos. Anchos y lentos ríos cruzan las praderas, de suelo profundo y clima moderado. Excepto por los ríos, la tierra carece de fronteras naturales, pero se ha delineado un gran número de fronteras y límites para encuadrar 1.562 dominios separados, cada uno celoso de su identidad, cada uno alentando sus propios ritos, cada uno alabando su exquisita cocina y denostando a las otras, cada uno considerándose el único enclave civilizado entre 1.561 vecinos bárbaros, incomprensibles y desagradables.

»Moudervelt carece de auténticas ciudades. La mayoría de las tierras tienen un espaciopuerto. El comercio se desarrolla a través de los ríos, conectados entre sí por canales. Muy pocas carreteras comunican los Estados.

»Moudervelt no se halla aislada del universo. Exporta una considerable cantidad de productos alimentarios especiales para el consumo de antiguos habitantes[13] e importa aparatos de tecnología, herramientas especializadas, algunos libros y periódicos; no mucho, en conjunto. Moudervelt no tiene problemas de autoabastecimiento.»

Del *Manual Popular de los Planetas, 330* edición, 1525: Moudervelt, Estrella de Van Kaathe:

(Después de la usual referencia a datos físicos y acontecimientos históricos, el texto dedica un párrafo o dos a cada uno de los 1.562 dominios): «Maunisb, en el centro de la Pradera de Goshen, ocupa una zona de unos sesenta mil kilómetros cuadrados y acoge a una población cercana al millón de habitantes, que desciende de una expedición de los Propagadores de la Verdad Pura. Las áreas están limitadas por el río Dalglish al sur y al este, por la Tierra de Puck al oeste, por Amable y el río Bohuloe al norte, y por las Tierras de Ganaster y Erquhar al este. La principal ciudad es Cloutie.

»Advertencia a los viajeros procedentes de otros planetas: no hay espaciopuertos dentro de los confines de Maunisb. De hecho, naves espaciales, aeroplanos, saltadores o patines aéreos que vuelen a una altitud superior a los quince metros están prohibidos. La entrada ha de realizarse por transporte de superficie que le conducirá a un punto de control autorizado. Los controles aduaneros son estrictos, así como las regulaciones sobre importaciones. No lleven armas, bebidas alcohólicas, material erótico ni medicinas, excepto las que requiera por motivos de salud. Los registros aduaneros son muy completos, y las multas, severas.»

Gersen hizo descender el Flitterwing hacia la Estación de Theobald. Terrenos de cultivo puntuados por casas blancas se esparcían desde la ciudad en todas direcciones. El tío Dalglish serpenteaba en grandes meandros a través del paisaje, hasta torcer en dirección norte y desaparecer.

El espaciopuerto no mostraba ninguna señal o baliza distinguible. Gersen lo diferenció de los campos adyacentes a causa de tres naves muy cercanas: un par de pequeños cargueros y una sucia y vieja Sissle Wanderway.

Gersen aterrizó, tomó las precauciones habituales y saltó a tierra. Se encontró en el centro de un campo abierto y soleado, cubierto de césped verdeazulado. El frío aire del campo azotó su rostro; no se oía otro sonido que el ligero siseo de los filtros del Flitterwing al recargarse. A trescientos metros en línea opuesta, sombreado por un par de densos árboles, divisó un pequeño cobertizo sobre el que se leía el siguiente cartel: Terminal Espacial Central

Estación de Theobald, Tierra de Lelander Todo el tráfico de entrada debe personarse aquí

Dentro del cobertizo, Gersen descubrió a un hombrecillo gordo dormitando sobre la mesa, los restos de la comida esparcidos ante él. Llevaba lo que en otros tiempos había sido un elegante uniforme de sarga negra, canela y roja; había sustituido los pantalones y las botas por una falda blanca larga hasta la rodilla y sandalias.

[13] Las naves dedicadas al transporte de alimentos honniguean a lo largo y ancho de la galaxia colonizada. La Vieja Tierra aporta tal vez una tercera parte de dichos comestibles. Los vinos de la Tierra son especialmente solicitados.

Gersen dio una palmada sobre la mesa; el oficial se despertó bruscamente. Tanteó en busca de su gorra casi antes de abrir los ojos, y se la colocó sobre su cabeza calva. Miró a Gersen con expresión vacía.

-¿Señor?

-Soy lo que denominan «tráfico de entrada». La señal me condujo hasta aquí.

-Sí, sí, claro. Bien, hay que cumplir algunas formalidades para entrar... Cogió un formulario, hizo algunas preguntas a Gersen y anotó las respuestas.

Completó el formulario y lo guardó en una caja.

-Eso es todo, señor, salvo la tarifa de aterrizaje.

-Primero, un poco de información. Me dirijo a Maunish. ¿Encontraré impedimentos para efectuar el viaje?

-Ninguno. Las fronteras están abiertas.

-¿Puedo alquilar un vehículo?

-Por supuesto. Le alquilaré mi propio coche, y mi hijo será el chófer.

Los oídos de Gersen acechaban cualquier imperceptible insinuación o implicación. Miró con dureza al oficial.

-¿A qué precio?

-Oh..., nada extravagante. Diez UCL por día.

-¿Sin extras ni suplementos?

-Ninguno. ¿Me toma por un aprovechado?

-¿Me llevará a Cloutie y a cualquier otro lugar de Maunish queme interese?

El oficial mostró una expresión de indignado asombro.

-¿A Maunish? Debe estar bromeando. ¡Hasta la frontera con Maunish, y punto! ¿Cómo voy a arriesgar mi coche en esa nación de mentecatos, donde las chicas se pasean con los codos desnudos y los hombres enseñan los dientes al comer? Conducen como catatónicos, el aire apesta a comida en salmuera. Hasta la frontera, y punto. Quizá consiga otro medio de transporte allí.

-Bien, ¿cuáles son los transportes públicos entre ambos países? -Ninguno adecuado a un forastero rico. Se vería obligado a coger un autocar de la Trans-World lleno de palurdos que vuelven a Maunish.

-Me servirá. He ido en peores compañías.

-Si así lo quiere, está de suerte. El autocar de la tarde pasará dentro de pocos minutos. En cuanto a la tarifa de aterrizaje, una nave como la suya cuesta doscientos UCL por semana, pagando un mes por anticipado.

Gersen rió con ganas.

-Tengo amigos muy importantes entre el vecindario. Me advirtieron que los oficiales públicos tienden al robo y a los sueños de grandeza. -Sacó cinco UCL-. Se conformará con esto.

El oficial se apoderó del dinero con poca alegría.

-No es normal, pero supongo que hay que permitir excepciones en bien de las buenas relaciones públicas... Allí viene el Trans-World.

Un desvencijado ómnibus triarticulado, que corría sobre ocho grandes ruedas de aire, paró a pocos metros. Gersen subió, pagó otros cinco UCL al conductor y encontró un asiento libre.

Durante horas cruzaron suaves campos, ríos, estanques y huertos. Blancas granjas surgían bajo un luminoso follaje rosa, rojo, naranja y amarillo. Los granjeros parecían prósperos; la vida no podía ser mala del todo en la Tierra de Lelander, incluso si las chicas no enseñaban los codos.

Una línea de follaje azul oscuro y negro se recortó en el horizonte, allí donde el río Dalglish torcía hacia el este para delimitar la frontera de Maunish. Cien metros antes de la frontera se detuvo el autobús. Un sargento y seis soldados pulcramente uniformados salieron del cuartel marcando el paso.

El sargento subió al autobús y formuló varias preguntas al chófer, que señaló con el pulgar a Gersen.

-Por aquí, señor, sólo un momento. Traiga su equipaje -ordenó el sargento a Gersen.

Gersen cogió su bolsa de viaje y siguió al sargento hasta el cuartel. El sargento abrió la bolsa, la registró y miró a Gersen con una sonrisa. -Veo que intenta introducir un proyector modelo Seis A en Maunish. -Desenganchó dos agarraderas del asa de la maleta-. Es un truco vulgar, estamos acostumbrados. Me limitaré a confiscarle él arma.

En Maunish le hubieran encarcelado y sumergido en el río durante tres horas, o hasta que se hubiera ahogado por completo. Son bárbaramente estrictos en este sentido. Entrégueme los otros componentes, por favor.

Gersen abrió la bolsa y sacó las demás piezas, que había disimulado de diversas maneras.

-Aquí los tiene, sargento. Le agradezco su advertencia. -Dobló su antebrazo derecho y un cuchillo arrojadizo apareció en su mano-. Será mejor que también guarde esto en custodia. -Agitó su brazo izquierdo y extrajo un tubo de aire para lanzar agujas de cristal- . Y esto.

-Muy inteligente, señor.

-No los venda en seguida, por favor. Si regreso por este camino, tal como tengo previsto, se los compraré a usted en persona.

-Sucede a menudo, señor.

Gersen volvió al autobús, que al poco rato cruzó el ancho Dalglish por un puente de hierro. Entraban en la Tierra de Maunish.

La ruta bordeaba un pantano de barro pardo y cañas púrpura, cruzó un bosque de gigantescos paupaus que arrojaban al aire una fetidez dulzona, salió a la luz del sol y al instante se advirtieron alteraciones en el paisaje. Al otro lado del río estaba Lelander; a esta orilla, Maunish. Ya nada era igual. El autobús paró en la aduana de Maunish, guarecida a la sombra de un enorme y retorcido linglang de hojas azules y nudoso tronco de dos metros de diámetro. Como antes, los guardias salieron al encuentro del vehículo. Llevaban uniformes grises y verdes, en lugar de rojo, negro y canela. Era una gente muy diferente de los bajos lelanders de facciones dulces; eran altos, enjutos, de pelo castaño lacio y caras huesudas.

A una señal del sargento, los pasajeros fueron bajando y entrando uno por uno en el cobertizo, donde eran examinados y cacheados en tres estancias separadas. Inspeccionaron el maletín de Gersen con energía, indiferencia v meticulosidad. No tuvieron en cuenta su condición de forastero. Su profesión, periodista, apenas despertó un ligero interés. -¿Para qué ha venido a Maunish?

-Para nada en especial; simple turismo.

-Entonces, ¿por qué no se autodenomina turista?

-Lo mismo da, una cosa u otra.

-Quizá para un turista o para un periodista, pero somos los oficiales de seguridad responsables de la decencia en Maunish. Para nosotros, el asunto es muy diferente. En primer lugar, el turista ha de alojarse en el hotel Bon Ton de Maunish, mientras que los periodistas deben pasar todas las noches en la comisaría de policía.

-En tal caso, soy definitivamente un auténtico turista. Admito que las diferencias son significativas.

-Aparentemente, no lleva contrabando.

-Aparentemente, no.

-Descubrirá -afirmó el oficial con una sonrisa gélida- que muchas de nuestras buenas costumbres maunish son persuasivamente prácticas, una vez conocidas. Sin embargo, y he visitado treinta y nueve dominios diferentes, Maunish es un paraíso de tolerancia comparado con Malchione o Dinkland. Nuestros estatutos son sencillos y razonables. Prohibimos el auge del politeísmo y el despliegue de banderas blancas. Prohibimos blasfemias ofensivas y otras alteraciones del orden público. Nuestra lista de delitos es bastante ordinaria. Compórtese con discreción y evitará problemas. -Firmó el certificado de entrada de Gersen con una floritura-. Aquí lo tiene, señor. ¡La libertad de Maunish es suya!

Gersen abordó el autobús, que arrancó a toda velocidad; la aduana protegida por el frondoso linlang azul quedó atrás. El paisaje era ahora el de Maunish, diferente del de Lelander; tal vez por cambios psíquicos,

carácter inherente o referencias alteradas, Gersen experimentó la sensación tantas veces repetida de estar en lo cierto. El campo parecía más extenso, el cielo más ilimitado. Los horizontes, por la nueva claridad de la atmósfera, parecían lejanos y cercanos al mismo tiempo, una curiosa paradoja visual. Toda clase de árboles, agrupados en bosquecillos privados, crecían a su aire a lo largo de la campiña: ginsaps, orpuns, linglangs, flamboyanes. Arrojaban densas sombras oscuras que daban la impresión de brillar con un extraño y rico color sin nombre. Las granjas eran escasas y más antiguas, altas y estrechas por ignoradas razones, apartadas de la carretera en celoso aislamiento... El campo se hizo más suave. El autobús pasó junto a huertos de negros troncos revestidos de refulgentes hojas rosas o amarillas, cruzó ríos caudalosos, villorrios y entró por fin en Cloutie, hasta detenerse en la plaza principal. Las puertas se abrieron; los pasajeros que iban por cuestión de negocios a la ciudad, entre ellos Gersen, descendieron. Paseó la mirada a su alrededor con interés. Cloutie le había parecido al joven Howard Treesong el lugar más importante, el centro del universo civilizado, adonde le llevarían una vez al año con motivo de algún acontecimiento especial. Gersen vio al otro lado de la plaza el hotel Bon Ton, un feo edificio de cuatro plantas, alto y estrecho, con un rotundo tejado sobresaliente y un par de alas de dos pisos.

Si Howard Treesong se dirigía a Gladbetook para asistir a la reunión de ex alumnos, cosa muy probable, se alojaría al igual que Gersen en el Bon Ton. Había llegado la hora de tomar precauciones, y tal vez se estaba haciendo tarde... Gersen compró atuendos locales en una sastrería: una camisa de gruesa tela verde, pantalones abolsados que se estrechaban en la rodilla, calcetines de lana gris y zapatos negros de tacón ancho, un sombrero negro aplastado de ala ancha inclinado sobre la nuca. Los amaneramientos locales (una especie de andar lento, con las piernas rígidas, los brazos caídos a los costados y la cabeza echada firmemente hacia adelante) eran más difíciles de imitar. Notarían que era extranjero, pero no en seguida.

Cruzó la plaza en dirección al hotel Bon Ton y penetró en un oscuro vestíbulo que olía a años interminables de madera encerada, cuero polvoriento, pesados almohadones e innombrables exudaciones locales. El vestíbulo estaba desierto, y el mostrador de recepción a oscuras. Gersen golpeó un postigo hasta que una diminuta anciana surgió de una habitación trasera. Le preguntó con voz chirriante qué deseaba.

Gersen replicó con dignidad. -Deseo alojarme durante unos días.

-Muy bien. ¿Dónde comerá?

-Donde encuentre los mejores platos.

-Están muy lejos, cerca del lago, donde la gente olvida la Censura y lisonjea su estómago. Se tendrá que conformar con tomar lo que servimos aquí, en nuestro comedor.

-Siempre que sea bueno.

-Es muy bueno. -La mujer le miró de soslayo-. ¿Qué ha venido a hacer aquí? ¿Piensa vender cosas?

Se esforzó en investir a la palabra de un énfasis lascivo y amenazador a la vez.

-No, no vendo nada.

-Oh. -Y tras una pausa-: ¿Nada de nada?

-Nada de nada.

-Qué pena -declaró con voz clara y animosa-. Siempre he dicho que la gente ha de comprar y vender lo que le venga en gana, a pesar del Departamento de Sanidad. ¿De dónde es usted? No consigo ubicarlo. ¿Es un mandyke, un booder?

-Ninguno de los dos.

-¿Provoca incendios o derrama el agua?

-No, nunca.

-Muy bien; tendrá la Habitación del Amanecer Sonriente.

La cara de la mujer irradió tal inocencia que Gersen reaccionó al instante.

-¿Cuáles son las tarifas?

-Es nuestra mejor habitación, reservada para importantes dignatarios. Su coste es equivalente a la categoría.

-¿Cuánto?

-Ochenta y tres UCL por día.

-Eso es excesivo. Déjeme ver su lista de precios.

-Bien, digamos cinco UCL...

A Gersen le gustó la habitación, que incluía la más baja de las terrazas, un cuarto de baño con paneles de madera blanca, un diminuto dormitorio adyacente y un pequeño gimnasio.

Caía la tarde. Gersen bajó a la calle, miró a derecha e izquierda y se dispuso a visitar la ciudad. El extremo sur de la plaza estaba dominado por una estatua de piedra y, detrás, por un edificio alto y austero, evidentemente una iglesia o un templo. Una placa en la base de la estatua identificaba la forma señorial de Bandervoum el Didram, que sostenía en alto una escuadra de carpintero para calibrar las almas de los muertos. Detrás de la iglesia crecía una hilera de

macizos cedros negros; a través de los resquicios en el follaje se podía ver un campo sembrado de estatuas blancas.

Gersen descubrió cerca de la iglesia una papelería en la que se vendían multitud de pequeños objetos. Reparó en varios ejemplares de Cosmópolis y uno de El Actual. La portada de El Actual reproducía la fotografía de diez hombres y el encabezamiento:

¿QUIÉNES SON ESTOS HOMBRES? ¡IDENTIFÍQUELOS CORRECTAMENTE Y GANARÁ 100.000 UCL. Gersen entró en la tienda. Detrás de dos mostradores paralelos, a derecha e izquierda, había dos chiquillas cubiertas con vestidos negros de manga larga. Llevaban el pelo negro ceñido en un moño tan apretado que sus ojos parecían a punto de saltar. En el interior del pelo se habían fijado dos frondas de coral rojo. Gersen halló en el mostrador un folleto titulado:

LA TIERRA DE MAUNISH MAPA OFICIAL

Esta edición autorizada incluye todas las carreteras, ciudades, ríos, puentes, puestos fronterizos, así como detalles fisiográficos. Precio: 25 centums.

Gersen cogió un ejemplar del mapa y depositó una moneda en el mostrador. Las chicas protestaron al instante.

-¡Señor, el precio es de dos UCL! Gersen señaló la nota impresa.

-El precio señalado son veinticinco centums. -Sólo para residentes locales -dijo una chica.

-Los forasteros deben pagar un recargo -añadió la otra.

-¿Por qué? -inquirió Gersen, extrañado de que las chicas le reconocieran como forastero a pesar de su ropa nueva.

-Porque el mapa incluye valiosa información secreta -dijo la chica de la derecha con voz firme.

-Muy valiosa para un ejército enemigo -recalcó la de la izquierda, en tono más grave.

-Pero sus enemigos ya deben de tener los mapas de Maunish.

-Tal vez no todos los enemigos.

-Tal vez con menos detalles secretos.

-En ese caso, su mapa vale mucho más de dos miserables UCL.

-Cierto, pero nadie pagaría un precio semejante.

-Preferirían utilizar cualquier cosa vieja.

-Bien, sucede que soy un residente local y no un enemigo. Vivo en el hotel Bon Ton; por lo tanto, me corresponde el precio más bajo.

Las chicas guardaron silencio, reflexionando sobre la base teórica de la argumentación de Gersen. Antes de que pudieran responderle, se había marchado.

Gersen se sentó en un banco y estudió el mapa. Gladbetook se hallaba a sesenta kilómetros al norte, a orillas del río Sweet Trelawney. Gersen dio la vuelta a la plaza. Un letrero llamó su atención. GARAJES PANTILOTE

¡Vehículos de calidad! Venta o alquiler Por hora. Por día. Por semana. Diríjase a nuestros talleres, donde será correctamente atendido. Observará y aprobará la minuciosa exactitud de nuestros métodos. Calle Didram Rummel, 29

Gersen localizó la calle Didram Rummel y los Garajes Pantilote, donde, tras numerosas formalidades, consiguió alquilar un coche liviano de tres ruedas, construido con una gran variedad de piezas.

El cielo empezaba a oscurecer. El viaje a Gladbetook resultaría demasiado largo a estas horas. Gersen acordó que solicitaría el vehículo a la mañana siguiente, y tras cruzar la Pradera de Goshen llegaría al hogar natal de Howard Alan Treesong.

12

De la Doctrina de Didram Bodo Sime, 6:6 (Diatribas contra el bebedor y su bebida) Lema: No es bueno embriagarse ni emborracharse mediante licores, cervezas fuertes o flojas o destilaciones.

Desarrollo:

El bebedor es un majadero, un tonto, un mongrel, el escarnio de la sociedad. A menudo se ensucia las ropas y comete tropelías. Huele mal y eructa; sus familiaridades molestan a todas las personas decentes. Sus canciones y sonsonetes ofenden los oídos. Suele propagar groseras sospechas.

El bebedor soborna la buena fruta y la envilece, y la buena persona que desea disfrutar del buen sabor de la fruta se ve privado de ella, y clama: «¿Por qué me has despojado de mi fruta, oh, bebedor, y la has entregado al vil deterioro?».

El bebedor se entrega a danzas enloquecidas. Se comporta como un payaso y se limpia las orejas con cepillos de paja. Es proclive a enfrentarse con la gente buena y recta, que le paran en la calle para afearle su conducta.

El campo se hacía más salvaje y desolado al norte de Cloutie, en primer lugar debido a las ciénagas del río Junifer, y en segundo a los grandes salientes de roca negra. Fue la primera vez que Gersen vio la fauna indígena de Moudervelt: criaturas de dos patas similares a patos que daban grandes saltos para capturar insectos voladores; un grupo de zorroslagartos con escamas de pangolín verdegrisáceas y un único globo ocular. Retrocedieron para contemplar a Gersen cuando pasó frente a ellos; al disminuir la velocidad avanzaron con rítmicos pasos oblicuos, animados de intenciones que Gersen no fue capaz de adivinar. Aceleró y dejó la tropa atrás.

Una vez superadas las Rock-Wallows persistió la soledad. Una vacía estepa se extendía hasta perderse de vista; una tierra suavemente ondulada, sin árboles, solitaria y barrida por el sol.

Por fin apareció al norte una línea oscura; los árboles que bordeaban las orillas del gran río Swomey. Al otro lado del río la tierra volvía a estar poblada. Gersen cruzó media docena de villorrios, tan iguales entre sí como huevos: una calle principal, unas pocas calles laterales, una posada, varias tiendas, una escuela, el ayuntamiento, un templo y un número variable de casas.

Gersen llegó a media mañana a Gladbetook, un pueblo bastante parecido a los otros, si bien algo más grande, con la Taberna de Dankwall en las afueras y la más pretenciosa Posada de Swecher en la avenida central.

Gersen detuvo el vehículo junto a la Posada de Swecher, una antigua aglomeración de veinte habitaciones para huéspedes de varios tamaños en diferentes niveles. Las habitaciones para transeúntes no eran menos irregulares, con techos inclinados, madera negra labrada y ventanas teñidas de color violeta por haber estado expuestas a lo largo de cien años a la luz de la Estrella de Van Kaathe. La enredadera cubría casi por completo los muros exteriores. Algunos ciudadanos estaban sentados bajo un árbol frente al edificio.

Un hombre de más de dos metros de altura y delgado como una caña, de mejillas céreas y cavernosas cuencas oculares, estaba de pie tras un mostrador situado en el vestíbulo.

-¿Qué desea, señor?

-Alojamiento, por favor. Me gustaría una suite de varias habitaciones.

El posadero examinó a Gersen con un alzamiento de cejas y la boca fruncida.

-¿Viene solo?

-Sí.

-¿Y quiere varias habitaciones?

-Si hay una suite libre.

-Adolece de un gusto inmoderado, si me permite decirlo. ¿Cuántas habitaciones puede ocupar a la vez? ¿En cuántas camas piensa dormir? ¿Cuántos cuartos de baño son esenciales para su higiene?

-No importa. Déme una habitación con baño... ¿Ha llegado mi amigo Jacob Vane?

-¿Al Swecher? No.

-¿Aún no? ¿Algún forastero, aparte de mí?

-Ninguno que se llame Vane ni de otra manera. Es el primero que llega hoy. Debe pagar el alojamiento por adelantado. Una persona que llega como una exhalación de algún lejano rincón del universo puede marcharse con la misma rapidez sin pagar la cuenta.

Acompañó a Gersen hasta una oscura habitación de paredes azules y un techo que parecía más alto que ancho. Un pedestal sostenía una jofaina con agua y un cepillo de fregar. Una almohadilla de fieltro gris cubría la cama y había otra almohadilla similar en el suelo. Gersen echó un vistazo al cuarto de baño y descubrió que estaba sucio y desordenado. El posadero se anticipó a sus protestas.

-De momento es lo mejor que puedo ofrecerle. La posada está a rebosar a causa de un acontecimiento que tendrá lugar dentro de dos noches. Para bañarse utilice la jofaina y el cepillo. Para sus otras necesidades vaya al retrete que hay abajo, en el vestíbulo.

El posadero se marchó.

«La suerte me acompaña -se dijo Gersen-. La Taberna de Dankwall será mucho peor. »

Gersen no perdió el tiempo en la habitación. Bajó a la calle, miró a la derecha, por donde había venido, luego torció a la izquierda y se dirigió al modesto barrio comercial de Gladbetook.

En la calle Golcher giró a la izquierda y cruzó el río Dulce Trelawney por un mohoso puente de piedra. A un lado se erguía una estatua parecida a la de Didram Rummel. Sostenía en

una mano un corto cuchillo curvo y en la otra una serie de genitales masculinos. Detrás se alzaba la iglesia. Una placa rezaba:

PROPAGADORES POSMVOS DE LA VERDAD CREADA

¡No se puede volver atrás!

¡No se puede mirar a un lado! ¡Sólo existen la Verdad y su Magisterio!

Un cementerio ocupaba el campo opuesto, bordeado de corpulentos cedros. Por todas partes había estatuas que honraban a los muertos: simulacros tallados con misteriosa destreza en lustroso mármol blanco o materiales sintéticos. Las estatuas formaban grupos o compañías, como si se consolaran mutuamente del doloroso acontecimiento que compartían.

Cuatrocientos metros más adelante otro puente salvaba el ancho y lento río Swanibel, que iba a unirse con el Dulce Trelawney. Gersen vio al otro lado la Universidad de Gladbetook... Se detuvo y reflexionó un momento. Pronto sería mediodía. Dio media vuelta y regresó por la calle Golcher hacia la ciudad.

En una carnicería, Gersen preguntó la dirección de la granja propiedad de Adrian Hardoah.

-Gire a la izquierda en la esquina del Swecher. Salga de la ciudad y tome el camino de Virle. Camine seis kilómetros hasta un cruce de carreteras y gire a la derecha por Bausger Lane. La segunda granja a la izquierda es la de Hardoah, que reconocerá por el gran pajar verde. ¿Qué quiere de Hardoah? No piense en dinero; es increíblemente avaro.

Gersen dio las gracias y siguió su camino.

Subió a su coche y se dirigió hacia el norte por el camino de Virle. Al cabo de seis kilómetros llegó al cruce de caminos y giró a la derecha por Bausger Lane. A un kilómetro y medio, apartada unos cien metros de la carretera, divisó una granja rodeada de garoms y otros árboles; el follaje refulgía a la luz de la Estrella de Van Kaathe. A otro kilómetro y medio de distancia reparó en una casita a la izquierda de la carretera. ¿La granja de Hardoah? Parecía más bien modesta e incluso destartalada; tampoco vio el pajar verde. Una anciana tomaba el sol sentada en un banco. Era pequeña y delgada, de cara arrugada y consumida. Junto a ella colgaba un ovillo de gruesa lana con el que tejía un vestido, moviendo sus rígidos dedos con dolorosa intensidad.

Gersen frenó el vehículo y bajó. -Buenos días, señora.

-Buenos días, señor.

-¿Es ésta la granja de Hardoah?

-No, señor, de ninguna manera. Encontrará a los Hardoah a un kilómetro de aquí.

Gersen se fijó en un ruinoso y antiguo edificio apartado unos cincuenta metros de la casa, obviamente abandonado y rodeado por un soto de ginsap negroazulado.

-Parece una vieja escuela -comentó Gersen.

-Lo es, y en ella impartí clases durante treinta años, y me he sentado aquí otros veinte viendo como se caía a trozos. Hoy llevan a los niños a la nueva escuela de Leck, al otro lado de la colina.

-¿Siempre ha vivido aquí?

-Sí. Nunca me casé. Bebo agua, suero de leche y ponche. Sigo la Enseñanza con el mayor rigor, y se me consideraba una excelente profesora.

-Entonces, ¿fue la maestra de Howard Hardoah?

-Sí. ¿Le conoce?

-No mucho.

La anciana levantó los ojos al cielo, como si contemplara lejanas escenas de su vida.

-Me he preguntado muchas veces qué sería de Howard. Era un niño extraño, taciturno. Debo de tener su fotografía en algún sitio, pero nunca la he encontrado. Era como un elfo; de hecho, le recuerdo ahora en el teatro de la escuela, representando a un elfo, vestido de verde y pardo, y, sí, era como un pequeño elfo: burlón, inquieto y de rostro espectral. ¡Ah, sí, y qué mal se portó con la pequeña Tammy Fluter, el hada! Ella se puso a gritar y tuvieron que apartar a Howard, que sin duda fue castigado duramente por su padre. Eran fundamentalistas, los Propagadores más estrictos, y la mayoría ya han muerto. ¿No será usted fundamentalista?

-Ignoraba por completo la existencia de esa secta.

-Eran fervorosamente creyentes. Afirmaban que los pecados del hombre podían evitarse mediante una cuidadosa elección, así que el hermano se casaba con la hermana y el primo con la prima, para conseguir lo mejor. ¿Se ha fijado en la estatua de Runel Fluter el Didram que hay en la ciudad? Bien, era el sumo sacerdote de la doctrina, e hizo lo que era preciso hacer, aunque no obtuvo muchas alabanzas, especialmente de aquellos que consideraba indignos. ¡Eran tiempos extraños, y la Enseñanza se hacía cada día más fuerte! Ahora ya sólo quedan los Hardoah, y ya no practican las viejas ideas.

-Howard debía de ser muy guapo.

-A veces, sí. También podía ser la persona más dulce del mundo. Tenía una poderosa imaginación. ¡Cómo amaba las flores y cómo trabajaba su pequeña mente! Un día eligió las flores por sus colores para la Batalla de las Flores; jamás habrá visto nada semejante, los pétalos flotando, los gritos de los participantes. De aquí para allá fue Howard, cargado de ramos rojos y azules, las rosas marchitándose con gallardía, las campánulas triunfando sobre las verbenas. ¡Oh, qué hermoso día! Luego ingresó en la universidad y fracasó, según me dijeron. Era joven y de corta estatura, y sin duda los chicos mayores le atormentaron. Después entró en conflicto con los Sadalflourys y se produjo un escándalo.

-¿Por qué?

-Humm... Quizá no debería hablar tanto, pero sucedió hace mucho y los tiempos han cambiado, aunque los Sadalflourys todavía son gente importante. Howard se enamoró de una de las hijas, creo que de Suby. Ella le rechazó, por supuesto, y Howard hizo algo muy grave. Los Sadalflourys enloquecieron de rabia, pero Howard partió a toda prisa en dirección a otro planeta.

-Es un trabajo muy bello -dijo Gersen, indicando el vestido.

-Es lo mejor que sé hacer, y con ello me gano la vida.

Gersen le dio diez UCL.

-Hágame uno igual. Si no vuelvo, véndalo en otra parte, sin pensarlo dos veces.

-¡Muchas gracias, señor!

-De nada. He disfrutado de su conversación, y ahora debo proseguir mi camino.

Gersen recorrió otro kilómetro y llegó a una granja con un llamativo pajar verde a un lado. Detuvo el vehículo e inspeccionó la casa con un estremecimiento de ansiedad. La casa era como tantas otras: tres plantas, construida con tablas de chilla rosa, adornos verdes en las ventanas y un tejado alto con gabletes y buhardillas. Un hombre de elevada estatura que

llevaba pantalones azules y camisa negra trabajaba en el huerto con una azada. Cuando vio a Gersen y al vehículo, se detuvo para mirar.

Gersen entró en el patio. El hombre alto, evidentemente Adrian Hardoah, se aproximó. Tenía el cabello castaño claro veteado de hebras grises, cortado sin cuidado ni estilo; su rostro era huesudo, largo y bronceado. Examinó a Gersen sin cordialidad ni interés.

-¿Señor?

-¿Es aquí Home Farm?

-En efecto.

-¿Y es usted Adrian Hardoah?

-Exacto.

El hombre hablaba con voz profunda y suave, ritmo sosegado y pronunciación precisa.

-Soy Henry Lucas; represento a la revista El Actual y he venido hasta aquí desde Pontefract, en Aloysius.

-¡Ah, por lo de! concurso!

La voz de Hardoah adoptó un tono más animado.

-Cierto. Entre millones de cartas, usted fue el primero en identificar correctamente al personaje número seis, que es, por supuesto, su hijo.

Adrian Hardoah se puso al instante a la defensiva.

-Eso da lo mismo. Una identificación es una identificación.

-Irrebatible. De hecho, he venido a entregarle el premio.

-¡Excelentes noticias! ¿A cuánto asciende?

-A tenor de las bases, la primera identificación acertada se lleva trescientos UCL, suma que llevo encima.

-¡Benditos seamos con la ayuda de los Didrams! ¡Y pensar que no se ha encontrado con Howard por apenas una hora! Ha venido para la reunión de ex alumnos.

Gersen sonrió y se encogió de hombros.

-Una extraña coincidencia, ciertamente. De todas maneras, me da igual. Lo que ocurre es que es el hombre de la foto.

-Le va bien a Howard, aunque no nos dio ni un céntimo y se marchó de casa hace muchos años. Pero entre, quiero que mi mujer escuche las buenas noticias. A decir verdad, me olvidé del asunto y ni si quiera pensé en preguntarle a Howard acerca de la gran publicidad que le han hecho. La gente le debe mirar allí donde vaya, gracias a la fotografía.

-Poca gente es tan observadora, señor.

Siguió a Adrian Hardoah escalera arriba y entraron en una estrecha cocina. Una mujer casi tan alta como Adrian le escrutó. Su rostro, que mostraba cien elusivos trazos de Howard Treesong, fascinó a Gersen. Unos ojos demasiado juntos brillaban bajo la ancha y cuadrada frente; la nariz larga y recta colgaba sobre la pálida boca y una barbilla casi inexistente, características que, para bien o para mal, le prestaban un aspecto inexorable y reservado, sin el menor asomo de humor o alegría.

Sin embargo, después de que Adrian le informara de sus ganancias, respondió con un gorjeo de placer absolutamente vulgar.

-¡Bueno, esto es fantástico! ¡Así que Howard nos ha reportado algún provecho, aun sin buscarlo!

-Eso parece. Bien, ¿qué opina de un poco de té y un buen panecillo, señor Lucas?

-Opino que me sentiré muy complacido de aceptar la invitación.

A un gesto de Adrian, Gersen se sentó a la mesa. Sacó un fajo de billetes y empezó a contarlos. Adrian habló con reverencia.

-Pensar que miré esa fotografía por pura casualidad, y porque era de una revista extranjera... ¿Quién ganó el gran premio?

-La mayoría de las personas del grupo no se conocían entre sí, y acertaron a reunirse en un banquete. Uno de los asistentes fue el primero en acertar los nombres. Su hijo Howard también nos proporcionó la respuesta correcta, pero fuera de plazo.

Reba Hardoah sonrió con ironía.

-Muy propio de Howard. Siempre llega tarde, aunque sea por poco. Una pena... ¡Chist! Oigo a Ledesmus, es el hermano mayor de Howard, de una pasta muy diferente. Heredará la granja cuando crucemos el Río Caudaloso.

Ledesmus se paró en el umbral, sorprendido al ver un visitante forastero. Era más voluminoso que su padre, de mejillas sonrosadas y ojos provistos de espesas pestañas, que daban a su rostro un aire de socarronería.

-Ledesmus -dijo Adrian-, entra para saludar al señor Henry Lucas, que viene de un lejano planeta. Nos ha traído una cantidad de dinero.

Ledesmus se humedeció los labios para silbar.

-¡Fiuuu! ¡Menudo día! Primero Howard, como caído del cielo, y ahora el señor Lucas.

-Una coincidencia -dijo Gersen-. De todas maneras, es una pena que no nos encontráramos, pues he recibido la orden de escribir un artículo sobre la gente de la fotografía.

-No hay mucho que decir sobre Howard -comentó Adrian-. Nunca hizo nada bueno por la granja. Desperdició sus días escolares y me atrevería a decir que no ha alcanzado ninguna buena posición, a pesar de todos sus viajes.

-Bueno, no seas tan severo con el chico -dijo Reba-. Siempre supiste que era un poco extraño.

-¿Creen que volverá? -preguntó Gersen.

-No - respondió Adrian secamente.

-Es raro que viniera de tan lejos para detenerse apenas un par de horas.

-Bien -trató de explicar Reba-, siempre esperamos una conducta algo indecorosa[14] por parte de Howard. A pesar de todo, nos duele verle alejado de la Enseñanza. Ojalá se sacudiera el polvo estelar de los zapatos y volviera a casa para trabajar los campos con Ledesmus. Nos haría muy felices.

-No volverá -afirmó Ledesmus con su sonrisa socarrona-. Es más indecoroso que nunca.

---

[14] La palabra vardespanr carece de equivalencia contemporánea. Incluye las nociones de obstinación, tozudez obsesiva y la predisposición a mofarse de la rectitud.

-No volverá -corroboró Adrian-. Salió y echó un vistazo al lugar. Todo cuanto dijo fue: «Es lo mismo, pero no es lo mismo». Pasó tanto tiempo en su viejo estudio como con su madre.

-¿Su estudio?

-Aquel viejo cobertizo donde se encerraba con sus libros, papeles y lápices de colores.

-Howard leía demasiado, un montón de tonterías de otros planetas -puntualizó Ledesmus-. Tenía una silla y una mesa, y en plena noche aún tenía la luz encendida, hasta que le mandábamos a la cama. Howard era un werd[15] metódico.

-¿Dónde se aloja?

-Mencionó a unos amigos que quería visitar -dijo Adrian tras una vacilación.

Ledesmus rió.

-¿Amigos? ¿Howard? No tenía ninguno, salvo el pobre Nimpy Cleadhoe, y ya ha muerto.

-Bueno -le reprochó Reba-, tú no sabes nada, Ledesmus.

-El motivo principal de su vuelta es para asistir a la reunión de ex alumnos. Sin embargo, se podría pensar que quería quedarse en casa. Después de todo, aquí nació y creció, y ésta es la tierra que fortaleció sus huesos. Gersen entregó el fajo de UCL a Adrian Hardoah.

-Aquí tiene, señor, junto con nuestra gratitud por participar en el concurso. Imagino que querrá suscribirse a El Actual, ¿no?

Adrian se acarició el mentón.

-Nos lo pensaremos. Es una publicación extranjera que no nos concierne. Si no puedo comprender los actos de los Ulm Falsacabeza del Estado que se encuentra al norte del nuestro, ¿cómo puedo esperar comprender lo que sucede en Alpheratz, o en Caph? No, estudiaremos nuestro propio conocimiento, que, después de todo, es la Verdad Pura. Así lo dicen los Didrams.

-Loada sea la Enseñanza -murmuró Reba.

-Me gustaría dar una vuelta por la granja -dijo Gersen, levantándose-, si me lo permiten. Me servirá como escenario para el artículo que he de escribir sobre Howard.

-Por supuesto. Ledesmus, acompaña al caballero.

Gersen y Ledesmus salieron al patio. Ledesmus miró de reojo a Gersen.

-¿Así que piensa escribir sobre Howard? ¿Y quién querrá leerlo?

-El concurso ha despertado un gran interés. Mencionaré a su padre y a su madre, y también a usted, claro...

-Desde luego. ¿Estará mi foto y tal?

-No, por desgracia. No he traído la cámara... ¿Es mayor que Howard?

-Sí, tres años. -¿Se llevaban bien?

-Bastante bien. Padre no permitía las peleas. Yo hacía el trabajo y Howard soñaba en su estudio.

---

[15] Un ser sobrenatural de forma humana que merodea de noche y duerme de día bajo tierra. Según el folclore maunish, se oculta en las sombras para saltar sobre los niños y llevárselos.

Gersen se debatía en la duda. El rastro de Howard Alan Treesong estaba fresco, pero no parecía llevar a ningún sitio.

-Me gustaría ver el estudio de Howard.

-Está por allí. No ha cambiado en treinta años. Bombeamos agua de riego desde el estanque para el huerto. El agua que consumimos la sacamos del pozo.

Ledesmus le guió hasta un cobertizo de tres metros de largo por dos y medio de ancho. Tiró de la puerta y la abrió con un chirrido de goznes corroídos. Dos ventanas dejaban pasar la luz.

-El lugar no ha cambiado mucho -dijo Ledesmus-. Allí está su mesa, y ésa es la misma silla en la que plantaba sus posaderas. En estas estanterías guardaba sus libros y papeles. Howard era ordenado en todo.

-¿Dónde están los libros y los papeles?

-Es difícil decirlo. Algunos están en casa, otros se destruyeron. Howard era muy puntilloso con sus cosas; cuando se largó se lo llevó casi todo. Howard guardaba sus secretos.

-¿Tenía amigos? ¿Cómo le iba con las chicas?

-Howard nunca fue suficientemente atractivo para las chicas -respondió Ledesmus con un sonido gutural de desdeñosa burla-. Hablaba mucho y actuaba muy poco, ya me entiende. Le gustaban las jovencitas y jugó sucio con una o dos, pero no lo publique. -Ledesmus miró hacia la casa-. Padre nunca se enteró de esas historias. Hubiera utilizado la piel de Howard para empapelar las paredes. No fueron muy importantes; Howard sólo quería probar el aparato; después de todo, para algo está, ¿no? La Enseñanza es un poco vaga sobre el tema, pero si Sarter Martus no quería pasarlo bien con las chicas, allá él, ¿no cree? Su gran amor fue una chica llamada... ¿cómo era? Se ahogó en el lago Persimmon... Zada Memar, una bonita cosa... ¿Amigos? Estaba Nimpy Cleadhoe, que vivía un poco más allá en la carretera. Él y Howard paseaban por los bosques juntos y buscaban nueces; fue lo más parecido a un amigo. A padre no le gustaba, porque el viejo Cleadhoe era por entonces el marmelizador de la ciudad.

-¿Qué es un marmehzador?

-¿Ha visto el cementerio, donde entierran a los muertos? Pues todos son marmels. Es un trabajo rastrero, andar con los muertos y todo eso. En fin, ahora están muertos también, y ése fue el amigo de Howard, en el caso de que fueran amigos. -Ledesmus dirigió a Gersen una sonrisa avergonzada-. Yo arruiné su amistad, yo y mi estupidez. -¿De qué manera?

-Bien, Howard guardaba como un tesoro un libro de anotaciones rojo, que mantenía en el más absoluto secreto. Un día, Nimpy le dijo que saliera del estudio porque su madre le llamaba para algo. Me introduje por la ventana y cogí el libro rojo y lo hojeé sobre la bomba de agua. Bien, por mala suerte el libro se me cayó entre las tablas. Volví al pajar y esperé. Howard salió de casa para guardar bajo llave su libro y no lo encontró, y jamás he vuelto a ver las locuras que sucedieron a continuación. Empezó a hablar con voces raras y a dar saltitos de un lado a otro. Luego vio al pobre Nimpy y se arrojó sobre él. Corrí a separarles antes de que matara al chico. Aquél era el amigo de Howard, pero allí acabó su amistad; de hecho, nunca volvió. Howard se marchó a las sesiones de Enseñanza del verano y me olvidé del libro. Veamos si sigue ahí. -Ledesmus se alzó sobre la bomba, empujó a un lado la cubierta de tablas y hundió su brazo-. Espero no agarrar el extremo venenoso de un cang ... [16] Ya lo tengo.

[16] Insecto picante de la región que alcanza una longitud de diez centímetros.

Sacó un libro de anotaciones rojo y se lo tiró a Gersen, que lo llevó a la luz y echó un vistazo al interior.

-¿Qué hay en el libro? -preguntó Ledesmus.

Gersen se lo tendió y Ledesmus pasó las páginas rápidamente. -Nada importante... ¿Qué clase de escritura es ésta? Nunca había visto nada parecido.

-Es difícil descifrarla.

-Sea lo que sea, son disparates. ¿De qué sirve escribir algo que los demás no pueden leer? Aquí hay dibujos: duques y reyes con vestidos de gala. Mascarones en un carnaval. Padre pensaba que Howard estaba copiando el Organon. Yo creía que dibujaba chicas. Nos engañó a todos.

-Eso parece. Me lo llevaré como recuerdo de Glandbetook. ¿Aceptaría diez UCL por las molestias?

-Bien, no sé... -Ledesmus titubeó, y luego cogió el dinero-. Creo que a padre no le gustaría. No comente el asunto.

-No diré nada, y usted no mencione lo del libro a Howard si le ve antes que yo. Ojalá supiera dónde se hospeda.

-Creo que pensaba quedarse aquí, pero tuvo unas palabras con padre y se marchó tan rápido como había llegado. Estará en la Posada de Swecher, ya que es la mejor de la ciudad.

De nuevo en Glandbetook, Gersen se dirigió al café que había frente a la Posada de Swecher y se sentó a una de las mesas, dando la espalda al declinante sol de la tarde. Un muchacho alto y delgaducho, todo brazos, piernas y cuello, se acercó para tomar nota.

-¿Qué desea, señor?

-¿Qué tienen para comer?

-La comida se ha terminado señor, ha llegado un poco tarde. Puedo traerle un plato de maunce con una barra de nuestro excelente pan.

-¿Qué es maunce?

-Bueno, una combinación de hierbas y pescado de río.

-Me apetece.

-¿Qué va a beber?

-¿Qué se suele tomar?

-Lo que quiera, señor.

-Una pinta de cerveza fría.

-No servimos cerveza, señor, ni fría ni caliente.

-En ese caso, tráigame la carta, o la lista.

-No tenemos, señor. La gente sabe lo que desea sin necesidad de leerlo.

-Entiendo... ¿Qué toman aquellas personas? -Nuestro jugo de gachas helado.

-¿Y aquéllas?

-Un licor de frutas.

-¿Qué más tienen?

-Tónico de riñones, nibbet, ponche de savia ácida...

-¿Qué es el nibbet?

-Té vigorizante.

-Probaré el nibbet.

-Enseguida, señor.

El joven se marchó y Gersen reflexionó sobre la situación. Muy cerca, tal vez a pocos metros, estaba Howard Alan Treesong; casi podía sentir el peso de su presencia. Si conseguía hacerle salir de la ciudad, quizá mencionando el libro de anotaciones rojo, y ahogarle en el Dulce Trelawney, el caso concluiría de forma satisfactoria. Era improbable que todo funcionara tan bien... El camarero trajo una bandeja con el pescado, el pan y una tetera.

Gersen se sirvió el té, lo probó y descubrió una gama de sabores desconocidos. Uno de los ingredientes quemaba primero la lengua, y después toda la cavidad bucal. El camarero, disimulando una risita, preguntó con educación:

-Señor, ¿es de su gusto el nibbet?

-Excelente. -Gersen había devorado curry blanco en el barrio de Lascar de Zamboanga; había bebido ron de pimienta en el Mama Pott's Swillery de Sairle City, en Copus-. Por cierto, espero a un amigo pro cedente de otro planeta. Parece que aún no ha llegado a la posada. ¿Han reservado habitaciones para el señor Slade u otros extranjeros?

-No lo sé, señor.

-Averígüelo -dijo Gersen al tiempo que sacaba una moneda-, con toda discreción, pues quiero dar una sorpresa a mi amigo. Ha venido para una reunión de ex alumnos de la escuela.

El joven se apoderó de la moneda y desapareció. Gersen comió sin pestañear el maunce, un plato muy similar a otros que había probado en docenas de planetas habitados.

-No hay nadie aquí que atienda a su descripción, señor -le informó el camarero a los pocos minutos-, y todas las habitaciones están ocupadas.

-¿En qué otro sitio podrían alojarse?

-Bueno, está la Taberna de Dankwall, en la carretera, pero sus habitantes no valen nada; también está el Refugio de Ott, en el lago Skooney, frecuentado por ricachones. No hay nada más cerca, excepto la posada de Blurry Comers.

-Entiendo. ¿Dónde está el teléfono?

-En el despacho, pero págueme primero el maunce y el nibbet... Ya me han hecho esta jugarreta otras veces.

-Como quiera. -Gersen dejó dos monedas-. Pensándolo mejor... -Gersen entregó al chico otro UCL-... sea tan amable de llamar primero al lago Skooney y después a la Taberna de Dankwall, y pregunte si tienen alojados visitantes de otros planetas que hayan venido para la reunión de ex alumnos. Recuerde, sea discreto. Ni se le ocurra mencionarme.

-A sus órdenes, señor.

Pasaron los minutos. Gersen hizo un esfuerzo y tomó otro sorbo de nibbet. El chico volvió.

-Nada nuevo, señor. La mayoría de los asistentes a la reunión viven aquí, aunque algunos vendrán de fuera. El tío de Ditty Jingol ha llegado de Bantry, y algunos otros de Wimping. Lo más seguro es que su amigo llegue esta noche. ¿Algo más, señor?

-Por ahora, no.

El muchacho se fue. Gersen sacó el libro rojo. En la portada había un título, cuidadosamente impreso en letras de molde:

EL LIBRO DE LOS SUEÑOS

Gersen abrió el libro y concentró su atención en el manuscrito del joven Howard Hardoah. Pasaron una, dos horas.

Gersen levantó la vista, ladeó la cabeza y examinó la altura de la Estrella de Van Kaathe. Pronto empezaría a anochecer. Cerró el libro lentamente y se lo guardó en el bolsillo. Llamó al camarero.

-¿Cómo se llama?

-Vitching, señor.

-Vitching, esto es un UCL. Es para usted. Dentro de poco habrá otro. A cambio quiero que me preste un servicio.

El chico parpadeó.

-Muy bien, señor, pero ¿cómo? No puedo incumplir la Enseñanza. Destruiría todas mis buenas obras del pasado.

-No entraría en conflicto con la Enseñanza. Sólo quiero que vigile la llegada del extranjero que mencioné.

-Bien..., después de todo, no veo motivos que me impidan efectuar este trabajo.

-Recuerde, debe hacerlo en secreto. Una sola palabra que se le escape puede representar graves perjuicios para mí.

-No tema, señor.

Gersen transfirió el UCL a la mano de huesudos dedos.

-Voy a dar un paseo por la ciudad.

-Hay poco que ver, señor, para las gentes que, como usted, han estado en Cloutie.

-Bien, pese a todo daré una vuelta. Recuerde, ni una palabra a nadie de nuestro negocio.

-De acuerdo, señor.

Gersen recorrió la calle, sintiéndose blanco de las miradas por su atuendo urbano de Cloutie. Se paró ante una tienda de ropa y examinó la mercancía. Junto a la puerta se veían botas negras acabadas en punta. Sobre un estante se agrupaban bufandas, sombreros y altas polainas de molesquina gris, recamadas en verde y rojo. Entró en la tienda y se adaptó al estilo de Gladbettok: un abrigo de hombros anchos de árgoma negra, pantalones acampanados, ceñidos en las rodillas con correas negras, un sombrero verde inclinado sobre la frente y no sobre la nuca, todo al estilo de Cloutie. Al mirarse en el espejo, contempló a un patán insulso que engañaría a cualquier forastero.

Salió de la tienda y dobló por la calle Golcher. Cruzó el Dulce Trelawney, dejó atrás la estatua de Didram Rummel, la iglesia Ortométrica y, enfrente, el cementerio donde los marmels de los muertos reposaban con los suyos. Gersen siguió adelante, mirando con intranquilidad a ambos lados con la misteriosa convicción de que ojos blancos sin expresión se abrían para observar su paso. Unos cuatrocientos metros después cruzó el río Swanibel, y de nuevo se paró frente a la escuela, un edificio construido conforme a los más elaborados cánones de la arquitectura de Maunish. De cada lado surgía un ala rematada por una torre barroca; un rotundo

e inclinado tejado culminaba en un campanario de metal ondulado, coronado por un alto florón de metal. A la luz dorada y plateada de la declinante Estrella de Van Kaathe, cada detalle, cada ganchito, puntal o adorno se destacaba con un fuerte contraste. Un letrero rezaba sobre la puerta:

Reunión del 25.° Aniversario

Demos la bienvenida al regreso de la famosa Clase de los Lenguados Galopantes

¿Los Lenguados Galopantes? Un viejo chiste, una broma especial compartida únicamente por los miembros de la clase... Un esfuerzo para pensar en Treesong ubicado en este ambiente, paseando por esta calle, subiendo los peldaños de la escuela, mirando desde los altos ventanales...

Entre el ala norte y el Swanibel se extendía un pabellón pavimentado, un lugar para que los estudiantes pasaran los ratos de ocio, charlaran y contemplaran el río. Una docena de hombres y mujeres estaban trabajando en el pabellón. Colgaban guirnaldas, disponían mesas y sillas, decoraban la plataforma del orador con banderolas, altos abanicos dorados y borlas.

Gersen se internó en el camino de entrada, subió los anchos escalones de pulido porfirio rojo, cruzó una plaza y se aproximó a una hilera de puertas de bronce y vidrio. Una de ellas estaba entornada.

Geren entró y se encontró en un largo vestíbulo central que se extendía de este a oeste. En el extremo más alejado, la Estrella de Van Kaathe derramaba una pálida luz a través de otras puertas de cristal. En todas las paredes colgaban fotografías de grupos: clases de graduados de un remoto pasado.

Gersen se paró a escuchar. Silencio, excepto un distante rumor de música que aumentó de volumen, bajó y se interrumpió bruscamente. Una puerta cercana se abrió. Gersen vio a un hombre alto, de rostro enjuto y con una mata de pelo blanco, y a un par de chicas que tocaban a dúo el caramillo siguiendo los movimientos majestuosos de los largos brazos del hombre.

Gersen se alejó e inspeccionó las fotografías. Observó una fecha que se remontaba a veintidós años atrás. A medida que avanzaba por el pasillo las fechas se acercaban al presente. Gersen se detuvo ante la fotografía que reproducía a la clase de veinticinco años antes y examinó los jóvenes rostros que miraban al frente; algunos posaban con orgullo, otros con una sonrisa tímida, otros aburridos y malhumorados por todo el ceremonial.... Voces y pasos. El instructor y sus pupilas salieron de la sala de música. El instructor escrutó con suspicacia a Gersen. Las chicas, tras una mirada de indiferencia, se marcharon. El instructor habló con voz rígida y pedante.

-Señor, la escuela no está abierta a los visitantes. Me voy ahora y debo cerrar la puerta con llave. Le ruego que se vaya.

-Estaba esperándole, señor. ¿Podemos hablar un momento?

-¿Sobre qué?

Gersen empezó a desarrollar una idea que acababa de cruzar por su mente.

-¿Es el profesor de música de la escuela?

-Soy el profesor Kutte. Doy lecciones; de pequeños monstruos musicales extraigo la majestuosidad de una orquesta. Fuera de estos muros soy Valdemar Kutte, maestro de música y director de la Orquesta del Gran Salón. -Valdemar Kutte examinó a Gersen de pies a cabeza con los ojos acerados por décadas de enseñar a los niños a tocar correctamente el piano, el laúd, el arpa, el caramillo y el liltáfono-. ¿Y quién es usted, señor extranjero, o así me parece?

-¿Cómo lo ha advertido? -preguntó Gersen-. Estaba convencido de parecer un vulgar ciudadano de Gladbetook.

-No con esas espantosas botas. Y lleva los pantalones demasiado bajos. Aquí cultivamos el estilo, no la negligencia. Sin intención de ofenderle, parece que se haya vestido para un baile de disfraces. Gersen rió, desconsolado.

-Intentaré sacar provecho de sus indicaciones.

-Buenos días, señor. Debo irme.

-Un momento. ¿La Orquesta del Gran Salón va a tocar en el festejo de mañana?

-No se ha contratado a ninguna orquesta, debido a nuestras dificultades financieras -respondió con brusquedad Valdemar Kutte.

-Las circunstancias justificarían la presencia de su orquesta.

-Quizá. Siempre hay alguien dispuesto a apretarnos el cinturón..., por lo general la persona más acaudalada de las que ejercen la autoridad.

-Es la forma de llegar a ser acaudalado.

-Sí, tal vez.

-¿Desde cuándo es el profesor de música de aquí?

-Desde hace mucho. Celebré mi vigésimo quinto aniversario hace tres años. Debo añadir que nadie se enteró de la «celebración» salvo yo.

-¿Fue usted quién impartió clases a esas personas? -preguntó Gersen, señalando las fotografías.

-A muchas... Algunas carecían de talento. Algunas tenían talento, pero les faltaba voluntad. Muchas carecían de ambos. Muy pocas poseían ambas cualidades, y a ésas las recuerdo.

-¿Qué me dice de este grupo? ¿Quiénes son los músicos?

-Ah, Darben Sadalfloury tocaba bien el tantalein. Creo que aún toca. La pobre Ivfrtisha van Boufer... trabajó cuatro años en el varience, pero siempre tocó sin alma. Howard Hardoah era el más dotado, aunque indisciplinado. Yo diría que habrá llegado lejos.

-¿Howard Hardoah? ¿Cuál es?

-Al final de la tercera fila, el chico de cabello castaño.

Gersen estudió al joven Howard Alan Treesong, que mostraba cierto atractivo con la frente cuadrada, amplia y alta, pelo castaño claro y la intensa mirada grisazulada. El aspecto sano e inocente se veía deslucido por la barbilla zorruna, la femenina boca lánguida y la nariz demasiado larga y delgada.

-Fadra Hessel sigue tocando el loitre en los catecismos. Confieso que mi memoria no puede aportar nada más. Señor, debemos partir y cerrar la escuela con llave.

Valdemar Kutte se inclinó ante Gersen con la intención de despedirse, una vez cumplida su misión de cerrar la escuela.

-Ha sido un placer hablar con usted, señor.

-Un momento -dijo Gersen-. Se me acaba de ocurrir una magnífica idea. Esta clase en concreto despierta en mí una vívida emoción y, como un benefactor anónimo, contrataré una orquesta para aumentar la dicha de la ocasión. ¿Me puede sugerir una orquesta?

El instructor se irguió, los ojos centelleantes.

-Sí, por fortuna. Le recomiendo la Orquesta del Gran Salón de Valdemar Kutte, que dirijo personalmente. Es la única elección concebible. Cierto que hay otros grupos locales, meras fábricas de hacer ruido, pero yo dirijo la única formación musical que merece tal nombre a este lado de Cloutie.

-¿Estarían libres para la noche en cuestión?

-Por suerte, absolutamente libres.

-Entonces considérese contratado desde este momento. ¿Cuál es su tarifa?

-Bien, déjeme pensar... ¿Cuántos instrumentos precisa? Por lo general llevo dos tarablas, a izquierda y derecha; zumbolt, flauta soprano, gamba, corno, vibráfono, violines, una guitarra y un caramillo, al estilo clásico. Por un contrato de este tipo suelo solicitar doscientos UCL, pero...

El profesor Kutte miró a Gersen con vacilación.

-No voy a discutir. Le contrato por doscientos cincuenta UCL. Mi única exigencia es ésta: quiero formar parte de su orquesta sólo por esta ocasión.

-¿Eh? ¿Es usted músico?

-No sé tocar ni una nota. Golpearé silenciosamente un tambor y no molestaré a nadie.

-Nos molestaría a todos. ¡El tambor es como una matraca de bebés!

-¿Qué me sugiere?

-Esto es descabellado. ¿Por qué no se limita a escuchar desde el otro lado del escenario?

-Quiero participar muy de cerca. Claro que si usted se niega...

-¡No! Encontraré una solución. ¿Sabe tocar la flauta, al menos? Gersen se sintió humillado ante su incompetencia.

-Nunca lo he probado.

-¡Bah! Esto es grotesco. Venga conmigo, veremos lo que podemos hacer.

13

«El único tamborilero bueno es el tamborilero muerto.» VALDEMAR KUTTE Director de la Orquesta del Gran Salón de Gladbetook

Ya en el estudio de Valdemar Kutte, éste le tendió a Gersen una larga flauta de madera.

-Un instrumento infantil -declaró despreciativamente-, si bien, para sentarse con la orquesta, se debe tocar al menos la flauta de madera. Ponga los dedos aquí, aquí y aquí. Así. Ahora, sople.

Gersen acertó a dar un tono desabrido. -Otra vez.

Tres horas más tarde, Gersen había aprendido una de las cinco escalas básicas y Kutte se hallaba fatigado.

-Por ahora, ya es suficiente. Numeraré estos agujeros: uno, cuatro, cinco y ocho. Tocaremos melodías sencillas: paseos, galopes y algún vagabundeo. Tocará uno-cinco, uno-cinco, uno-cinco-ocho, uno-cincoocho siguiendo la música, a veces cuatro-cinco-ocho o uno-cuatro-cinco. Cuando utilicemos otro tono le daré un instrumento diferente. No puedo hacer más. Págueme mis honorarios por adelantado, más veinticuatro UCL por las tres horas de enseñanza intensiva.

Gersen pagó el dinero.

-Ahora, coja la flauta. Practique cuando se le presente la oportunidad. Toque la escala. Toque progresiones simples. Sobre todo, aprenda el uno-cinco-ocho, uno-cinco-ocho.

-Haré lo que pueda.

-¡Tiene que hacer mucho más que eso! ¡Recuerde que va a tocar con la Orquesta del Gran Salón! Si bien «tocar» es una palabra pretenciosa para su nivel de conocimientos, y sólo ejecutará, bien entendido, sonidos apenas audibles. Confío en que todo vaya bien. Esta situación es extravagante, pero para un músico la vida es una sucesión de acontecimientos notables. Nos encontraremos aquí mañana, a media tarde. Después irá al almacén de Van Zore para procurarse un uniforme de músico de la Orquesta del Gran Salón; le daré instrucciones antes de que usted llegue. Luego, después de probarse el uniforme, volveré aquí y le daré más instrucciones. ¿Quién sabe? ¡Tal vez lleguemos a hacer un músico de usted!

Gersen miró la flauta con incertidumbre.

-Tal vez.

De regreso a la Posada de Swecher, Gersen cenó pasta de lenteja, guisado de carne con hierbas, ensalada de cañas de río y media hogaza de pan crujiente. Vitching, el camarero, le informó que había fracasado en sus investigaciones, pero Gersen le recompensó generosamente.

Las tinieblas cayeron sobre Gladbetook. Gersen salió de la posada y caminó por la avenida principal hasta el centro de la ciudad. En cada esquina de la plaza un alto poste sostenía un globo luminoso verde, todos rodeados por docenas de insectos rosados que medían unos treinta centímetros, provistos de ocho suaves alas a cada costado, como los remos de una galera.

Las tiendas estaban a oscuras y vacías. El camisero se había negado a guardar las botas en el interior, y las bufandas colgaban como antes, para que todos los que sintieran tal inclinación pudieran robarlas. Otros

comerciantes parecían igualmente descuidados; era evidente que la gente de Galdbetook no era adicta al latrocinio.

La vida nocturna del centro de la ciudad era inexistente. Gersen volvió por la avenida principal, pasó de largo por la Posada de Swecher y se llegó a la Taberna de Dankwall; en la sala principal, iluminada por unas pocas lámparas de escasa potencia, media docena de granjeros bebían cerveza agria... Gersen volvió a la Posada de Swecher, subió a su habitación y practicó la flauta durante una hora, hasta que sus labios quedaron entumecidos. Entonces sacó El libro de los Sueños e intentó descifrar su enmarañada escritura. Por lo visto, el joven Howard había desarrollado una serie de relatos épicos que incluían un grupo de héroes, descritos con el mayor cariño y gran lujo de detalles.

Gersen apartó el libro y trató de acomodarse en la rígida cama.

Por la mañana siguió las instrucciones de Kutte. Practicó la flauta y se presentó en el estudio del maestro, situado en al calle Golcher, a unos cien metros de la plaza. Kutte escuchó cómo tocaba las escalas sin gran entusiasmo.

-Pruebe ahora el uno-cuatro-cinco.

-Aún no he llegado a esa fase. Kutte alzó los ojos al techo y suspiró.

-Bien, lo que debe ocurrir, ocurrirá; ésta es la lección que todos los

músicos aprenden. He hablado con la señora Lavenger. Ella presidirá la reunión. Le dije que un benefactor anónimo había contratado a la Orquesta del Gran Salón, y se mostró muy complacida. Debemos llegar mañana a la cuarta hora de la tarde y montárnoslo a nuestro aire. Tocaremos antes de la cena, mientras los invitados beben licores extranjeros, y durante la cena. Después de la cena habrá alabanzas y felicitaciones, luego una sesión de bailes, y no cabe duda de que la gente elegante tomará ponche, lo que no es mi estilo, huelga decirlo. Como forastero, habrá visto bastantes borracheras, ¿verdad?

-Sí, desde luego.

-¡Gloria a los Didrams de la Enseñanza! ¡Piense en eso! Pese a todo, usted parece un hombre relativamente morigerado.

-Raras veces bebo más de la cuenta.

-¿Acaso no es peligrosa la bebida?

-He oído opiniones para todos los gustos.

Kutte fingió no oírle. Enarcó las cejas con aire pensativo.

-¿Dónde considera que se bebe más en el Oikumene?

-Me lo pone difícil. Unos cien mil locales desde la Tierra hasta última Llamada se disputan ese honor. El Twast's Place de Krokinole puede llevar la cabeza muy alta, y el Dirty's Red del puerto de Daisy's Landing, en Canopus Tres, no le va a la zaga.

-¡Qué afortunados somos en Gladbetook! ¡Nuestra decencia es la envidia del cosmos! Sin embargo, y lo digo muy a mi pesar, mañana nuestra reputación puede caer por los suelos. Los Sadaiflourys, los Van Bessems, los Lavengers..., sin duda todos catarán licores y alcoholes. Pero ninguno nos importunará, así que me siento más tranquilo o, al menos, esperanzado. Una vez más... oigamos esas escalas... Ahora: uno-cinco ocho. Uno-cuatro-cinco. Uno-cinco, uno-cinco... Uno-cuatro-cinco... ¡Por el Carnero Sagrado! ¡Basta! Es suficiente por hoy, mis oídos están masacrados. Practique con denuedo esta noche. Concéntrese en la producción de sonidos, en los tonos, en el afinado, en el diapasón, en el timbre, en la claridad, en el ataque preciso y en la sonoridad. Cuando cambie de tono, levante un dedo y apriete el otro simultáneamente, no al cabo de un segundo. Practique la colocación de los dedos. Cuando vaya a poner el dedo en el cuatro, que sea el cuatro, no el dos o el seis. Cultive la inspiración; evite esa estéril monotonía que ahora pervierte su articulación. ¿Está claro?

-Perfectamente.

-¡Bien! -gritó de todo corazón Valdemar Kutte-. Mañana es un día de esperanza y perfeccionamiento.

La orquesta se reunió en el estudio de Kutte a la mañana siguiente. Kutt distribuyó partituras, se llevó a Gersen a un rincón y escuchó cómo interpretaba sus melodías. Kutte llegó a un estado de calma fatalista y se guardó las recriminaciones.

-Tendrá que funcionar. Toque muy bajo y todo irá bien, sobre todo si la inspiración fluye con libertad.

Kutte condujo a Gersen ante los demás músicos.

-¡Presten todos atención! Quiero presentarles a mi amigo el señor Gersen, que se ha convertido en un aficionado a la flauta. Tocará experimentalmente por primera y última vez. Debemos intentar ser tolerantes con él.

Los músicos miraron a Gersen y murmuraron entre sí. Gersen se sometió a la inspección con tanto aplomo como pudo.

La orquesta tomó la calle Golcher; cada hombre cargaba con su instrumento, excepto Gersen, que llevaba cinco flautas, cada una afinada en un tono distinto. Todos iban vestidos igual, con trajes negros (chaquetas de hombros altos y pantalones acampanados), zapatos negros puntiagudos y sombreros negros achatados de ala caída.

El grupo se acercó a la escuela y la inquietud de Gersen aumentó un poco más. El plan que al principio le había parecido tan ingenioso, se le antojaba ahora, a medida que se aproximaba el momento critico, poco conveniente, defectuoso e inseguro. Si Howard Treesong dedicaba a los músicos una mirada algo más que superficial, reconocería al Henry Lucas de El Actual, lo que daría pie a una situación embarazosa. Sin duda, Howard Treesong acudiría bien armado y rodeado de guardaespaldas. Por contra, Gersen contaba con cinco flautas y un cuchillo de cocina comprado aquella misma mañana a un ferretero.

La orquesta penetró en el pabellón, colocó sus instrumentos sobre la plataforma y esperó mientras Valdemar Kutte conferenciaba con Ossim Sadalfloury, miembro de la importante familia, un hombre jovial y corpulento, que vestía un elegante traje de gabardina verde oscura.

Valdemar Kutte volvió con la orquesta.

-Detrás del pabellón se nos servirá una colación. Incluye navets a la parrilla y conservas; también habrá té y agua de pasas.

Alguien murmuró y rió en la retaguardia del grupo. Kutte parpadeó y habló con significativo énfasis.

-El señor Sadalfloury sabe que todos somos valetudinarios y respeta nuestras convicciones. A la orquesta no se le servirán licores ni productos fermentados, con el ánimo de no perjudicar su interpretación. De modo que a la plataforma; ¡arriba, arriba! ¡Rápidos y diligentes, todos arriba!

Los músicos se sentaron en la plataforma, dispusieron las partituras y afinaron los instrumentos. Kutte colocó a Gersen en la fila de atrás, entre el zumbolt y la gamba, instrumentos que tocaban dos hombres grandes y rubios bastante flemáticos.

Gersen ordenó las flautas según las instrucciones de Kutte. Tocó unas escalas a modo de prueba, esforzándose en que sonaran a música; después se sentó y contempló la entrada de los ex alumnos en el pabellón. Muchos residían en la ciudad, otros habían llegado de ciudades lejanas. Unos pocos residían en tierras remotas, y los menos habían efectuado el viaje hasta Galdbetook desde otros planetas. Se saludaron con gritos de gozosa sorpresa y carcajadas metálicas, cada uno asombrado de lo mucho que habían envejecido los demás. La gente de la misma clase social intercambiaba saludos cordialmente, pero no sucedía de igual forma entre personas de clases diferentes.

Howard Hardoah, como le conocían sus discípulos, aún no había hecho acto de presencia. Cuando llegara, ¿qué ocurriría? Gersen ignoraba lo que haría en ese momento.

La reunión empezó oficialmente a la cuarta hora de la tarde. En seguida, las mesas se llenaron de grupos. La gente acomodada se agrupó a la derecha del escenario; a la izquierda, los granjeros y los comerciantes. En un extremo de la parte izquierda había unas cuantas mesas ocupadas por gente del río, que vivía en barcazas. Los hombres vestían ropa de pana de color pardo, y las mujeres pantalones de lana gruesa y camisas de manga larga. Gersen advirtió que los aristócratas bebían licores en exquisitos frasquitos de cristal azul y verde. Cuando terminaban un frasco, lo arrojaban a una cesta con gesto desenvuelto.

Valdemar Kutte, que portaba un violín, subió a la plataforma. Se inclinó a derecha e izquierda y luego se volvió hacia la orquesta.

-*El baile de Sharmella,* versión completa. Moderado, pero ágil, sin poner mucho énfasis en los dúos. ¿Preparados? -Kutte miró a Gersen y movió un dedo-. El cuarto tono... No, ésa no... Sí, exacto.

Levantó los brazos; la orquesta arrancó con brío, mientras Gersen soplaba la flauta como le habían enseñado, pero muy bajito.

La pieza terminó. Gersen, aliviado, bajó la flauta. Podía haber sido peor, pensó. La regla básica parecía consistir en dejar de tocar cuando los demás paraban.

Valdemar Kutte anunció otra canción, y como antes señaló a Gersen la flauta adecuada.

La melodía *El malvado Bengfer* era conocida por todos los presentes, que acompañaron el estribillo a voz en grito y siguieron el ritmo pateando el suelo. La canción, por lo que pudo oír Gersen, glosaba las travesuras de Bengfer, un vagabundo borracho, que se cayó en las letrinas de Buntertown. Convencido de que había caído en una cuba de cerveza *Nip-doodle,* bebió hasta la saciedad, y cuando la Estrella de Van Kaathe salió por la mañana e iluminó la escena, los asombrados paseantes descubrieron el rotundo estómago de Bengfer que sobresalía sobre las orillas de las letrinas. Una canción de mal gusto, pensó Gersen, pero Valdemar Kutte dirigía la orquesta con vigor. Gersen aprovechó la confusión general para tocar con más osadía la flauta, recibiendo apenas una o dos retiradas de advertencia de Kutte.

Un caballero de una de las mesas situadas en la parte derecha subió al escenario y habló con Valdemar Kutte, que respondía con una reverencia irritada pero obsequiosa. Después se dirigió al público.

-Atendiendo una solicitud, la señorita Taduca Milgher cantará para nosotros.

-¡Oh, no! -gritó Tanuca Milgher desde su mesa-. ¡Qué horror! Gritos de aliento exigieron su presencia en la plataforma. Valdemar Kutte sonreía con sarcasmo.

Taduca Milgher cantó varias baladas: *Un pájaro solitario soy, Mi barquita roja del río y Pinkrose, la hija del pirata espacial.*

Las mesas estaban llenas; los rezagados habían ido llegando. Gersen empezó a preguntarse si Howard Treesong se mostraría en público. Taduca Milgher se retiró a su mesa. Se anunció la cena, y la orquesta fue a tomar la colación detrás del escenario.

La noche había caído sobre Gladbetook. Cien lámparas que colgaban de un enrejado de bambú iluminaban el pabellón. Los nobles cenaban a sus anchas y tomaban licores. La gente que seguía con más rigidez

la Enseñanza bebía té, pero no perdía detalle de lo que sucedía en las mesas elegantes.

Una sensación de irrealidad, pensó Gersen. ¿Dónde estaría Howard Treesong? *¡Muy cerca!,* gritó una voz en su conciencia. Gersen miró más allá del pabellón, hacia la pradera que cruzaba el río... El tiempo

parecía inmovilizarse. La sensación de irrealidad se desvaneció. Ahora se acercaba la verdad, el auténtico «Ahora». Cerca del río había tres hombres de pie, quietos como estatuas, que miraban el pabellón. Gersen se volvió y miró hacia la carretera. Junto a la valla, rostros y atavíos enmascarados por el crepúsculo, había otros tres hombres. Gersen adivinó por su porte que no eran hombres de Gladbetook.

Todo cambió. Hasta aquel momento, la reunión había sido una celebración alegre y frívola; exagerada, pintoresca, absurda. Diversiones de otra clase, siniestras y ominosas, aguardaban al otro lado de las brillantes lámparas. Gersen fue hacia el extremo del pabellón y miró al sur. Distinguió otras formas, disimuladas bajo un bosquecillo de olmos.

Kutte ordenó a la orquesta que volviera al escenario.

-¡De nuevo con ustedes! Ahora tocaremos la *Rapsodia de las doncellas soñadoras.* ¡Recuerden, gracia y delicadeza!

El jolgorio había alcanzado un dulce estadio de jovialidad y buena camaradería. Los amigos se llamaban unos a otros desde extremos opuestos del pabellón para recordar travesuras, fiestas y bromas. Las convenciones sociales perdían rigidez, se intercambiaban chistes entre personas de clases diferentes.

-¡... nunca, nunca! ¡Siempre era Crambert! Yo me las cargaba siempre...

-¡Oye, Sadkin! ¿Te acuerdas de la flor maloliente que pusimos en el ramo de la señorita Boab? ¡Qué divertido!

-¡... el más espantoso escándalo de todos los tiempos! Fue un año antes de que llegaras. Desde entonces le llamamos «Lamecoños».

-¿Qué fue de «Lamecoños»?

-Se ahogó en el canal de Quade, pobre tipo. Se cayó de su barca.

-Un escándalo aún peor fue el del periscopio de Fimfle, ¿te acuerdas?

-Sí, ya lo creo. Estaba colocado sobre el travesaño y enfocaba el vestidor de las chicas, rodillas, codos, todo eso.

-¡Qué buena idea!

-¡Fimfle, qué tipo más penoso! ¿Dónde está?

-No se le ve el pelo.

-¡Oye!, ¿qué ha pasado con Fimfle?

-Ni se te ocurra mencionar a ese pérfido individuo -replicó Adelie Lagnal desde la mesa de los Sadalfloury.

Un sonido como el tono más bajo de un enorme gong... ¿Fue real? ¿O subliminal? Gersen lo sintió, pero nadie más pareció darse cuenta. En la entrada se erguía una figura alta de hombros cuadrados. Sus largas piernas iban enfundadas en apretados pantalones de veludillo verde; sobre una camisa blanca y ancha de manga larga llevaba un chaleco negro con faltriqueras púrpura y doradas. Las botas altas hasta el tobillo eran de cuero marrón claro; una gorra negra se inclinaba sobre su amplia y alta frente. Permaneció en la entrada sin moverse y esbozó una torcida sonrisa. Después, con exagerada modestia, se acercó a una mesa vacía y tomó asiento sin dejar de sonreír. De la mesa de los Sadalfloury se elevó un ronco y estrangulado susurro que rompió el súbito silencio:

-¡Es Fimfle en persona!

Howard Alan Treesong, o Howard Hardoah, ladeó la cabeza lentamente y miró hacia los Sadalfloury. Luego desvió la vista hacia el escenario. Sin fijarse en Gersen clavó los ojos en Valdemar Kutte y su sonrisa se ensanchó.

Los congregados reemprendieron sus conversaciones. El jolgorio continuó, pero menos espontáneo, pues las miradas se volvían con curiosidad en dirección a Howard Hardoah.

Por fin Morna van Hulgen, una de las presidentas, fue hacia él y le dio une cordial bienvenida, sólo parcialmente falsa, que Howard Hardoah aceptó de buen grado. Morna van Hulgen señaló el bufete y le ofreció algo de cenar. Howard Hardoah sonrió y denegó con la cabeza. Moma paseó una mirada vacilante por la sala, de mesa en mesa, y luego se volvió hacia el cortés caballero que tenía ante ella.

-Me alegro de verte después de tantos años. Nunca te hubiera reconocido.... ¡pero no has cambiado nada! Los años han sido buenos contigo.

-Muy buenos. Les estoy muy agradecido.

-No me acuerdo de tus amigos íntimos... Pero no te quedes aquí solo. Está Saul Cheche, ¿te acuerdas de él? Está sentado con Elvinta Gierle y su marido de Puch.

-Claro que me acuerdo de Saul Cheche. Me acuerdo de todos y de todo.

-¿Por qué no te sientas con él? ¿O con Shimus Woot? Hay tantas, cosas que hablar.

Indicó las mesas que estaban a la izquierda de la sala. Howard Hardoah contempló brevemente las mesas indicadas.

-Saul o Shimus, ¿no? Ambos, según recuerdo, eran desmañados, pesados y sucios. Yo, por otra parte, era un filósofo.

-Bien, quizá tengas razón, pero la gente cambia.

-¡No! Fíjate en mí, por ejemplo. ¡Todavía soy un filósofo, más profundo que nunca!

Morna efectuó intranquilos movimientos para preparar la retirada.

-Bueno, eso es estupendo, Howard.

-De modo que, teniendo esto en cuenta, ¿qué grupos me recomiendas? ¿Los Sadalfloury? ¿O los Van Bouyer? ¿O quizá el tuyo?

-Caramba, Howard, creo que serías bienvenido en cualquiera, pero resulta que, bueno, en la escuela, ya sabes... Y yo pensé...

-Pensaste en mí como en un pobre vagabundo del espacio que regresaba, cansado y desesperado pero lleno de sentimientos, para encontrarme con Shimus y Saul en nuestra reunión de ex alumnos. En algunos aspectos, Morna, el tiempo es como una lente de aumento. De niño nunca probé el alcohol. Soñaba en estos placeres ilícitos, y los hermosos frasquitos de licores se convirtieron en objetos fascinantes y maravillosos. Sé tan amable de hacer una señal al camarero, Moma, y siéntate conmigo. Juntos probaremos Néctar de Phlox, Lágrimas Azules y Ahora-Me-Ves. Morna dio un paso atrás.

-Aquí no hay camarero, Howard. Las bebidas que ves se las ha traído cada uno. Y ahora...

-En ese caso aceptaré tu invitación. -Howard Hardoah se puso en pie-. Nos uniremos a tu mesa, y no dudo de que Wimberly sacará uno o dos frascos de su cesta.

Con un gesto airoso acompañó a Morna hasta la mesa que compartía con su marido, Wimberly, Bloy y Jenore Sadalfloury, Peder y Ellicent Vorvelt.

El grupo dedicó a Howard una bienvenida fría y breve. La respuesta del recién llegado fue mucho más animada.

-Gracias a todos. Morna me ha invitado a compartir este noble y viejo Lágrimas Azules, y tomaré con gusto una o dos copas. ¡Damas y caballeros, mis mejores deseos! ¡Que prosiga la fiesta!

-No hay un programa establecido -dijo Jenore-. ¿Ha venido alguno de tus viejos amigos?

-Sólo vosotros. ¿Dices que no hay programa? Ya veremos. Después de todo, una reunión como ésta ha de ser memorable. Gracias, Wimberly, probaré un poco más. ¡Oiga, director Kutte, toque una canción!

Valdemar Kutte realizó una rígida inclinación de cabeza y hombros. Howard Hardoah rió entre dientes y se reclinó en la silla.

-No ha cambiado un ápice; el mismo viejo cascarrabias. Algunos nos hemos desarrollado en una dirección, algunos en otras. ¿No es cierto, Bloy? Tú te has desarrollado hacia fuera; estás muy gordo.

Bloy Sadalfloury enrojeció.

-No es un tema del que me guste hablar.

Pero Howard Hardoah ya había pasado a otro diferente.

-Hay tantos Sadalfloury en Fluter Township que no sé distinguir las diversas ramas. Si no recuerdo mal, tú eres de la más antigua.

-En efecto.

-¿Y quién es ahora el cabeza de familia?

-Mi padre, el señor Nomo Sadalfloury.

-¿No se halla presente esta noche?

-No era miembro de la clase.

-¿Y qué ha sido de aquella hermosa Suby Sadalfloury?

-Sin duda te refieres a mi hermana, la señora Suby ver Ahe. Se encuentra aquí.

-¿Dónde está sentada?

-En aquella mesa, con su marido y otras personas.

Howard Hardoah se enderezó un poco y examinó a la matrona de cabellos oscuros acomodada a seis metros de distancia. Se puso en pie y se acercó al grupo.

-¡Suby! ¿Te acuerdas de mí?

-Tú eres Howard Hardoah, si la memoria no me engaña. La voz de Suby ver Ahe era fría.

-Ése soy yo. ¿Y quiénes son los demás?

-Mi marido, Paul. Mis hijas, Mirl y Maud, los señores Janust de River Vista, los señores Gildy del lago Skooney y su hija Helda.

Una vez hechas las presentaciones, Howard Hardoah volvió su atención a Suby.

-¡Qué sorpresa encontrarnos al cabo de tanto tiempo! Estoy contento de haber venido. Tus hijas son tan encantadoras como lo eras tú a su edad.

La voz de Suby sonó más fría que nunca.

-Me sorprende que quieras recordar viejos acontecimientos.

-¡Lo sorprendente es que se decidiera a venir! -dijo Paul ver Ahe.

-¿Acaso no fui invitado? -respondió Howard Hardoah con una sonrisa dolida-. ¿Acaso no se trata de mi clase y de mi colegio?

-Es mejor callarse algunas cosas -le espetó Paul ver Ahe.

-Tienes razón. -Howard cogió una silla y se sentó-. Con tu permiso, abriré un frasco de tu Ammary.

-No recuerdo haberte invitado.

-¡Vamos, Paul, no seas mezquino! ¿No muele tu molino toneladas y toneladas de harina de murdock?

-El molino continúa funcionando. Dispongo de los beneficios como me parece mejor.

Howard Hardoah echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

-Ha sido un placer conoceros. -Levantó la mano de Mirl y le besó los dedos-. Especialmente a ti. Siento una admiración absolutamente insaciable, aunque tal vez la palabra no refleje toda la riqueza del sentimiento, hacia las chicas bonitas, y antes de que la noche termine hemos de quedar para otra ocasión.

Paul ver Ahe empezó a levantarse, pero Howard Hardoah ya se había apartado de Mirl. Se llevó el frasco de Ammary a los labios y engulló su contenido de un solo trago.

-¡Refrescante!

Arrojó el frasco vacío a la cesta con gran estilo.

La atención de Suby se dirigió hacia otro punto. Tocó el brazo de su marido.

-Paul, ¿quién es esa gente?

Señaló al final del pabellón. Allí se erguían tres hombres de facciones duras, con uniformes grises y negros y cascos negros, armados con un fusil corto y pesado.

-¡Están por todas partes! ¡Nos han rodeado! -exclamó la señora Janust en voz baja.

-No les prestéis atención -dijo Howard Hardoah con indiferencia-. Forman parte de mi séquito. Lo mejor será que anuncie su presencia para calmar la curiosidad.

Howard Hardoah saltó al escenario.

-Compañeros, amigos y demás, habréis reparado en la presencia de ciertas personas que parecen tropas preparadas para la batalla. De hecho, son un pelotón de mi Compañía. Esta noche llevan esta vestimenta más bien amenazante para indicar que están de mal humor. Cuando van de amarillo se comportan con alegría y despreocupación. Cuando van de blanco, les llamamos «los muñecos mortales».

»En esta ocasión será mejor que obedezcan sus sabios consejos, y todos disfrutaremos de una entretenida velada. ¡Que siga la fiesta! ¡Que fluyan los recuerdos! Jenore Sadalfloury me ha dicho que no había diversiones preparadas. Ya me lo temía, así que pensé de antemano en un pequeño programa, pero antes os hablaré brevemente de mí. Tal vez de todos aquellos que acudieron a este viejo y querido colegio, era yo el más inocente. Me río ahora al pensar en mis ilusiones. ¡Ay de aquel amado soñador muerto hace veinticinco años! En el colegio descubrió un misterioso nuevo mundo de placeres ilícitos y tentadoras posibilidades, pero cuanto trató de explorarlo y ampliarlo, fue rechazado. Nada le fue bien. Fue intimidado, maltratado,

ridiculizado y bautizado con un odioso sobrenombre: «Fimfle». Creo que Bloy Sadalfloury fue el primero en utilizar dicha expresión. ¿No es verdad, Bloy?

Bloy Sadalfloury hinchó los carrillos, pero no respondió.

Howard Hardoah meneó la cabeza lentamente, como si estuviera sorprendido.

-¡Pobre Howard! Las chicas no le trataron mejor. Aún hoy me despierto atormentado por aquellos desplantes. Suby Sadalfloury jugó conmigo un juego particularmente cruel, que no describiré. Desde aquí invito a sus encantadoras hijas a un crucero a bordo de mi nave. Visitaremos interesantes regiones del espacio, y les aseguro que mi compañía no les aburrirá. Es posible que Suby se quede sola y afligida, pero debería haber considerado las consecuencias de los actos que cometió hace veinticinco años y que provocaron mi partida de Gladbettok. Y sin embargo, nada pudo serme más beneficioso. Ahora soy un hombre muy rico. Podría comprar todo Gladbetcok y nadie se daría cuenta. Filosóficamente, soy una persona mucho más definida. Suscribo la Doctrina del Equilibrio Cósmico: en palabras sencillas, a cada «tit» le corresponde un «tat». Vayamos ahora al programa de esta noche. Es un pequeño pastiche llamado El *anhelo de justicia de un noble colegial.* ¡Qué suerte tener a mano a muchos protagonistas de las circunstancias fundamentales!

Cornelius van Bouyers, uno de los presidentes, se adelantó hacia el escenario.

-¡Howard, estás diciendo muchas tonterías! No puedes hablar en serio; de hecho, te estás burlando de todos nosotros. Baja en seguida, sé buen chico y todos nos lo pasaremos bien.

Howard levantó un dedo. Dos de los Compañeros arrastraron a Cornelius van Bouyers fuera del pabellón, le encerraron en el gimnasio femenino y no se le volvió a ver en toda la noche.

Howard Hardoah se volvió hacia la orquesta. Gersen, que se hallaba a unos seis metros, confió en que el sombrero de ala ancha y la expresión amorfa le sirvieran de disfraz.

Howard Hardoah apenas le miró.

-¡Director Kutte! ¡Qué gran placer verle esta noche! ¿Se acuerda de mí?

-No muy bien.

-Porque se enfadó conmigo y me arrebató el violín. Dijo que yo tocaba como una ardilla borracha.

-Sí, recuerdo la ocasión. Utilizó un vibrato desatinado. Quiso expresar un sentimiento y sólo consiguió *larmoyance.*

-Interesante. ¿No toca con este estilo?

-Rotundamente, no. Hay que tocar cada nota de la manera adecuada.

-Permítame recordarle el axioma de un músico -dijo Howard Hardoah-. «Cuando paras de subir, empiezas a bajar.» Usted no ha tocado nunca como una «ardilla borracha», y ya es hora de que lo intente. Para poder tocar como una «ardilla borracha», y puesto que no es posible convertirle en ardilla, al menos puede emborracharse. Aquí tenemos los elementos necesarios. Beba, profesor Kutte, y luego toque.... ¡como nunca había tocado antes!

El director Kutte se inclinó con rigidez y apartó los frascos que le tendía.

-Perdone, pero no bebo fermentos ni licores. La Enseñanza condena expresamente su ingestión.

-¡Bah! Esta noche arrojaremos una manta sobre la teología, de la misma forma que se cubre a un loro impertinente. ¡Viva la alegría! ¡Beba, profesor! Beba aquí, o fuera del pabellón con los Compañeros.

-No me gusta beber, pero ya que me obliga... -Kutte tragó el contenido de un frasco y tosió-. El sabor es amargo.

-Sí, es Ammary amargo. Pruebe el Salvaje Luz del Sol.

-Sabe algo mejor. Déjeme probar el Lágrimas Azules... Sí, tolerable, pero ya es bastante.

Howard Hardoah rió y palmeó la espalda de Kutte, mientras Gersen observaba con tristeza. Tan cerca, y sin embargo tan lejos.

-¡Ese hombre está loco! -murmuró el que tocaba el zumbolt-. Si se acerca, le pondré el zumbolt por sombrero; usted le golpea con la flauta y lo dejamos indefenso en un abrir y cerrar de ojos.

Dos hombres hicieron acto de aparición por la entrada; uno, bajo y grueso como un tocón, casi calvo, de cabeza cuadrada y facciones aplastadas; el segundo, delgado, lúgubre, de cabello negro corto y espeso, pómulos salientes y mandíbula alargada. Ninguno llevaba el uniforme de los Compañeros.

-¿Ve aquellos dos hombres? -indicó Gersen con discreción-. Vigilan que alguien cometa una idiotez semejante.

-Soy un hombre que no está dispuesto a soportar humillaciones -gruñó el del zumbolt.

-Esta noche es mejor que se comporte con cautela, o tal vez no vivirá para ver el amanecer.

El director Kutte se pasó la mano por el pelo. Sus ojos estaban un poco vidriosos y se tambaleó un poco cuando se volvió hacia la orquesta. -Interprete una melodía -gritó Howard Hardoah-. Como una ardilla borracha, por favor.

-*Fuego Gitano,* en eólico -murmuró Kutte a su orquesta.

Howard Hardoah escuchó con atención mientras la orquesta tocaba, y siguió el ritmo con el dedo, pero al poco rato gritó:

-¡Basta, vayamos al programa! Tengo un gran placer en presentarles el acontecimiento de esta noche. Se ha desarrollado a lo largo de veinticinco años. Como soy el empresario, y como los temas derivan de mis propias experiencias, a nadie le sorprenderá el punto de vista subjetivo. ¡Empecemos! Tenemos los decorados a mano. ¡Descorro el telón del tiempo! Estamos ahora en el colegio con Howard Hardoah, un tierno muchacho maltratado por las burlas y las chicas volubles. Recuerdo cierto incidente. Marido Strubbins, te estoy viendo; pareces tan arrogante como entonces. ¡Ven aquí! Quiero recordarte cierto incidente. Marido Strubbins frunció el ceño y se reclinó en la silla con aire de desafío. Los Compañeros se acercaron. Se puso en pie de un brinco y avanzó hacia el escenario, un hombre alto y fornido, de facciones marcadas y espeso cabello negro. Miró a Howard Hardoah con desdén e incertidumbre al mismo tiempo.

-¡Me alegro de verte después de todos estos años! -dijo Howard con áspera voz metálica-. ¿Todavía juegas a los cuadrángulos?

-No, eso es un juego de niños, golpear una bola sin cesar.

-Una vez pensamos de forma diferente. Fui al patio con mi nueva raqueta y una bola. Tú llegaste con Wax Buddle y me expulsaste del patio. Dijiste: «Enfríate el culo, Fimfle, primero

los mayores». Así que jugasteis utilizando mi bola. Cuando protesté porque había llegado primero, respondiste: «¡Siéntate y calla, Fimfle! No puedo concentrarme con esos maullidos en mis oídos». Cuando terminaste, echaste mi bola por encima del seto y la perdí entre las hierbas. ¿Te acuerdas?

Maddo Strubbins no replicó.

-Durante mucho tiempo he sentido la pérdida de aquel dorado día desaparecido para siempre. Está impreso en mi memoria. ¡Qué frustración! El precio de la bola era de cincuenta centums. El tiempo que perdí esperando y buscando la bola vale un UCL, lo que hace un total de un UCL y medio. A un interés compuesto del diez por ciento durante veinticinco años, resultan dieciséis UCL, veinticinco centums y dos cuartos. Añade diez UCL por daños y perjuicios, y sumaremos un total de veintiséis UCL, para redondear. Págamelos ahora.

-No llevo tanto dinero encima.

-Azotadle durante veintiséis minutos y luego cortadle las orejas -ordenó Howard a los Compañeros.

-Espera un momento -tartamudeó Strubbins-. Aquí tienes el dinero.

Le entregó las monedas y luego volvió hacia su mesa con la cabeza hundida entre los hombros.

-Aún no -dijo Howard Hardoah-. Sólo me has pagado la bola perdida. Me dijiste: «Siéntate y calla».

Los Compañeros trajeron una silla en la que descansaba un bloque de hielo. Arrastraron a Maddo Strubbins hasta la silla, le cortaron los pantalones, le sentaron sobre el hielo y le obligaron a permanecer sobre él.

-Siéntate y calla; enfríate el culo -dijo Howard Hardoah-. Perdiste mi pelota y estoy tentado de ordenar que se te practique una incisión a lo largo de tu viscoso escroto, pero esto es una diversión familiar. Otra cosa...

Un Compañero se acercó y apretó un artilugio contra la frente de Maddo Strubbin, que gritó de dolor. Cuando quitaron el artilugio, todos vieron impresa en su piel una gran F púrpura.

-Para que nunca te olvides del odioso sobrenombre «Fimfle». Será un recordatorio para todos aquellos que emplearon el término. Fue ideado por Bloy Sadalfloury. Adelante con este corpulento bribón.

Desnudaron a Bloy Sadalfloury y le tatuaron la F por todo el cuerpo, excepto en las nalgas, donde quedó impresa toda la palabra FIMFLE. -Ahora estáis adornados con gusto -dijo Howard Hardoah con crítica aprobación-. Cuando vayas a bañarte al lago Skooney, y tus amigos te pregunten por qué vas moteado como un leopardo les responderás: «¡Por culpa de mi maliciosa lengua!». ¡Atención, Compañeros! ¡Una gran idea! ¡En la lengua también!

»Bien, ¿qué y quién viene a continuación en nuestro programa? ¿Edver Vissy? Adelántate, por favor... ¿Te acuerdas de Angela Dain una hermosa muchachita de los cursos inferiores? Yo admiraba a Angela con todo el fervor de mi romántico corazón. Un día estaba hablando con ella, viniste y me apartaste a un lado, diciendo: "Lárgate, Fimfle Elige una dirección; Angela y yo iremos por la otra". He reflexionado sobre esta orden largo y tendido. "Lárgate." ¿Adónde? ¿A la carretera? ¿A otro planeta? ¿A dos centímetros? -La voz de Howard adoptó un tono nasal y pedante-. En este caso especial, simplificaré e imaginaré una carrerilla alrededor del pabellón. Te "largarás" a correr dentro de un momento. Cuatro perros salvajes te perseguirán y te morderán las piernas si desfalleces. ¡Ánimo, Edver! Queremos ver

un par de pies voladores cuando "te largues". Es una pena que la pobre Angela no esté aquí para disfrutar de la velada.

Los Compañeros escoltaron a Edver Vissy al patio y le azuzaron, mientras empezaba a correr perseguido por cuatro macizos sabuesos.

-¿Has visto alguna vez algo parecido? -murmuró el tocador de zumbolt a Gersen-. ¡Un hombre que gasta estas bromas ha perdido por completo el juicio!

-Cuidado -le previno Gersen-. Oye susurros a medio kilómetro de distancia. De momento, sus actos son casi bondadosos. Está de buen humor.

-Ojalá no le vea nunca encolerizado.

El programa prosiguió y Howard Hardoah fue ajustando una a una las distensiones y los desequilibrios del cosmos.

Olympe Omsted se había citado con Howard en el parque de Blinnick Pond Picnic. Howard había recorrido quince kilómetros y esperado cuatro horas, sólo para ver llegar a Olympe en compañía de Gard Thornbloom.

-Ahora serás conducida a un lugar lejano -dijo Howard a Olympe-. Esperarás ocho horas, hasta mañana, y caminarás treinta kilómetros hasta el río Wiggal. Para que no te olvides jamás de esta ocasión, he dispuesto un castigo suplementario. -Desnudaron a Olympe hasta la cintura, le pintaron un seno de rojo brillante y el otro de un azul intenso, y finalmente le grabaron una F en el vientre-. ¡Excelente! En el futuro te será más difícil seducir y engañar a jóvenes confiados.

Mientras Howard se dedicaba a Leopold Friss, sacaron a Olympe del pabellón y se la llevaron a un lugar desconocido. Leopold había dicho al joven Howard que «se besara el culo». Trajeron seis cerdos ante Leopold, y fue obligado a besarlos uno por uno de la forma descrita.

Hippolita Fawer, que había abofeteado a Howard en los peldaños de la escuela, fue azotada en las nalgas por dos Compañeros, mientras el profesor Kutte tocaba un canto fúnebre al compás de sus gritos.

El profesor Kurte, al que le flojeaban las rodillas, encontraba serias dificultades en aplicar el arco a las cuerdas. Howard Hardoah se apoderé del violín, disgustado.

-¡He bebido cinco veces más que usted! -tronó-. ¡Presume de competencia musical, pero no puede tocar si está borracho! ¡Qué vergüenza! ¡Yo tocaré la canción como se debe!

Hizo una señal a los Compañeros, que siguieron azotando a Hippolita. Ésta redobló sus gritos y Howard atacó el violín. Empezó a bailar mientras tocaba, levantando una de sus largas piernas en alto y hacia adelante con una patadita, luego saltando con las rodillas dobladas, sin dejar de tocar, la cara arrebatada y los ojos entornados.

-A decir verdad, toca con mucho estilo... -dijo el tocador de zumbolt a Gersen-..., con seguridad. Fíjese como se ajusta a los chillidos de la mujer... Estoy tentado de aplaudirle.

-A él le gustaría, pero lo mejor será no llamar su atención.

-Estoy seguro de que tiene razón.

La canción terminó, e Hippolita volvió completamente desarreglada a la mesa. Howard Hardoah le había cogido gusto a la música. Se enfrentó a la orquesta.

-Todos juntos ahora, con ganas, tonos excepcionales y precisa ejecución: Los placeres *de Pertyviiie,* al estilo parnasiano.

Gersen le dio un codazo al tocador de zumbolt.

-¿Qué flauta?

-La de reborde metálico.

Howard Hardoah dio una patada en el suelo y la canción empezó. Después de una versión, ordenó parar.

-¡Bien, sólo bien! ¡Más empuje con el corno! Usted, el de la flauta, ¿por qué no toca el solo tradicional?

Gersen sonrió con humildad.

-No estoy muy seguro de esa parte, señor.

-¡Pues entonces practique su instrumento!

-Con todas mis fuerzas, señor.

-¡Otra vez, y con más brío!

Tocaron la canción, y Howard Hardoah repitió su absurdo baile.

Se detuvo de pronto, dio una patada en el suelo, levantó las manos y blandió el violín y el arco con rabia.

-¡Usted, el de la flauta! ¿Por qué no toca como es debido? ¿Por qué ese ridículo pip-pup-pup, pip-pup-pup?

-Verá, señor, así es como me enseñaron a tocar el instrumento. Howard Hardoah se llevó las manos a la cabeza y estuvo a punto de hacer caer el sombrero, loco de impaciencia.

-¡Me distrae con su pip-pup-pup, pip-pup-pup! También me enoja su cara de imbécil. ¡Compañeros, agarrad a este monstruo y arrojadle al río! Es mejor librar al mundo de músicos como éste.

Los Compañeros cogieron a Gersen y le bajaron de la plataforma. Howard se dirigió al público.

-Sois testigos de un acontecimiento importante. La gente se divide en tres clases: primero, personas exigentes en el gusto y la distinción; segundo, las masas vulgares, representadas por vosotros; y tercero, unos cuantos miserables advenedizos que imitan el estilo de sus maestros, como ese flautista. ¡Hay que desanimar a los de su ralea! Ahora..., sigamos con la música. Todos los que quieran pueden bailar.

Dos Compañeros transportaron a Gersen boca abajo desde el pabellón hasta la orilla del río. Un tercero caminaba detrás. Todo había salido a plena satisfacción de Gersen. Bajaron los escalones que llevaban al muelle, y caminaron hasta el extremo donde las lámparas se reflejaban en las oscuras aguas.

Los Compañeros agarraron a Gersen por los brazos y el fondillo de los pantalones.

-¡Uno, dos, tres, y allá vamos! -Allá vamos -dijo Gersen.

Se revolvió para librarse de sus captores y golpeó al hombre de la izquierda en el cuello, rompiéndole la laringe. Largó un puñetazo en la sien al de la derecha, y oyó el crujido de un hueso. Luego dio una media vuelta rapidísima y se lanzó contra las rodillas del tercero, que cayó hacia atrás, palmeando en busca de su arma. Gersen se colocó encima, lo puso boca abajo, plantó las rodillas sobre sus fuertes espaldas, le tapó la boca, estiró con todas sus fuerzas y le rompió el cuello.

Gersen se puso en pie, jadeante. Había matado a tres hombres en menos de treinta segundos. Cogió uno de los fusiles cortos, una pistola, un par de cuchillos, y luego arrojó los cadáveres al río.

Inició el regreso al pabellón. La música había cesado. Los Compañeros coordinados por un radiocomunicador, sabían que se habían presentado problemas en el río.

Gersen divisó a doce Compañeros que salían corriendo del pabellón. Howard Alan Treesong seguía de pie en el escenario y forzaba la vista en su dirección. Gersen levantó el fusil, apuntó y disparó un proyectil justo cuando Howard Treesong saltaba del escenario. Remolineó en el aire, alcanzado en el hombro. Gersen disparó de nuevo y alcanzó a Howard Treesong en la ingle. Se desplomó en el suelo, fuera del ángulo de visión de Gersen.

Gersen vaciló, impulsado por el deseo irresistible de certificar la muerte de Howard Treesong... Era demasiado peligroso. Si Howard Treesong sólo estaba herido, que parecía lo más probable, y capturaban a Gersen, el asunto se complicaría. No podía esperar más. Oculto por la sombra de los árboles, corrió alrededor del pabellón hasta el sendero de acceso, donde se emboscó entre los vehículos aparcados. Tres Compañeros corrían frente al pabellón; Gersen apuntó y disparó tres veces. Tres cuerpos se desplomaron en el suelo.

Gersen se puso temerariamente de pie y estiró el cuello con la esperanza de disparar otra vez sobre Treesong.

El peligro se cernía sobre su cabeza. La muerte acechaba. Gersen retrocedió hasta la carretera, la cruzó y se refugió en un bosquecillo. De repente, luces rastreadoras iluminaron toda la zona. Una gigantesca forma surgida del cielo descendió sobre el pabellón. En cuestión de segundos, rayos infrarrojos barrerían sobre el terreno. Huyó hacia el río, se sumergió en el agua y flotó hacia el norte, a salvo de sus perseguidores. Cruzó el río a nado y salió unos cuatrocientos metros más abajo. Trepó a la orilla, empapado como una rata almizclera, y se puso en pie para contemplar la escena que se desarrollaba al sur... Había fallado de nuevo, un amargo y exasperante error. Por segunda vez había disparado sobre su presa, y por segunda vez se había limitado a herirla.

Un bote descendió de la nave y volvió a subir. Los focos rastreadores se apagaron. La nave, una masa negra delineada por las troneras iluminadas, se elevó hasta una altitud de trescientos metros y dio vueltas en el aire.

En el interior de la nave, el cerebro de Treesong no permanecería inactivo. La alarma había partido del muelle, el lugar al que los Compañeros habían llevado al inepto músico. ¿Quién era este músico al que el profesor Kutte había permitido tocar en su orquesta? Era obvio que preguntarían a Kutte, que diría cuanto sabía: el músico era un forastero que deseaba estar presente en la reunión.

¿Un forastero de otro planeta? Debía ser capturado sin falta. No tardarían en hacerse pesquisas en posadas, ciudades, agencias de transportes y espaciopuertos. El Flitterwing sería localizado y abordado en el es paciopuerto de Theobald. La hoja de registro, a nombre de Kirth Gersen, sería entregada a Howard Treesong. Gersen hizo una mueca. Se apresuró hacia la calle Golcher y luego dobló al oeste, junto al cementerio. Los muertos de Gladbetook, misteriosamente conscientes, le miraron al pasar.

Al llegar a la calle principal, Gersen dudó un momento en ir a buscar su coche, pero lo más urgente ahora era el profesor Kutte. Continuó por Golcher hasta la casa de Kutte.

Se veía luz en las ventanas delanteras. Gersen se acercó a la'casa, procurando mantenerse en las sombras. Valdemar Kutte ataviado con una bata marrón, paseaba arriba y abajo con una toalla apretada contra la frente. De momento, pensó Gersen, todo va bien. La normalidad de la

escena le llevó a preguntarse sobre la certeza de sus intuiciones. Tal vez la nave se habría marchado, y el músico idiota no sería para Treesong más que un misterio no resuelto, aunque trivial... Pese a todo, Gersen decidió esperar. Se escondió tras un cercado, y se acomodó lo mejor que pudo.

Pasaron los minutos, cinco, diez.

La calle estaba silenciosa. Gersen se agitó, inquieto. Escudriñó el cielo, pero sólo vio las estrellas y extrañas constelaciones. Suspiró, cambió de postura y maldijo sus ropas húmedas.

Un débil sonido procedente de lo alto. Gersen se puso al instante en alerta. ¡De nuevo el peligro!

Del cielo descendió un pequeño aparato. Silencioso como una sombra se posó en la calle, a diez metros del escondite de Gersen. Tres hombres bajaron al suelo, formas oscuras a la luz de las estrellas. Conversaron durante unos instantes.

Gersen corrió agachado tras el cercado, rodeó los macizos de hortensias de Kutte y se apostó tras el pilar del portalón.

En su habitación Valdemar Kutte, indignado y humillado, se lamentaba de los acontecimientos nocturnos ante una mujer pequeña y rechoncha, que le escuchaba horrorizada.

Dos hombres llegaron por la avenida. Penetraron en el patio del profesor Kutte. Gersen golpeó a uno en la frente con un adorno de hierro del jardín, agarró al otro y le dio un puñetazo sobre el corazón.

No se produjo el menor ruido. El profesor Kutte continuaba sus paseos, gesticulaba con las manos y de vez en cuando hacía una pausa para poner mayor énfasis en algún episodio particularmente odioso.

Gersen se arrastró detrás del cercado hasta su antiguo escondite. El tercer hombre seguía apoyado contra el aparato aéreo. Gersen se acercó en silencio por detrás y de una cuchillada le seccionó la espina dorsal.

Amontonó los tres cadáveres en la parta trasera del bote. Tomó los mandos del vehículo, planeó sobre Gladbetook, entregada al descanso nocturno, y se posó en el patio posterior de la Posada de Swecher. Subió en silencio a su habitación, adoptó con alivio sus ropas normales y guardó El *Libro de los Sueños* en el bolsillo. Regresó al vehículo, despegó y voló hacia el sur, en dirección a Theobald.

Perdió altura sobre el río Dalglish, arrojó los cadáveres al agua y continuó rumbo al sur.

No tardó en divisar las luces dispersas de Theobald. Gersen aterrizó al lado de su Flitterwing. Subió a bordo y activó los sistemas de vuelo. Luego pensó qué hacer con el bote. Si Howard Treesong lo encontraba aquí, cerca del lugar ocupado antes por el Fantamic Flitterwing, llegaría a una conclusión obvia y patente. El jefe de la estación le proporcionaría el número de matrícula del Flitterwing, y la pista conduciría directamente a Kirth Gersen, huésped de Jehan Addels en Pontefract, Aloysius... Gersen conectó el piloto automático y dejó que el vehículo se perdiera en la noche.

Volvió al Flitterwing, cerró las portillas y se elevó sobre la Tierra de Lelander... Cuando alcanzó los quince mil metros de altura flotó en el aire y escrutó el cielo. Ni el macroscopio, ni el radar, ni el detector de objetos extraños descubrieron la menor huella de la nave de Treesong. Una verdadera suerte, porque el Flitterwing carecía de armamento.

Gersen voló hacia el norte y aterrizó en medio de una desolada tundra, a salvo de los detectores de Treesong, en el caso de que los estuviera utilizando.

Al otro lado de las troneras de observación sólo había el silencio y una tierra yerma acariciada por la luz de las estrellas. Gersen devoró un cuenco de gulash y se derrumbó en su silla, muy fatigado pero falto de sueño. Una serie de sensaciones le mantenían despierto: excitación nerviosa que se desvanecía gradualmente, disgusto por no haber matado a Howard Treesong, paliado en parte por el daño que le había infligido y que causaría a Treesong molestias, cólera, miedo, incertidumbre y dolor; una noche bastante provechosa. Los acontecimientos sólo podían ser comprendidos a partir de la personalidad de Howard Treesong... Gersen abrió *El Libro de los Sueños* y empezó a examinar su contenido. Estaba demasiado cansado para proseguir... Se fue a la cama y durmió.

14

Por la mañana, Gersen salió a tomar una taza de té al exterior. El aire transportaba un olor ahumado a musgo, lodo y eones de vegetación lentamente corrompida. Una línea de colinas bajas se silueteaba hacia el sur; todo lo demás era una llanura, medio tundra, medio ciénaga, que se extendía hasta el límite de la vista. Un líquen verdegrisáceo cubría la tierra, interrumpido por secos brotes de juncias y pequeñas plantainas negras con bayas escarlata. La reunión en la escuela de Gladbetook parecía muy lejana en el tiempo y en el espacio.

Gersen entró en el salón y se sirvió otra taza de té. Sentado en el escalón superior de la portilla de salida, a la luz macilenta de la Estrella de Van Kaathe, se puso a examinar de nuevo *El Libro de los Sueños.*

El té se enfrió. Gersen leyó página tras página, hasta llegar al momento en que el joven Howard había dejado de escribir, casi a mitad de una frase.

Gersen cerró el libro y oteó la distancia. Howard Hardoah había guardado este libro como un tesoro. Para Howard Alan Treesong representaría un recordatorio de los dulces y tristes días de su juventud. Y mucho más: definía su espíritu. Era incalculablemente valioso. ¿Y si ahora deseaba averiguar su paradero? La situación admitía docenas de permutaciones. Howard creía que su amigo Nimpy Cleadhoe le había robado el libro. Una pregunta importantísima: ¿Dónde se hallaba ahora Nimpy Cleadhoe?

Gersen no cesaba de pensar: en el joven Howard Hardoah, frágil, vacilante, sensible; en Howard Alan Treesong, fuerte, lleno de confianza, henchido de vanidad. Gersen cogió otra vez FI *Libro de los Sueños y* creyó sentir un temblor de vida en la ajada cubierta roja... Tras una primera lectura, el libro daba la impresión de ser un pastiche desordenado. Contenía opiniones personales, coloquios entre siete paladines, doce cantos de poesía narrativa. Un último capítulo revelaba el idioma naomei, conocido sólo por los siete paladines, e incluía un silabario de 350 caracteres mediante los que podía transcribirse el naomei. Antes de que el joven Howard hubiera terminado de desarrollar la nueva lengua, el libro terminaba bruscamente.

Parecía que el libro había mantenido ocupado a Howard durante años. El manifiesto inicial ocupaba una página y media; una declaración en la que un oído atento habría percibido

algo vivo y apremiante, mientras que un espíritu cínico no habría detectado más que un discurso ampuloso. Lo mismo en lo que concernía al resto del libro, pensó Gersen. El dictamen final debería fundamentarse en el equilibrio entre la fantasía juvenil y los resultados. Desde este punto de vista, la expresión «discurso ampuloso» tenía que descartarse. «Exposición endeble» sería una frase más apropiada.

El libro empezaba:

Soy Howard Alan Treesong. No profeso la menor lealtad a la familia Hardoah; tampoco espero ninguna. Que mi nacimiento se produjera como consecuencia del comercio sexual entre Adrian y Reba Hardoah es un incidente que escapó de mi control. Prefiero atribuir mi origen a otros elementos: a la tierra oscura que aferro en mi mano, a la lluvia gris y al viento que gime, a la luz arrojada por la estrella mágica Meamone. Mi materia se ha impregnado de diez colores; cinco se encuentran en las flores del bosque de Dahane y cinco en las chispas de Meamone.

Ésa es la materia de mi ser.

Reclamo el linaje de Demabia Hathkens[17]*, concretamente de su unión con la princesa Gisseth del castillo de Treesong, de la que nació Searl Treesong, el Caballero de la Lanza Fulgurante.*

Mi vistgeist[18] *es conocido por un nombre secreto mágico. Este nombre es IMMIR*

Que los rayos implacables de la estrella oscura cercana a Meamone destruyan el hígado y la razón de aquel que pronuncia este nombre con desdén.

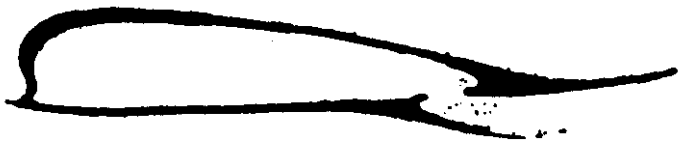
En la, página siguiente había pegado un dibujo realizado por una mano poco diestra, si bien animada por un ardor y una determinación enérgicas. Mostraba a un niño desnudo de pie frente a un joven desnudo, el niño resuelto y decidido, el joven algo insignificante, pero irradiando una cualidad indefinible compuesta de osadía, pasión y enorme curiosidad. Éste era, pensó Gersen, el concepto que tenía el joven Howard sobre él y su vistgeist Immir.

La página siguiente contenía un conjunto de aforismos, algunos legibles, otros tan borrados y alterados que resultaban ininteligibles:

EN CONTRAÓRDENES FUERA.

Los problemas son como los árboles de los bosques de Bleadstone: siempre hay un camino para cruzarlos.

Soy una cosa sublime. Lo creo. Me enardezco y lo hago. Derroto a los héroes. Galanteo a las chicas bonitas. Ardo en el deseo glorioso de alcanzar lo inefable. Conozco una fuerza secreta. Viene de mi interior, y ejerce un poder irresistible. Participa de toda la alegría, de la galantería inmarchitable de las hermosas ninfas de Tattenbarth, de la victoria de las almas sobre el infinito. Es VLON, que no puede ser revelada a nadie. Éste es su símbolo secreto:



[17] Protagonista del ciclo heroico de cuentos populares como *El Ffoliol* de *Heham,* una colección de sagas y cuentos de hadas aceptados de forma indirecta y con evidente esfuerzo por la Enseñanza.

[18] Una palabra del argot de la Enseñanza; en esencia, la versión idealizada de uno mismo. La Enseñanza *lo* define con evasivas, y exhorta al individuo a una vida encaminada a combatir la beatitud del vistgeist. Howard entendía por vistgeist una entidad totalmente emancipada de la rigidez de la Enseñanza.

Amo a Glaide de los rizos rubios. Vive en sus sueños como una anémona vive en el agua. No es consciente de que yo soy quien soy. Me gustaría conocer el camino que lleva a su alma. Me gustaría conocer la magia que me permitiera compartir las sendas de sus sueños. Si tan sólo pudiera hablar con ella a la luz de las estrellas, flotando sobre aguas tranquilas.

Puedo leer entre líneas; siempre hay modos de controlar a la bestia. Pero tengo mucho que aprender. Miedo, pánico, terror; son como gigantes salvajes que debo conquistar y esclavizar para que me

sirvan. Lo haré. Adondequiera que vaya me seguirán los pasos, invisibles e ignorados hasta que yo dé la orden.

¡Glaide!

Sé que ha de darse cuenta. ¡Glaide!

Está hecha de luz de estrellas y polvo de flores; inspira la memoria de la música de medianoche.

Me pregunto me pregunto me pregunto.

Hoy le enseñé el Signo, como por casualidad, como si careciera de importancia. Lo vio; me miró. Pero no dijo una palabra.

(Las siguientes frases parecían haber sido borradas, y se habían escrito otras nuevas encima con una mano más firme.)

¿Qué es el poder? El medio para conseguir lo que uno quiere y desea. Para mí, el poder se ha convertido en una necesidad; es, en sí mismo, una virtud y un bálsamo dulce como el beso de una chica y, de forma similar, está ahí para apoderarse de él.

Estoy solo. Estoy rodeado de enemigos que me miran con ojos maliciosos. Contonean sus insolentes caderas cuando pasan frente a mía toda prisa.

Glaide, Glaide, ¿por qué lo hiciste? Eres cruel conmigo, eres sucia y depravada. ¡Oh, dulce y depravada Glaide! Conocerás el arrepentimiento y los remordimientos, cantarás canciones de pesar sin límites. En cuanto al miserable Tupper Sadalfloury, lo conduciré en la góndola ámbar hasta la Isla de Slaymarket y lo entregaré a los moals.

Pero ya es hora de pensar en el futuro.

El texto proseguía en la página siguiente escrito en tinta negra púrpura. La mano parecía más firme; los trazos, más seguros. El nuevo pasaje empezaba así:

MÁNTRICOS

La acumulación de poder es un proceso de autosustentación. La primera acrecencia es lenta, pero se fortalece según la dirección[19]*. Primero, los pasos indispensables. Es un pasaje tranquilo y despreocupado, en el que nada es revelado. Durante esta fase se descartan metódicamente todas las rigideces. La disciplina en sí no es un concepto inmoral, sólo la disciplina impuesta*

[19] «Dirección» significa, evidentemente, «control personal», .manipulación personal».

sobre el libre albedrío. Lo primero, pues, es la emancipación: de la Enseñanza. del deber, de las emociones suaves, que debilitan el poder de decisión.

(Un evidente lapso de tiempo, quizá varios meses. Los trazos siguientes eran altos, puntiagudos, angulares y transparentaban una energía casi palpable.)

¡Una nueva chica ha llegado a la ciudad! Su nombre es Zada Memar.

Zada Memar.

Pensar en ella me nubla la mente. Se mueve en su propio cosmos, pintado con sus colores, impelido por sus fascinantes ardores. ¿Cómo puedo fundir mi cosmos con el suyo? ¿Cómo puedo compartir sus secretos? ¿Cómo llegaremos a formar un solo cuerpo, una sola alma, un solo ardor?

Seguían varias páginas de extravagantes especulaciones sobre el Destino y las circunstancias posteriores a su encuentro con Zada Memar.

El siguiente pasaje consistía en apasionados apóstrofes dirigidos a la conciencia interna de Zada Memar. No había referencias explícitas a los progresos o resultados del romance, excepto en la conclusión del pasaje, un violento estallido de emoción dirigido contra el ambiente que rodeaba a Howard Hardoah:

Los enemigos me cercan; me miran con ojos enloquecidos cuando pasan a mi lado, o se desvían como arrebatados por el viento, hacen gala de su insolente desdén. Les veo mediante varias mentes, lo que resulta muy útil.

Ha llegado la Hora. Invoco a Immir. ¡Immir, aparece!

Una página en blanco, y una división en El *Libro de los Sueños.* A falta de mejores términos, lo leído anteriormente podría designarse como *Primera parte.* La *Segunda parte* estaba redactada con trazos firmes. El irritante fervor de los pasajes previos parecía estar controlado.

No había un nexo de continuidad entre la línea final de la *Primera parte* y el principio de la *Segunda*

En este lugar al que yo me consagré, derramé mi sangre e hice el Signo. Pronuncié la Palabra, invoqué a Immir, y vino.

Le dije, Immir, ha llegado la Hora. Quédate conmigo. Por supuesto. Somos uno.

Ahora vamos a dedicarnos a nuestros asuntos. Formemos una compañía de paladines que se conozcan entre sí.

Así será. Ven, exponte a los rayos de Meamone y sus colores sugestivos les designarán.

El rayo incidió en la piedra negra, y una persona de negro esplendor apareció; él e Immir se abrazaron como viejos camaradas.

Aquí está el primer paladín; es Jeha Rais el Sabio, de visión penetrante. Calcula las posibilidades y aconseja lo necesario, sin debilidad, piedad, compasión o clemencia.

Te doy la bienvenida, noble paladín.

Immir expuso la piedra roja al rayo de Meamone, y una persona que llevaba amfrúsculos[20] escarlata se unió a las otras tres.

Aquí está Loris Hohenger, el paladín rojo. Conoce y practica el arte de mandar. Sin el menor esfuerzo, realiza proezas admirables a los ojos del hombre vulgar. Desconoce el miedo. Grita: «¡Ajajá!», cuando las alabardas se alzan para el combate.

Loris, te acepto como mi paladín rojo, y te prometo hazañas y saqueos sin cuento.

Me alegro de oírlo.

Immir, ¿quién se nos unirá ahora?

Immir usó la piedra verde, y alguien que vestía los atavíos verdes de un noble Idaspio se adelantó. Alto y grave aguardó, el cabello del color de la medianoche y un brillo verde en los ojos.

Aquí está Mewness, que defiende el verde, un extraordinario paladín, sobrio, extraño y complicado en su forma de pensar. Realiza las hazañas más alocadas y reacciona siempre de manera inesperada. Tiene menos escrúpulos que un lagarto y no da explicaciones a amigos o adversarios. No conoce rival en solucionar enigmas y es un músico de gran talento, experto en todas sus modalidades.

Mewness el Verde, ¿te unirás a los demás paladines? Con gran placer, y para siempre.

¡Excelente! Immir, ¿quién viene ahora?

Immir encontró un bello topacio y lo mostró a Meamone, y al instante apareció una persona que llevaba un casco negro rematado por una pluma amarilla, botas amarillas y guanteletes. Un laúd colgaba a su espalda. Immir le dio la bienvenida y le llamó Spangleway el Bufón.

Somos muy afortunados; aquí está el alegre Spangleway el Bufón, que nos distraerá cuando el camino sea pesado. En la batalla es artero y maestro en terroríficas tretas; solo Mewness le iguala en astucia y veleidad.

Immir, ¿a quién más llamamos?

Elevo este zafiro a Meamone; ¡convoco a Rhune Fader el Azul! Una figura esbelta y fuerte, radiante y alegre como el cielo soleado de los recuerdos, avanzó.

Aquí está nuestro alegre Rhune, fuerte y hermoso, que desconoce la desesperación y la derrota. A veces se le conoce como Rhune el Gentil, a pesar de que su mano es rápida e implacable, pero nunca colérica, y concede a sus cautivos la gracia del arrepentimiento.

Rhune Fader, sé bienvenido; ¿te unirás a nosotros?

Ni todos los vientos y tempestades, los fragores de la guerra y las artimañas de los viles cobardes podrían impedírmelo.

Entonces, serás nuestro paladín.

Immir, ¿quién más? ¿Algún otro se unirá a esa maravillosa tropa?

Una persona que completará el grupo.

Immir alzó un cristal blanco. ¡Llamo a Eia Panice el Blanco! Apareció una persona que llevaba una capa negra sobre una armadura de lentejuelas blancas. Su rostro era pálido y sombrío; tenía las mejillas hundidas, y sus ojos echaban chispas de pálido fuego.

---

[20] Amfrúsculos: las tiras esmaltadas que forman las insignias y medallones de un caballero Trelanctiano.

Immir habló: Eia, temible para los enemigos como la propia muerte, no habla mucho. Sus hazañas hablan por sí solas, y el terror aletea en sus cercanías. Alegraos, paladines, de que Eia sea uno de nosotros, pues sería un enemigo temible.

Eia Panice, te saludo y te nombro mi paladín hermano, y viviremos innumerables aventuras.

Eso espero.

Inunir habló: ¡Adelante los siete valientes, unamos nuestras manos y que sólo la dolorosa muerte rompa este vínculo!

Así se formó la noble tropa, destinada a realizar gestas y proezas nunca antes o después superadas.

En las páginas siguientes, el joven Howard había intentado, con grandes y penosos esfuerzos, esbozar un retrato de los Siete. Los bocetos concluían la *Segunda* parte del libro.

Seguían varias páginas de notas y apuntes, escritos algunos en el silabario de naomei. Daba la impresión de que Howard se había cansado de forzar su mente, y continuaba en el idioma normal.

Aparecía una lista de títulos descriptivos:

1. Aventura en Tuarech.

2. El duelo con los campeones de Sarsen Ebratan.

3. La llegada de Zada.

4. El insolente orgullo del rey Weper.

5. La desesperación de Zada.

6. El castillo de Haround.

7. La seducción de Zada Memar.

8. Las siete brujas de Haltenshort.

9. La aventura en la Posada de la Estrella Verde.

10. Los grandes juegos de Woon Windway.

11. Las mazmorras de Mourne.

12. El triunfo de los paladines.

El supuesto texto preparado por Howard Hardoah para los doce títulos no estaba incluido en el libro, salvo algunos fragmentos y extractos que ocupaban las páginas siguientes. Después, de repente, a los dos tercios del libro, casi en mitad de una frase, terminaba la escritura.

Gersen cerró el libro. Descendió a la tundra y paseó sin rumbo en las cercanías del Flitterwing. Aún había posibilidades de que todo marchara bien. Había fracasado en Voymont y en Gladbetook, pero tal vez El *Libro de los Sueños* le concediera una tercera oportunidad..., si lo utilizaba correctamente. Howard Treesong, herido por dos veces, reaccionaría ante cualquier cebo con suspicacia hipersensibilizada.

El problema, pues, consistía en colocar el cebo donde fuera percibido como algo diferente.

Gersen se detuvo y volvió con semblante malhumorado hacia el sur. Antes de proseguir con sus planes, debía regresar a Gladhetook.

Las advertencias con respecto al espacio aéreo de Maunish ya no preocupaban a Gersen; estaba claro que nadie hacía el menor esfuerzo por aplicarlas y observarlas. Alrededor de mediodía salió de las nubes y condujo el Flitterwing hacia los bosques que protegían el hogar de los Hardoah. Escarmentado por los anteriores fracasos, se armó con todo cuidado, cerró la nave y caminó hasta el borde del terreno abierto. A su derecha brillaba un ancho estanque, y a la izquierda se extendía la faja de tierra que los Cleadhoe habían trabajado en otros tiempos. Mientras Gersen se acercaba a Home Farm, Ledesmus Hardoah salió del pajar con un cubo de comida que tiró en el gallinero, para volver después al pajar. Gersen fue hacia la puerta de la granja y llamó con los nudillos.

La puerta se abrió y reveló la enjuta figura de Reba Hardoah. Miró a Gersen de arriba abajo con semblante inexpresivo.

-Me temo que hoy vengo por una cuestión de negocios. Necesito un poco más de información. Por supuesto, les recompensaré el tiempo que les haga perder.

-El señor Hardoah no se encuentra aquí en este momento -repuso Reba Hardoah con un nervioso flujo de palabras-. Se ha ido al pueblo. Ledesmus salió del pajar y vio a Gersen. Dejó el cubo en el suelo y cruzó el patio.

-Así que ha vuelto, ¿eh? ¿Se ha enterado de las noticias sobre Howard?

-¿Noticias? ¿Qué noticias?

Ledesmus soltó una risotada y se secó la boca con la mano.

-Quizá no debería reír, pero ese loco de Howard fue a la reunión de la escuela con una partida de secuaces, e hizo pasar a todo el mundo por el aro. Howard liquidó todas las viejas cuentas pendientes.

-Terrible, terrible -gimoteó Reba Hardoah-. Insultó a los Van Bouyer, golpeó a Bloy Sadalfloury y se comportó con crueldad y villanía. Estamos avergonzados de tener un hijo sin escrúpulos.

-Vamos, vamos. señora -dijo Ledesmus-, no hay por qué lamentarse. A decir verdad, cada vez que pienso en ello me río. ¿Quién hubiera pensado que Howard tenía tan mala leche?

-¡Es una desgracia! -gritó Reba-. Tu padre sólo piensa en disculparse.

-Se lo toma demasiado a pecho. Howard ya no tiene nada que ver con nosotros.

-Comparto su punto de vista -intervino Gersen-. De todos modos, es una pena que arroje sobre ustedes esa mala fama.

-Cuando vaya a la Casa de la Enseñanza, no sabré dónde mirar -dijo Reba Hardoah.

-Mírales de frente -contestó Ledesmus-. Explícales que si no se portan bien, te quejarás a Howard. Eso bastará para cerrar unas cuantas bocas.

-¡Qué idea tan disparatada! Dale a este caballero la información que ha venido a buscar, y por la que piensa pagar.

-¿De veras? ¿Qué quiere ahora?

-Nada importante. Usted mencionó a uno de los amigos de Howard, Nimpy Cleadhoe.

-En efecto. ¿Y qué?

-¿Qué le pasó a Nimpy? ¿Dónde está ahora?

Ledesmus frunció el ceño y desvió la mirada hacia una casita ruinosa que se alzaba bajo un par de solitarios ginsaps.

-Esos Cleadhoe siempre fueron un poco raros, los típicos extranjeros. El peor era el viejo Cleadhoe; de hecho, trabajó como marmelizador para el ayuntamiento de Fluter. No me acuerdo muy bien, pero no le gustó demasiado que Howard pegara a Nimpy y le acusara de haber robado su libro. La vieja, la señora Cleadhoe, vino a quejarse a padre, que tuvo unas palabras con Howard, y fue cuando Howard se largó para seguir su carrera, con éxito, tal como hemos comprobado.

-¡No digas eso, Ledesmus! ¡Sus vergonzosas acciones nos abruman! Ledesmus empezó a reír de nuevo.

-Ojalá lo hubiera podido ver. ¡Pensar en Maddo Strubbins con sus partes encima del hielo! ¡Qué divertido!

-¿Qué fue de Nimpy? -preguntó Gersen.

-Los Cleadhoe se marcharon y nunca les volvimos a ver. -¿Adónde fueron?

-No dijeron nada. -Ledesmus miró a su madre-. ¿Y a ti?

-Volvieron a su lugar de origen. -Reba Hardoah apuntó al cielo con su pulgar-. Lejos de este planeta. Cuando los viejos Cleadhoe murieron legaron la tierra a sus hijos, de modo que llegaron nuevos Cleadhoe. Eso fue antes de que tú nacieras. Nos relacionamos poco con ellos, y nadie nos puede culpar, considerando el oficio del hombre.

-Marmelizador y sacaentrañas de la ciudad -dijo Ledesmus con disgusto.

Adrian Hardoah entró en la casa. Se detuvo con brusquedad al ver a Gersen y miró con suspicacia de rostro en rostro.

-¿Qué es todo esto? ¿Algo relacionado con Howard otra vez?

-Esta vez no -respondió Gersen-. Hablábamos de sus antiguos vecinos, los Cleadhoe.

Hardoah gruñó y tiró el sombrero en el canapé.

-Mala gente. Nunca se comportaron bien, nunca aceptaron la verdad. Es una suerte que se marcharan.

-¿Sabe adónde fueron?

-No. A otro planeta, eso seguro.

-¿Ya no te acuerdas? -terció Reba Hardoah-. ¿No dijo el viejo Otho que volvían a su lugar de procedencia?

-Sí, algo así.

-¿Tienen idea de dónde era?

Hardoah miró a Gersen con cara de pocos amigos.

-Los Hardoah son del linaje de Didram Fluter. Soy instructor en el Colegio; mi madre era una Bistwider; la madre de mi padre era una Dwint de la decimonovena generación. Otho Cleadhoe era el destripador de la ciudad, y prestaba poca atención a la Enseñanza. ¿Cree que podía ser su confidente?

-Desde luego que no.

Adrian Hardoah asintió con semblante hosco.

-Vaya a ver a los marmels. El primer Cleadhoe yace entre ellos. La placa indica la fecha de nacimiento.

-¡Correcto y exacto! -exclamó Ledesmus-. Confíe en la sabiduría de padre; nunca falla.

Ledesmus y Gersen fueron hasta la ciudad en la vieja furgoneta eléctrica de los Hardoah. Ledesmus se pasó el trayecto comentando las hazañas de Howard en la reunión de la escuela. Sus risotadas indicaban o una completa falta de vergüenza o un cierto remordimiento por las afrentas de Howard.

Ledesmus frenó la furgoneta junto a la iglesia y guió a Gersen hacia el cementerio, evocando a los muertos como si fueran viejos conocidos.

-Los Hardoah y otros parientes están allí. A ese lado yacen las escorias..., gente de otros planetas y personas de mala reputación.

Caía la tarde. A la escasa luz, los dos se movían entre sombras indistintas. Las placas recordaban sus nombres a aquellos que, al correr de los años, los habrían olvidado. Kassideh... Hornblath... Daddendorf... Lup... Cleadhoe.

-Ahí está uno de ellos -señaló Gersen.

-Es una de las viejas. Aquí tiene a Luke Cleadhoe. Es el primero, y responde a su pregunta: «Nacido en la Reserva de Bethune, en el Cuervo, un lejano mundo perdido para la bondad de la Enseñanza. Notable guía en su juventud, ganó por méritos propios el empleo de veterinario de las fieras salvajes, y luego se convirtió en el Primer Taxidermista. Al llegar a Gladbetook, trabajó con denuedo sus tierras y alimentó a una familia de varias almas, todas tristemente indiferentes a las verdades de la Enseñanza». Ahí lo tiene -concluyó Ledesmus con aire triunfal.

Mientras regresaban por el cementerio hacia la iglesia, Gersen acertó a reparar en el marmel de una joven. Se mantenía erguida, la cabeza un poco ladeada, como si estuviera escuchando un sonido distante, una voz o el canto de un pájaro. Llevaba un vestido sencillo, la cabeza descubierta y los pies descalzos. Su placa rezaba: «Zada Memar, criatura infortunada, robada a su familia que tanto la amaba casi antes de florecer. ¡Dolor y llanto por esta desgraciada doncella».

Gersen llamó la atención de Ledesmus hacia el marmel. -¿La recuerda?

-¡Ya lo creo! Al salir de la escuela fue a pasear por los bosques y la encontraron en el lago Persimmon. ¡Era muy bonita!

El sol se había puesto tras la hilera de cedros. Los marmels acechaban en las tinieblas.

-¡Es hora de irnos! -dijo con brusquedad Ledesmus-. No es el lugar más adecuado para vagar cuando se hace de noche.

15

De «El aprendiz de Avatar», en El pergamino de la novena dimensión:

«Rodeaba el pedestal un confuso amontonamiento de fragmentos de falsas efigies, derrumbadas a lo largo de los siglos. La última, que reproducía a Bernissus, yacía con una poderosa pierna levantada en alto. Marmaduke, algo apartado con una túnica anticuada de color pardo, derramó una lágrima movido por los tristes recuerdos.

»Ahora trasladaban y exhibían la efigie del Sagrado Mungol para recibir el homenaje de la muchedumbre.

»El general de los ejércitos de Gortland trepó a la peana, y gritó con voz de bronce:.

»-iVictoria..., por fin y para siempre! Mungol se yergue sobre nuestras cabezas; ¡la verdad y la santidad guardan nuestras tierras! ¡Que así sea por toda la eternidad! ¡Regocijaos!

»La multitud respondió con júbilo, profirió roncos chillidos y bailó en círculos. Los Señores del Viento golpearon sus corazas con puños de hierro; los Bracha desgranaron sus más hermosas melodías. Las Prudesas, cubiertas por velos resplandecientes, tocaron campanas y dibujaron señales en el aire. Los Pequeños Wefkins se alborozaron.

»-¡Todo ha concluido! -habló de nuevo el general de los ejércitos-. Nuestros poderosos vencedores custodian los parapetos. Bernissus es menos que nada: el olor a letrina que recuerda un leproso en el curso de una pesadilla.

»"¡No queremos saber nada más del pasado! El Sagrado Mungol se eleva en lo alto y pasea su sublime mirada por la eternidad. ¡Que cada uno tome su botín, y marche henchido de gloria hacia su hogar! Los Hombres Azules hacia el este; los Hombres Verdes hacia el oeste. ¡Yo me dirigiré con mis Cantaturcos hacia el norte!

»Las masas prorrumpieron en un último grito de alegría y se dispersaron. Un grupo de siete personas se encaminó hacia el sur, en dirección a Sesset, a través del desierto de Maudly. Eran Chathres, un individuo de rostro demacrado, anchas espaldas y lengua lasciva, tres lygons ordi

narios, Shalmar, Bahuq y Amaretto; Implissimus, Caballero del Kerlanth Azul; Rorback el glotón y Marmaduke. Era una tropa heterogénea y amargada, puesto que ninguno había obtenido botín.

»Adentrados en el desierto se toparon con una caravana de tres carretas cargadas con el pillaje de la abadía de Molander. Al frente iba Horman, el vagabundo tuerto. Se les dio tiempo para arrepentirse de sus pecados, y después la banda se dedicó a repartirse los beneficios.

»En la carreta delantera Marmaduke descubrió a la deliciosa Sufrit, que tantas aflicciones le había ocasionado en el baile de disfraces. Chathres insistió, para disgusto de Marmaduke, en que Sufrit formaba parte de su lote, y sus argumentos fueron convincentes.

»-Puesto que te has mostrado insatisfecho con el acuerdo -dijo Chathres a Marmaduke con aviesa premeditación-, divide el botín en siete partes, como te parezca mejor, y que cada uno elija lo que prefiera.

»-¿En qué orden se elegirá?.

»-El orden vendrá determinado por las partes.

»Marmaduke se puso a dividir el botín. Sufrit susurró en su oído:

» -Te han engañado. Las partes determinarán quién elige primero, pero tú debes elegir el último, puesto que realizas la división en lotes que, aparentemente, tienen el mismo valor.

»Marmaduke lanzó un gemido de consternación, pero Sufrit continuó:

»-¡Escúchame! Ponme sola en una parte. Divide todo el tesoro en cinco partes. En la última coloca las tres llaves de hierro de Horman, sus zapatos, su tambor y otros objetos sin valor. Te correponderán a ti, por supuesto. Asegúrate de quedarte las llaves, pero tira todo lo demás.

»Marmaduke obedeció. Mediante artimañas, el astuto Chathres ganó el primer lote, y con floridos ademanes exigió a Sufrit. Los demás ganaron oro y joyas, y Marmaduke se quedó con las sobras.

»De pronto descubrieron que las bestias de tiro habían desaparecido; para colmo, todas las cantimploras habían sido rasgadas con un cuchillo y estaban vacías.

»Se produjo una furiosa discusión, y se intercambiaron acusaciones. »-¿Cómo podremos llegar a Sesset, que se encuentra a cinco días de camino? -gimió Chathres.

»-No importa -repuso Sufrir-. Hay una fuente cercana en dirección al sur. Llegaremos al anochecer.

»Los miembros de la banda, gruñendo y ya sedientos, cogieron el botín y renquearon hacia el sur. Al ponerse el sol, arribaron a un fértil jardín rodeado por un alto muro de hierro que nadie pudo escalar a causa de sus- púas envenenadas. Un sólo portalón, del que Marmaduke poseía las llaves, franqueaba el paso.

»-¡Vaya suerte! -gritó Chathres-. ¡La previsión de Marmaduke nos ha ayudado a todos!

»-No tan deprisa -respondió Marmaduke-. Exijo una remunera-

ción por la utilización de mis llaves. Cogeré la mejor joya de cada uno de vosotros.

»-¡Yo no tengo joyas! -exclamó Chathres-. ¿He de quedarme afuera para servir de presa a las alimañas?

»-¿Qué me ofreces, pues?

»- Sólo poseo mi espada, mis vestidos y mi esclava, que no puedes tomar, y ningún guerrero honorable le quita la espada a otro.

» -Pues dame tus ropas, hasta la última cinta.

»Se cumplió el trato y Chathres entró en el jardín desnudo como un gusano para diversión de todos.

»-Reíros, reíros -dijo Chathres-, que yo esta noche me refocilaré con mi esclava. Ya veremos quién ríe entonces.

»para cenar, la banda comió fruta de los árboles y bebió copiosamente agua fría y transparente. Después, Chathres condujo a Sufrit al abrigo de los árboles y se dispuso a satisfacer sus lascivos apetitos, pero el muro de hierro rodeaba un huerto sagrado, y cada vez que Chathres intentaba un acto lujurioso, un gran murciélago blanco descendía para abofetearle con sus alas, hasta que Chathres desistió y Sufrit pudo dormir sin que la molestara. Chathres, sin embargo, no halló la menor comodidad en el frío aire nocturno del desierto.

»Al día siguiente, sin cantimplora, el grupo continuó hacia el sur. Tanto los rayos del sol como los puntiagudos guijarros y los arbustos espinosos torturaban a Chathres por igual.

»Al caer la noche, Sufrit guió al grupo hasta un monasterio abandonado, al que sólo la llave de Marmaduke permitía el acceso.

»En esta ocasión, Chathres se vio obligado a entregar la espada antes de que Marmaduke le dejara entrar.

»Durante la noche, Chathres intentó obtener placer de Sufrit, pero acudió un fantasma que moraba entre las viejas piedras y se acomodó sobre su espalda, de modo que Chathres renunció a sus propósitos.

»La tropa partió por la mañana en dirección al sur. Los pies doloridos, las picaduras de los insectos y las llagas producidas por el calor atormentaban muchísimo a Chathres, pero no por ello aflojaba la cuerda que ceñía la cintura de Sufrit.

»Una hora antes del amanecer, la banda se internó en una cañada que casi al instante se convirtió en un desfiladero. Un tramo de escalera conducía a una puerta cerrada, que la tercera llave de Marmaduke abrió con un simple giro. Cada miembro de la tropa le entregó una joya, excepto Chathres, que entregó a Marmaduke la cuerda con la que ataba a Sufrit.

» -Es tuya, junto con mis demás posesiones. Déjame pasar. »Marmaduke la desató en seguida.

» -Sufrir, eres libre. Suplico tu amor, pero no tu sumisión. » -Tendrás ambos -dijo ella, y se estrecharon las manos.

»La tropa continuó a lo largo de un estrecho sendero. Un demonio de las rocas surgió de una gruta.

»-¿Cómo osáis utilizar mi camino privado? -Cálmate -dijo Sufrir-. Pagaremos peaje.

»A cambio de ella y de Marmaduke le dio la espada y las ropas que habían sido de Chathres. Los demás le entregaron una joya cada uno, salvo Chathres, que exclamó:

»-¡Muestro mi cuerpo desnudo como prueba! No tengo nada, no puedo pagar!

»-En ese caso -dijo el demonio-, deberás entrar en la gruta. »Los otros se apresuraron a continuar el camino, la mejor forma de no escuchar los desesperados chillidos de Chathres.

»El sendero desembocó por fin en una tierra agradable. Varias carreteras conducían a otros tantos puntos de destino. Los miembros del grupo se separaron, y cada miembro eligió su propio camino.

»Marmaduke y Sufrir, cogidos de la mano, reflexionaron unos instantes qué senda tomarían. Una de las carreteras descendía hasta un valle verde, subía otra vez, serpenteaba entre las ciudades y moría

al pie de un campanario que distinguía a un querido y familiar pueblo.

»- Ésta es la carretera por la que me gustaría viajar -dijo Marmaduke, con los ojos brillantes-. ¿Quieres venir conmigo?

»Sufrit desvió los ojos hacia otra carretera que llevaba a un lugar que conocía bien, pero en donde nadie la amaba.

» -Sí, Marmaduke, iré contigo.

» -Démonos prisa, pues, y estaremos en casa antes de que se ponga el sol.

»Y así fue. Corrieron alegremente por la carretera hasta su hogar, mientras la luz se desvanecía a sus espaldas. Cuando tomaban el té, sólo Pinnacy planteó preguntas poco delicadas, pero dijeron que venían de una fiesta de disfraces, y de esta forma terminó todo.»

Los últimos acontecimientos se entremezclaban en la mente de Gersen, como consecuencia de la fatiga y de la constante necesidad de urdir nuevos planes sobre las ruinas

de los antiguos. Howard Alan Treesong se había convertido en una quimera, siempre deslizándose fuera de su alcance.

De nuevo en el espacio, Gersen sintió un fuerte impulso de volver a Pontefract para preparar nuevos proyectos y estrechar lazos con Alice Wroke.

Sin embargo, sacó el *Manual* Celestial. La Reserva de Bethune era el único planeta de Corvos 892, una enana amarilla, en un grupo de doce estrellas similares. El sistema, en su conjunto, controlaba catorce planetas, innumerables planetoides, lunas y fragmentos de escoria. Sólo la Reserva de Bethune estaba poblada.

Bethune había sido descubierto por la exploradora Trudi Selland. Su descripción de las fenomenales flora y fauna causó una enorme sensación, e impulsó a la Sociedad Naturalista a iniciar negociaciones, que concluyeron con la compra de los derechos. Pasaron los siglos, y la Reserva de Bethune se transformó de hecho en un vivero de dimensiones planetarias.

Gersen leyó en el *Manual:*

Actualmente, la Reserva de Bethune constituye una curiosa mezcla: una décima parte, reserva natural, una quinta parte, atracción turística, una tercera parte, sede central de la Sociedad Naturalista, sus filiales y una docena de otras organizaciones como *Amigos de la Naturaleza, Dejadla Existir, Vitalistas Escutinarios, La Vida en la Iglesia de Dios, Club Sierra, Falange Biológica y Mujeres por la Procreación Natural.* Unas pocas zonas residenciales han sido alquiladas para ser utilizadas por estos grupos, así como por científicos, estudiantes e investigadores. En la práctica, se concede permiso de residencia temporal a cualquiera que considere las condiciones de la Reserva de Bethune convenientes, y este período se puede alargar indefinidamente.

La Reserva de Bethune comprende hoy seiscientas reservas y cotos naturales, celosamente conservados en su estado original, que abarcan desde un continente entero hasta un sólo acre en el que crece el único árbol lillaw, cuyo origen es un misterio absoluto.

Los Administradores actuales son tan fervorosos como sus predecesores, y a menudo se les designa con los calificativos «arbitrarios», «pedantes», «vengativos», «caprichosos» u «obstinados». Gobiernan el planeta como si se tratara de un museo de historia natural privado, lo que en efecto es.

Cumpliendo las reglamentaciones locales, Gersen se aproximó a una de las diez estaciones orbitales de cuarentena. Fue abordado por cuatro oficiales uniformados de azul y verde. Registraron el Flitterwing. Preguntaron a Gersen acerca del contrabando de formas de vida, y le instruyeron sobre las leyes del planeta. Un piloto se quedó a bordo para guiar el Flitterwing hasta el Recinto de Visitantes Especiales, cerca de la ciudad de Tanaquil. Gersen tuvo que pagar una fianza y se comprometió a no introducir, secuestrar, molestar, capturar, modificar, incomodar o exportar seres vivos de ninguna clase. Después recibió el permiso de entrada.

Gersen fue desde la pista de aterrizaje a Tanaquil en ómnibus, cruzando un bosque de enormes árboles de tronco negro y abundantes flores bermejas, poblado por diminutas criaturas gorjeantes que saltaban y se deslizaban en grandes espacios soleados. Evidentemente, el ómnibus era un viejo adversario, por cuanto le siguieron en tropel y le arrojaron frutas.

El ómnibus continuó hasta Tanaquil, una ciudad muy pintoresca, como construida con bloques infantiles pintados de brillantes colores primarios. El plano original había sido diseñado por la presidenta de un antiguo taller de arquitectura, que había encontrado la

inspiración en las ilustraciones de un libro para niños. Había sentado los parámetros arquitectónicos necesarios para la concordancia[21].

Gersen se alojó en el hotel Triceratops, un albergue de turistas notable por un saurio disecado de seis metros de largo, seis patas aplastadas y dos cuernos, popularmente conocido como el *Triceratops de Shanar*[22].

Gersen interrogó al empleado de recepción.

-Quiero localizar a un viejo conocido, pero no sé dónde vive.

-No será difícil. Diríjase al Registro. Hay menos de cinco millones de habitantes, y lo encontrará en seguida, pero no vaya ahora. Es la hora de comer de los funcionarios.

En el comedor, decorado como un bosque primitivo, sirvieron a Gersen una abundante comida, basada en la cocina cosmopolita al uso, si bien los platos recibían pintorescas denominaciones locales. Bebió cerveza de una botella que exhibía la etiqueta CERVEZA MAULER SALVAJE y la ilustración de un horrible animal, que contemplaba desde lejos un autocar de turistas.

En el Registro, Gersen consiguió las direcciones de dos Cleadhoe, ambos residentes en el continente de Rheas, en un lugar conocido como Campo Forestal Azul, dentro de los límites de la Reserva del Gran Primitivo Triste.

Gersen había reparado en el Servicio Turístico Halcyon Vista, situado en un edificio adyacente al hotel, pero cuando se dirigió a la oficina ya estaba cerrada; daba la impresión de que la comunidad comercial de Tanaquil trabajaba de una forma más conveniente para ellos que para los clientes.

Gersen volvió al hotel y pasó el resto de la tarde en la terraza sombreada. Contempló a los turistas y a los enormes insectos locales, delgadas criaturas de zarcillos colgantes y delicados que dependían de una bolsa de gas. Bebió en rápida sucesión varios pahits de ginebra y rumió sobre las diversas posibilidades que se le ofrecían.

Si revelaba su plan a los Cleadhoe, podía suceder que le ayudaran, le pusieran trabas o lo echaran todo por tierra. Examinó cientos de posibilidades, y después, cuando el sol se hundía en el bosque, alzó las manos en el aire. No podía urdir planes definitivos hasta que no conociera mejor a los Cleadhoe.

Por la mañana, Gersen volvió al Servicio Turístico Alcyon Vista. El empleado le informó con una amplia sonrisa que sólo los científicos cualificados, que formaban parte de expediciones con una autorización especial, tenían permiso para alquilar vehículos aéreos.

---

[21] *Concordancia:* un concepto básico para el funcionamiento de la sociedad de Bethune. Los Administradores gobiernan la Reserva de Bethune en «concordancia» con las viejas leyes.

Los Administradores son seleccionados a partir de las Organizaciones de Notables, donde la condición de miembro es hereditaria. Estos grupos, en otros tiempos naturalistas, sirven ahora sobre todo para nombrar la aristocracia.

Las distinciones de casta, aunque atenuadas y no restrictivas, son reales. Los turistas son descastados y no pueden integrarse en la sociedad local.

Por una divertida y curiosa inversión de valores, aquellas personas que llevan a cabo funciones físicas con los animales y otros seres naturales (vigilantes de parques, veterinarios, biólogos, pastores y patólogos de plantas) ocupan un estatus bajo.

[22] La taxonomía de Bethune, aunque precisa, es pobre en inspiración. Los términos populares producen más impacto. Shanar es uno de los continentes de Bethune.

-De otra manera tropezará con un montón de problemas, señor -explicó el empleado-. ¡Piénselo! Hemos tenido casos de pequeñas giras familiares en el corazón de los valles Gunderson con niños devora dos por el mono de tres brazos de los pantanos, o hijas violadas por el guarda del coto.

-¿Cómo puedo ir al lugar que quiero?

-Se recomienda a los turistas apuntarse a los Safaris de Inspección de la Vida Salvaje, en vehículos con aire acondicionado y con todas las medidas de seguridad necesarias. Es la manera mejor y más fácil de visitar las reservas. Pero ¿adónde quiere ir? Ha de saber que muchas zonas están prohibidas.

-Quiero ir al Campo Forestal Azul, en la Reserva del Gran Primitivo Triste.

El empleado meneó la cabeza.

-No es una zona adecuada para viajes turísticos, señor.

-Si usted quisiera visitar el Campo Forestal Azul, ¿cómo lo haría?

-Yo no soy un turista.

-De todas formas, ¿cómo lo haría?

-Por supuesto, tomaría el vuelo comercial hasta la estación de Maundy River, y luego el vuelo diurno que va al bosque, pero... Gersen colocó un billete de cincuenta UCL sobre el mostrador.

-No soy un turista, sino un viajante de comercio. Vendo repelentes para de insectos. Déme los billetes. Además, tengo prisa.

El empleado sonrió, se encogió de hombros y guardó el billete en un cajón.

-Aquí no existe la costumbre de ir con prisas. De hecho, es posible que sea contrario a la ley.

El Bosque Azul era una sabana muy boscosa que ocupaba la cuenca del río Bulduke Mayor, una zona de unos setecientos cincuenta mil kilómetros cuadrados. En el follaje del bosque predominaba el color azul en tres tonos: ultramarino, cielo brillante y pastel. Algunos árboles contaban con un follaje de un verde ala de escarabajo, y otros de color gris. Enormes mariposas evolucionaban al sol y creaban una luz fluctuante púrpura y negra. Los animales eran numerosos. Tamaño, coraza, velocidad, agilidad, hedor, patas siempre preparadas para golpear, cuernos afilados o glándulas venenosas protegían a los herbívoros. Los carnívoros desplegaban el equipo adecuado para romper las defensas. Varias clases de carroñeros acechaban en las sombras.

La confluencia del Bulduke Menor y el río Hechizado tenía lugar en una red de cenagales y pantanos, habitados por una extravagante variedad de criaturas: grandes, pequeñas, temibles, mansas, con y sin barbas amarillas, con y sin fauces púrpura entreabiertas. Al norte del pantano se elevaba una meseta baja en la que se hallaba ubicado el Campo Forestal Azul.

Gersen caminó del aeropuerto a la ciudad por una carretera sin pavimentar flanqueada por un par de cercas de tres metros de alto, que mantenían a raya la vegetación y las fieras, pero permitían el paso a los insectos. El calor y la humedad enrarecían el aire, que olía a veinte aromas desconocidos: vegetación, tierra, efluvios animales.

Las cercas se desviaban a ambos lados en ángulo recto para circundar la ciudad. Gersen fue al hotel Corporation Circuit y entró en un vestbulo oscuro y frío. Una joven arisca, que cogió su dinero y señaló con el pulgar un pasillo, le asignó sin más comentarios una habitación.

-Habitación cuatro.

Las llaves se consideraban innecesarias.

La habitación de Gersen era limpia, fresca, amueblada con austeridad y bien protegida del exterior. Había una vieja guía de la ciudad sobre una mesa. Gersen volvió las páginas y leyó:

Cleadhoe, Otho Residencia: Perímetro 20 Empleo: Taller/Estación Experimental Cleadhoe, Tuty Residencia: Perímetro 20 Empleo: Economato

Gersen salió a la plazoleta central. La ciudad estaba tranquila; había poca gente en las calles. Al otro lado de la calle divisó un pequeño edificio con el letrero ECONOMATO.

Gersen miró por la puerta. Vio a un hombre mayor y a una corpulenta mujer de pelo negro, espesas cejas, contundente nariz y aspecto intransigente. Los asuntos de un ciudadano ocupaban su atención. Gersen se alejó. El economato no era el lugar más apropiado para encontrarse con Tuty Cleadhoe.

En el centro de la plaza un puesto de refrescos vendía bebidas frías y helados. Gersen compró una pinta de ponche de fruta fresco y se sentó en un banco.

Esperó durante una hora mientras los habitantes del Campo Forestal Azul se dedicaban a sus quehaceres. Un tropel de niños pasó corriendo al terminar la clase. Entraban y salían personas del economato. El sol se inclinó hacia el oeste.

Tuty Cleadhoe salió del economato. Caminó con paso decidido hacia la parte sur de la ciudad.

Gersen la siguió por un camino sombreado por grandes árboles. Tuty Cleadhoe entró en una casa próxima a la cerca de la periferia. Gersen esperó diez minutos y luego llamó a la puerta. Tuty Cleadhoe se asomó al umbral.

-¿Señor?

-Me gustaría hablar con usted unos minutos.

-¿Ah, sí? -Los ojos oscuros de Tuty parpadearon mientras miraba a Gersen de arriba abajo-. ¿Sobre qué?

-¿Vivía antes en Gladbetook de Maunish?

-Sí. Hace mucho tiempo -respondió después de una breve pausa.

-Acabo de llegar de allí.

-Eso no me interesa. Sólo guardo recuerdos tristes de Gladbetook. Tendrá que excusarme, los vecinos empezarán a preguntarse qué hago hablando con un extranjero.

Ella empezó a cerrar la puerta.

-¡Aguarde! -gritó Gersen-. ¿Vivía cerca de la familia Hardoah? Tuty Cleadhoe le miró por la estrecha rendija.

-En efecto.

Gersen se vio obligado a proceder con más rapidez de la que había previsto.

-¿Se acuerda de Howard Hardoah?

Tuty Cleadhoe clavó los ojos en Gersen durante diez largos segundos. Luego respondió con voz ronca:

-Ya lo creo.

-¿Puedo entrar? Mi presencia aquí está relacionada con Howard Hardoah.

Tuty Cleadhoe se hizo a un lado y le invitó con un gesto.

-Adelante.

El interior de la casa era oscuro, sofocante y, para un clima tan cálido, demasiado amueblado. Tuty señaló una silla tapizada con veludillo rosado.

-Siéntese, por favor... Bien, ¿qué es todo esto de Howard Hardoah?

-Hace poco tuve la oportunidad de visitar la granja de los Hardoah, y la conversación giró en torno a Howard.

-¿Howard vive en su casa? -preguntó con incredulidad Tuty Cleadhoe.

-No. Se marchó hace mucho. Tuty se inclinó hacia adelante. -¿Sabe por qué?

-Problemas de algún tipo, supongo.

-Si pudiera ponerle las manos encima... -extendió las manos con los dedos engarfíados-... le haría pedazos.

Gersen se reclinó en la silla. La voz de Tuty vibraba llena de pasión.

-Vino a nuestra casa; llamó a nuestro hijo en voz baja, para que no le oyéramos, pero le oímos. Llamó a nuestro único hijo, a nuestro Nymphotis, tan bueno y tan dulce. Fueron al estanque, y allí Howard ahogó a nuestro hijo manteniéndole bajo el agua.

»Tuve un terrible presentimiento. Grité: "Nymphotis, ¿dónde estás?". Fui al estanque, y allí encontré a mi amado hijo. Tiré del cuerpecito retorcido y lo llevé a casa. Otho fue a buscar a Howard, pero ya se había ido.

-¿Howard nunca supo que usted sospechaba de él?

-No eran sospechas. ¡Era una certeza!

-Pero ¿Howard no lo supo nunca?

-¿Cómo podría? Se había ido. Ésa fue nuestra tragedia.

-No sabía que Nymphotis hubiera muerto. Lamento revivir recuerdos tan amargos.

-¡No revive nada! Vivimos con ellos día tras día. ¡Mire! -La voz de Tuty se quebró de emoción-. ¡Mire!

Gersen volvió la cabeza. En un rincón oscuro de la habitación se erguía un muchacho formado por una sustancia blanca y lustrosa.

-Ése es nuestro Nymphotis. Gersen apartó la vista.

-Le contaré algo sobre Howard Hardoah y lo que ha sido de él, y le explicaré la forma de hacer recaer el peso de la ley sobre su cabeza. -¡Espere! Quiero que Otho le escuche. Si piensa que yo estoy amargada, Otho lo está cuatro veces más.

Fue al teléfono, marcó el número y derramó una cascada de palabras en el micro. De vez en cuando la voz de un hombre formulaba una pregunta. Tuty hizo señales a Gersen.

-¡Hable ahora! Nos escuchará a los dos.

-Howard Hardoah se ha convertido en un gran criminal. Se hace llamar Howard Alan Treesong.

Ni Tuty ni Otho Cleadhoe hicieron el menor comentario.

-Siga.

-Le he seguido a lo largo y ancho de Oikumene. Es escurridizo. Hay que perseguirle y cazarle con extremo cuidado. He fallado dos veces, pero ahora tengo el cebo que le engañará. Su ayuda puede serme indispensable.

Gersen hizo una pausa.

-Siga -le urgió Otho.

-No quiero continuar hasta que se sientan capaces de ayudarme. Será peligroso.

-No hace falta que se preocupe por nosotros -dijo Otho-. Díganos lo que tiene en mente.

-¿Me ayudarán?

-Díganos lo que tiene en mente.

-Quiero atraerle hasta aquí, llevarle a la selva y matarle.

-¡No podemos hacer nada! -exclamó Tuty con voz consternada-. Usted se enfrentará con él, y usted le matará. ¡Ha de pagar por Nymphotis!

-No importa -dijo Otho con voz enérgica-. Le ayudaremos.

16

De El *Libro de los Sueños:*

«Gentil y bondadoso es Rhune Fader el Azul, aunque cuando ruge los vientos de guerra la espada de Rhune bebe con tanta sed como la demás. Cuando la tierra se ha apaciguado, Rhune vaga entre los campo de flores y canta melodiosas canciones.

»No así Loris Hohenger, el feroz, cuyo color es el más profundo de los rojos. Su ardor siempre precisa un fuerte control; su fiereza está pronta a estallar. Sólo los paladines conocen su tolerancia y sus auténticos sentimientos. Los otros, cuando se hallan en su compañía, se comportan con extrema cautela. Sus apetitos son ingobernables; arrebata: las damas su más preciado tesoro, por lo general para su deleite, pero; veces para su disgusto, como ocurrió con Melissa, la de los cabellos dorados, que había consagrado su virginidad a la gloria de Sancta Sanctissima. Zada Memar, de fabulosa belleza, le excitó hasta límites incontrolables, pero ella se entregó a Immir. ¡Y Loris fue el primero que alzó h espada para rendirle homenaje! ¡Galopa en compañía de tu loco e ¡ni prudente arrebato, oh, Loris, por siempre adelante!»

Al llegar a Pontefract, Gersen fue en taxi hasta la plaza de Tara donde se apeó. A su alrededor, por todas partes, orden y rectitud: viejo! edificios estrechos, gente de tez pálida vestida con ropas serias, pensamientos y alelíes en lechos elevados; niebla, nubes, vientos y olores húmedos. Todo plácido, habitual, tranquilizador... Gersen llamó desde el teléfono

público a las oficinas de El Actual, y habló con Maxel Rackro. se, que ejercía interinamente las funciones de director.

Rackrose saludó a Gersen con cordialidad y reserva al mismo tiempo. Informó que, en general, todo iba bien en *El Actual*, y se autootorgó el crédito.

-Me alegro de oír que todo va bien -dijo Gersen-. Me gustaría hablar con mi secretaria.

-¿Su secretaria? -La voz de Rackrose sonó confundida-. ¿Quién es?

El corazón de Gersen dio un vuelco.

-Alice Wroke. La pelirroja. ¿Ya no trabaja en *El Actual?*

-Ah, sí, ya me acuerdo. Sí, claro, Alice Wroke. Joven, modelo deportivo, pelirroja. Se marchó.

-¿Se marchó adónde?

-No tengo ni idea... Miraré en el libro... Está de suerte. Dejó una carta para usted.

-Voy en seguida.

En el sobre estaba escrito:

Para ser entregada en mano de Henry Lucas. La carta decía:

Querido señor Lucas:

He descubierto que, en realidad, el periodismo no me interesa. Por lo tanto, renuncio a mi empleo en *El Actual.* Me alojo en el hotel Gladen de Port Wheary, que está al sur de la costa.

Alice Wroke

Gersen telefoneó al hotel Gladen de Port Wheary. La señorita Wroke no estaba, pero llegaría dentro de una hora, más o menos.

Gersen alquiló un coche aéreo y voló hacia el sur siguiendo la costa, la ondulada línea blanca creada por las aguas grises al estrellarse contra las rocas. Dejó atrás la bahía de San Kilda, el cabo May y Point Kittery. Sobrevoló la Cabeza de Hannah justo cuando Vega brilló a través de un resquicio en las nubes, e iluminó las casas blancas de Port Wheary, al otro lado de la bahía de Polwheel.

Gersen aterrizó en un aparcamiento público y caminó a lo largo de la orilla hasta el hotel Gladen.

Encontró a Alice Wroke en el salón, sentada junto al hogar. Ella volvió la cabeza, le vio y empezó a levantarse.

Gersen cruzó la sala. Cogió sus manos, la atrajo hacia él, la besó en el rostro y luego la rodeó con sus brazos.

-¡Basta, Henry! -gritó Alice Wroke. Soltó una carcajada nerviosa-. ¡Me vas a asfixiar!

Gersen aflojó su apretón.

-No hace falta que me vuelvas a llamar Henry. Henry es tan sólo una dirección postal. Éste soy yo.

Alice retrocedió un paso y le miró de arriba abajo.

-¿Y tiene nombre esta otra versión?

-Se llama Kirth Gersen y es menos caballerosa que Henry Lucas.

-Me gustaba Henry Lucas, a pesar de que era arrogante y odioso. ¿Qué ha pasado con ya-sabes-quién?

-Sigue vivo. Tengo muchas cosas que contarte. ¿Podrás soportar la intriga hasta que me haya bañado y cambiado de ropa?

-Llamaré a la señora Gladen para que te dé una habitación. Es muy respetable, así que pórtate bien.

Gersen y Alice cenaron a la luz de las velas en un rincón de la terraza.

-Ahora cuéntame tus aventuras -dijo Alice.

-Fui a la reunión de la escuela de Howard, en Gladbetook de Moudervelt. Howard hizo unas cuantas bromas y tocó la chirimía. Criticó la interpretación de un músico de la orquesta. El músico le disparó en el culo y la fiesta terminó.

-¿Y dónde estabas tú?

-Yo era el músico.

-Ah, ya lo entiendo. ¿Qué más sucedió?

-Encontré *El Libro de los Sueños* de Howard, que perdió hace veinticinco años. Estoy seguro de que quiere recuperarlo. -Gersen dejó el libro de anotaciones rojo sobre la mesa-. Aquí está.

Alice inclinó la cabeza sobre el libro. La luz de las velas hacía brillar su pelo y arrojaba sombras sobre sus mejillas. Gersen se dedicó a contemplarla. «Estoy aquí, sentado frente a la maravillosa Alice Wroke, pensó.

Alice volvió las páginas. Llegó al final y cerró el libro.

-Casi siempre él es Immir -dijo al cabo de unos momentos-, pero también me he encontrado con Jeha Reís, Mewness y Spangleway, y vi un par de veces a Rhune Fader, que no me prestó atención. Por otra parte, me alegro de que Loris Hohenger estuviera tan ocupado.

Gersen guardó el libro en el bolsillo.

-Zada Memar... -musitó Alice-. Me gustaría saber qué fue de ella.

-Llegó a Gladbetook procedente de otro planeta. En el curso de una excursión escolar se ahogó en el lago Persimmon.

-Pobre Zada Memar. Me pregunto... Gersen meneó la cabeza.

-Yo no.

Alice le miró con los ojos oscuros a la luz de las velas.

-¿Qué quieres decir?

-Que no tengo la menor duda.

Apareció un artículo en Cosmópolis acompañado de varias ilustraciones. El titular rezaba:

HOWARD ALAN TREESONG ASISTE A LAS BODAS DE PLATA DE SU CLASE
Una fiesta que nadie olvidará

Hasta los criminales demuestran tener sentimientos Cuanto más criminal, más sentimientos

por nuestro corresponsal local Gladbetook, Maunish,

Moudervelt, Estrella de Van Kaathe *(Nota del Editor:* Maunish es una de las 1.562 principalidades independientes que forman los Estados políticos de Moudervelt. Su paisaje incluye praderas, riberas, granjas y bosques, con una población aproximada de un millón de personas. Howard Alan Tréesong nació en una granja cercana al pueblo de Gladbetook.)

Hace veinticinco años un muchacho tímido de pelo castaño conocido como Howard Hardoah ingresó en la escuela local de Gladbetook. El muchacho es ahora el más conocido criminal del Oikumene y de Más Allá, y se cree que es uno de los famosos Príncipes Demonio. Su nombre, Howard Alan Treesong, provoca el terror en multitud de corazones, y sus correrías han despertado la atención de todo el mundo. Pero Howard Alan Treesong aún recuerda los viejos tiempos, y no sin nostalgia. En la reciente reunión de ex alumnos de su clase hizo una dramática aparición, evocando en sus antiguos camaradas lo que podría ser descrito como una mezcla de emociones.

El acontecimiento nunca será olvidado y, al menos en este aspecto, ha de considerarse como todo un éxito. A poco de comenzar la velada, Howard Hardoah (como era conocido en la escuela) se puso de buen humor y paseó de mesa en mesa para contar anécdotas y rememorar viejos incidentes, a veces para disgusto de quienes le escuchaban.

A medida que progresaba la velada, el comportamiento del señor Hardoah alcanzó elevados niveles de jovialidad y audacia. Tocó alegres canciones con el violín; bailó varias gavotas, tocó la chirimía y se mostró de lo más locuaz. El ingenio del señor Hardoah era inagotable y acabó por cautivar al grupo. Ideó imaginativas bromas y juegos para celebrar antiguos episodios, que fueron obedientemente representados por sus nerviosos camaradas, hacia los que manifestaba intenciones poco claras. Hizo sentar al señor Maddo Strubbins sobre un bloque de hielo, tatuó al señor Bloy Sadalfloury y se las compuso para enviar a la señora Suby ver Ahe y a sus dos encantadoras hijas, Mirl y Maud, a un largo crucero por otros planetas.

La fiesta fue interrumpida por una banda de asaltantes que hirieron al señor Hardoah en los glúteos y provocaron tal consternación que el festejo llegó a su fin. Dolorido, el señor Hardoah se marchó. Es seguro que la herida le impedirá bailar durante cierto tiempo. El señor Hardoah expresó la indignación que despertaban en él estos brotes de violencia acaecidos en el seno de una comunidad tan pacífica. Confía en volver a la próxima reunión y que finalice con menos

brusquedad, ya que sólo pudo dar a conocer algunas de sus ingeniosas frivolidades.

En el siguiente ejemplar de Cosmópolis:

HOWARD ALAN TREESONG Hechos memorables e infancia

Nota de Editor: Un reciente artículo relativo al famoso Howard Alan Treesong ha levantado una gran polvareda. El siguiente comunicado puede ser de interés para nuestros lectores:

A los editores de Cosmópolis:

Leí con gran interés su reciente artículo sobre la reunión de ex alumnos de Gladbetook, ya que mi hijo Nymphotis fue compañero de clase del joven Howard Hardoah. Los caminos de la vida son enigmáticos. Los dos muchachos eran inseparables, y Nimpy, como le llamábamos, solía hablar del talento y las habilidades de Howard. Su más preciada posesión era un pequeño libro de cuentos, *El Libro de los Sueños,* que Howard le había regalado.

Nuestro hijito murió en un accidente de natación poco antes de que abandonáramos Maunish, y todavía guardamos *El Libro de los Sueños* para recordar los viejos días en la pradera. Nos cuesta imaginar a Howard Hardoah, tan tímido y prudente, convertido en la persona que ustedes describen, pero a lo largo de nuestras vidas ya hemos sido testigos de muchos sucesos

sorprendentes, más que la mayoría de la gente, según creo, pues hemos viajado de un sitio a otro, y ni siquiera ahora sabemos a dónde iremos a morir. Pensamos a menudo en nuestro pobrecito Nimpy. Si hubiera vivido, tal vez sería hoy una persona importante.

Les ruego que no incluya mi nombre y dirección, pues me es imposible contestar la correspondencia.

Respetuosamente, Tuty C.

(Se omiten el nombre y la dirección a petición de la interesada.)

Un hombre enjuto y melancólico, de edad indeterminada, ataviado con un pulcro traje negro cortado a la moda local (ajustado en los hombros y acampanado en la cintura), entró en las oficinas de Cosmópolis.

Se movía con la silenciosa agilidad de un gato. Tenía ojos negros y las mejillas hundidas. El espeso pelo negro cubría sus sienes y resbalaba por encima de las orejas. Se acercó al mostrador de recepción sin dejar de mirar a ambos lados, como si fuera una costumbre arraigada.

-¿En qué puedo servirle, señor? -preguntó la empleada.

-Me gustaría hablar con el caballero que escribió sobre el señor Howard Treesong hace unas semanas.

-Oh, se refiere a Henry Lucas. Creo que está en su despacho. ¿Cuál es su nombre, señor?

-Schahar.

-¿Y el motivo de su visita, señor Schahar?

-Bien, lo siento, pero es un poco complicado. Prefiero explicárselo personalmente al señor Lucas.

-Como quiera, señor. Preguntaré al señor Lucas si puede recibirle. La joven habló por un micrófono y recibió una respuesta. Luego miró de nuevo al visitante.

-Siéntese, por favor. Le recibirá dentro de cinco minutos. Schahar se sentó en silencio. Sus ojos negros examinaron la sala. Sonó una nota musical.

-Señor Schahar, por favor -dijo la recepcionista.

Guió a Schahar por un pasillo y le invitó a entrar en una habitación de paredes verde pálido y alfombra de color lavándula. Tras una mesa en forma de riñón estaba sentado un hombre pálido y elegante, de rostro lánguido enmarcado por lustrosos rizos negros. Sus ropas estaban cortadas con soberbia elegancia. Su aspecto, al igual que su expresión, denotaba apatía y cierta arrogancia. Habló con voz átona.

-Señor, soy Henry Lucas. Haga el favor de sentarse. Creo que no nos conocemos, señor Schahar.

-Correcto. -Schahar hablaba con voz neutral-. Es usted un hombre muy ocupado y no le robaré mucho tiempo. Soy escritor, como usted, pero ni tan competente ni de tanto éxito.

Gersen, que se había fijado en las fuertes espaldas, los musculosos y largos brazos y las grandes manos de largos y fuertes dedos de Schahar, contuvo una sonrisa irónica. Schahar desprendía un aura psíquica de experimentado asesino, ducho en apuñalar y estrangular, un aura de terror y miedo. Schahar había estado presente en la reunión de la escuela, de pie en la entrada junto con el hombre bajo y corpulento. Gersen recordó un suceso acaecido meses atrás, cuando

Lamar Medrano, de Isla Salvaje, se había encontrado con Emmaus Schahar en el espaciopuerto de Nuevo Concepto. Había salido del hotel Diomedes con él y nunca se la había vuelto a ver.

-Bah, no soy escritor; soy periodista. ¿En qué se ocupa usted?

-Asuntos generales. Hechos y personalidades. Me intereso en Howard Alan Treesong y su sorprendente carrera desde hace poco. Por desgracia, es difícil esclarecer los hechos.

-Yo también lo creo.

-El artículo de la reunión escolar..., según tengo entendido, lo escribió usted.

-Nuestro corresponsal local envió diez páginas de prosa muy excitada, que resumí lo mejor que pude. Parece que Maunish es el lugar indicado para obtener información acerca de Treesong.

-Tendré en cuenta su consejo. ¿Qué me puede decir sobre esa mujer y *El Libro de los Sueños?*

Gersen se encogió de hombros, fingiendo desinterés.

-No me he preocupado de investigar. La carta anda por aquí. Creo que me han nombrado el experto en Treesong.

Gersen abrió un cajón, sacó una hoja de papel y la miró por encima. Schahar se inclinó hacia adelante.

-Un viejo cuaderno de ejercicios o algo así -dijo Gersen-. Nada importante, probablemente.

Schahar estiró la mano.

-¿Puedo verla?

Gersen levantó los ojos como sorprendido, y fingió vacilar. Miró la carta con el ceño fruncido.

-Lo siento, pero creo que no. La mujer no desea darse a conocer. No la culpo, con tanto chiflado suelto.

Gersen devolvió la carta al cajón.

Schahar se reclinó en la silla y exhibió una pálida sonrisa.

-Me gustaría reunir todo tipo de información disponible sobre este tema en particular. Estoy especialmente interesado en los primeros años de Howard Treesong..., su período de formación, por así decirlo. Tengo muchas ganas de examinar cosas como *El Libro de los Sueños.*

Schahar hizo una pausa, pero Gersen se limitó a asentir con un movimiento de cabeza que no comprometía a nada. Schahar continuó hablando en tono apremiante, que pretendía ser persuasivo.

-En el caso de que fuera a ver a esta mujer en calidad de escritor contratado por Cosmópolis, ¿me daría su dirección?

-En mi opinión, malgastaría sus fuerzas. Yo me inclinaría por visitar Galdbetook de Moundervelt, e investigaría entre sus viejos conocidos. Se me antoja una línea de investigación más productiva.

-Otro excelente consejo, señor.

Schahar se puso en pie y pareció oscilar hacia adelante.

Gersen también se levantó, como si le costara un gran esfuerzo.

-Tengo una cita en otra parte, de lo contrario me encantaría discutir este tema en profundidad con usted. Le deseo mucha suerte.

-Gracias, señor Lucas.

Schahar abandonó el despacho.

Gersen esperó. Un instrumento oculto a un lado del escritorio emitió una nota. Gersen sonrió. Colocó una señal en el cajón de su mesa e hizo girar una llave en la anticuada cerradura. Se caló un sombrero a la moda de Aloysius, salió del despacho y corrió por el pasillo, pasando por delante de dos despachos vacíos. Tras una de las puertas se ocultaba Schahar, tal como el dispositivo de seguridad había informado a Gersen.

Gersen dio una vuelta alrededor del edificio y luego volvió a entrar. Fue directamente a su despacho y, haciéndose a un lado, abrió la puerta.

Ni explosiones ni disparos.

Gersen entró en la habitación. La señal del cajón estaba fuera de sitio. La cerradura no mostraba evidencias de haber sido forzada; Schahar era un hábil manipulador. Gersen abrió el cajón. La carta continuaba donde la había dejado. Schahar había tenido suficiente con el nombre y la dirección.

Gersen fue al teléfono y llamó a Alice.

-Ya está.

-¿Quién fue?

-Un hombre llamado Schahar. Me voy directamente al espaciopuerto.

-Cuídate -dijo Alice con una voz sin entonación.

-Porsupuesto.

Gersen arrojó el sombrero sobre una silla, cambió sus ajustadas ropas por el traje normal del hombre del espacio y abandonó las oficinas de Cosmópolis..., quizá por última vez.

Un taxi le condujo al espaciopuerto y al Fantamic Flitterwing. Había sido limpiado, fregado, abrillantado, revisado, inspeccionado y aprovisionado. No quedaba una mota de polvo espacial. Habían llenado los tanques de agua, la despensa estaba al máximo de capacidad, habían recargado los sistemas auxiliares y revisado las células de energía.

El Fantamic Flitterwing estaba dispuesto para surcar el espacio. Gersen subió a bordo, cerró la portilla y entró en el salón. Su nariz percibió el más débil de los perfumes. Miró a derecha e izquierda. Nada anormal.

En tres zancadas se asomó a su camarote: vacío. Abrió la puerta de enfrente.

-Salga.

Alice, con pantalones cortos grises y una túnica negra, avanzó.

-Conque eres tú -dijo Gersen.

-Eso parece -respondió Alice.

-Casi lo esperaba. -Gersen señaló la portilla-. Largo de la nave.

-De ninguna manera. He decidido no perderte de vista nunca más. Quizá no vuelvas. -Se acercó a él y levantó la vista hacia su rostro-. ¿No me quieres a bordo?

-Oh, estoy seguro de que me servirás para algo. Aun así, es peligroso.

-Lo sé.

-Bien, no voy a perder el tiempo discutiendo. Ya que estás aquí... Alice soltó una carcajada triunfal.

-Sabía que compartirías mi punto de vista.

17

La Reserva de Bethune orbitaba en el espacio bañada por la luz de Corvus 892. Gersen acercó el Flitterwing a una de las estaciones orbitales. Se le ordenó esperar hasta que uno de los pilotos estuviera disponible.

-¡No pretendo molestar a sus animales! -gruñó Alice-. Se lo dije, pero me parece que no me creyeron.

-Howard se sentirá aún más ofendido. No puede hacer acto de presencia en su crucero de batalla y pasar por la cara.

-Quizá se presentará como un simple turista. Tal vez ni se atreva a venir.

-No me lo imagino enviando a Schahar en busca de su precioso *Libro de los Sueños.* En cualquier caso deberás quedarte en Tanaquil, fuera del campo de acción. Si te ve, te meterás en problemas.

-Como digas -respondió sumisamente Alice-. De todas formas, tú mismo dices que no me parezco a Alice vestida de chico y con el pelo recogido.

-Sería mejor que te cortaras el pelo y te lo tiñeras de negro.

-No es necesario. Tendría un aspecto muy divertido. Te reirías de mí. Yo me enfadaría, y nuestro romance fracasaría.

-No podemos afrontar ese riesgo -dijo Gersen, rodeándole con sus brazos.

-Claro que no... ¿Qué haces? ¡Quieto! Ya me has perseguido dos veces por la nave en lo que llevamos de día.

-No hay nada mejor que hacer. De hecho, tú misma lo has provocado.

-¿No tienes miedo de gastarme? ¿No? Bueno, en ese caso...

El piloto no tardó en llegar y condujo la nave hasta Tanaquil, a pesar de que Gersen le exigió que aterrizara en el aeropuerto de Campo Forestal Azul.

-Lo siento -dijo el piloto-. Va contra las leyes.

Gersen pensó que de cada tres palabras que pronunciaba el piloto, una era «leyes»,

-Le aseguro que no es conveniente -siguió el piloto-. Todo el mundo correría a sus anchas, arrancando flores y molestando a los monos. Los turistas deben realizar sus visitas con decoro y respeto. En lo que a mí respecta, encerraría a todos los infractores juntos.

-Con lo que nadie violaría sus leyes, y usted se quedaría sin trabajo -concluyó Gersen.

El piloto fijó sus ojos azules en Gersen. Decidió que todo se trataba de una broma y rió.

-Ya me las arreglaría. Le aseguro que no soy un simple ayudante de vuelo. De hecho, soy Miembro de cuarto grado y reconocido como un experto en la patología del gusano segmentado melántiuo.

-En ese caso, ¿por qué está aquí pilotando en lugar de cuidarse de los gusanos enfermos? -preguntó Alice.

-No hay muchos gusanos de esa clase. Se esconden en el barro, y cuesta mucho atraparlos. Ahí se sienten de maravilla. Por eso escogí una segunda especialidad. Entretanto, hago cumplir las leyes de la Corporación... Ya hemos llegado a la terminal. Dejen todas las armas y artículos de contrabando en la nave. Si son tan amables de bajar, sellaré las puertas. Gersen y Alice, con sus maletines de viaje, descendieron, sufrieron los registros de rigor y recibieron el permiso de entrada.

Sobre una ventanilla se leía: PASAJEROS OFICIALES Y EN ASUNTOS DE NEGOCIOS. Gersen intentó comprar un pasaje para Campo Forestal Azul a bordo del avión regular. El empleado se negó a escucharle y rehusó su dinero.

-Tendrían que solicitarlo a las autoridades; aquí somos muy rigurosos.

-Por pura curiosidad, ¿cuándo es la próxima salida para Campo Forestal Azul?

-Hoy hay dos salidas, señor, una a media tarde y otra poco después.

Gersen y Alice fueron hasta la ciudad en un ómnibus abierto por ambos lados, bajo altos jacarandás y drupas, perseguidos por histéricas criaturas de los árboles.

En el Servicio Turístico Halcyon Vista, Gersen encontró a un nuevo empleado, una joven que se daba aires de importancia, de ojos estrechos y nariz arrogante. Definió como imposible la petición de Gersen y trató de venderle billetes del Programa Turístico Ruta C. Gersen esgrimió argumentaciones persistentes y razonadas; después de diez minutos de repasar las reglamentaciones sobre viajes, la mujer no pudo encontrar argumentos que otorgaran validez a su postura y, a regañadientes, les vendió un par de pasajes.

El ómnibus del aeropuerto ya estaba fuera de servicio. Gersen localizó el único taxi de la ciudad y ambos volvieron al espaciopuerto, donde llegaron diez minutos antes de que partiera el primer vuelo.

Dos horas más tarde, el avión aterrizó en la jungla que se extendía al norte del Campo Forestal Azul. La puerta se abrió; emanaciones procedentes del pantano se introdujeron en la cabina.

Gersen y Alice descendieron. El avión partió hacia el sur y se quedaron solos en un claro de la selva.

-En medio de ninguna parte -dijo Gersen-. Por aquí se va al pueblo.

Desde el hotel Corporation Circuit Gersen telefoneó a Tuty Cleadhoe.

-He vuelto. Todo funciona de acuerdo con el plan. ¿Se ha puesto en contacto con, digamos, alguna otra persona?

-Todavía no. -La voz de Tuty era áspera-. Le aguardamos con esperanza y ansiedad. ¿Tiene el libro?

-Le traeré lo que tengo dentro de una hora. Tuty emitió un siseo malhumorado.

-Aquí todavía tenemos leyes. No puedo abandonar mi trabajo como por arte de magia... En fin, si hay que hacerlo, lo haremos. Inventaré una excusa...

-La señora Cleadhoe tiene objetivos muy firmes -dijo Gersen a Alice-. De hecho, es obstinada y suspicaz. Sería mejor que te pusieras algo más vulgar y discreto.

Alice se examinó. Llevaba pantalones de cosmonauta grises, botas altas hasta el tobillo y una camisa verde oscuro.

-¿Qué puede ser más vulgar y discreto? -preguntó con soma Alice.

-Bueno, ponte ese sombrero e intenta aparentar que eres un chico.

-La señora Cleadhoe podría mostrarse más suspicaz que nunca.

-Pienso también en Howard Treesong. Si ve cabellos rojos pensará: «Alice». Sería mejor que te quedaras en el hotel.

-Ya lo hemos discutido antes.

-Quédate en las sombras. Habla con voz grave.

-Haré lo que pueda.

Gersen sacó de su maleta varios elementos y los distribuyó por su cuerpo. Alice le observó sin hacer comentarios.

-Son armas envenenadas -dijo por fin Gersen-. Toma ésta y ve con cuidado. -Le dio un tubo de cristal de tres centímetros de largo-. Si alguien que no te gusta se te acerca, apunta el tubo a su cara y sopla por el otro extremo. Después te apartas lo más lejos posible.

Alice guardó el tubo en el bolsillo de la camisa sin decir nada. Salieron del hotel y caminaron hasta la casa de Tuty Cleadhoe. La mujer les había estado observando. La puerta se abrió antes de que llamaran.

El contundente rostro de Tuty se nubló de sorpresa al ver a Alice.

-¿Quién es ésta? ¿Qué hace aquí?

-Su nombre es Alice Wroke. Es mi compañera.

-Humm. Bien, no es asunto mío. Entren.

La habitación presentaba un cambio desde la última visita de Gersen; el marmel de Nimpy ya no estaba presente.

-Nimpy se ha marchado un rato -comentó Tuty-. Bien, ¿dónde está el libro?

Gersen le entregó el libro de anotaciones titulado El *Libro de los* Sueños. Tuty ojeó las páginas. Levantó la vista, disgustada.

-¡Aquí no hay nada!

-Claro que no. ¿Piensa que arriesgaría el libro tan alegremente? Es un facsímil..., el cebo, para entendernos.

-De acuerdo, no diga nada más. Otho y yo ya hemos hecho nuestros planes. No hemos dejado nada al azar. Vuelva a Tanaquil y espere. Le avisaremos cuando todo haya terminado.

Gersen rió.

-Ustedes habrán hecho sus planes, pero Howard también. Es un profesional.

-No lo dudo. ¿Cómo piensa tratar con él?

-Tarde o temprano aparecerá en persona. Cuando lo haga, le mataré.

Tuty puso los brazos en jarras, las manos apoyadas en sus rotundas caderas.

-Vaya, vaya. ¿Cómo lo hará sin armas?

-Yo podría preguntarle lo mismo.

-Tengo un fusil, un proyector modelo Jota. Volaría la cabeza de un trombodaxus.

-¿Me permitirá que utilice ese fusil?

-¡Por supuesto que no! Las leyes los prohiben estrictamente. Ni siquiera Otho daría su consentimiento... ¿Cuánto falta para que Howard llegue?

-No lo sé. Vine lo antes posible. Sospecho que él hará lo mismo. No nos llevaremos mucho tiempo.

Alice señaló la ventana.

-Ya no hay tiempo... Mira.

Por la calle se acercaba Schahar, acompañado de un hombre bajo, robusto, de anchas espaldas y cabeza casi desprovista de cuello.

-Ésos son los secuaces de Howard -dijo Gersen-. ¿Todavía cree que puede enfrentarse a ellos?

-Desde luego. ¡Vengan conmigo a la habitación de atrás y no hagan el menor ruido!

Les empujó hacia la sala posterior y cerró la puerta. La luz que penetraba por una ventana iluminó una fotografía del joven Nimpy. El cuadro, enmarcado en plata, descansaba sobre una mesa próxima a la biblioteca.

Gersen forcejeó con la puerta, que se resistió a ceder.

-¡La muy loca nos ha encerrado! -maldijo Gersen, sin aliento.

-Es pequeña, pero podría deslizarme por ella -dijo Alice, mirando la ventana.

-La puerta no es muy sólida. Podemos tirarla abajo cuando queramos.

-Chist. Escucha.

De la sala delantera llegaban sonidos de conversación.

-¿Es usted Tuty Cleadhoe? Era la voz de Schahar.

-¿Y qué? ¿Quién es usted? No le conozco.

-Señora Cleadhoe, soy el secretario de...

-Vuelva al hotel, no me gustan los extraños que merodean. No estoy indefensa; tengo un fusil dispuesto a dar cuenta de los intrusos. Lárguense.

-... un noble e importante caballero que quiere hablar con usted con el propósito de beneficiarla.

-¿Un caballero importante? No conozco a ninguno. ¿Cómo se llama? ¿Y si es tan noble por qué no viene en persona en lugar de enviarle a usted?

-Como a usted, señora Cleadhoe, no le gusta tratar con gente caprichosa. También es tímido y nervioso. Las armas le aterran, así que, por favor...

-¡Ya estoy harta de usted y de sus insultos! ¡Váyanse, y rápido, antes de que tímida y nerviosamente le vuele la pierna! ¡Soy vieja y vivo sola, pero no soporto las impertinencias de turistas calvos!

-Perdone, señora Cleadhoe. Lamento haberla ofendido. No agite su fusil con tanta displicencia. Una pregunta: ¿es usted la «Tuty Ce» que escribió hace poco a la revista Cosmópolis?

-¿Y qué si lo hice? ¿No puedo escribir lo que me dé la gana? ¿Qué mal he hecho?

-Ninguno, al contrario, ha llamado a la buena suerte, como comprobará si baja el fusil y se tranquiliza; entonces llamaré a mi jefe para que se reúna con nosotros.

-¿Dos contra uno? Ja, ja. Ni se le ocurra. Envíe a ese noble y tímido caballero y no vuelva. En cuanto al fusil, lo apartaré, a pesar de que tiene ganas de funcionar.

-Estoy seguro, señora Cleadhoe, de que no tiene ningún motivo para alarmarse y sí muchos para alegrarse.

-No puedo imaginar por qué.

No hubo respuesta de Schahar, que evidentemente se había ido. Gersen empujó la puerta con el hombro. Al instante se oyó un golpe al otro lado.

-¡Esténse quietos! ¡No interfieran en nuestros planes! Ahora, cállense; alguien llama a la puerta.

Gersen murmuró por lo bajo.

-Chist -susurró Alice-. Escucha. Creo que es Howard.

Oyeron el sonido de la puerta de la calle al abrirse y la voz de Tuty.

-¿Quién es usted, señor?

-Señora Cleadhoe, ¿no me reconoce?

-No, ¿por qué? ¿Qué desea?

-Le refrescaré la memoria. Escribió a una revista sobre los viejos tiempos en Gladbetook y un cierto amigo de su Nymphotis.

-¿Eres Howard Hardoah? ¡Ahora te reconozco! ¡Cómo has crecido! Parecías tan frágil de niño... Vaya, déjame telefonear a Otho. Es una pena que no esté aquí.

Gersen apretó los dientes con desesperación y cerró la mano alrededor del pomo. Alice le arrastró hacia atrás.

-¡No seas idiota! ¡Tuty dispararía sobre ti sin pensárselo dos veces! Sabe lo que quiere.

-Yo también, y no es esto. -¡Chist! Sé razonable. Gersen aplicó el oído a la puerta.

-... es increíble cómo pasan los años. Parece que todo sucedió hace mucho tiempo, en un lugar muy lejano... ¡Cómo has cambiado,.qué guapo y elegante te has vuelto! Entra, entra y te serviré una copa... Tengo un excelente zumo de frutas. ¿O prefieres té y un trozo de pastel?

-Es muy amable, señora Cleadhoe. Tomaré un poco de zumo de frutas... Será más que suficiente.

-Prueba estas pastas. Me resulta difícil imaginar cómo o por qué me has localizado aquí... Ah, claro, mi carta a la revista.

-¡Por supuesto! Me trajo a la memoria viejos recuerdos, cosas olvidadas años atrás. Como el pequeño libro que usted mencionaba. -¡Oh, sí, querido! ¡El pequeño libro rojo! ¡Eras un chico tan soñador, imaginativo y encantador! El *Libro de los Sueños...,* así titulaste el libro.

-Cierto, lo recuerdo con toda nitidez. Ardo en deseos de verlo otra vez.

-Y lo verás. Lo encontraré en un momento, pero quiero que comas conmigo. Estaba a punto de preparar un guiso típico de Gladbetook y un plato de lesamia. Espero que hayas perdido el gusto por la comida casera.

-Peor, mucho peor. He contraído una enfermedad estomacal y estoy a régimen, pero no se preocupe. Haga su cena y entretanto ojearé mi viejo libro rojo.

-Déjame pensar, ¿qué hice con él? Claro, está en la estación, donde Otho trabaja. ¡Pasa tantas horas allí...! Pero hay muy poca gente cualificada actualmente, y Otho trabaja día y noche. ¡Se sentirá tan feliz de verte! Seguro que podrás pasar una semana conmigo hasta que vuelva de la selva. Nunca me perdonaría que te dejara marchar.

-¿Una semana? Oh, señora Cleadhoe, no me es posible perder tanto tiempo.

-Bueno, tengo una bonita habitación vacía y estoy segura de que necesitas descansar, y luego verás al señor Cleadhoe. Le diré que traiga el Ebro cuando vuelva. Charlaremos sobre los viejos tiempos.

-Me parece fantástico, señora Cleadhoe, pero no puedo perder tanto tiempo. Aun así, me gustaría ver al señor Cleadhoe. ¿Dónde está la estación?

-En el corazón de la selva, a una hora de distancia en el autorrail. A los turistas no se les permite llegar hasta allí.

-¿De veras? ¿Por qué no?

-Molestan a los animales, o les dan comida inapropiada. Algunos de los animales están sujetos a experimentos; les mantenemos bajo observación y los alimentamos. El señor Cleadhoe hace las cosas así.

-Es una pena que no pueda venir esta noche desde la estación. ¿Por qué no le llama por teléfono?

-Oh. no, no oiría el timbre. Además, las conexiones no funcionan demasiado bien.

-¿Cómo es eso?

-Por la tarde hay un tren que lleva comida a los animales enfermos. Va a la estación y regresa por la mañana; es una rutina invariable. A veces lo conduzco yo y me quedo a pasar la noche, cuando el conductor habitual tiene otras cosas que hacer. Siempre me compensa por el tiempo que dejo de trabajar en el economato.

Una pausa, y después la voz de Treesong, vivaz y alegre:

-¿Por qué no vamos esta noche? Sería una experiencia maravillosa para nosotros. Ni que decir tiene que yo pagaría los gastos.

-¿A quién se refiere cuando dice “nosotros”?

-Usted, yo, Umps y Schahar. A todos nos gustaría ver la estación.

-No es posible. Los turistas no pueden ir a la estación; es una ley muy estricta. Una persona puede esconderse en la parte trasera del taxi, pero no tres.

-¿Podrían ir por otra parte?

-¿Atravesando los pantanos? A tus amigos no les gustaría. Violaría todas las leyes.

Otra pausa.

-¿Bastarían cincuenta UCL para cubrir su ausencia del economato?

-De sobra. No nos pagan muy bien, ésa es la triste verdad. Aun así, no nos quejamos. No pagamos alquiler por la casa y me hacen buenos descuentos en el economato. Ven a echar un vistazo mañana, y si hay algo que te gusta lo sacaré a buen precio. ¿Por qué no te quedas toda la semana, si no te importa ir a la estación sin tus amigos? A Otho le disgustaría no verte.

-En realidad, señora Cleadhoe, tengo mucha prisa. Aquí tiene los cincuenta UCL. Nos iremos esta tarde.

-Bien, me las arreglaré como pueda. Tendré que telefonear aquí y allí como una loca, y quizá necesite algo para tapar la boca a Joseph. Es el conductor habitual. Así nos cubriremos las espaldas. ¿Me puedes dar otros veinte?

-Sí, creo que sí.

-Será suficiente. Ahora vuelve con tus amigos al hotel. Ven a buscarme a la terminal, que está a cien metros de aquí siguiendo por la carretera, con tus cosas para pasar la noche. Dentro de media hora, y no tardes... No te acerques hasta que haga una señal, por si el superintendente Kennifer se halla merodeando... Oh, he de llamar al señor Cleadhoe para decirle que vamos hacia allá y prepare la habitación de los huéspedes. Si lo que quieres es selva, en la estación la encontrarás. Quizá esta noche veamos un lucifer o un escorposauro. Date prisa, dentro de media hora en la terminal.

La puerta se cerró. Tuty Cleadhoe se aproximó a la sala de atrás.

-Ustedes dos... ¿lo oyeron?

Gersen empujó la puerta con el hombro y consiguió abrirla. Tuty Cleadhoe les esperaba con el fusil aferrado firmemente, el macizo cuerpo en tensión y una mueca en el rostro.

-¡Atrás! Un sólo movimiento y disparo. ¡Ustedes dos me importan un comino! Es cuestión de vida o muerte, así que retrocedan.

-Creí que estábamos juntos en esto -dijo Gersen con dignidad.

-Y lo estamos. Usted atrajo a Howard hasta aquí; ahora le llevaré al señor Cleadhoe, y ya veremos. Siéntense allí mientras hago los preparativos.

Agitó el arma. Alice empujó a Gersen al sofá y ambos se sentaron. Tuty asintió con la cabeza y fue al teléfono. Hizo varias llamadas, y luego se volvió hacia Gersen y Alice.

-Bien, en cuanto a ustedes...

-Señora Cleadhoe, escúcheme. No crea que Howard Treesong es tan ingenuo. Es muy inteligente y peligroso.

-Bah, le conozco bien. Era un mequetrefe atontado que intimidaba a las chicas y a los chicos pequeños, y acabó destruyendo a mi Nimpy. No ha cambiado. Cleadhoe y yo estamos muy contentos de volverle a ver. Levántense y recuerden, ustedes no significan nada para mí. -Les empujó hacia la cocina a punta de fusil y abrió la puerta-. Al sótano, rápido.

Alice cogió a Gersen por el brazo y le arrastró escalera abajo hasta una estancia de paredes de hormigón que olía a polvo, papel viejo y condimentos.

La puerta se cerró. Gersen y Alice quedaron a oscuras.

Gersen subió por los peldaños y aplicó el oído a la puerta. Tuty no se había movido. A Gersen no le costó imaginársela al otro lado, de pie, el fusil preparado, la vista clavada en la puerta. Pasó medio minuto. Las vigas crujieron cuando Tuty se alejó.

Gersen tanteó la pared con la esperanza de encontrar el interruptor de la luz, sin éxito. Empujó la puerta, que crujió, pero aguantó la fuerza relativamente débil que Gersen podía aplicar desde su precaria posición.

Gersen manoteó en las tinieblas. Aparte de las vigas del suelo, nada sólido. Bajó los peldaños. La voz de Alice sonó amortiguada en la oscuridad.

-No hay gran cosa aquí abajo, sólo cajas llenas de trastos viejos.

-Lo que necesito es una tabla o un trozo largo de madera.

-Pues sólo hay cajas y alfombras viejas.

Gersen examinó las cajas.

-Saquemos estas cosas. Si pudiera apilarlas en el rellano, apoyar la espalda en la puerta y los pies en las vigas...

Diez minutos más tarde, Gersen trepó a la insegura construcción.

-No te pongas debajo. Esto es muy precario...

Se agachó, presionó la puerta con la espalda, levantó las piernas y encontró una viga. Extendió las piernas y empujó con sus poderosos músculos. La puerta se abrió de golpe y Gersen cayó de espaldas en la cocina de Tuty Cleadhoe.

Se levantó, ayudó a Alice a subir los peldaños, y luego inspeccionó los cubiertos de Tuty Cleadhoe. Seleccionó dos pesados cuchillos que se metió en el cinturón y sopesó un hacha.

Alice encontró una bolsa de tela.

-Ponlo aquí, yo la cargaré.

Fueron hasta la puerta de la calle y miraron en ambas direcciones. Al no ver a nadie, salieron a la tarde declinante.

Amparados en las sombras se dirigieron a la terminal del autorrail: un racimo de edificios ruinosos a cien metros de distancia.

-Tuty se enfadará si las cosas van mal -señaló Alice-. Es una mujer muy testaruda.

-Es una vieja bruja conspiradora. Ahora, despacio. No queremos que nos vean.

Un fuerte hedor hirió sus olfatos, un olor agrio, profundo, rico y fétido. Miraron a través del follaje y descubrieron su origen. Un hombre de pelo blanco, corpulento, espesas pestañas y expresión de placidez estaba de pie junto a un tanque alimentador. Controlaba el flujo de pulpa rosácea que salía del tanque y se introducía en una cuba del autorrail. Accionó una palanca y el flujo cesó. Una pequeña locomotora rodó hacia atrás y se acopló a la cuba. Bajo la cúpula de observación de la locomotora se sentaba Tuty, que miraba por encima del hombro y manipulaba la válvula.

El hombre del tanque agitó un brazo, se apartó y entró en un taller. Tuty accionó la válvula; la locomotora y el vagón-cuba se movieron hacia adelante. Howard Treesong se levantó y se acomodó en el compartimento de los alimentos, detrás de Tuty. Schabar y Umps salieron de unos matorrales, corrieron hacia el vagón-cuba y se izaron hasta la pequeña plataforma trasera. Los vagones doblaron una curva y se perdieron de vista.

Gersen se dirigió al taller. El hombre corpulento levantó la vista y agitó perentoriamente el pulgar.

-Señor, está prohibida la entrada a visitantes.

-No soy un visitante -respondió Gersen-. Soy amigo de la señora Cleadhoe.

-Se acaba de marchar. Lleva comida a la estación, acompañada de su sobrino.

-Habíamos quedado para ir juntos, pero parece que llegamos demasiado tarde. ¿Hay otra locomotora para hacer el viaje?

Joseph señaló una vieja y oxidada máquina, mellada y torcida, que descansaba sobre unos bloques, privada de ruedas.

-Ésa es la vieja Número Diecisiete, esperando que la reparen. Un día de éstos, cuando tenga tiempo y dinero, le pondré ruedas nuevas.

-¿Está muy lejos la estación?

-A unos cien kilómetros por tierra. Se va mucho más rápido por aire, pero no hay ni un sólo avión en la ciudad. Además, es ilegal, por razones ecológicas y para no asustar a los animales.

-Cien kilómetros. Diez horas a buen paso.

-¡Jo, jo! -rió Joseph-. Antes de haber recorrido un kilómetro saldría un ojo del barro, seguido a continuación de un tentáculo de dieciocho metros de largo acabado en garfios, y ya le veo a usted por los aires y luego hundido en el barro. Después, ¿quién sabe? ¡Nadie ha vuelto para contarlo!

-¿Qué es eso? -preguntó Alice, señalando al otro lado del taller.

-El cochecito del inspector de la vía. No puede ir cargado, pero alcanza una gran velocidad cuando el camino es llano.

Gersen dio la vuelta al artefacto: una plataforma sostenida por cuatro ruedas, y un par de asientos de rejilla bajo una cúpula hemisférica manchada de insectos aplastados. Los controles eran muy sencillos: un par de manijas, dos palancas y un cuadrante.

-No es bonito, pero funciona bien -dijo Joseph con modesto orgullo-. Lo construí yo mismo.

Gersen sacó un billete arrugado y lo tendió a Joseph.

-Me gustaría utilizar el coche. El señor Cleadhoe tiene muchas ganas de vernos. ¿Está listo para funcionar?

Joseph examinó el billete.

-Las leyes no contemplan esto. De hecho...

-Le daré otros veinte mañana, cuando volvamos. A los Cleadhoe no les haría gracia que no fuéramos, y eso es más importante que las leyes.

-¡Usted no trabaja para la Corporación! No hay nada más importante que las leyes.

-Excepto la vida y el dinero.

-Cierto. Bien, le notifico que le prohíbo utilizar este coche. La manija negra es el embrague, la roja es el acelerador. La palanca controla la toma de corriente de la vía. La primera bifurcación a la izquierda sube hacia el norte, hasta el puesto de observación del pantano Salmi. La segunda bifurcación a la derecha baja hacia la zona de reproducción de los monos rojos. La tercera bifurcación atraviesa los pastos y da media vuelta hacia la estación; de modo que derecha, izquierda y después lo mismo. Sin embargo, recuerden que está prohibido penetrar en los terrenos. Ahora me voy a casa y no miraré atrás.

Joseph se marchó del taller. Gersen subió al coche. Empujó la palanca negra; el coche rodó hacia adelante. Alice se apresuró a sentarse junto a él. Gersen pis6 el acelerador y el coche se internó en la jungla.

18

De Vida, volumen II, por Unspiek, barón Bodissey:

«'Inteligencia" exige la más estricta de las definiciones, por cuanto la palabra se utiliza profusa y fácilmente. La inteligencia evalúa la capacidad del hombre para alterar el medio ambiente a su conveniencia o, más a menudo, para solucionar problemas. Los corolarios de esta idea son variados. Entre ellos: en ausencia de problemas, es imposible medir la inteligencia. Una criatura de cerebro grande y complicado no es necesariamente inteligente. La inteligencia puramente abstracta es un concepto sin sentido. En segundo lugar, la inteligencia es una cualidad peculiar del hombre terrestre. Ciertas razas extraterrestres utilizan con éxito mecanismos y procesos diferentes para alterar su medio ambiente. En ocasiones, estos atributos recuerdan a la inteligencia humana y, sobre la base de los resultados obtenidos, los órganos efectivos parecen servir para propósitos análogos. Estas similitudes casi siempre son engañosas y de aplicación superficial. A falta de un término más preciso y universal, la tentación de usar la palabra "inteligencia" incorrectamente es poco menos que irresistible, pero puede ser tolerada sólo cuando la palabra se adorna con citas, a saber, mi propia monografía (que incluyo en el apéndice al volumen octavo de esta serie superficial y de ninguna manera completa). Los estudiantes seriamente interesados en esta materia quizá deseen consultar también la monografía Una comparación *de* los procesos matemáticos empleados por seis razas extraterrestres "inteligentes ". »

El vehículo había sido construido con objetos diversos, chatarra y piezas sueltas. El larguero de la derecha era un trozo de tubo de fibra de tungsteno, mientras que el de la izquierda era de madera dura. Una lámina de hexaespuma de magnesio constituía el respaldo de los asientos, cuyo origen era un sofá de almohadones azules y anaranjados. El parabrisas hemisférico era una claraboya reformada; las ruedas habían salido del almacén del economato, con una pestaña soldada alrededor de la circunferencia interior. Pese a todo, el coche rodaba con suavidad y en silencio, y pronto dejaron atrás Campo Forestal Azul.

En los primeros kilómetros, la vía cruzaba un túnel floral multicolor, perforado por jirones de luz crepuscular. Frondas inclinadas de un color negro opaco en la parte superior filtraban una luz rojo rubí. Otras frondas exhibían gradaciones de azul, verde o amarillo. Tallos negros y blancos oscilaban sin cesar, y extendían sus redondas hojas negras en todas direcciones para aprovechar al máximo la luz del sol. Ejércitos de mariposas flotaban en los espacios abiertos, formando capas finísimas negras, escarlata y amarillo limón. Otros seres alados pasaban volando con un siseo, como manchas doradas.

La selva empezó a variar de configuración. Las vías atravesaban claros y praderas salpicadas de estanques, cada uno con su habitante submarino, grandes criaturas moteadas con cuernos y hocicos aplanados, que utilizaban para ensanchar sus estanques. Un viaducto

construido con pilares de hormigón y laterales de madera salvaba una serie de marismas cubiertas de escoria azul pálido o tallos anaranjados, que sostenían vainas de esporas esféricas.

Las marismas daban paso a una sabana. Criaturas parecidas a roedores con caparazón, armadas con púas, pastaban la hierba en grupos de veinte o treinta. A menudo se les unían una especie de monos de piel blanca recubierta de pelo negro. Sinuosas printanas negras recorrían los prados sobre sus patas aplastadas. Eran voraces, astutas y capaces de prodigiosos actos de salvajismo; sin embargo, evitaban a los malolientes monos.

La vía subió una pendiente y cruzó una llanura de tierra negra y yerba verde sembrada de espinos. Bandas de rumiantes larguiruchos vagaban por los terrenos abiertos, nerviosamente alertas a la aparición de las printanas u otros predadores, criaturas rapaces, silenciosas, medio lagarto, medio perro. Doce tipos de rumiantes se movían por la sabana; el mayor, un monstruo de seis metros de alto apoyado en una docena de cortas patas. Hacia el norte, en la brumosa distancia, un par de saurios . que recordaban simios, de nueve metros de alto, contemplaban el paisaje con una curiosa apariencia de meditativa inteligencia. Dos kilómetros más al sur, una bandada de bípedos con aspecto de pájaros, de cuatro metros y medio de alto, cresta escarlata y colas de un ostentoso azul eléctrico, corrían tras un confundido miriapodo al que despedazaron con picos y espolones.

Las vías atravesaban la llanura y se hundían a intervalos de setecientos metros bajo túneles para animales. Las rejas de protección eléctricas estaban protegidas ahora por una segunda valla eléctrica separadas quince metros de cada raíl.

El sol colgaba bajo en el cielo y barría el paisaje con una apacible e irreal resplandor. Las criaturas, más que una espantosa realidad, parecían el fruto de un bestiario imaginario, aunque macabro.

Los rafles se perdían en la lejanía; el tren de las provisiones no estaba a la vista. Gersen aumentó la velocidad del coche, que saltó, osciló y traqueteó según las irregularidades de la vía. Gersen disminuyó la velocidad a regañadientes.

-No quiero meterlo en una zanja. Es demasiado pesado para arrastrarlo y falta mucho para hacer el camino a pie.

Pasaban los kilómetros y no se veía rastro del tren de las provisiones. La sabana se extendía a ambos lados. Cuatro seres de dos cabezas les observaron mediante los sensores situados en lo alto de sus jorobas.

Al cabo de dos kilómetros, la vía se internó en un bosque oscuro; un rayo de sol centelleó por un instante en la superficie de la locomotora.

-Estamos ganando terreno -dijo Gersen.

-¿Y qué haremos cuando les atrapemos? -preguntó Alice.

-No les atraparemos. -Gersen calculó la distancia-. Sólo nos llevan unos minutos de ventaja. Aun así, me gustaría acercarme un poco más. Howard no será capaz de explicar la presencia de Schahar y Umps; habrá problemas en seguida, a pesar de lo bien que dora la píldora.

Al final del bosque, la vía se curvaba repetidamente para evitar los salientes rocosos. Gersen redujo la velocidad y aceleró cuando la vía volvió a ser recta.

Un poste clavado junto a la vía sostenía un triángulo blanco. Casi al instante, la vía se bifurcó; un ramal llevaba al norte, y el otro continuaba directamente hacia el este, la dirección que el tren de las provisiones había tomado.

IJn kilómetro y medio más adelante, otro ramal se desviaba hacia el sur; como antes, el tren de las provisiones siguió hacia el este. Gersen extremó las precauciones; el tren no podía estar muy lejos. Continuó acelerando en los tramos rectos y frenando en las curvas.

Otro triángulo blanco apareció junto a la vía.

-La tercera bifurcación -dijo Alice-. La estación a la derecha, el depósito de provisiones a la izquierda.

Gersen frenó el coche hasta detenerlo.

-El tren de las provisiones se ha ido por la izquierda. Sería mejor que lo siguiéramos.

Durante setecientos metros, la vía cruzaba un bosque, en dirección norte. Brechas en el follaje revelaban otra sabana que se extendía hacia el este. La vía dobló al este y penetró en la sabana.

-¡Allí está el tren! -exclamó Alice.

Gersen detuvo de nuevo el coche. El tren de las provisiones rebasó una señal de descarga, en una zona no protegida por el vallado electrificado. Tuty paró la locomotora, desenganchó el vagón-cuba y prosiguió. Una válvula en la parte baja del tren se abrió y descargó la pulpa en un depósito.

Schahar y Umps se pusieron de pie y contemplaron con desaliento como se alejaba la locomotora. Después se volvieron para examinar a las criaturas que acudían de todas partes hacia el comedero.

Un mono de seis metros con la cabeza mitad oso, mitad insecto, avanzó con un trotecillo torpe. Schahar y Umps bajaron a toda prisa y corrieron hacia un árbol. El mono agarró a Umps por una pierna y lo volteó en el aire. Umps pataleó, desesperado, y hundió el talón en la nariz de la criatura. Éste arrojó a Umps al suelo, saltó varias veces sobre su pecho y le golpeó todo el cuerpo con sus puños. Después dio media vuelta y miró a Schabar, subido en las ramas más bajas del árbol, donde atrajo la atención de un reptil con forma de araña que moraba en las ramas superiores. Lanzó una pata larga y gris hacia Schahar, que gritó de terror, sacó un cuchillo y lo clavó varias veces. Cuando el reptil-araña descendió con veloces oscilaciones acrobáticas, Schahar saltó al suelo, esquivó al mono, que tiró entonces del tentáculo del reptil-araña. Éste saltó del árbol, se enrolló alrededor de la cabeza del mono, alzó su aguijón y lo hundió. El mono gimió de dolor y agarró los tentáculos con sus brazos monstruosos. Los tentáculos aumentaron su presa; el aguijón golpeó de nuevo. El mono azotó al reptil-araña contra el tronco de un árbol hasta reducirlo a pulpa y liberarse de la presa. El mono se tambaleó, dio un salto convulso y cayó hecho un ovillo. Un grupo de carroñeros, atraídos por los gritos, se aproximó. Repararon en Schahar, le rodearon y Schahar desapareció al instante bajo un tropel de animales.

-¿Crees que Tuty sabía que esos dos iban de contrabando? -preguntó Gersen con voz ronca.

-Me da igual.

El tren de Tuty y Howard Treesong había desaparecido en la selva por el extremo más alejado de la pradera. El vagón de las provisiones bloqueaba el paso del coche.

-Tendremos que volver a la bifurcación -dijo Gersen. Tiró de las palancas y las manijas-. ¿Cómo se da marcha atrás?

Buscó en vano. Gersen saltó al suelo y trató de levantar un extremo del coche, sin éxito. Intentó empujarlo, pero la pendiente le disuadió.

-Esto es absurdo, tiene que haber algún medio de retroceder... Si tuviera un trozo de madera podría sacar el coche de las vías, pero me da miedo meterme en el bosque.

-Está oscureciendo -indicó Alice-. El sol se pone.

Gersen siguió la vía y echó un vistazo al bosque..., arriba. abajo, a izquierda y a derecha.

-No veo nada... En fin, allá voy...

-Espera, ¿qué es este artilugio?

Gersen volvió al coche. En el centro de la plataforma una manija hacía girar un engranaje helicoidal.

-Alice, eres una chica inteligente. Esto es un gato, que eleva el coche lo suficiente para darle toda la vuelta.

-Pensé que tal vez sería de ayuda, o incluso indispensable -dijo Alice con modestia.

Cinco minutos después, regresaban sobre sus pasos hacia la tercera bifurcación. Giraron al este y avanzaron a toda velocidad.

Un kilómetro, dos kilómetros, cinco kilómetros... De repente, el bosque se convirtió en un páramo húmedo. El sol del crepúsculo brillaba sobre el ancho cauce de un río. La vía pasaba por un puente de rejas metálicas, sin duda electrificada para alejar a las criaturas del pantano.

La vía entró en el recinto, pasó frente a un economato, un dispensario y una fila de seis casas pequeñas. A unos metros se alzaba el laboratorio, que daba al pantano y, más allá, al río Gorgon.

La vía se desvió a un apartadero. Gersen frenó junto a la locomotora. Durante unos instantes ambos escucharon.

Silencio.

En Campo Forestal Azul, Howard Treesong dijo con voz de jovial camaradería:

-¿El compartimento de pasajeros? Tonterías, iré a su lado.

-Lo siento, pero es imposible -repuso Tuty-. ¿Y si aparece el superintendente Kennifer? Siéntate atrás y escóndete hasta que lleguemos a la selva. Después te relajas y disfrutas del viaje. Mira las mariposas de los malvaviscos y las flores acuáticas.

Treesong trepó al compartimento que había detrás de la cúpula de observación del conductor y se ocultó. El tren se alejó de la terminal. Si Tuty observó por el rabillo de sus grandes ojos la subida clandestina de Schahar y Umps, no lo demostró.

El tren de las provisiones se internó en la selva, cruzó la sabana, entró y salió de los oscuros bosques. En la tercera bifurcación, Tuty giró al norte, hacia la zona de aprovisionamiento, que raras veces era utilizada, salvó por los biólogos que llevaban a cabo experimentos, pero esta noche Tuty había decidido dar de comer a los animales. Casi sin parar el tren desenganchó el vagón de las provisiones. Howard Treesong se levantó y miró por la ventanilla trasera. Tuty Cleadhoe no se molestó en mirar atrás. Howard Treesong, los hombros hundidos y la cara pálida, se hundió de nuevo en su asiento.

El tren penetró en la estación, cruzó el recinto y se detuvo junto al laboratorio.

Tuty saltó a tierra, gruñendo y jadeando. Howard Treesong bajó del compartimento de pasajeros y paseó la mirada por el recinto.

-Bueno, Howard -dijo Tuty con voz metálica-, ¿qué te ha parecido nuestra adorable campiña?

-No se parece en nada a nuestro viejo y querido Gladbetook, pero es bastante pintoresca.

-Cierto. Bien, vayamos a averiguar si el señor Cleadhoe nos ha preparado una deliciosa cena. Confío en que haya sacado a sus mascotas de casa. Al señor Cleadhoe le encantan los animales. Vamos, Howard, los insectos nocturnos caerán sobre nosotros dentro de un minuto.

Tuty le guió hasta el laboratorio. Abrió la puerta.

-¡Otho, ya estamos aquí! Asegúrate de que Ditsy está fuera. A Howard no le gustará que le molesten tus animalitos. Otho, ¿estás ahí?

-Sí, mujer, claro que estoy -dijo una voz áspera-. Entrad... Así que éste es el joven Howard Hardoah.

-¿A que ha cambiado? Nunca le habrías reconocido.

-Desde luego.

Otho Cleadhoe avanzó sobre sus largas y delgadas piernas. Pasaba a Howard Treesong en quince centímetros. La gran cabeza de Cleadhoe tenía la coronilla calva, una desaliñada tonsura de cabello gris, una sucia barba gris y ojos profundamente hundidos en sus cuencas. Examinó a Howard Treesong con una larga mirada de apreciación impersonal. Howard ignoró la inspección y contempló la habitación.

-¿Éste es su laboratorio? Me han dicho que es un científico importante.

-No del todo. Sigo practicando mi viejo oficio, pero mis sujetos y mis métodos son diferentes. Ven, te enseñaré algo de mi trabajo mientras la señora Cleadhoe nos sirve la sopa.

-¡Diez minutos, ni uno más! -gritó Tuty-. ¡Tienes toda la noche para exhibir tus trofeos!

-Diez minutos, querida. Ven, Howard... Por aquí, y vigila la cabeza. Estos arcos no fueron construidos para hombres altos. Dame tu sombrero.

-Lo seguiré llevando, si no le importa. Soy muy sensible a las corrientes de aire.

-Qué pena... Bien, por aquí acompañamos a los dignatarios de Tanaquil que vienen a averiguar en qué gastamos los fondos públicos. Debería añadir que nunca salen insatisfechos. Ésta es la Cámara de los Astinches.

Howard Treesong inspeccionó la sala con sus ojos de espesas pestañas. Otho Cleadhoe no hizo caso de su falta de entusiasmo.

-Aquí están todas las variedades de los astinches, los andromorfos de Bethune, un estadio de la evolución autóctona. El género es especialmente interesante en Shanar y también por estas inmediaciones. Va rían en tamaño hasta el gigante de nueve metros que ves ahí. -Indicó un nicho-. Me ocupé de la criatura casi con las manos desnudas, sin casi ayuda de mi equipo. Trabajé en una atmósfera de argón, bajo condiciones germicidas. Desollé a la bestia, marmelicé los suaves tejidos, reforcé el esqueleto y renové la piel.

-Muy notable -dijo Howard Treesong-. Un trabajo excelente.

-Son criaturas sorprendentes, ágiles para su tamaño. A veces las vemos brincando a lo lejos... Estos de aquí son sus primos, al menos es lo que creemos. ¿Sabes que todavía hay misterios en lo que concierne a estas criaturas? Cómo se alimentan, cómo se desarrollan, cómo ordenan la química del cuerpo... ¡Todo misterios! Pero no te aburriré con los detalles técnicos. Como ves, hay de todos los tamaños y todos los colores. ¿«inteligencia»? Quién sabe. Algunos son listos, otros...

Howard Treesong retrocedió y lanzó un grito de indignación cuando de uno de los nichos saltó una criatura de dos metros y medio de alto, provista de piernas y brazos largos, le arrancó el sombrero y lo arrojó al otro lado de la sala.

Otho Cleadhoe rió con divertida indulgencia.

-Listo: sí. Travieso: sí. ¿Inteligente? ¿Quién sabe? Éste es Ditsy, muy juguetón. Me temo que te has quedado sin sombrero. Te daré otro. Howard Treesong corrió a la puerta y miró al exterior.

-¿Qué le pasa a esa bestia? ¡Ha tirado mi sombrero al fuego!

-Es realmente penoso, no encuentro disculpas suficientes. ¡Ditsy, fuera! ¿Qué te propones actuando de esa forma? Ha destrozado tu elegante sombrero. Si notas frío en la cabeza, dilo, por favor. Tuty te dará una capucha o un chal.

-No importa.

-Me encargaré de castigar a Ditsy. Le atraen los colores brillantes y disfruta gastando bromas a los invitados. Quizá debería haberte advertido.

-No importa, tengo una docena de sombreros.

-Pero ninguno será tan espléndido. Bien, es una pena... Ven por aquí. Dejamos la Cámara de los Astinches y vamos a la Sala de los Caminantes del Pantano.

Howard Treesong demostró un limitado interés por las veinte criaturas púrpura y negras con sus extrañas capas de enmarañada vegetación.

-Una colección muy representativa -dijo Otho Cleadhoe-. Sólo se encuentran en las orillas del río Gorgon... Vamos ahora a la Guarida de los Horrores, como llamo a mi taller. Siempre impresiona.

Cleadhoe guió al ahora aburrido y lánguido Howard Treesong a una habitación iluminada por una alta cúpula de cristal. Una plataforma central sostenía a una enorme criatura roja y negra de seis piernas y cabeza feroz.

-Un animal espantoso -dijo Treesong.

-En efecto. Y un proyecto espantoso..., el más grande de mi carrera. Allí está mi despacho, un lugar deprimente, pero la Corporación no me facilita nada mejor. Tu pequeño libro esá allí; lo recogeremos más tarde.

-¿Por qué no ahora? -sugirió Treesong-. Lo tenemos a mano. -Como quieras. Está en mi escritorio, ve a buscarlo. Oye, ¿no crees que la piel tiene tendencia a reblandecerse en la cintura?

Howard Treesong había entrado en la estancia contigua. Sobre el escritorio descansaba un pequeño volumen rojo titulado El *Libro de los* Sueños. Treesong dio un paso adelante y la puerta se cerró detrás de él. En el taller, Otho Cleadhoe giró una válvula, esperó quince segundos y luego le dio la vuelta en sentido contrario. Tuty Cleadhoe se asomó al taller.

-La sopa está lista. ¿Te apetece cenar?

-Estaré ocupado, no me apetece cenar.

19

«Navarth se sentó a beber vino con un viejo conocido que se quejaba de la brevedad de la existencia.

»-¡Me quedan como máximo diez años de vida!.

»-Eso es puro pesimismo -declaró Navarth-. Es mejor que pienses con optimismo en los mil billones de años de muerte que te esperan.»

Crónicas de Navarth, de Carol Lewis

«Navarth despreciaba la poesía más actual, salvo aquellos versos compuestos por él.

»Vivimos tiempos de decadencia. La sabiduría y la inocencia estuvieron aliadas una vez, y se cantaban nobles canciones. Recuerdo un pareado cuando menos sublime, primoroso, sucinto y pese a ello de gran contenido:

Un caballo pedorrero nunca se cansará. Al hombre pedorrero hay que contratar. ¿Existe hoy algo comparable?»

Crónicas de Navarth, de Carol Lewis

Gersen y Alice se deslizaron en las tinieblas hasta el laboratorio. La noche era cálida y oscura, iluminada por miles de estrellas suavemente radiantes. Surgían sonidos de la selva y del pantano: un lejano aullido estridente y, desagradablemente cerca, un bramido de furia.

Salía luz de una ventana. Gersen y Alice contemplaron a Tuty Cleadhoe maniobrando en la cocina. Cortó pan, embutido y rampo; removió el contenido de una olla y puso los cubiertos en la mesa.

-¿Para dos? -murmuró Gersen-. ¿Quién no va a cenar? -Parece muy tranquila -susurró Alice-. Quizá podríamos llamar a la puerta y preguntar si llegamos a tiempo para cenar.

-Buena idea.

Gersen probó el cerrojo y luego llamó a la puerta. Tuty se sobresaltó, se precipitó a un rincón y metió un arma en su bolsillo. Fue al comunicador, habló, escuchó unas palabras guturales, se volvió, caminó hacia la puerta y la abrió, con la mano cerrada en torno a la pistola.

-Hola, señora Cleadhoe -saludó Gersen-. ¿Llegamos tarde a la fiesta?

Tuty Cleadhoe les miró con semblante hosco.

-¿Por qué no se quedaron donde les dejé? ¿No atienden a razones? ¿Es que no pueden comprender que su presencia me resulta desagradable?

-Dejando esto aparte, señora Cleadhoe, usted traicionó nuestro pacto.

Tuty sonrió.

-Quizá lo hice; ¿y qué? De estar en mi lugar, usted hubiera hecho lo mismo. Entren. Discutan con el señor Cleadhoe, si les apetece.

Les guió hasta la cocina. Otho Cleadhoe se estaba lavando cuidadosamente las manos en la pileta. Dio media vuelta y examinó a Gersen y a Alice desde el fondo de sus cuencas oculares.

-Visitantes, ¿eh? Estoy muy ocupado esta noche, de lo contrario les enseñaría el laboratorio.

-No hemos venido para eso. ¿Dónde esta Howard Treesong? Cleadhoe señaló con el pulgar.

-Allá abajo. Se encuentra bien. Y ahora quiero mi sopa. Están invitados.

-Siéntese -dijo Tuty con hospitalidad automática aunque desprovista de sinceridad-. Hay bastante para todos.

-Coman -ordenó Cleadhoe con cavernosa voz de bajo-. Hablaremos de Howard Hardoah. ¿Sabían que mató a nuestro Nymphotis?

-Ha matado a mucha gente -respondió Gersen después de sentarse a la mesa con Alice.

-¿Qué habría hecho con él? ¿Matarle a cambio?

-Sí.

-Bien, tendrá su oportunidad. Le encerré en una habitación hermética y le rocié con gas. Despertará dentro de seis horas.

-¿Así que no le ha matado?

-Oh, no, la vida es conocimiento y Howard Hardoah podría adquirir conocimientos más amplios. Incluso con el tiempo es posible que llegue a arrepentirse de sus crímenes.

-No lo descarto -admitió Gersen-, pero usted no ha procedido de buena fe con nosotros.

Cleadhoe le miró sin comprender, y luego continuó masticando.

-Tal vez arrastrados por nuestras emociones hemos actuado con poca educación, pero aplace sus protestas; tomará parte en el juicio final.

-¡Y no olvide que les protegimos! -gritó Tuty-. Howard vino acompañado de dos asesinos que ya no asesinarán nunca más.

Otho Cleadhoe dibujó una sonrisa de aprobación, como si Tuty hubiera descrito la receta de la sopa.

-Howard es tortuoso -dijo-. ¿Se puede creer que llevaba un arma en el sombrero? Le di instrucciones a Ditsy de que le cogiera el sombrero y lo destruyera. Como bien dice la señora Cleadhoe, hemos cumplido nuestra parte del trabajo.

Ni Gersen ni Alice hicieron el menor comentario.

-Dentro de seis horas, Howard recobrará sus facultades -siguió Cleadhoe-. Entretanto pueden descansar, dormir, examinar las colecciones, sentarse tranquilamente, beber té o coñac, y contarnos los perjuicios que les ha infligido Howard Hardoah.

Gersen miró a Alice.

-¿Empiezas tú?

-No tengo sueño. Tal vez a la señora y al señor Cleadhoe les gustaría oír lo que ocurrió en la reunión de la escuela de Gladbetook.

-Pues sí, nos gustaría mucho.

Otho Cleadhoe salió de la cocina a medianoche. Volvió al cabo de veinte minutos.

-Howard está recobrando la conciencia. Vengan, si quieren.

El grupo desfiló hacia el laboratorio y siguió un pasillo. Cleadhoe se detuvo junto a una puerta.

-¡Escuchen! Está hablando.

Confusamente, les llegó el rumor de una conversación.

Primero la voz de Howard Hardoah, clara y fuerte, si bien confusa y aterrorizada.

-... un obstáculo, como una pared; no puedo avanzar ni retroceder, ni desviarme a un lado... Sale el sol. Estamos perdidos en la selva. Cuidado, que nadie se aleje. Paladines, ¿quién oye mi voz?

Las respuestas se produjeron muy de prisa; las voces casi parecían superponerse, como si todos hablaran a la vez.

-Mewness está a tu lado.

Una voz serena, clara, precisa y desapasionada. -Aquí Spangleway, entre los monos.

-Rhune Fader el Azul, Hohenger y Jeha Reis; todos estamos aquí. Una voz fría y débil.

-Aquí, Eia Panice.

-Immir.

-Estoy aquí hasta el fin.

-Immir, estás en tu sitio, como todos. Ahora hay que preparar una estrategia. Jeha Reís, estás serio.

Se oyó la voz profunda de *Jeha Reís*, el paladín negro: -Estoy serio, mucho más que serio. ¿No le reconocéis después de todos estos azarosos años?

Immir (preocupado): -Dijo llamarse Cleadhoe de la Granja del Diente de León.

Leha Reis: -Él es el Dree.

Unos segundos de silencio. *Immir* (en voz baja): -Por lo tanto, nuestra situación es desesperada.

Rhune Fader: -Ya hemos conocido otras situaciones desesperadas. ¿Recuerdas el paso de Ilkhad? Amedrentó al Gigante de Hierro, pero nosotros lo salvamos.

Spangleway: -Recuerdo la emboscada en la ciudad vieja de Massilia. ¡Un momento espantoso!

Immir: -Hermanos, concentremos nuestros pensamientos en este momento.

leha Reis: -El Dree es una bestia llena de mala voluntad. Necesitamos oponernos a su fuerza. ¿Podemos ofrecerle riquezas?

Immir: -Abriré nuestro tesoro. Por mí, que se quede con Sybaris.

Mewness: -No tentará al Dree.

Loris Hohenger: -Ofrecedle una docena de doncellas, cada una más bella que la anterior. Que lleven vestidos transparentes y le halaguen con miradas ni severas ni alegres, como si se preguntaran: ¿Quién es este prodigio? ¿Quién es este semidiós?

Immir (riendo tristemente): -¡Buen Hohenger, la sola idea te emociona! Sospecho que arrojarías a tus hermanos paladines al lago Chill con tal de participar en la orgía.

Mewness: -Pero no el Dree.

Spangleway: -Belleza, riqueza... ¿qué nos queda?

Rhune Fader: -Si poseyéramos el Santo Grial y la eterna juventud...

Immir (en un murmullo):

-Complicaciones, complejidades. Presiento un complot diabólico.

Rhune Fader: -¡Silencio todos! Alguien acecha detrás de la puerta.

-Está medio despierto -susurró Cleadhoe-. Habla como en sueños... -Abrió la puerta-. Entren.

Media habitación estaba vacía y a oscuras; la otra mitad simulaba una selva. La luz se filtraba a través de centenares de clases de follaje. De retorcidos zarzillos colgaban flores, cazainsectos y bolsas de esporas. Un riachuelo serpenteaba entre las rocas hasta formar una pequeña charca, que desaguaba entre cañas rojizas en una desembocadura invisible. Howard Alan Treesong estaba sentado en una butaca junto a la charca, desnudo a excepción de una falda corta ceñida a la cintura. Descansaba las manos en los brazos de la butaca. Sus piernas, de una blancura lustrosa, estaban estiradas sobre el césped. Llevaba la cabeza rapada por completo. El marmel de Nymphotis se hallaba reclinado sobre un montículo de hierba, al otro lado de la charca. Entre los matorrales merodeaba media docena de pequeños astinches, los rostros formados por un cartílago moteado de rojo y azul, crestas similares a sombreritos negros y piel negra. La presencia de Howard Alan Treesong les intrigaba; le contemplaban y escuchaban con respetuosa atención.

El diálogo había terminado. Los ojos de Howard centelleaban bajo sus pestañas. Su respiración parecía normal.

-En origen era una jaula de exhibición de los pequeños astinches -explicó Cleadhoe a Gersen y Alice-. Se les llama «mandarines marionetas», y son criaturas muy extrañas. No se acerquen; hay una red in visible de rayos punzantes que les picarían. Me pareció el lugar idóneo para Howard.

-Le ha marmelizado las piernas.

-En efecto. Está inmóvil, y debe contemplar a Nymphotis, al que asesinó. Ésa es nuestra sentencia. No pondré ninguna objeción a los castigos adicionales que usted o Alice le quieran aplicar. Están en su derecho.

-¿Cuánto tiempo vivirá de esta forma? -preguntó Gersen.

-Es difícil predecirlo. -Cleadhoe meneó la cabeza-. Sus funciones naturales no se han interrumpido, pero no se puede mover. Su pelo, por cierto, ocultaba una red de circuitos. Me he asegurado de que no existen armas implantadas o internas.

Los ojos de Treesong se abrieron. Miró sus piernas, movió las manos y palpó el frío material que revestía sus muslos.

-Howard Alan Treesong -dijo Cleadhoe-, nosotros, que nos contamos entre tus innumerables víctimas, te estamos castigando.

-¡Ahí está nuestro hijo Nymphotis! -gritó Tuty con rica voz de contralto-. ¡Y ahí estás tú sentado, su asesino! Reflexiona sobre tu vida de maldad.

-Me habéis atrapado bien -respondió Howard Treesong con voz queda-. ¿Quiénes son esos dos? ¿Alice Wroke? ¿Qué haces con estos fanáticos?

-Soy uno de ellos. ¿No te acuerdas de lo que me exigiste para salvar la vida de mi padre, cuando ya le habías matado?

-Mi querida Alice, cuando uno trata cuestiones de alta política debe pasar por alto ciertos detalles. La muerte de tu padre y tus servicios eran elementos integrados en un proyecto mucho más ambicioso. ¿Y usted, señor? Su rostro me es familiar.

-No me extraña. Nos hemos encontrado varias veces. Tanto en Voymont como en Gladbetook tuve el placer de disparar sobre usted, por desgracia con poco acierto. También me conoce como Henry Lucas, de *El Actual*. Soy el responsable de haberle atraído hasta aquí con el señuelo de *El Libro de los Sueños,* pero déjeme que despierte recuerdos mucho más lejanos. ¿Se acuerda del ataque a Monte Agradable?

-Recuerdo el episodio, sí. Un ejercicio notable.

-Fue la primera vez que le vi, y he dedicado mi vida a preparar este encuentro.

-¿De veras? Es usted un fanático.

-Y usted tiene la facultad de crear fanáticos.

-De modo que ahora estoy a su merced -comentó Treesong con un gesto desenvuelto-. ¿Qué piensa hacer conmigo?

Gersen rió con amargura.

-¿Qué más podría hacerle?

-Bien..., siempre hay la tortura, o quizá le complazca matarme con sus propias manos.

-Le he destruido como hombre. Eso me basta.

La cabeza de Howard Alan Treesong se hundió entre los hombros.

-Mi vida ha seguido su curso. Quise gobernar el universo humano. Primero me hubiera proclamado emperador de los mundos terrestres. Casi lo conseguí. Ahora me siento cansado. No me puedo mover y no viviré mucho tiempo... Váyanse, prefiero estar solo.

Gersen se volvió, cogió a Alice por el brazo y salieron de la habitación. Los Cleadhoe les siguieron. La puerta se cerró. Casi al instante se reanudó el diálogo.

Immir: -Ya lo sabemos todo. El Dree ha cometido un acto terrible. Oh, mis paladines, ¿qué haremos ahora? ¿Qué dices tú, Jeha Reís?

Reis: -Ha llegado la hora. Immir:

Immir: -¿Por qué? Mewness el Verde, ¿por qué das media vuelta?

Mewness: -Hay muchos caminos por recorrer todavía y más de una posada donde hallaré reposo.

Immir: -¿Por qué apartáis todos la mirada? ¿Acaso no somos hermanos y paladines? Jeha Reis, prepara un gran plan, haz que se muevan estas piernas marmelizadas.

Reis: -Adiós, Immir, ha llegado la hora.

Spangleway: -Immir, me despido de ti.

Immir: -Loris Hohenger, ¿tú también me abandonas?

Hohenger: -Me aguardan lejanos lugares y nuevas batallas.

Immir: -Dulce Fader el Azul, ¿qué vas a hacer? ¿Y tú, Eia Panice?

Panice: -Haré lo único que puedo hacer por ti. ¡Paladines, daos la vuelta! Queda por cumplir el último deber. ¡Adiós, noble Immir! Y ahora...

Desde el pasillo, los cuatro oyeron un ruido sordo y un chapoteo. Cleadhoe se precipitó hacia la puerta y la abrió. La butaca se había volcado. Howard Alan Treesong yacía en una grotesca postura, con la cabeza hundida en el agua.

Cleadhoese volvió, los ojos opacos.

-¡La butaca estaba sólidamente amarrada! ¡No es posible que la haya volcado sin ayuda!

Gersen se alejó.

-No sé lo que ha sucedido, pero es suficiente para mí. -Cogió a Alice del brazo-. Vámonos a otro sitio.

20

A bordo del Flitterwing, mientras surcaban el espacio, Alice cogió *El Libro de los Sueños* y casi al instante lo volvió a dejar

-¿Qué harás con él?

-No lo sé… Supongo que lo donaré a Cosmópolis.

-¿Por qué no lo arrojamos al espacio?

-No puedo hacerlo.

Alice posó las manos sobre sus hombros.

-Y ahora, ¿qué vas a hacer?

-¿Qué quieres decir?

-¡Eres tan silencioso y reservado! Me preocupas. ¿Estás bien?

-Muy bien. Desinflado, quizá. Mis enemigos me han abandonado. Treesong ha muerto. Todo ha terminado. Estoy acabado.

Índice

El Rostro .....

Primera parte: Aloysius .....

Segunda parte: Dar Sai .....

Tercera parte: Methel .....

El Libro de los Sueños.....

SERIE DEL PLANETA DE LA AVENTURA:

1968 - City of the Chasch (Los Chasch, Ed. Ultramar, col. Bolsillo CF, Barcelona *1986)*

1969 - Servants of the Wankh (Los Wankh, Ed. Ultramar. col. Bolsillo CF, Barcelona *1986)*

- The Dirdir (Los Dirdir, Ed. Ultramar, col. Bolsillo CF. Barcelona *1986)*

1970 - The Pnume (Los Pnume, Ed. Ultramar, col. Bolsillo CF, Barcelona *1986)*

TRILOGÍA DE LOS HOMBRES LIBRES:'

1973 - The Anome (El hombre sin rostro, Ed. B, col. Libro Amigo CF, Barcelona *1987)*

- The Brave Free Men (Los valerosos hombres libres, Ed. B, col. Libro Amigo CF, Barcelona *1987)*

1974 - The Asutra (Los asutra, Ed. B, col. Libro Amigo CF, Barcelona *1988)*

SERIE DEL NÚCLEO GALÁCTICO: *1973 - Trullion: Alastor2262*

1975 - Marune: Alastor 933 1978 - Wyst: Alastor 171 ó SERIE DE LYONESSE:

1983 - Lyonesse (Ed. B, en preparación) *1984 - The Green Pearl*

NOVELAS:

1953 - The Space Pirate

- Vandals of the Void 1956 - To Live Forever

1957 - Big Planet (El planeta gigante, fanzine *Tránsito 15,* Barcelona *1987)*

1958 - The Languages of Pao (Los lenguajes de Pao, Ed. B, col. Libro Amigo CF, Barcelona *1987)*

1965 - Space Opera 1966 - The Blue World 1969 - Emphirio (id., Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. *6,* Madrid *1988)*

1974 - The Gray Prince 1975 - Showboat World

1976 - Maske: Thaery

1978 - Big Planet (versión completa) *1980 - Galactic Effectuator*

1988 - Araminta Station RECOPILACIONES:[2] *1958 - Slaves of the Klau* (novela corta, junto a una versión muy abreviada de *Big Planet)*

1963 - The Dragon MastersIThe Five Gold Bands

1964 - Future Tense (Tiempo futuro, Ed. Diana, col. Halcón núm. *80,* México *1967)*

- The Houses of IszmlSong of the Tree

1965 - Monsters in OrbitIThe Many Worlds of Magnus Ridolph 1969 - Eight Fantasms and Magics

1972 - The Last Castle (Hombres y dragones, Ed. Orbis, col. Biblioteca de CF núm. *68,* Barcelona *1986)*

1973 - The Worlds of Jack Vance (Los mundos de Jack Vance, Ed. Martínez Roca, col. Super Ficción núm. *69,* Barcelona *1982) 1976 - The Best of Jack Vance (Lo mejor de Jack Vance y Estación Abercrombie,* Ed. Bruguera, col. Libro Amigo núms. *515 y 547,* Barcelona *1977)*

1981 - Le Livre d'or de la science fiction. Jack Vance 1982 - The Narrow Land

NOVELAS POLICÍACAS:[3]

1957 - Isle of Pearl, como Alan Wade - *Take my Face,* como Peter Held *1960 - The Man in the Cage*

1964 - The Four Johns, como Ellery Queen *(Los cuatro Johns,* Ed. Picazo, col. Polismen núm. *32,* Barcelona *1975)*

1965 - A Room lo Die 1n, como Ellery Queen *1966 - The Madman Theory,* como Ellery Queen - *The Fox Valley Murders*

1967 - The Pleasant Grave Murders 1969 - Bad Ronald

1973 - The House on Lily Street

- The View from Chilkweed's Window

1. La traducción castellana de estas tres novelas es la misma que la de la edición anterior de Bruguera, aparecida en sus Selecciones de Ciencia Ficción. Corresponde a versiones anteriores aparecidas en revista.

2. Dos títulos distintos en una misma entrada indican un volumen doble de Ace Books, compuesto generalmente por dos novelas cortas.

3. Salvo indicación de seudónimo, los libros de este apartado están firmados con el verdadero nombre del autor: John Holbrock Vance.